

**EVANGELIO SÍ,
EVANGELIO NO**

P. M. DE IRAOLAGOITIA, S.I.

MENSAP

PEDRO MARIA IRAOLAGOITIA S. I.

OBRAS DEL MISMO AUTOR

CRISTIANERIAS

(Meditaciones para el hombre de la calle)

MEDITACIONES PARA LOS QUE NO MEDITAN

(3.ª Edición).

MARIA, EL CARPINTERO Y EL NIÑO

EVANGELIO SI,
EVANGELIO NO

HOMILIAS POR RADIO

3.ª EDICION

CASA DEL LIBRO

14 Avenida No. A-31, Zona 1

QUEZALTENANGO

GUATEMALA, C. A.



EL MENSAJERO DEL CORAZON DE JESUS

Apartado 73. - BILBAO

1963

Imprimi potest:
I. EMMANUEL VÉLAZ, S. J.
Praep. Prov. Loiolae

Nihil obstat:
JOSEPHUS VELASCO, S. J.
Censor Eccles.

Imprimatur:
+ PAULUS, Episcopus Flaviobrigensis
Bilbai, 12 Octobris 1963

© Editorial «El Mensajero del Corazón de Jesús»
BILBAO

Depósito Legal BI 2077-1963
Registro Núm. BI 6578-1963

EPISTOLA

para ser leída antes de los Evangelios

Carísimos:

Al Evangelio, como a todas las cosas, podemos darle un SI o un NO.

Un SI rotundo se lo han dado los Santos.

Un NO total, Satanás. En el mundo no puede existir un ser humano tan totalmente perverso que pueda dar un NO a todas las enseñanzas del Evangelio.

Quedamos el grupo más numeroso: los que no respondemos al Evangelio ni con un SI ni con un NO. Los que tenemos una respuesta mucho más complicada. Una respuesta que parece que dice SI, pero luego resulta que es NO.

Una respuesta ni fría ni caliente, ni blanca ni negra.

Una respuesta ni fu ni fa.

Dios creía que, ante su Evangelio, no cabían más que dos respuestas: el SI o el NO. Pero nosotros, los cristianos viejos y expertos, al cabo de veinte siglos de cristianismo hemos dado con una amplia gama de respuestas intermedias; hemos creado una espaciosa y cómoda tierra de nadie entre el Evangelio y el antievangelio.

Dios mismo tiene que estar maravillado de lo asombrosamente hábil de nuestro sistema de coexistencia entre Dios y el pecado, entre el Evangelio y el mundo, entre las bienaventuranzas y el egoísmo.

Yo creo que, de saber todo lo que sabemos los cristianos expertos de hoy, Cristo hubiera corregido aquella semejanza que nos proponía después del Sermon de la Montaña.

Dice allí Cristo que todo el que oye sus palabras y las pone por obra, será semejante a un hombre sabio, que edificó su casa sobre piedra; y que el que oye sus palabras y no las pone por obra, será semejante a un hombre necio, que edificó su casa sobre arena.

Sabiendo todo lo que sabemos los cristianos expertos de hoy, tal vez Cristo hubiera añadido otro miembro a su semejanza; tal vez hubiera dicho:

«Y todo aquel que oye mis palabras y las adapta, las suaviza, las acomoda... y las pone o no las pone por obra según su complexión, sus circunstancias y según la marcha de sus negocios, ese tal será semejante a un hombre astuto, que edificó su casa sobre un suelo de arena, pero tan bien camuflado y pintado por él en imitación piedra, que todos los que pasaban creían que estaba construyendo la casa sobre piedra de la más legítima».

Lo que le ocurrió a la casa de este hombre tan astuto cuando vinieron las lluvias, los ríos y los vientos, es cosa que pido a Dios no suceda a ninguno de vosotros ni a mí.

Y, antes de terminar, tengo que pedir os perdón por una falta:

Estas páginas que siguen fueron concebidas para ser dichas por la radio. Algunos de mis oyentes más benévolos me insistieron a que las publicara por escrito, y caí en la tentación de hacer imprimir algo que fue redactado como para ser oído, pero no para ser leído.

Toda la culpa es mía.

Que Dios os bendiga en Cristo Jesús Señor Nuestro.

Deo gratias.

PEDRO MARÍA IRAOLAGOITIA, S. I.

LO QUE NO NOS VA A VALER EN LA OTRA VIDA

(I DE ADVIENTO)

En aquellos días habrá señales en el sol, en la luna y en las estrellas. Y sobre la tierra, perturbación en las naciones aterradas por los bramidos del mar y la agitación de las olas, exhalando los hombres sus almas por el terror y el ansia de lo que viene sobre la tierra, pues las fuerzas de los cielos se conmoverán.

Entonces verán al Hijo del Hombre venir en una nube con poder y majestad grandes. Cuando estas cosas comenzaren a suceder, cobrad ánimo y levantad vuestras cabezas, porque se acerca vuestra redención.

Y les dijo una parábola: Ved la higuera y todos los árboles: cuando echan ya brotes, viéndolos, conocéis por ellos que se acerca el verano. Así también vosotros, cuando veáis estas cosas, cono-

ced que está cerca el Reino de Dios. En verdad os digo, que pasará esta generación antes que todo suceda. El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán.

Claro está que se va a acabar el mundo. Para todos. Hay quienes se preocupan mucho de cuándo va a ser este fin del mundo. Es un asunto que no interesa mucho, pues, para sus efectos principales en nosotros, el fin del mundo va a ser el día que nos muramos.

Ese es el día trascendental en que se nos acaba este mundo y comienza para nosotros el otro.

Ese día se acaba para ti el sol, se acaba la luna y las estrellas; se acaba la tierra que pisas, el aire que respiras, las cosas que aprietas en las manos...; solamente no acabas tú. Tú sigues a un mundo nuevo, a una vida nueva.

Va a ser como un cambio de aires, como una especie de veraneo largo, muy largo...

Y como siempre es útil preparar inteligentemente el equipaje que hemos de necesitar en nuestras temporadas de fuera, y como es tan molesto tener que cargar con bultos y peso inútil de cosas que luego no nos van a servir para nada, vamos a dar un repaso, no tanto a las cosas útiles que nos van a servir en la otra vida, cuanto a las cosas que no nos van a servir para nada.

Estas últimas son muchas. Ya veréis lo práctica que nos resulta esta lista, y lo aliviados que podemos quedar en este viaje a la otra vida.

Las recomendaciones, las influencias y los enchufes. Con esto se llega en este mundo a todas partes. No hay más que haber vivido un poco para convencerse.

Está el otro en la lista en el número 273; pero

viene la recomendación de la tía carnal, piadosa y bondadosa señora que es íntima de la señora del hombre fuerte, y el 273 se planta limpiamente en el número uno. Y el número uno, si no se busca un enchufe, corre peligro de esperar allí 273 veces.

Pues bien: esto que aquí vale tanto, allí no va a valer nada. Lo ha dicho Dios mismo: *Dará a cada uno según sus obras.*

Una preocupación menos: para la otra vida no hay que buscarse enchufes.

Otra cosa que allí no va a valer: **el ser tío guapo o niña bonita.** No deja de ser un consuelo para muchos de nosotros. No es que el tener buena estampa vaya a ser perjudicial en la otra vida. Eso tampoco. Sencillamente, no interesa. La fachada no se cotiza.

Eso que aquí vale tanto para ganarse admiradores y admiradoras, amistades, simpatías..., eso que aquí puede situarle a uno fantásticamente en la vida... y hasta en la portada de una revista. Todo esto allí no va a tener valor; de forma que, no es malo saber que no podremos contar con algo que aquí tiene tanta importancia: la estampa, la silueta, el garbo y el maquillaje.

Otro asunto importante que tenemos que tener presente que allí no vale: **el dinero.** Y tan importante, como que aquí abajo es lo más importante. Yo creo que cuando pasemos a la otra vida, no vamos a acabar de acostumbrarnos a que el dinero no valga.

Que un rico no pueda tirar de cartera para solucionar algunas dificultades que puedan presentarse; por ejemplo: para pasar del infierno al purgatorio o del purgatorio al cielo...

Que un pobre suba a las localidades de lujo sin tener un céntimo...

Que a los hombres no se les mida por el dinero que llevan...

Nos va a parecer mentira.

Nos va a parecer mentira que no haya impuestos, alzas y bajas de precios; que no haya salarios, precios de tasa, estraperlo, jefes de personal, quiebras, bancos, cajas de ahorros, balances, repartos, gordos de Navidad..., que no podamos hacer quinielas de fútbol... El colmo.

En serio: hay que prepararse para una vida en la que todo esto no va a tener sentido. Y el hecho triste es que nadie se prepara. Es preciso que aquí vayamos haciendo acopio de las únicas cosas que nos van a valer allí. No pasarnos insensatamente la vida, hasta el último momento, consiguiendo estas otras cosas que allí nos van a ser completamente inútiles.

Otra cosa que aquí vale y allí no va a valer: **la fuerza**. Aquí, en esta especie de selva humana, la fuerza tiene mucha importancia: el lobo se come al cordero; el pez grande se come al chico; el niño fuerte le pega al niño débil porque le da la gana; el que tiene una pistola tiene más razón que el que no tiene más que sus puños; el que tiene una ametralladora tiene más razón que el que tiene una pistola, y el que tiene bombas atómicas tiene más razón que el que no tiene más que ametralladoras.

Aquí el que tiene consigo la fuerza, tiene de todo: tiene el honor, tiene la gloria, se apodera de las psetas, puede hacer lo que le da la gana y se lleva la gran vida.

Y no está mal que nos demos cuenta a tiempo, de que allí la fuerza no va a valer; allí la fuerza, toda la fuerza la va a utilizar Dios. Por fin, cosa inaudita, la fuerza va a emanar únicamente de la justicia. Se van a identificar la fuerza moral y la fuerza material. El justo va a ser fuerte y el canalla débil.

Otra cosa que aquí vale y allí no va a valer: **el postín**.

De hecho, aquí triunfa bastante el género de los fanfarrones, de las majas y de los «faroles». De los que conquistan la arena por un golpe de oportunismo o por una falta de vergüenza. Los que gozan paseando su yo insolente y egoísta ante las narices de los que luchan, de los que sufren y de los que lloran.

Los que piensan únicamente en su yo, y creen que el resto de la humanidad ha sido criada para decirles «olé» mientras pasan.

No podemos contar con esto para el otro lado. Allí no medran ni los egoístas ni los insolentes. Se acabó el exhibicionismo, el reino de los fanfarrones. Allí van a ser bienaventurados los mansos y humildes de corazón.

Conviene que nos demos cuenta de que tampoco va a valer otra cosa: **la coba**.

Aquí hay cobistas con recursos infinitos en el arte. El arte maravilloso de lograr multitud de resultados a base de aceite, jabón y vaselina. Los hombres y las mujeres que poseen el secreto y la habilidad asombrosa de doblegar las voluntades más firmes con el camelo y con el incienso.

Punto flaco y vulnerable de los humanos: una alabanza, una adulación, nos destruye casi instantáneamente las defensas más elementales de la prudencia y nos convierte en fatalmente vulnerables ante el cobista. Nuestra reacción ante la alabanza es de las más asombrosas e infalibles. Lo sabe muy bien el cobista. Y a fe mía que se aprovecha.

Pues bien: conviene que sepamos que en el otro lado la coba es inútil. A Dios no le hace mella la coba. Es preciso vivir de otros recursos. De los verdaderos. Para Dios no hay más recursos que los mandamientos bien cumplidos, las obras de misericordia, etc.

Hay otras muchas cosas que no nos van a servir

en la otra vida; pero, para terminar, vamos a citar una más: **el vivir del cuento.**

Este es uno de los deportes universales que ya estaba inventado antes de los griegos.

El estilo y la habilidad portentosa de vivir sin hacer nada, o apenas nada. La magia de los que sorprenden, hablan, aparecen, están en todas partes, evolucionan misteriosamente, no hacen nada... y ¡viven! La habilidad de hacer el vago sin que nadie se dé cuenta. El arte de saber aprovechar la energía sobrante de los demás. La intuición de dejarse querer. El arte de ir sentado en el carro y nunca bajarse a tirar de él.

Tampoco va a valer este deporte en el otro lado. Porque el día en que Dios pese las acciones de los hombres, no sé qué van a poder poner en la balanza estos personajes fabulosos que tuvieron el arte de vivir del cuento.

Todo esto a propósito del fin del mundo. Del fin de este mundo, que pronto será para cada uno de nosotros; y del principio del otro mundo, que va a ser mucho más importante y duradero que este.

Por esta razón nos viene bien el ir calculando qué cosas nos van a valer o no nos van a valer para la otra vida.

Un poco de previsión para que vayamos tomando nuestras medidas a tiempo. Que no es cosa de que vayamos con estas cosillas de aquí a la otra vida, y allí hagamos el ridículo, llevando algo que no se estila.

LOS POBRES SON EVANGELIZADOS

(II DE ADVIENTO)

San Juan Bautista estaba en la cárcel por varias razones: Primera, porque, cuando un zorro como Herodes está en el trono, un Santo como San Juan tiene que estar en la cárcel. Es natural: cuando mandan los bandidos, los Santos tienen que estar presos. Segunda razón: San Juan llamó raza de víboras a los personajes más importantes de Israel, llamó adúltero al mismo Herodes; y como en Israel no estaba permitida la crítica constructiva, San Juan fue a la cárcel. San Juan hablaba de preparar la llegada del Reino de Dios, pero a Herodes le hacía competencia el Reino de Dios; Herodes no quería más que el reino de Herodes: a la cárcel con San Juan. Y es aquí, en la cárcel, donde vamos a hacerle una visita a San Juan Bautista y a escuchar lo que de él nos dice el Evangelio. Dice así:

Habiendo oído Juan, en la cárcel, las obras de Cristo, envió dos de sus discípulos a preguntarle: ¿Eres Tú el Mesías que ha de venir, o debemos esperar a otro? Y, respondiendo Jesús, les dijo: Id y con-

tad a Juan lo que habéis visto y oído: Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan y se anuncia el Evangelio a los pobres. Y bienaventurado aquel que no se escandalizare de Mí.

Cuando estos se hubieron ido, comenzó Jesús a hablar de Juan a la muchedumbre: ¿Qué habéis ido a ver al desierto? ¿Una caña agitada por el viento? ¿Qué habéis ido a ver? ¿Un hombre vestido con lujo y afeminación? Mas los que visten así están en las moradas de los reyes. En fin, ¿qué salisteis a ver? ¿A algún profeta? Eso sí; Yo os lo aseguro. Y mucho más que profeta Pues él es de quien está escrito: He aquí que Yo envío a mi mensajero delante de tu presencia, el cual prepara tus caminos delante de Ti.

Desde luego que San Juan sabía de sobra que Jesús era el Mesías esperado por Israel y por el mundo. Los que no estaban del todo convencidos eran los discípulos de Juan. Por eso les envía él mismo a Cristo, para que se convenzan.

Juan era muy humilde y sabía que su misión no era sino la de preparar la venida de Cristo. Pero es fácil que los discípulos de San Juan no fueran tan virtuosos como aquel, y que no les hiciera ninguna gracia el oír que había otro profeta que hacía más milagros, era más importante, tenía otros discípulos que no eran de su equipo... Sí..., perseguían el mismo fin, el Reino de Dios..., pero no eran de su grupito, y esto suscitaba envidia, cierto malestar de que el otro grupo figure más que el mío, aun en el servicio

de Dios... Es muy humano; esto les pasaba a los discípulos del Bautista, y esto nos pasa a nosotros: nuestras cofradías, nuestras juventudes apostólicas, nuestros grupos de apostolado, nuestras asociaciones y congregaciones cristianas..., todas ellas beneméritas de Dios y del cristianismo, todas ellas verdadero brazo derecho de la Iglesia de Dios, donde encontraréis esfuerzo, abnegación, sacrificio...; pero llega un día de procesión, o cualquier otra ceremonia solemne, y veréis que no es tan fácil llegar a un acuerdo sobre a quién toca aquel puesto preferente, o qué bandera ha de ir antes o después...

Es humano; trabajamos por el Reino de Dios, pero somos hombres; y en medio de la labor apostólica, de pronto asoma alguna necesidad humana nuestra... Lo de estos discípulos de San Juan: estaban fritos porque Jesús, con sus discípulos, «figuraba» más. Sin embargo, Juan, en la cárcel, estaba tranquilo. Ya lo había dicho: él no era ni el Mesías ni profeta; él había venido, sencillamente, para preparar el camino de otro. Y él sabía que convenía que su propia figura se eclipsara y surgiera la de Cristo. Pero Juan era un Santo.

Bien: el hecho es que Juan los mandó que fueran a ver a Cristo. Cuando llegaron, Cristo les presentó las pruebas de que Él era el Mesías: «Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan y los pobres son evangelizados».

Es la prueba de que ha llegado el verdadero cristianismo. Antes y ahora. Ya veréis: vamos por partes:

Los ciegos ven. El falso cristianismo es ciego: tiene a su lado muchas cosas que no ve; no ve la miseria, el dolor, el sufrimiento de sus hermanos hombres. Los tiene al lado, pero no los ve. Por eso no se le ocurre ayudarles; es que... ni la menor idea; ni se da

cuenta de la miseria, del dolor, del derecho ajeno... Hasta que, un día, llega Cristo a esa alma, y entonces el ciego ve: ve que tiene obligación de caridad para con este y aquel; ve que tiene obligaciones de justicia para con estos otros, ve que él tiene obligaciones muy serias con sus semejantes, cosa que antes ni veía... Es que Cristo le ha dado la vista. Ahora ve como un verdadero cristiano.

Los sordos oyen. Otra señal de que ha llegado el auténtico cristianismo. Está ahí todo el equipo de los que no oyen ni quieren oír: el primero es Herodes, que ha metido en la cárcel a San Juan, y luego le cortará la cabeza, precisamente por la garganta, para no oír aquella voz que clamaba en el desierto.

Están los muchos cristianos que no han alcanzado a oír algunas frases del Evangelio, precisamente las que les comprometen: oyen muy bien las otras; pero están perfectamente sordos para oír aquello de: *Bienaventurados los pobres de espíritu, bienaventurados los misericordiosos, bienaventurados los limpios de corazón.* No han oído todo lo que dice Cristo del uso del dinero, de la lujuria, del amor a los enemigos, del sacrificio, del sufrimiento; cristianos de oído duro, para quienes el Evangelio no suena, las palabras de los Papas no suenan: son sordos. Pero Cristo, de vez en cuando, hace el milagro de que algunos de estos oigan; y entonces, sí; entonces se asoman al verdadero cristianismo, al auténtico e íntegro Evangelio. Es el momento en que dejan de oírse a sí mismos y comienzan a oír a su conciencia, a oír a Dios, a enterarse de la vida y de las necesidades de los demás.

Cuando veáis que algún sordo de estos ha comenzado a oír y a entender bien todo esto del Evangelio, entonces es señal de que por allí ha pasado Cristo; le ha curado la sordera; porque este, antes no oía bien el Evangelio y ahora sí

Y ahora vamos a la última señal, que es la principal. Señal de que Jesucristo es el Mesías: **los pobres son evangelizados.** ¿No os extraña esta última señal? Pues a mí, sí. Por la sencilla razón de que no corresponde a las anteriores. Aquí hay una falta de lógica.

Veréis: las señales de la misión verdadera de Cristo son que los ciegos ven, los cojos andan... (hasta ahora va bien, en correspondencia perfecta, porque ciego es a ver, como cojo es a andar; la proporcionalidad es perfecta). Sigamos: los sordos oyen... Bien. Los muertos resucitan... Bien. Sigue la proporción: ciego es a ver, como sordo es a oír, como muerto es a resucitar...

Pero viene la última; dice Cristo: *Los muertos resucitan y los pobres...* Los pobres se hacen ricos, diríamos nosotros; este es el término proporcional. Pues no: Cristo rompe aquí toda la proporción lógica que llevaba hasta ahora; dice: *Los pobres son evangelizados.*

Creo que ya me habéis entendido: este último miembro de las señales que da Cristo de su legitimidad, no sigue la línea de los anteriores; la rompe de un tajo y sale por donde menos se espera. Aquí pasa algo. El Evangelio tiene sorpresas de estas... Los ciegos ven, los cojos andan, los sordos oyen, los muertos resucitan, los pobres... se hacen ricos, diríamos nosotros, siguiendo la proporción y la lógica más elemental. Pues no. Cristo no sigue ni esa proporción ni esa lógica nuestra.

Hay que entrar con valentía en el Evangelio. La verdad es que no es señal de Cristo ni de auténtico cristianismo el que los pobres se hagan ricos. Por duro que se nos haga el tener que decir esto a la inmensa mayoría de los hombres, que son los pobres. No: Cristo no ha venido a hacer ricos a los pobres en esta vida. Cristo no ha venido a darnos el dinero de este

mundo ni a ricos ni a pobres. Ha venido a darnos el Evangelio, que es nuestro código de salvación para la otra vida.

Cierto que la justicia social y la caridad con los necesitados es uno de los postulados más imperiosos de la moral cristiana; pero tengamos cuidado en el peligro que hoy existe en algunos sectores, de hacer del cristianismo meramente una doctrina social humana para conseguir la justicia y el equilibrio y el bienestar social de los hombres en este mundo.

Por muy apetecible que sea este propósito, no pasaría de ser sino una doctrina de ámbito meramente materialista; y el cristianismo no es eso. El cristianismo persigue, ante todo, un fin sobrenatural: la salvación de nuestras almas en el otro mundo. La justicia social en este mundo es, desde luego, un presupuesto, pero no un fin último. No dijo Cristo: los pobres se harán ricos, sino los pobres son evangelizados.

Es un poco fuerte esto, pero tal vez sea necesario decirlo, cuando en algunos sectores existe el peligro de enfocar y juzgar todo el cristianismo únicamente por su labor social dentro de un orden meramente humano.

Siempre hay peligro de que nosotros, los hombres, antropomorficemos y materialicemos el cristianismo. Les pasó también a los apóstoles: para ellos, y para muchos de los primeros seguidores de Cristo, cristianismo equivalía a algo humano muy hermoso, como la libertad de su patria Israel del yugo de Roma, y a un gran reino humano donde todos los israelitas fueran felices aquí abajo.

Y Cristo no venía a eso; tuvo que luchar denodadamente por quitar de la cabeza de sus discípulos más predilectos esta idea materialista de un mesianismo judío terrenal.

Hoy puede ser que nos amenace algún otro mesia-

nismo: el de la cuestión social. El de creer que Cristo y el cristianismo han venido sólo para eso: para establecer la justicia social en este mundo. Esto, indudablemente, es un imperativo de la moral cristiana, pero Cristo vino primordialmente para otra cosa: para darnos la vida eterna, y no tanto, para darnos el dinero de este mundo.

Se equivocaron un poco los Apóstoles y nos equivocamos un poco nosotros. Es verdad que hubiera sido muy hermoso un reino humano que dominara todo el mundo y en el que mandara Cristo, como soñaban aquellos primeros discípulos; esto hubiera incluido la justicia social, el bienestar de los pobres y todo esto, pero ¡qué le vamos a hacer!... Cristo no vino primariamente a eso.

No vino a hacer la guerra al César, ni ha venido a hacer la guerra al capital, aunque luego mande al infierno a varios césares y a varios capitalistas. No vino, precisamente, a hacer libres a los israelitas, aunque se lo merecieran; ni ha venido a hacer ricos a los pobres, aunque también se lo merezcan. Ha venido a otra cosa: a redimirnos del pecado y a ofrecernos el Reino de los cielos.

Todo esto es un poco duro, desde luego. Cristo mismo lo sabe. Por eso, a renglón seguido del Evangelio que hemos leído, dice: *Bienaventurado el que no se escandalizare de Mí.*

Es que Cristo no vino a solucionar las cosas de este mundo, sino las del otro. La prueba es que pudo hacer muchas cosas, y no las hizo: pudo curar a todos los enfermos del mundo, y no les curó; pudo dar de comer a todos los hambrientos, y solo lo hizo con unos pocos; pudo solucionar toda la cuestión social, pudo haber hecho justicia aquí abajo, y no lo hizo. Y El mismo fue el primero que aceptó y sufrió las consecuencias: porque a El le torturaron y le ajusti-

cieron de la forma más brutal. Otra cosa: El era pobre, y tampoco se hizo rico.

Es que el cristianismo es algo que se sufre en esta vida y se triunfa en la otra. Cristo vino para algo más grande que para hacer ricos a los pobres. Vino para darnos a todos la felicidad eterna. Siempre que colaboremos, claro está.

SAN JUAN Y SU COMPLEJO DE INFERIORIDAD

(III DE ADVIENTO)

Ahí tenéis a San Juan Bautista: mal vestido, mal afeitado, pero buena persona. Vestido como iba de piel de camello, asustaría a los niños; hablando como hablaba de penitencia y otras cosas recias, asustaba a los grandes; pero, a pesar de todo, la gente le seguía porque en seguida se veía que Juan era un hombre sincero; un hombre que creía lo que decía, un hombre que no se buscaba a sí mismo. Un hombre que tenía mucha barba y mucha sinceridad, poca ropa y poquísimo cuento. Lo vais a ver ahora en el Evangelio de hoy; dice así:

En aquel tiempo, los judíos, desde Jerusalén, enviaron a Juan sacerdotes y levitas para preguntarle: Tú, ¿quién eres? El confesó y no negó. Confesó: No soy yo el Mesías. Le preguntaron: Entonces, ¿qué?; ¿eres Elías? El dijo: No soy. ¿Eres profeta? Y contestó: No. Dijéronle, pues: ¿Quién eres, para que podamos dar res-

puesta a los que nos han enviado? ¿Qué dices de ti mismo? Dijo: Yo soy la voz del que clama en el desierto: enderezad el camino del Señor, según dijo el profeta Isaías.

Los enviados eran fariseos y le preguntaron, diciendo: Pues ¿por qué bautizas, si no eres el Mesías, ni Elías, ni profeta? Juan les contestó, diciendo: Yo bautizo en agua, pero en medio de vosotros está uno a quien vosotros no conocéis, que viene después de mí, que es superior a mí, y a quien no soy digno de desatar la correa de la sandalia.

Esto sucedió en Betania, al otro lado del Jordán, donde Juan bautizaba.

Este San Juan es un caso. Van unos señores importantes a decirle: Juan, tú eres un tío grande; ¿quieres decirnos concretamente lo grande que eres? Y Juan les dice que no..., que se han debido equivocar..., que él no..., que él es un hombre que da gritos allí en el desierto..., que el grande es otro que va a venir después.

¿Vosotros os imagináis a un hombre de Estado, a un artista de cine, a un futbolista que, interrogado por la Prensa acerca de su vida y su actuación, responda que no..., que debe haber una equivocación..., que él no..., que ella no..., que él no hace nada interesante, que ella no tiene importancia...?

Y conste que San Juan dice una cosa que no es cierta; porque dice que él no es profeta; y esto no es verdad: porque San Juan es uno de los profetas más grandes. Pero no miente San Juan; es tan sencillo, que es el último que se entera de que es un gran profeta.

Mira, San Juan; vamos a ser sinceros contigo: lo que tú tienes es un decidido complejo de inferioridad. Tú, San Juan, no te has acostumbrado a soñar que eres un héroe, un fenómeno. Mira: todos los demás nos hemos creído fenómenos toda la vida, sin serlo: y tú lo eres, y no te lo crees: ¡complejo de inferioridad, San Juan!

Y eso hay que combatirlo, San Juan; hay que aparentar, hay que darse importancia, hacer que le miren, le respeten, le teman o le odien a uno..., lo mismo da..., pero hay que darse importancia. Lo demás es puro complejo, San Juan, puro complejo. Hay que maquillarse, hay que fabricarse una fisonomía interesante para fines de exportación, hay que saber anunciar el artículo y, más que ningún artículo, la propia personalidad. ¿No ves, San Juan, cómo hacemos los demás hombres y mujeres? Tenemos muy poco que valga la pena, pero fíjate cómo buscamos las oportunidades de presentarnos interesantes, física, moral e intelectualmente. Esto es lo normal, San Juan...; es decir: lo normal entre personas que no tenemos... ese complejo de inferioridad que tú tienes.

Verás, San Juan. Vienen esos señores de Jerusalén y te preguntan si eres el profeta Elías..., y tú te encoges y les dices: no, no...; yo no soy Elías ni nadie que se le parezca... ¡Mal, San Juan! ¡Muy mal! La ocasión era que ni pintada para darse importancia. ¡Complejo de inferioridad, San Juan! Así no se va a ninguna parte en este mundo...

Dices que, ante todo, la verdad... ¡La verdad..., la verdad...! Ya se entiende, San Juan. Decir siempre la verdad, no puede ser.

Verás: decir la verdad no es político, ni es económico, ni es interesante.

Decir la verdad no es **político**. Diciendo toda la verdad no se consigue atraer a las masas, manejar

al pueblo, desarrollar una diplomacia, gobernar a sus anchas... Ya ves, San Juan: por decir entonces la verdad, no llegaste a ser rey de Israel, como fácilmente podrías haber sido.

Decir la verdad no es **económico**. No es negocio, San Juan. ¿Tú crees que es verdad todo lo que se dice en los anuncios comerciales, lo que se dice o se promete en los contratos, lo que se escribe en las cuentas? Verás, San Juan: en vuestro tiempo, mentir era, casi siempre, decir o escribir una palabra por otra; hoy también se miente con las palabras, es verdad; pero se miente más con los números. Antes, mentir era decir algo al revés; hoy es: sumar al revés, restar al revés, multiplicar al revés y dividir al revés.

Decir la verdad no es económico.

Por decir la verdad entonces, te quedaste, San Juan, vestido con tu piel de camello y teniendo que comer saltamontes. ¡Pensar que con una palabrita que hubieras dicho, hubieras tenido túnicas y mantos para regalar, y hubieras comido a pan y manteles...!

Decir la verdad, San Juan, no es **interesante**. Ahí tienes a muchos de nuestros filósofos, pensadores y ensayistas. Si dicen la verdad en sus libros y conferencias, en el noventa por ciento de los casos tienen que repetir algo que ya ha dicho otro, porque encontrar una auténtica verdad nueva es muy difícil. Por otra parte, decir lo que ya está dicho es muy aburrido. Y se deciden por decir algo nuevo que se les ocurre, aunque no sea verdad; no importa: no es verdad, pero es interesante; y, además, se les ha ocurrido a ellos.

El público mismo se cansa de que la verdad sea siempre verdad, y le gusta que haya alguno que diga que la verdad no es verdad y que vuelva las ideas cabeza abajo; desde luego, es una variación, y es mucho más divertido. Figúrate, San Juan, si, en lugar

de decir que tú no eras más que un tipo que gritaba allí, entre los pedruscos, no hubiera sido mucho más interesante que hubieras dicho que eras Elías, o el Mesías... Mucho más interesante, San Juan.

No es broma. Esto es lo que nosotros le decimos a San Juan. Esto es lo que, objetivamente, nuestra conducta y la conducta de la sociedad le dice a San Juan. Tomando por norma nuestra actuación general en este orden de cosas, la actuación de San Juan es la de un despistado, la de un pusilánime, la de un bendito.

Sin embargo, olvidamos que es este mismo San Juan el que se mete directamente con los poderosos de sus tiempos y con el mismo rey Herodes, hasta que éste le corta la cabeza. No. No es San Juan el que tiene complejo de inferioridad; somos nosotros los que tenemos complejo de fanfarrones, complejo de cuento. Desde antes del uso de la razón, ya estamos tratando de aparentar ante los demás que somos más de lo que somos. Somos nosotros, amigos, los que tenemos un complejo, un serio complejo de insinceridad, de cuento.

Lo triste es que hemos hecho de la insinceridad una de las armas secretas para la lucha de la vida.

Todos hablamos mucho de la verdad; todos nos consideramos sus caballeros; todos la usamos: pocas veces, bien; bastantes veces, mal. Y pecamos contra la verdad porque, normalmente, nos inclinamos a considerarla como un privilegio, no como un servicio. La utilizamos como un adorno, no como un sacrificio.

Ahí está la diferencia entre nosotros y Juan.

Nosotros, muchísimas veces, utilizamos la verdad para decir que tenemos razón, para darnos más importancia. La utilizamos como un acto más de soberbia. San Juan la utiliza para sacrificarse, como un acto de profunda humildad.

Se peca contra la verdad, desde luego, negándola u ocultándola; pero también se peca contra la verdad esgrimiéndola como un garrote; utilizándola como un arma en manos de nuestros sentimentalismos, de nuestra soberbia, de nuestro odio o de cualquier otra baja pasión. Se peca contra la verdad cuando, con ella, se abofetea un rostro con impunidad. Se peca contra la verdad haciéndose monopolista de la misma e instalándola como un halo en torno a la propia cabeza.

El uso de la verdad es algo mucho más difícil, sacrificado y delicado de lo que nos figuramos. ¡Cuántos presuntos «poseedores» de la verdad han alejado de la misma a muchos que penosamente se acercaban hacia ella, por haber hecho de la verdad una bandera insolente o un arma arrojada lanzada contra los mismos que luchaban por amarla!

¡Cuántas veces habremos hecho que la verdad que decíamos amar, sea menos amada y aparezca menos amable que cuando nosotros salimos inexpertamente a defenderla!

No está mal recordar el uso que San Juan hizo de la verdad: no la usó como un privilegio, sino como un sacrificio.

LA TECNICA PUBLICITARIA DE SAN JUAN

(IV DE ADVIENTO)

Seguimos con San Juan Bautista. Lo pone la Iglesia en los domingos que preceden a la Natividad porque, en realidad, fue él quien preparó la aparición pública de Jesucristo. Juan es el Herald, el Pregonero fantástico y exótico del suceso más grande de la historia del mundo: CRISTO.

El año décimo quinto del imperio de Tiberio César, siendo gobernador de Judea Poncio Pilato, tetrarca de Galilea Herodes, y Lisania tetrarca de Abilene, bajo el pontificado de Anás y Caifás, fue dirigida la palabra de Dios a Juan, hijo de Zacarías, en el desierto. Y vino por toda la región del Jordán predicando el bautismo de penitencia para remisión de los pecados. Según está escrito en el libro de los oráculos del profeta Isaías: Voz del que clama en el desierto: Preparad el camino del Señor, enderezad sus sendas. Todo barranco será rellenado y todo monte y collado allanado y

los caminos tortuosos rectificandos y los ásperos igualados. Y toda carne verá la salvación de Dios.

Juan el Bautista es el propagandista de Cristo. El pregonero. Pero ya decíamos que a San Juan le faltaba técnica propagandística, truco publicitario. Además, hay que concederle que tenía una papeleta difícil: no se trataba de anunciar unas pastillas para la tos o unos relojes de pulsera; San Juan tenía que anunciar a Dios; y a Dios no era fácil conseguirlo por un precio cualquiera; el precio de Dios era el estarle sobre todas las cosas, el dar todo por El, el estar pagando mientras nos durara la vida...

Era difícil la papeleta de Juan.

Convencer a los hombres de que adquirieran a Cristo, y con El la vida eterna, sí...; pero ¡a qué precio!

Y el precio de Cristo es caro. Hubo uno que pretendió venderlo por 30 monedas, pero... valía más..., y el desgraciado se ahorcó. Ha habido otros muchísimos que le han vendido por más... y por menos también que 30 monedas; otros por una persona, otros por un placer...; todos ellos se equivocaron; ahora están allí abajo lamentando para siempre el mal negocio que hicieron.

Es que Cristo vale lo que vale Dios. Es lo más grande que se ha presentado en los mercados del mundo. Y lleva incluida la felicidad eterna de aquel que lo posea.

Difícil papeleta la de San Juan: anunciar a Dios. A un Dios que sólo se puede adquirir ofreciéndole el precio de toda nuestra vida. A precio de sacrificar nuestras pasiones, nuestras inclinaciones más íntimas, nuestros pecados. Como aquel mercader que vendió todo lo que tenía para comprar aquella perla preciosa...; la perla preciosa era Cristo.

Difícil el asunto de San Juan. Pero San Juan no monta una oficina de propaganda; no hace como los técnicos del anuncio, que ensalzan la calidad de la mercancía y tratan de quitar importancia al precio, no. Precisamente al revés. Juan el Bautista, antes que nada, presenta el precio en toda su crudeza; un precio aterrador que nos hace estremecer; San Juan sale al desierto y grita: *Haced penitencia para que se os perdonen vuestros pecados. ¡Penitencia!, honradez, sacrificio...; parece una pesadilla. ¿Por qué se tiene que esconder Dios detrás de una muralla de dificultades..., los diez mandamientos..., la penitencia?*

Pues ya lo decíamos antes. Dios y la vida eterna son cosas de mucho precio. Y Dios no es injusto. El premio es de valor infinito y, sin embargo, no nos exige un precio infinito; no lo podríamos dar; nos lo rebaja mucho a nosotros, los hombres; nos lo da a precio de ganga. Por esto murió Cristo en la cruz: para que nosotros pagáramos menos. Sin embargo, el precio sigue siendo fuerte: cumplir toda la ley. Y... hay dos tarifas: los niños pagan menos; para los niños, el precio es: inocencia. Para nosotros, los que hemos pecado, el precio es: penitencia.

Y la voz terrible de Juan el Bautista seguía clamando en el desierto: *Haced penitencia, porque ya el hacha está puesta a la raíz del árbol, y todo árbol que no dé fruto, será cortado y arrojado al fuego.*

Y dice el Evangelio que los campos de Judea y Jerusalén misma, se despoblaban para oír a Juan, a aquel hombre extraordinario que vestía piel de camello. Y hubo muchos que creyeron a Juan y comenzaron a hacer penitencia.

San Juan vino a preparar los caminos de Cristo. Por eso lo pone la Iglesia en los Evangelios litúrgicos que preceden al día de Navidad.

Y ya llega la Navidad. Esa fiesta bendita que el

mundo cristiano ha dedicado con emoción al Niño-Dios. Cuando el mundo se siente más cerca del cielo, porque los hombres nos hacemos como niños para adorar a un Niño, y siendo niños... estamos más cerca del Reino de los cielos. Esa Navidad que tiene el poder mágico de hacernos otra vez reflorcer todo lo bueno que tuvimos y que quedó, tal vez, muy hundido en nuestro ser. Días misteriosos, en los que el mundo y los hombres somos un poco más buenos que el resto del año. Nos queremos un poco más, sonreímos más, y somos hasta más felices dentro de nosotros mismos...

Este año también. Vamos a ser así. Y vamos a preparar nuestra Navidad. Es muy bonito, es muy hermoso esperar al Niño Jesús con nacimientos, árboles y estrellitas. Está muy bien el turrón, y ojalá lo tuvieran todos...; y estaría todavía mejor que os tocase el gordo.

Pero no os olvidéis de San Juan. Del hombre que gritó que hemos de preparar la llegada de Cristo con la penitencia. Que en estas Navidades Dios esté en vuestras almas. No hagáis unas Navidades sin Dios, porque entonces los nacimientos, las estrellitas, los villancicos y los pastores no pasarían de ser una comedia más en vuestra vida. Si dentro de tu alma no es Pascua, no sé por qué vas a decir: ¡Felices Pascuas! Si en tu alma, dentro, no es Pascua, no sé qué vas a poder sentir cuando niños y grandes te digan al pasar: ¡Felices Pascuas!

No he querido sino repetiros las palabras de San Juan: «Haced penitencia, preparad los caminos del Señor, enderezad sus senderos. Y toda carne verá la salvación de Dios».

Yo os deseo, por mi parte, que tengáis unas Felices Pascuas..., unas Navidades con Dios ...

¿POR QUE NO SE HIZO MEJOR LA PROPAGANDA?

(INFRAOCTAVA DE NAVIDAD)

Ahora es la Presentación del Niño en el Templo.

Otra magnífica ocasión perdida por San José y la Virgen para hacer publicidad de Jesús. Así no nos extraña que pasaran treinta años y nadie supiera nada de Jesús.

Falta de propaganda y de publicidad. Falta de técnica.

Ya hemos visto que primero vino San Juan Bautista, el pregonero del Mesías, pero con fallos elementales de técnica publicitaria.

¿Habéis visto a alguien que haga la propaganda electoral vestido de piel de camello? Pues esto es lo que hace San Juan Bautista. Todavía, si tuviera que anunciar la llegada de un circo o alguna película de las de la selva, podría pasar; pero no. Juan el Bautista viene a anunciar lo más serio que se ha anunciado en este mundo: viene a anunciar a Dios... y aparece vestido de piel de camello. Y para colmo, suelta su pregón en el desierto.

Pero no para ahí la cosa. Ahora llega, por fin, el

Niño, y resulta que la Virgen y San José no son mejores en publicidad.

Naturalmente, nos pone nerviosos el que, antes del Nacimiento, no se les ocurriera decir nada a nadie. Luego pasó lo que pasó: en una cueva y sin enterarse nadie, más que unos pastores y un par de animales.

Nosotros, hoy, hubiéramos hecho esto mucho mejor: publicidad discretamente sacra..., artículos sobre los antecedentes de José y María, fotografías de San José, tomado desde un ángulo interesante en su taller de carpintería...; de María volviendo de la fuente; paisajes típicos y escenas folklóricas de Nazaret; algún cortometraje de la boda..., y, después, más tarde, el anuncio de la proximidad del gran acontecimiento: entrevista de la prensa, radio y televisión con San José, que contesta con sencillez y emoción campesinas..., disculpa el no presentar a su esposa, a fin de evitarle emociones inconvenientes; solamente alguna discretísima fotografía de la Virgen haciendo unos zapatitos de punto para el Niño...

Es decir, amigos: hoy, nosotros, hubiéramos hecho algo así; entonces, contando con los medios de que entonces se disponía, hubiéramos hecho algo semejante, en esta línea de cosas. Es decir: una propaganda más efectiva. Hubiéramos organizado una serie de juntas, comités y comisiones para el recibimiento del Mesías...; algo, siquiera algo de lo que hacemos con todos los grandes personajes..., hasta con los centenarios de nuestros Santos...

Pero, no. Ni San Juan, ni la Virgen, ni San José.

Llega el Nacimiento, y nada. No saben sacarle partido a un acontecimiento tan fantástico. Y ahora llega la Presentación en el Templo, otra ocasión magnífica para hacer la propaganda de Cristo, y tampoco. Lo vais a ver, vamos a leer el Evangelio:

En aquel tiempo, José y María, la Madre de Jesús, estaban maravillados de lo que del Niño decía Simeón. El cual les bendijo y dijo a María, su Madre: He aquí que este Niño ha sido puesto para ruina y levantamiento de muchos en Israel, y para signo de contradicción; y una espada de dolor atravesará tu alma, para que se descubran los pensamientos de muchos corazones.

Había una profetisa, Ana, hija de Fanael de la tribu de Aser, muy avanzada en años. Casada en los días de su adolescencia, vivió siete años con su marido. Y permaneció viuda hasta los ochenta y cuatro. No se apartaba del Templo, sirviendo con ayunos y oraciones noche y día. Como viniese en aquella misma hora, alabó a Dios y hablaba de Él a cuantos esperaban la redención de Israel.

Y cumplidas todas estas cosas, según la ley del Señor, se volvieron a Galilea, a la ciudad de Nazaret.

El Niño crecía y se fortalecía lleno de sabiduría; y la gracia de Dios estaba en Él.

Aquí no se explota el acontecimiento de la venida de Cristo a este mundo; otra ocasión perdida por ese afán de querer hacerlo todo humildemente, sencillamente. ¡Con lo bien que se podría haber organizado esta ceremonia de la Presentación del Niño en el Templo de Jerusalén!

Se podría haber organizado una fantástica comitiva de Belén a Jerusalén, con entrada solemnísima en el Templo. El recorrido de ocho kilómetros cubier-

to por una legión de pretorianos en uniforme de gala, con coraza, casco y lanza; igual que los romanos de nuestras procesiones de Semana Santa.

Después, la comitiva. Y abriendo el cortejo, unos legionarios a caballo. A continuación, una sección de trompetas de plata del Templo de Jerusalén. Después, tiradas por cuadrigas, las carrozas alusivas a la historia de Israel: Adán, el Paraíso, la caída y la promesa del Mesías, el Arca de Noé, etc.; después de varias carrozas, un gran coro de niños, todos bien uniformados con sus túnicas blancas y cantando el *Hosanna* al Hijo de David...

Sencillamente emocionante. Después, más carrozas con símbolos de los patriarcas: Abrahan, Isaac, Jacob, y alusiones históricas gloriosas: la liberación de Egipto, el paso del mar Rojo, el Sinaí, las murallas de Jericó...

Después, el coro de vírgenes cantando salmos de alabanza; más carrozas: los profetas, los de los grandes textos mesiánicos: Isaías, Jeremías, Ezequiel, Daniel, Miqueas, Zacarías...

Por fin, tirada por cuatro caballos blancos, la carroza más preciosa, y en ella, sentada en un trono, la Virgen con el Niño en brazos, y detrás, de pie, San José, bien colocado, como en los cuadros de Rafael...

Luego, naturalmente, vendrían las autoridades: rabinos, jefes de sinagoga, doctores de la ley, los notables de las comarcas, jefes de esto, jefes de aquello, jefes de lo de más allá; y detrás unos piquetes de la policía del Sanedrín y de las fuerzas de ocupación romanas, para contener al pueblo que se abalanzaría detrás, en muchedumbre inmensa...

El hecho no es para menos: Dios, el mismo Dios que viene al mundo. ¿Cuándo ha habido personaje más importante en la tierra? ¿Cuándo se merecía haber

hecho un recibimiento más solemne? Es evidente; y todo lo que se hubiera hecho sería poco.

Lo incomprensible para nosotros es que no se hizo nada en esa ocasión. Los enterados, los que estaban más en el asunto, obran de una forma extraña que no nos explicamos: San Juan Bautista hecho una facha y predicando en despoblado; San José y la Virgen metidos en un establo y sin decir a nadie que va a nacer el Niño. Total, que no se enteran más que unos cabreros de la sierra.

Y ahora, el día que vienen a la ciudad, fijaos bien a qué personajes presentan al Niño; solo dos: el uno, Simeón, un pobre vejete, bueno sí, pero ya a punto de morir y sin ninguna categoría social; y la otra, Ana, una viejecilla de ochenta y cuatro años, que se pasaba toda la vida de la iglesia a casa y de casa a la iglesia; una auténtica beata.

Y nadie más. ¿En qué estarían pensando San Juan Bautista y San José y la Virgen? Gracias a que uno es buen católico y les perdona. Pero estas cosas no se hacen así, sin invitar a las autoridades, a las fuerzas vivas, a la Banca, a la Prensa, a la Industria...

Es lo primero que se nos hubiera ocurrido a nosotros; una recepción en regla: discursos ante la muchedumbre que llenaría los atrios del Templo de Jerusalén, calurosas palabras de bienvenida...

Pero todo sucede al revés: hay un discurso que le echa a la Virgen el anciano Simeón, que es un auténtico jarro de agua fría. En lugar de los aplausos y los vivas acostumbrados, Simeón le dice a la Virgen, sin preámbulos, que el Niño está puesto para ruina y levantamiento de muchos en Israel, y para signo de contradicción; y que una espada de dolor atravesará el alma de María.

¿Qué os parece? Pues aquella tarde, San José y la Virgen, con el Niño en brazos, de vuelta a Belén, a

pie, como los pobres, y con materia para pensar en lo que había profetizado el viejo Simeón: la espada de dolor..., el signo de contradicción...

No se hizo a nuestro gusto la propaganda de Dios. ¿Por qué? Porque Dios no quiso. Ni por culpa de San Juan, ni por culpa de San José, ni por culpa de la Virgen. Estos no hicieron sino cumplir a la letra la voluntad de Dios, que lo quiso así. De ese Dios que tiene muchos más medios de propaganda que nosotros, y posee muchas más ideas sobre el mismo arte.

Sin embargo, ahí tenéis la paradoja. La Navidad de Cristo, lo menos anunciado, es hoy algo de lo más propagado por el mundo entero, algo de lo más arraigado y entrañado en el corazón de los hombres.

El Niño Jesús, la Virgen, San José y San Juan Bautista nos dan una lección de la sublime elegancia de la humildad y la sencillez.

Nos dicen, suavemente, que lo que a nosotros nos sobra es: cuento.

Lo que muchas veces nos falta es: sencillez, elegancia espiritual.

¿QUE LES VAMOS A PEDIR A LOS REYES?

(EPIFANIA)

Se dice, a veces, por ahí, que el Evangelio es cosa antigua, que no se adapta a nuestros tiempos. Protesto. Ahí tenéis, por ejemplo, los trozos de Evangelio que consideramos estos días de Navidad: el comienzo de la vida de Cristo: Jesús, María y José: una joven familia que no tiene piso. ¡Cosa más moderna..., cosa más actual! Como que tiene hasta su toque neorrealista con su asunto de problema de la vivienda..., con eso de que el Niño nace en un corral de suburbio (8 kilómetros del centro de Jerusalén)..., con su aventura de escapados a través de la frontera (huida a Egipto), de persecución de la policía de Herodes... No puede ser más actual.

María y José, matrimonio joven sin piso. Jesús, María y José, refugiados políticos, perseguidos a muerte por acusación de intentar derrocar al régimen. ¡No me digáis que esto no es actual!

Otra de las cosas que se dicen por ahí es que Jesucristo no quiso nada con los ricos; que los invitados a su Nacimiento fueron los pastores: gente po-

bre. Tampoco esto es íntegramente cierto. Los pastores fueron algunos de los invitados, no todos; fueron los invitados nacionales; se les pasó la invitación por medio de un ángel. Pero hubo también otros invitados: los invitados del extranjero; se les pasó la invitación por medio de una estrella, y vinieron. Y, ciertamente, no eran pobres; tuvieron que costearse el viaje de ida y vuelta desde muy lejos, y además trajeron regalos preciosos, entre ellos, oro. Luego no eran pobres.

El Niño Jesús llama a todos: ricos y pobres; decir lo contrario puede ser sentimentalismo y demagogia. Pero no es verdad evangélica. Ya lo dijeron los ángeles en esta ocasión: Dijo ha venido a traer paz a la tierra a los hombres de buena voluntad, sean pobres o sean ricos. Lo que hace falta es buena voluntad y buenas obras para conseguir la bendición de Cristo.

Vamos a leer el Evangelio:

En aquel tiempo, habiendo nacido Jesús en Belén de Judá, en tiempo del rey Herodes, he aquí que unos Magos vinieron del Oriente a Jerusalén, diciendo: ¿Dónde está el Rey de los judíos que ha nacido? Porque vimos su estrella en el Oriente y venimos a adorarle. El rey Herodes, cuando lo oyó, se turbó, y todo Jerusalén con él. Y convocando a todos los príncipes de los sacerdotes y a los escribas del pueblo, les preguntaba dónde había de nacer el Cristo. Y ellos dijeron: En Belén de Judá, porque así está escrito por el Profeta: Y tú, Belén, tierra de Judá, no eres la menor entre las principales de Judá, porque de ti saldrá el caudillo que gobernará a mi pueblo Is-

rael. Entonces, Herodes, llamando en secreto a los Magos, se informó cuidadosamente del tiempo en que se les apareció la estrella. Y enviándolos a Belén, les dijo: Id e informaos bien del Niño, y cuando le hubiereis hallado, hacédmelo saber, para que yo también vaya a adorarle. Ellos, habiéndole oído, se fueron. Y he aquí que la estrella que habían visto en Oriente iba delante de ellos hasta que, llegando, se paró encima de donde estaba el Niño. Y cuando vieron la estrella se regocijaron en gran manera. Y entrando en la casa, hallaron al Niño con María, su Madre, y postrándose le adoraron. Y abiertos sus tesoros, le ofrecieron dones: oro, incienso y mirra. Y habiendo recibido un aviso en sueños de que no volviesen a Herodes, se volvieron a su tierra por otro camino.

Dicen por ahí que los Reyes Magos traen cosas solo a los niños. No es verdad. Lo que pasa es que nosotros, los grandes, deberíamos creer en los Reyes Magos un poco más de lo que creemos.

No sé si sabéis que los Magos, fueran reyes o no, el hecho es que fueron unos personajes auténticos y que hoy son Santos de la Iglesia, lo mismo que San José, San Antonio y Santa Teresa. Por lo tanto tienen ante Dios gran poder para concedernos gracias.

Claro está que los grandes podemos pedir cosas a los Reyes Magos, y claro que los Reyes Magos nos las concederán, si las pedimos como dice el catecismo: con atención, humildad, confianza y perseverancia....

y si pedimos cosas que verdaderamente nos convienen delante de Dios.

Los niños les piden unos patines, una muñeca, un pelotón, una cocinita. ¿Qué tal que nosotros, los grandes, les pidiéramos: paciencia, honradez en la vida, amor al prójimo, moderación en la lengua, limpieza de alma y, en general, más fundamento? Estoy seguro de que los Reyes nos darían algunas cosas de estas con muchísimo gusto..., más a gusto todavía que con el que le darían una muñeca a Merceditas.

Lo malo es que nuestras peticiones a los Reyes muchas veces no coinciden con lo que ellos quisieran darnos o están dispuestos a darnos. Es lo mismo que ocurre con las peticiones de los niños. Felisín, que es hijo de guardia, les ha pedido una pistola como la que lleva su padre, pero los Reyes le han traído una pelota de goma de colores...

Y a los grandes nos pasa lo mismo; les pedimos cosas así como: más dinero, más juerga, menos molestias, menos trabajo, que nos quiten todos los sacrificios y que podamos hacer siempre lo que nos da la gana. Y... claro: a Melchor, Gaspar y Baltasar estas peticiones no les hacen gracia, les parecen poco convenientes y no nos las conceden.

Nosotros nos hemos enterado de que los Reyes Magos traen oro, incienso y mirra; y como estas son tres cosas que nos gustan a nosotros mucho, siempre les pedimos algo de esto: fortuna, honores, comodidades; oro, incienso y mirra.

Pero no; ellos no traían estas cosas para nosotros, los hombres: ellos las traían para Dios, y solo para Dios. Ellos sabían muy bien que para ver a Dios hay que sacrificar estas tres cosas: hay que decidirse a repartir el propio oro, hay que convencerse de que el incienso no es para uno mismo, y hay que sacri-

ficar la mirra de las comodidades y de la sensualidad.

No sé si caemos en la cuenta de que los Reyes Magos atravesaron el desierto precisamente para despojarse de estas tres cosas. Fijaos bien: no para conseguir las, sino al revés.

Oro, incienso y mirra son las cosas que causan los pecados y la perdición de los hombres. Los Magos lo sabían, se despojaron de ellas y fueron a ponerlas a los pies de Dios.

Y ahora vamos nosotros a pedirles el regalo de Reyes, y resulta que, invariablemente, les pedimos precisamente eso: algo de oro, algo de incienso o algo de mirra.

Claro que no nos darán. Desde luego que no. No son tan perversos como eso. A ellos, que eran tres santos, les hacían daño estas tres cosas, hasta el punto que fueron a entregarlas al mismo Dios.

A nosotros, que no somos tan santos, no pueden dárse nos cosas más peligrosas y explosivas. La prueba es que el mundo y los hombres estamos ardiendo por estas tres cosas. No. Los Reyes Magos no nos quieren mal, y, ciertamente, no es probable que nos regalen estas cosas.

¿Por qué no les pedimos algo del valor y del sacrificio que ellos tuvieron?

Valor para seguir la estrella de nuestra obligación.

Sacrificio para atravesar todos los desiertos que encontremos en la vida.

¿Por qué no les pedimos que nos den generosidad para repartir nuestro oro con los pobres de Cristo: humildad y sinceridad para no buscar el aplauso de los hombres; sacrificio para superar nuestro egoísmo?

Estoy seguro de que si les pedimos algo de esto, nos lo conceden.

Los Reyes Magos son muy buenos..., también con nosotros, con los grandes.

FAMILIA Y SOCIEDAD

(I DESPUES DE EPIFANIA - SAGRADA FAMILIA)

Hoy es la fiesta de la Sagrada Familia. Jesucristo quiso vivir, de treinta y tres años, treinta en el seno de una familia. Sin embargo, de esos treinta años los Evangelios apenas si hablan. De todas maneras, dicen bastante. Os leo el Evangelio:

Cuando Jesús era ya de doce años, subieron sus padres con Él a Jerusalén, según el rito festivo. Y al volverse ellos, acabados los días de la fiesta, el Niño Jesús se quedó en Jerusalén, sin que sus padres lo echasen de ver. Pensando que estaba en la caravana que marchaba hacia Galilea, anduvieron el camino de un día y le buscaron entre los parientes y conocidos. Y, al no hallarle, se volvieron a Jerusalén en busca suya. Al cabo de tres días le hallaron en el Templo sentado en medio de los doctores, oyéndoles y preguntándoles. Cuantos le oían se maravillaban de su inteligencia y de sus respuestas. Cuando sus padres le vieron, se

maravillaron y le dijo su Madre: Hijo, ¿por qué has hecho esto con nosotros? Mira que tu padre y yo, apenados, andábamos buscándote. Y Él les dijo: ¿Por qué me buscábais? ¿No sabíais que conviene que me ocupe de las cosas de mi Padre? Ellos no entendieron lo que les quería decir. Bajó con ellos y vino a Nazaret y les estaba sujeto, y su Madre conservaba todo esto en su corazón. Y Jesús crecía en sabiduría y edad y gracia ante Dios y ante los hombres.

Jesucristo, el Salvador del mundo, de treinta y tres años, treinta para santificar a la familia. Tres años para todo lo demás: para salvar al mundo.

Jesucristo vino a darnos ejemplo de vida. Y se puede decir que casi toda su vida no fue nada más que esto: vida de familia.

Hay que comprender que Cristo no tenía el quehacer y las ocupaciones que tenemos nosotros, para quienes la familia se reduce a un sitio donde vamos de prisa a comer y un sitio donde dormimos. Tenemos fuera cosas mucho más importantes que la familia.

Cristo no tenía entre manos asuntos tan importantes como nosotros. Tenía que salvar el mundo, pero, fuera de eso, apenas tenía otra cosa.

Además, nosotros concebimos que el mundo se salva con la industria, la producción, el comercio, la política, el Estado, el deporte, los armamentos, la propaganda...

¿Y la familia?

La familia... Ah..., sí. La familia muy bien, gracias.

Terrible ironía la de esta frasecita tan repetida hoy por nosotros: «la familia muy bien, gracias».

Cuando la familia es, tal vez, la tragedia más honda de nuestra sociedad.

Hacemos industrias, hacemos escuelas, hacemos hospitales..., todos muy buenos; hacemos partidos políticos, Gobiernos y Estados; hacemos naciones... Todo eso estará muy bien hecho..., pero es que se nos hunde la familia: y si se hunde la familia, se hundirá sin remedio la Sociedad y nuestras preciosas industrias y escuelas, y hospitales y partidos, y Gobiernos y naciones..., y el mundo entero.

Estamos haciendo muchas cosas, pero tal vez nos estamos olvidando de forjar hombres... Y el hombre es una pieza muy difícil de forjar. Solo puede darle temple la acción profunda y duradera de un hogar cálido, donde arda siempre una llama constante.

Jesucristo empleó treinta años en santificar la familia.

Jesucristo vino a darnos ejemplo de vida.

Si para todo, mucho más para ser hombre, para saltar al juego de la vida, necesitamos de un entrenamiento severo; y más que nada, necesitamos dos armas en la vida: amor y sacrificio.

Nacemos para ser amados y para amar; es decir: nacemos para el amor y para el sacrificio. Y Dios ha querido que no haya escuela más sublime de amor y sacrificio que la familia.

Se han hecho muchas pruebas desgraciadas y criminales de incubar seres humanos fuera del calor natural de una familia.

Sí. El Estado es omnipotente..., lo puede todo..., menos amar como ama una madre, sacrificarse como se sacrifica un padre de familia por sus hijos.

Esos niños que crecen fuera de una familia, crecerán con la mirada dura..., no sabrán qué es amor, qué es sacrificio, porque muy pocos, tal vez nadie, se habrá sacrificado por ellos. Mañana..., podrán ser es-

clavos de cualquier idea inhumana, podrán ser tiranos sin corazón, podrán ser cualquier cosa..., menos hombres.

Desarticulad la familia, apagad los hogares, y sembraréis el mundo de salvajes.

Dios vino al mundo a darnos ejemplo de vida, y quiso vivir en el seno de una familia: la Sagrada Familia.

¿Por qué será que muchas veces que pienso u oigo estas palabras: «la Sagrada Familia», me vienen a la imaginación esas miserables chozas y cabañas que rodean nuestras ciudades y donde viven seres humanos: ancianos, madres, niños..., seres que nosotros tenemos la «elegancia» de ignorarlos, porque tal vez veríamos una anciana que, más que un ser humano, parecería un amasijo de enfermedad y porquería...; tal vez veríamos los ojos terribles de un padre de familia que está enfermo, pero tiene unos niños pequeños, y no sabe si seguir trabajando y muriendo, o si empezar a beber..., a olvidar y a morir...; tal vez veríamos a esos niños de ocho años, semidesnudos, con el vientre abultado y con cara de adultos...?

La Sagrada Familia, amigos..., sí. Esas familias miserables son algo sagrado, algo que debería ser primordialmente sagrado para nosotros. Cuando Cristo dice que todo lo que hagamos por los pobres, lo hacemos por El, nos está diciendo que estas familias miserables, son la Sagrada Familia.

Además, si la Sagrada Familia hubiera vivido en nuestros tiempos, yo creo que hubiera escogido vivir en una de esas chozas (si Dios quiso nacer en una cuadra, no es extraño). Serían, tal vez, inmigrantes (de hecho lo fueron en Egipto). San José andaría buscando trabajo; tal vez, después de algunos días, conseguiría algún sueldito de esos...

Yo no sé lo que le pasó a la Sagrada Familia en

Egipto; no lo dice el Evangelio; pero yo sé lo que le hubiera pasado si hubiera emigrado a una de nuestras ciudades...

Al pobre San José le harían falta, tal vez, varios días de trabajo para poder vestir y calzar al Niño Jesús... y, mientras tanto, tenían que comer... La Virgen tendría que hacer maravillas componiendo la ropa de todos ellos; y, Dios sabe, cuándo podría hacerse un vestidito nuevo. Y luego el frío, y la humedad, y aquella medicina que tenía que tomar San José, pero como era tan cara...

Os repito, amigos, que yo no sé lo que les pasó en Egipto, pero yo sé algo de lo que les pasaría aquí.

La Sagrada Familia, eso sí, siguieron siendo buenos y santos en Egipto. Y, desde luego, lo serían también aquí si vivieran en una choza de lata..., pero, ya me comprendéis que, no siendo Jesús, María y José, no es tan fácil vivir así, en la miseria, y seguir siendo buenos...

La Sagrada Familia estaba en este mundo para pagar por los pecados de los otros, por nuestros pecados.

Estas familias de las cabañas, también tienen algo de sagradas, porque también creo que están pagando por los pecados de otros..., por los pecados de muchos de nosotros, que hemos hecho una sociedad así...

Tal vez pagan por los pecados de otras familias que tenían una hermosa casa, pero no tenían amor y sacrificio..., donde crecieron unos niños que aprendieron a ser egoístas y no aprendieron a amar a los demás hombres y a sacrificarse por ellos... Luego, aquellos niños se han ido haciendo hombres y mujeres, que se han acostumbrado a mirar por ellos mismos, y no les impresiona ni les interesa lo que pueda sucederle a la Sagrada Familia..., a tantas sagradas familias.

Amigos, la tragedia de la familia está inexorablemente ligada a la tragedia del mundo.

Sobre las ruinas de nuestros hogares no podrá crecer más que la selva.

Hay familias que no son familias, porque no quieren.

Hay familias que no son familias, porque no pueden.

Sobre las ruinas de ambas, crece inexorablemente la selva.

Y la selva sólo se puebla de fieras.

LAS BODAS DE CANA, LAS BODAS DE FIGARO, LAS BODAS DE CAMACHO Y LAS BODAS DE LUIS ALONSO

(II DESPUES DE EPIFANIA)

El Evangelio de las bodas de Caná es la historia de cómo se resolvió milagrosamente un apuro que podía haber resultado en un bochorno familiar, precisamente en el día más grande de aquel joven matrimonio.

Ya sabéis la historia: a mitad del banquete se acabó el vino; cuando todavía faltaba el plato fuerte.

No es extraño que ocurriera eso. Y es que, además de los invitados normales, parientes, etc., invitaron también a Jesús y a sus discípulos.

Y claro: los discípulos..., un buen grupo de hombres hechos y derechos..., hombres de mar muchos de ellos..., os podéis figurar cómo andarían las ánforas del vino. Buenos hombres ellos, ¡no faltaba más!, los apóstoles, y bien honrados; pero que le harían al vino todos los honores que suelen hacerle los hombres honrados.

El hecho es que el vino se acabó; probablemente, antes de empezar con el cordero.

Dice así el Evangelio:

Al tercer día hubo una boda en Caná de Galilea, y estaba allí la Madre de Jesús. Fue invitado también Jesús con sus discípulos a la boda. Y como se acabara el vino, dijo la Madre de Jesús a Este: No tienen vino. Díjole Jesús: Mujer, ¿qué nos va a Mí y a Ti? No es llegada mi hora. Dijo la Madre a los servidores. Haced lo que Él os diga.

Había allí seis tinajas de piedra para las purificaciones de los judíos, en cada una de las cuales cabían dos o tres metretas. Díjoles Jesús: Llenad las tinajas de agua. Las llenaron hasta el borde. El les dijo: Sacad ahora y llevadlo al maestresala. Se lo llevaron; y luego que el maestresala probó el agua convertida en vino (él no sabía de dónde venía, pero lo sabían los servidores que habían sacado el agua), llamó al novio y le dijo: Todos sirven primero el vino bueno, y cuando están ya bebidos, el peor; pero tú has guardado hasta ahora el vino mejor.

Este fue el primer milagro que hizo Jesús en Caná de Galilea, manifestando su gloria, y creyeron en Él sus discípulos.

Lo interesante de este pasaje del Evangelio es que Cristo y la Virgen tienen el rasgo simpático y emotivo de asistir a una boda, de bendecirla con su presencia y hasta con sus milagros. Estoy seguro de que estos novios, después, en su vida matrimonial, tendrían que sufrir, tendrían que pasar por muchas pruebas de adversidad, pobreza, enfermedades, dis-

gustos..., pero estoy seguro de que lo superaron todo, de que fueron un matrimonio feliz, un matrimonio que llevó siempre consigo aquella bendición de Cristo y de la Virgen, a quienes tuvieron la buena idea de invitar en el día de su boda.

Os podéis figurar, ya de viejecitos, cómo les contarían por milésima vez a sus hijos y nietos:

—No sabéis lo que fue nuestra boda... Estuvo el mismo Jesús... así, al lado de este, y su Madre, María, así, a mi lado, y todos los apóstoles; ¿te acuerdas, Ismael?

—El vino más rico que he probado en mi vida...

De lo que sí podemos estar seguros es de que aquellos esposos fueron felices durante toda su vida, porque invitaron a sus bodas a Cristo y a la Virgen; y porque formaron un hogar cristiano con todo lo que esto supone de rectitud y de entrega y de sacrificio. El haber fundado un hogar con Cristo.

Las bodas de Caná. Unas auténticas bodas cristianas.

Pero hay otras muchas bodas que no son precisamente bodas de Caná. Hay otras bodas por ahí, que todos conocemos, que tienen poco de bodas de Caná y sí tienen bastante de bodas de Fígaro, o de bodas de Camacho, o de bodas de Luis Alonso.

Algunas, bastante de bodas de Fígaro; es decir: bastante de ópera en la boda y después de la boda. Otras, bastante de bodas de Camacho; es decir: bastante de juergazo y de materialismo. Y otras bastante de zarzuela: bodas de Luis Alonso.

Ya os habréis dado cuenta de que gran parte de las novelas, de las obras teatrales y de las películas de cine terminan en boda después de una serie de peripecias. Él es un hombre valeroso que lucha con la selva, con los bandidos, con el mar, con los elementos y salva a la muchacha de la traición, de la

brutalidad, de la miseria o del abandono. Ella tiene que sobrellevar angustias, soledad, incomprendiones, pero su amor inmenso y su grandeza de corazón triunfan de todo..., se casan, y en este momento termina la película.

No hay derecho. Lo que queremos saber es: a ver lo valerosos que son después. Lo difícil viene ahora. Ahora es cuando les queremos ver cómo resuelven las dificultades que salen al paso en la vida familiar.

A ver si el hombre valeroso que supo triunfar de la selva, de los bandidos y de los cocodrilos del Amazonas, sabe ser valiente para resistir impasible y sin armar un cisco familiar cuando su adorable mujercita le ponga, durante quince días seguidos, macarrones mal puestos para cenar.

¡Aquí quiero yo ver a los hombres valientes!

Lo mismo digo de la mujercita encantadora que, en la película, se gana el corazón del valeroso joven; lo que queremos nosotros saber es si se conserva tan encantadora y abnegada cuando pasan días y días sin que su esposo le saque ni una vez a pasear ni al cine ni a ningún sitio, porque a él le gusta irse con sus amigos al fútbol, con sus amigos al bar, con sus amigos al café; y si alguna tarde se queda en casa, apenas si se da cuenta de que allí está la protagonista...; lo único que profundamente le interesa son las zapatillas y el periódico.

¡Aquí quiero yo ver a la heroína de película!

Lo heroico está aquí, no allí. Lo sublime no es triunfar de los cocodrilos del Amazonas y de los canallas de la sociedad; lo sublime es saber triunfar de lo vulgar, de lo trivial de la vida. Tener un amor que venza la monotonía, el hastío, el aburrimiento; saber llenar con amor, sacrificio y abnegación esos días grises que tienen poco de película y de novela, pero que son los más en la vida de los hombres.

Serán días en los que se os va a acabar el vino que llevásteis a vuestra boda, días en los que os va a hacer falta el vino que sólo puede traer Cristo, si es que invitasteis a Cristo a vuestra boda, si es que le seguís teniendo por invitado en vuestro matrimonio y en vuestro hogar..., si es que vuestras bodas fueron unas bodas de Caná.

Si no..., es fácil que os llevéis alguna sorpresa desagradable, por mucha música que hubiera en vuestras bodas de Fígaro, por colosal que fuera el banquetazo de vuestras bodas de Camacho, o por muy divertidas que fueran vuestras bodas de Luis Alonso.

Antes del día en que a ti te vengan ganas imperiosas de decirle a ella que desde mañana te irás a comer a la fonda; y antes del día en que a ti te vengan ganas de decirle a él que te vas a casa de tu madre, ¿por qué no vais a la Virgen y le decís: «Madre, ya ves que se nos está acabando el vino»? Si la Virgen lo hizo por aquellos de Caná, ¿por qué no lo va a hacer con vosotros? Ella irá a Cristo y le dirá que os arregle vuestras cosas.

Estoy seguro de que Cristo irá convenciéndole a él de que no se ha casado con una que le hace la comida, le lava la ropa y le zurce los calcetines, sino con una esposa que debe ser la mitad de su vida, la mitad de sus alegrías y la mitad de sus tristezas.

Estoy seguro de que Cristo irá convenciéndole también a ella de que no se casó con un maridito de cine que se pasaría la vida comprándole joyas y vestidos y abrigos, y que la llevaría a Venecia a pasearla en góndola las noches de luna; es fácil que Cristo le vaya convenciendo de que lo más grande del amor está en amarle en sus grandezas y en sus debilidades, con sus buenas cualidades y con sus majaderías y brusquedades.

La película, la novela interesante, la valerosa y

la que necesitará, a veces, de vuestro temple de héroes, comienza el día de vuestra boda; allí cuando terminan las películas de la pantalla.

Además, sabed que tenéis un público mucho más selecto. Allí, los espectadores son unos cuantos que han ido a pasar el rato; aquí, en vuestra vida matrimonial, tenéis por espectadores a Dios, a los ángeles y a los hombres que más queréis y vais a querer en esta vida: vuestros hijos.

Los novios de Caná lo tenían todo previsto...; sin embargo, faltó el vino. A vosotros os va a pasar, si no os ha pasado ya, lo mismo: en vuestra vida familiar os van a faltar muchas cosas que no esperabais que os faltaran. Lo importante es que en ese momento estén Cristo y la Virgen con vosotros, para que ellos os den la energía, el sacrificio y el amor verdadero que muchas veces os harán falta.

Cristo puede convertir el agua en vino en un momento. Vuestras penas, vuestras dificultades familiares puede también convertirlas en felicidad, si es que tenéis la buena idea de invitar a vuestro hogar a Cristo y a su Madre, la Virgen.

TRES MANERAS DE QUERER

(III DESPUES DE EPIFANIA)

Ocurre bastantes veces que nosotros queremos una cosa y Dios quiere otra. Hay bastantes ocasiones en que no coincidimos.

Nosotros queremos y pedimos a Dios que tengamos éxito en unos exámenes, que se nos cure una enfermedad que tenemos..., y puede ser que Dios no quiera eso; puede ser que Dios quiera que escarmentemos de algo o que nos acordemos más de Él, y de que la suprema finalidad de nuestra vida no es el estar sanos y vigorosos, y el aprobar los exámenes y el tener mucho dinero y mucha suerte, sino algo mucho más importante que eso.

Ya sabéis: el niño de dos años quiere las tijeras, pero su madre no quiere darle las tijeras. Distintos pareceres. El crío patalea, el crío tiene un berrinche, el crío cree que su madre no le quiere. El crío *quiere* las tijeras. Al crío no hay quien le convenza de que las tijeras no le convienen. Pero su madre *no quiere* darle las tijeras y no se las da.

Nosotros, en comparación de Dios, como críos; mucho menos que críos.

El Evangelio de este domingo nos relata un caso en el que un hombre quería una cosa, pero se la pidió a Dios solamente si también Dios la quería. Y Dios quiso. Dice así el Evangelio:

Como bajara Jesús del monte, le siguieron muchedumbres numerosas y, acercándosele un leproso, se postró ante El, diciendo: Señor, si quieres, puedes limpiarme. El, extendiendo la mano, le tocó y dijo: Quiero, sé limpio. Y al instante quedó limpio de su lepra. Jesús le advirtió: Mira, no lo digas a nadie, sino ve a mostrarte al sacerdote y ofrece la ofrenda que Moisés mandó para que les sirva de testimonio.

Y entrando en Cafarnaum, se le acercó un centurión suplicándole y diciéndole: Señor, mi siervo yace en casa parálítico, gravemente atormentado. El le dijo: Yo iré y le curaré. Y, respondiendo el centurión, dijo: Señor, yo no soy digno de que entres bajo mi techo; di solo una palabra y mi siervo será curado. Porque yo soy un subordinado, pero bajo mí tengo soldados, y digo a este: Ve, y va; y al otro: Ven, y viene; y a mi esclavo: Haz esto, y lo hace. Oyéndole Jesús, se maravilló y dijo a los que le seguían: En verdad os digo que no he hallado tanta fe en Israel. Os digo, pues, que del Oriente y Occidente vendrán y se sentarán a la mesa con Abraham, Isaac y Jacob en el Reino de los cielos; mientras que los hijos del reino serán arrojados a las tinieblas exteriores, donde habrá llanto y crujir de dientes. Y

dijo Jesús al centurión: Ve, hágase contigo según has creído. Y en aquella hora quedó curado el siervo.

El caso del leproso: «Señor —dice este—, si quieres, puedes limpiarme». Y Cristo dijo: «Quiero», y le curó.

Un caso en el que el hombre y Dios querían la misma cosa. No es frecuente.

Lo frecuente es lo contrario: que nosotros queramos una cosa y Dios quiera otra.

Nosotros solemos querer que nos toque el gordo, que ganemos las oposiciones, que se nos cure el dolor aquel, que encontremos un novio interesante y con dinero...

Y resulta que, tal vez, Dios no quiere precisamente eso.

Y no es porque Dios nos quiera mal; esto es absurdo: es lo de la madre y el niño que quería las tijeras.

¿Por qué no tenemos la valentía de pedir a Dios las cosas como se las pedía este leproso?: Señor, si quieres...

Porque si Dios no quiere que encuentre ese novio, que me cure de esta tuberculosis, que consiga ese piso o que me concedan ese ascenso..., pues tampoco lo debo querer yo. Aunque me parezca evidente que yo pido una cosa buena. También al niño le parecía evidente que las tijeras eran una cosa buena para él.

Señor, que encuentre novio, si es que es tu voluntad, y si no... que me quede soltera.

Señor, cúrame esta tuberculosis, si Tú quieres, y si no..., si es tu voluntad, que muera tuberculoso.

Es difícil rezar así; y, sin embargo, es la única manera como debemos rezar. Es la oración del lepro-

so: Señor: si quieres, puedes limpiarme..., si no, pues leproso toda la vida.

Una vez le pidieron a Cristo los apóstoles que les enseñase a rezar.

Y Cristo les enseñó el Padrenuestro.

En el Padrenuestro pedimos: el pan de cada día, que nos libre del mal, que nos perdone...

Pero, antes de pedir esto, pedimos a Dios que ante todo se haga su voluntad, así en la tierra como en el cielo.

Queremos ser grandes, queremos ser felices. Inevitablemente; pero ¿sabemos quererlo? ¿Somos inteligentes al querer nuestra felicidad, nuestra grandeza?

Fíjate. ¿Quieres ser el mayor? Dice Cristo: «Hazte como el menor. Sirve a los demás. Los últimos serán los primeros. A vosotros, que lo habéis dejado todo, os concederé yo el juzgar a las doce tribus de Israel».

Un día, una señora fue ingenuamente a Cristo con una petición: «Señor, haz que estos dos hijos míos estén uno a la derecha y otro a la izquierda de Ti en el Reino de Dios».

Esto es lo que quería aquella señora, pero no lo quería exactamente como lo quiere Dios.

Por eso Cristo contestó, dirigiéndose a los hijos: «¿Podéis sufrir como Yo voy a sufrir?»

Y aquellos dos jóvenes supieron querer como Dios quería: sufrieron con Cristo, se humillaron con Cristo y consiguieron lo que quería su madre. Hoy están en el cielo en los puestos más elevados. Son los apóstoles Santiago y San Juan.

Querían, y supieron querer. Porque quisieron las cosas como las quiere Dios. Es el secreto del triunfo.

Tampoco a Cristo le gustaba ir a la Pasión y a la Muerte. Fijaos en la oración de Cristo: *Padre, si es posible, pase de Mí este cáliz; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya.*

Cristo no se atrevió a pedir, si no era esa la voluntad de Dios.

Hay tres maneras típicas de querer algo:

Primera: Querer algo por encima de todo, aunque no lo quiera Dios.

Segunda: Querer algo que tal vez quiere Dios, pero no como lo quiere Dios.

Tercera: Querer algo, si es que lo quiere Dios y como lo quiera Dios.

Tres maneras de querer que están simbolizadas en tres personajes típicos del Evangelio: Judas, Pilato y Cristo.

Judas es el primer tipo que, por desgracia, se repite en muchos. Judas quiere dinero. Hasta aquí perfectamente normal. Pero Judas quiere al dinero por encima de todo.

Os advierto que Judas anda mucho por ahí, por la calle y por la oficina y por el despacho; viste sombrero, otras veces abrigo de pieles, otras va de mono y con las manos de grasa; unas veces es mujer, otras hombre; unas veces tiene un cargo importante otras no tiene ninguno. Pero Judas es inconfundible.

Porque quiere una cosa: quiere dinero.

Y no le importa cómo: si con Dios o sin Dios o contra Dios. Judas se guarda el dinero de Dios y el de los hombres: el de los ricos y el de los pobres. Él quiere dinero por encima de todo.

No dice: dinero si Dios quiere o como Dios quiera. No.

Simplemente, dinero.

Si para sacar dinero le viene bien ser católico y «cumplir» con la Iglesia, lo hará sin dudar. Judas siguió con los apóstoles y Cristo, aun después de ser ladrón. Si, por el contrario, se saca dinero con el diablo, pues se irá al diablo; y si hace falta vender al mismo Dios, pues venderá a Dios.

Aquí tenéis el primer tipo de querer una cosa: Judas. Hace la suya por algún tiempo, pero termina mal. Todos los Judas terminan donde terminó Judas.

El segundo tipo es Pilato.

Quiere querer con la voluntad de Dios, pero también con la suya, y con la de los de arriba y con la de los de abajo, y con la de los de la derecha y con la de los de la izquierda.

Quiere tirar la piedra y esconder la mano. Quiere hacer lo de Dios, lo de los hombres, la suya..., todo junto...; se arma un pastel y lo hace todo al revés.

Pilato quería salvar a Cristo, pero no quería enemistarse con el emperador ni con los poderosos de Israel ni con el pueblo. Oye que los unos gritan, que los otros amenazan, que la conciencia le manda otra cosa, pero no tiene fuerza de voluntad: quiere querer a la vez lo de Dios, lo de los hombres, lo suyo...; tira por el camino del medio, que muchas veces no es ningún camino, y comete un sinnúmero de disparates: para salvar a Cristo le azota; suelta a Barrabás, un criminal al que no debiera haber soltado; corona de espinas a Cristo; se enemista con los príncipes de los sacerdotes; se lava las manos; se enfada con su mujer, y termina condenando a muerte a Dios.

Querría salvar a Cristo, pero sin voluntad verdadera.

Lo de Pilato nos puede pasar a muchos.

Tú querrías ser buen católico, pero no quieres que la religión y la moral y la justicia social se metan mucho en tus negocios... Lo vas a hacer todo al revés, como Pilato.

Tú querrías ser buena y salvarte, pero quieres, a la vez, seguir con esa conducta, con ese escandalillo en tu modestia personal, quieres seguir condescendiendo con ciertas cosas...; no eres mejor que Pilato.

No te engañes: no quieres ser buena; querrías, pero no quieres.

El tercer tipo de querer es Cristo.

El legítimo. Querer si es la voluntad de Dios. Por encima de todo, que sea lo que Dios quiera. *Señor, si es posible, que pase de Mí este cáliz; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya.*

Y Dios, en este caso, quería que Cristo sufriera. Y Cristo sufrió y murió. Y triunfó.

Es la verdadera manera de querer. La única.

¿Qué tal que le pidamos a Dios nuestras cosas como el leproso?

Señor, si quieres...

LOS CATOLICOS, LOS CURAS Y LA IGLESIA

(IV DESPUES DE EPIFANIA)

Cuando hubo subido Jesús a la nave, le siguieron sus discípulos. Y he aquí que se produjo en el mar una agitación grande, tal que las olas cubrían la nave; pero El, entretanto, dormía. Y acercándose le despertaron diciendo: Señor, sálvanos, que perecemos. El les dijo: ¿Por qué teméis, hombres de poca fe? Entonces se levantó, increpó a los vientos y al mar, y sobrevino una gran calma. Y los hombres se maravillaron y decían: ¿Quién es Este, que hasta los vientos y el mar le obedecen?

La nave de San Pedro en la tormenta. Es la nave en que va Cristo, la nave en que vamos nosotros: la Iglesia.

Nota: La nave en que vamos «nosotros». No solamente San Pedro y los curas.

Es fácil oír por ahí aquello de: «Yo soy católico, pero la Iglesia son los curas».

Nada más falso que el identificar a la Iglesia con la Jerarquía o con el clero.

La Iglesia somos todos los católicos: los seculares, los clérigos, los Obispos y el Papa; todos.

Para nosotros, que hemos venido al mundo y a la vida social con nuestra inexorable carga de individualismo ibérico, la Iglesia viene a ser como un partido más dentro del catolicismo; algo así como el partido de los curas.

El sacerdote es como un ser de una casta distinta; se le respeta, se le estima en su carácter sagrado, se solicita su ministerio, pero siempre se le tiene en una especie como de lejanía social respecto a los demás hombres; algo así como si el sacerdote fuera como un delegado de Dios que se nos impone a los hombres, y no como algo nuestro, como un representante que nosotros, la Iglesia, tenemos delante de Dios.

De aquí nace un fenómeno que se da, muy especialmente, en algunos países de cultura mediterránea. de que muchos se confiesan simultáneamente católicos y antieclesiásticos. Lo que no es tan absurdo como parece, si nos fijamos en que, para ellos, Iglesia quiere decir clero; y, tal vez, un clero que les ha decepcionado o cuya actuación no han comprendido en algún momento de su historia.

Con todo esto, ya hemos empezado a hablar algo de la tormenta de la nave de Pedro.

Porque una de las tormentas más terribles que la Iglesia Católica arrostra y ha tenido que arrostrar en todas las latitudes es esta: el confusionismo entre lo divino y lo humano.

La Iglesia es una obra divina, pero está formada por hombres; por hombres con todas nuestras imperfecciones, con todas nuestras afectividades, con todas nuestras pasiones, con nuestra comprensión y nuestra

falta de comprensión, con nuestra oportunidad y nuestra falta de oportunidad.

Además, la Iglesia es contemplada y criticada también por hombres, con todos sus partidismos, sus intereses, sus limitaciones, su prudencia o su imprudencia, su caridad o su egoísmo.

En fin: que es una nave divina, pero que flota en un mar muy movedizo, que es este mundo. Y hay momentos en los que el mar se mete donde no debiera, que es dentro de la nave (el mundo en la Iglesia); y otros momentos en los que alguna maniobra inexperta de alguno de los tripulantes hace embarcar algo de mar (de mundo) en la nave.

Es la tormenta: el cielo se oscurece, y hay veces en las que no se sabe dónde termina el mar y dónde comienza la nave, porque hay mar que se ha metido en la nave y hay algo de nave que se ha metido en el mar.

Hay tormenta en nuestro mar de hombres y en nuestra nave de católicos, cuando no sabemos o no queremos trazarnos para nosotros y para los que nos contemplan, las fronteras que deben de existir entre nuestra religión y nuestras otras posturas en diversos campos de la vida.

Si un católico abre un bar o instala una peluquería, no por eso va a llamarle a su bar: «Bar católico», ni a su peluquería: «Peluquería católica», aunque esto, probablemente, le trajera algunos clientes más.

Y, al contrario, los clientes defraudados tampoco tendrían derecho a echar la culpa al catolicismo de la mala calidad del servicio del bar, ni tampoco tendría la Iglesia la culpa de que a alguna señora no le hubieran hecho un buen peinado.

Sin embargo, por culpa de unos, por malicia de otros y por simpleza de muchos, no podemos negar

que esta es una de las tormentas mayores que tiene que arrostrar nuestro catolicismo.

Siempre, en todos los tiempos y en todas las latitudes, habrá católicos que querrán seguir llamándose católicos y que harán lo que les dé la gana, sea o no sea esto muy católico. Siempre habrá momentos en la historia en los que, por una causa o por otra, aparezcan el catolicismo y la Iglesia como ilegítimamente vinculados a un determinado grupo humano, sea este social, económico, ideológico, étnico o geográfico. Siempre habrá católicos influyentes y hasta elementos del clero que quizá propaguemos un catolicismo no del todo decantado de otros elementos personales, pasionales y humanos que no están en el Evangelio y que pueden perjudicar al Evangelio de Cristo.

Esta es la gran tormenta: los católicos somos hombres, la Iglesia la formamos nosotros, los pobres e imperfectos seres humanos: seculares, religiosos y clérigos.

Es frecuente escuchar acusaciones de personas que dicen que creen en Dios, pero que no van más a la Iglesia. Se aducen como razones: la decepción por la conducta de algunos que externamente se manifiestan como católicos, la actitud de algunos sacerdotes, de algunos religiosos...

Habría que juzgar, en cada caso particular, acerca de la fuerza o debilidad de sus razones. Cierto que, en todas estas personas, se da cierta falta elemental de lógica en su postura, porque, aun dado el caso de que todos los católicos nos portáramos indignamente, todavía no estaba probado que la religión Católica no era la verdadera, y que ellos estaban exentos de cumplir alguno de sus preceptos.

Pero, a pesar de esta falta de lógica, hemos de

ser comprensivos para saber comprender la herida psíquica de esos espíritus y la enorme carga afectiva de decepción y frustración que recibieron, tal vez, por culpa de que hubo católicos que vendieron por mercancía de Dios lo que era mercancía del mundo; y también por culpa de que ellos, en su despecho, han decidido exigir, para su incorporación al catolicismo práctico, el hecho sublime de que entre los católicos no haya un solo pecador.

De esta tormenta tenemos la culpa unos y otros: los que, desde dentro, hemos dado ocasión de escándalo a los demás, los que hemos canonizado algo que no era precisamente de Dios; y también los que, desde fuera, han pretendido culpar al catolicismo y a la Iglesia, lo que era la culpa tan solo de algunos católicos.

Los que formamos la Iglesia somos humanos; pero la Iglesia es una fundación divina. La formó Cristo y no perecerá por muchas tormentas que tenga que arrostrar.

En la nave de San Pedro iba Cristo; dormido, es verdad, pero allí iba El, y la nave no se hundió. No podía hundirse.

No hemos hecho más que esbozar el tema; se presta para una sincera revisión de nuestra conducta como católicos y como espectadores del catolicismo de los demás.

¿Qué tal si consideráramos al catolicismo, a la Iglesia, no como el equipo de tal clase social o de tal clase económica, o de tal grupo humano, ni tan siquiera como el equipo de los curas?

¿Qué tal si la consideráramos, más bien, como la gran hermandad de los hombres, la que nos hace a todos hermanos unos con otros y con Cristo?

LOS BUENOS... ¡OH LOS BUENOS!

(V DESPUES DE EPIFANIA)

En aquel tiempo, Jesús les propuso otra parábola, diciendo: Es semejante el Reino de los cielos a uno que sembró buena semilla en su campo. Pero, mientras su gente dormía, vino el enemigo y sembró cizaña entre el trigo y se fue. Cuando creció la hierba y dio fruto, entonces apareció la cizaña. Acercándose los criados al amo, le dijeron: Señor, ¿no has sembrado semilla buena en tu campo?; ¿de dónde viene que haya cizaña? Y él les contestó: Eso es obra del enemigo. Dijéronle: ¿Quieres que vayamos y la arranquemos? Y él les dijo: No; no sea que al arrancar la cizaña, arranquéis con ella el trigo. Dejad que ambos crezcan hasta la siega; y al tiempo de la siega diré a los segadores: Coged primero la cizaña y atadla en haces para quemarla, y el trigo recogedlo para encerrarlo en el granero.

Lo elemental, lo primero que se nos ocurre a cada uno al leer este Evangelio es, más o menos, lo siguiente: «Cuánta razón tiene Cristo. Eso es lo que digo yo: cuánta cizaña hay en el mundo, cuánto mal bicho, cuánto daño nos hacen a los demás, a las pocas personas honradas que quedamos».

Esto es, más o menos, lo que se nos ocurre a todos; es lo instintivo. La prueba es que este es el texto de un porcentaje muy considerable de nuestras conversaciones: que cómo está el mundo..., que es una vergüenza lo que está ocurriendo en aquel asunto..., que ya no hay conciencia... y así por el estilo.

Es lo instintivo; es siempre el otro el que obra mal, y yo soy el hombre bueno que he nacido para ser víctima de todos.

Por nada de este mundo se nos ocurre comentar con los amigos o con las amigas de la tertulia el que... esta cizaña y este sembrador de cizaña puedo ser yo. Sí: yo. Cada uno de nosotros: de los buenos y de las buenas.

Dice el Evangelio que cizaña es el hombre malo. Que Cristo me perdone, y también vosotros; pero yo voy a interpretar este Evangelio al revés: diciendo que cizaña es el hombre bueno.

Sí, para ti que eres buenísima; para ti que eres un hombre modelo de todas las virtudes religiosas, cívicas y sociales...; para ti es este Evangelio: tú eres la cizaña.

Cizaña es el hombre bueno. No; este Evangelio no es para los malos; es para los buenos.

La razón por qué interpreto este Evangelio de esta forma es muy sencilla: Si decimos de buenas a primeras que cizaña es el hombre malo, entonces ninguno nos aplicaríamos el cuento, ninguno nos da-

ríamos por personalmente aludidos. Como todos somos buenos...

Y como, siendo tan buenos y todo, tenemos una destreza estupenda para repartir cizaña a diestra y siniestra... Tú bueno y tú buena y yo también bueno...; claro: es para nosotros este Evangelio.

Otra razón por la que se demuestra que el que reparte cizaña es el hombre bueno, es esta: dice el Evangelio que el que sembró la cizaña lo hacía mientras los otros no se daban cuenta, con un disimulo magnífico; ni se le notó.

Es otra prueba de que somos nosotros, los buenos. Porque los malos, los malos reparten cizaña a bombo y platillos, diciendo que ellos son los malos y que están repartiendo cizaña.

En cambio, los buenos somos mucho más astutos. ¡La repartimos con un camuflaje y con una habilidad...!; no se da cuenta nadie...; a veces no nos damos cuenta ni nosotros mismos.

Un ejemplo, nada más, para aclarar la cosa. Vamos a suponer un robo. Los malos roban entrando de golpe en el Banco con metralletas, atando al cajero, amordazando a la mecanógrafa, andando para atrás a la salida, y pasando todas las luces rojas con un coche de matrícula falsa.

En cambio, los buenos roban más y mejor; roban siendo buenos; no tienen que huir de la policía; un pequeño enjuaguito en los números..., sencillo: ni atan al cajero, ni amordazan a la mecanógrafa..., suave y sencillo: el cajero y la mecanógrafa ni se enteran.

Esto no ha sido más que un ejemplo para aclarar la cosa. Los buenos tenemos muchas maneras de meter cizaña y hacer el mal muy delicadamente. Evidentemente, es a nosotros, a los buenos, a los que se

refiere el Evangelio. Os acordáis cómo nadie notó al principio que había cizaña. Solo cuando creció la hierba y dio fruto, entonces los criados del amo se dieron cuenta del asunto. Una jugada bien hecha. Obra de los buenos. Sólo uno de los buenos puede hacer una jugada tan perfecta que ni se note en una temporada, y luego... vete a saber quién ha sido.

Sigue el Evangelio diciendo cómo los criados fueron al amo y le dijeron a ver si quería que ellos arrancaran la cizaña. El amo, que es Dios, les dijo que no. Porque estaba tan mezclada con el buen trigo, que ellos, los hombres, serían incapaces de arrancar la cizaña sin arrancar también el trigo.

Otra prueba de que la cizaña está tan mezclada con lo bueno, que los hombres somos incapaces de separarlos, y hasta de averiguar dónde termina el trigo y dónde comienza la cizaña.

Ahí la tenéis: cizaña en la calle, en la industria, en el comercio, en la literatura, en la familia, en la Prensa, en la juventud, en todos los órdenes de la vida.

Así como el Evangelio habla de dos hombres que siembran: uno el bien, otro el mal, yo creo que esos dos hombres se dan muchas veces en uno solo: en cada uno de nosotros. Somos sembradores: pero unas veces sembramos el bien y otras el mal.

Vamos a apelar al corazón, a la bondad y a la rectitud innata que existe en el fondo de todo ser humano, para poner en marcha y explotar todo eso magníficamente bueno que existe en el alma aun del más perverso.

Tal vez en el café, en la tertulia, en la conversación, has estado repartiendo cizaña, sembrando murmuración, calumnia, odio...; pero si tú sabes amar, ¿por qué repartes el odio, lo peor que tienes?

Y la otra mujercita que es buena, pero, por una u otra circunstancia que ella debiera evitar, sabe que va por ahí tentando a los demás, haciéndoles un mal inmenso personal y social... ¿Por qué? Si ella no es mala... ¿Por qué tiene que repartir el mal?

La cizaña, la quinta columna de nuestro catolicismo. Un enemigo interno, porque los enemigos somos precisamente nosotros: los buenos. Los buenos que, además de ser indiscutiblemente buenos, somos egoístas; los buenos, que somos buenos con nosotros mismos y no tan buenos para con los demás; los buenos, que somos buenos comodones, buenos soberbios y buenos envidiosos.

Los buenos, que hacemos las cosas buenamente o a la buena de Dios, que nos damos la buena vida y que damos buena cuenta de los demás.

Los buenos que, por lo mismo, somos los más expertos cizañistas, porque los demás nos creen buenos, y por eso damos un escándalo peor; porque si los demás no nos tuvieran por buenos, no les escandalizarían tanto algunas cosas que hacemos.

Termina la parábola diciendo que, al final, esto es, al fin de la vida, Dios atará aparte el trigo de la cizaña y la cizaña la arrojará al fuego.

Y... los hombres no distinguen muchas de las clases de cizaña, pero Dios...

Dios las conoce todas perfectamente...

LOS CATOLICOS Y EL ARBOL

(VI DESPUES DE EPIFANIA)

En aquel tiempo, les propuso Jesús otra parábola, diciendo:

Es semejante el Reino de los cielos a un grano de mostaza que toma uno y lo siembra en su campo; y con ser la más pequeña de todas las semillas, una vez crecida, es la más grande de las hortalizas y llega a hacerse un árbol, de suerte que las aves del cielo vienen a anidar en sus ramas.

Otra parábola les dijo; Es semejante el Reino de los cielos a la levadura que una mujer toma y la pone en tres medidas de harina, hasta que todo fermenta.

Todas estas cosas dijo Jesús en parábolas a las muchedumbres, y no les hablaba nada, sino en parábolas, para que se cumpliera el anuncio del profeta que dice: Abriré en parábolas mi boca, declararé las cosas ocultas desde la creación del mundo.

Una explicación de la parábola del grano de mostaza sería la de exponer cómo la Iglesia Católica, pequeña en sus comienzos como aquel grano de mostaza, hoy se ha convertido en un frondoso árbol cuyas ramas se extienden por toda la tierra, etcétera, etc.; el día de Pentecostés eran un exiguo número los creyentes, y hoy somos la friolera de 480 millones de católicos. El grano de mostaza se ha convertido en el frondoso árbol que cubre toda la tierra, etcétera, etc.

Y así... podríamos hacer una explicación muy gloriosa de este Evangelio, quedándonos muy orondos y satisfechos, y con un concepto «muy frondoso» de nuestro catolicismo.

Todo aquello es verdad, claro que sí. Pero puede haber cierto peligro de que, a fuerza de pensar, muy satisfechos, que estamos en lo más frondoso del árbol de nuestro catolicismo, vayamos quedando también en lo más frondoso de la higuera.

El Catolicismo es ese árbol grandioso; de acuerdo.

¿Y los católicos?... Pues entre los católicos hay de todo: unos que han plantado el árbol, otros que lo han podado y cuidado, otros que se han subido al árbol, otros que han comido guapamente del árbol, y otros que seestean plácidamente a la sombra del árbol.

Los que se han subido al árbol. Católicos, desde luego. Utilizan el cristianismo para subir. Y no para subir a los cielos, que esto es lo legítimo, sino para estar más altos aquí, en la tierra. Hoy en día, en muchísimos sitios, el estar montado en un pedestal de catolicismo es cosa que da mucho cartel. Se suben al árbol del catolicismo para que les vean. Por la misma razón por la que Satanás tentó a Cristo llevándole al pináculo del Templo de Jerusalén.

Pero... hacer acrobacias en el árbol del catolicis-

mo es peligroso. Los acróbatas del catolicismo, si no bajan pronto, se dan siempre el gran golpe. Se caen siempre; y la caída es en el infinito sin fondo.

Otros son **los que se aprovechan del árbol.** Los que comen y engordan a costa de lo que produce el árbol. Son Adán y Eva, sociedad anónima.

Los que ven en el catolicismo algo utilitario de carácter natural; los que se aprovechan de él como defensor del orden, del derecho de propiedad, etc. Los que ni plantan, ni riegan, ni podan el árbol del catolicismo; los que, por su parte, no han hecho demasado para que este árbol sea más grande y más bello y más fructuoso; pero están allí los primeros para coger el fruto que no les toca, la manzana que tienen prohibida... Adán y Eva y compañía, sociedad ilimitada; los buenos que saben que Dios es Dios, pero el negocio es el negocio, y echan mano de los frutos prohibidos del árbol de Dios, porque ellos son católicos, sí..., pero también quieren probar de todo y ser como dioses en este mundo.

Otro grupo es el de **los que seestean a la sombra del árbol** del catolicismo. Un buen sitio, a la fresca, para descansar, dormir, murmurar de los restantes que andan por el árbol o, simplemente, pasarse día y noche hablando de deportes, de cine o de algún otro tema multitudinario y barato.

Total: el grupo de los que se pasan la vida seestean a la sombra del árbol del cristianismo sin hacer mucho de su parte para que este árbol sea más grande, más hermoso y más universal. Ellos ya están a la sombra del catolicismo y piensan confesarse la víspera de morir. ¡Qué bien!

Las parábolas de Cristo se cumplen; y esta también: el cristianismo se ha extendido y seguirá extendiéndose. Pero si el catolicismo sigue triunfante, es

por la gracia de Dios, y a pesar de un buen montón de católicos de los que se aprovechan del árbol, se suben al árbol o se duermen a la sombra del árbol.

Pero también están ahí **los legítimos**. Los que con la gracia de Dios, han hecho que el árbol de la Iglesia Católica sea hoy lo que es y tenga el mayor prestigio universalmente reconocido.

Un homenaje sinceramente agradecido a todos los cristianos que plantaron con Cristo este árbol de la Iglesia: a los apóstoles de todos los tiempos y de todas las circunstancias, a los cristianos rectos de siempre que han fortificado y embellecido este árbol del cristianismo.

Hay todavía bastantes que están entre estos últimos: entre los que no se suben al árbol, ni se aprovechan del árbol, ni se tumban a la sombra del árbol.

Estoy seguro de que estáis convencidos de que el catolicismo es empuje, vitalidad, abnegación, trabajo y sacrificio para que este árbol crezca y se embellezca y sea nuestra gloria y nuestro triunfo.

Fijaos que, en la segunda parábola, Cristo decía que el Cristianismo y los cristianos debemos ser un fermento: algo activo, eficiente, dinámico; algo que está en la masa, pero no es insípido e inútil como la masa; algo que purifica y conquista a la misma masa.

¡TODA LA VIDA CON ESTA BARBA...!

(SEPTUAGESIMA)

El Reino de los cielos es semejante a un amo de casa que salió muy de mañana a contratar obreros para su viña. Convenido con ellos en un denario al día, los envió a su viña. Salió también a eso de las nueve de la mañana y vio a otros que estaban ociosos en la plaza, y les dijo: Id también vosotros a mi viña y os daré lo justo. Y se fueron. De nuevo salió a las doce del mediodía y a las tres de la tarde, e hizo lo mismo. Y saliendo a eso de las cinco de la tarde, encontró a otros que estaban allí, y les dijo: ¿Por qué estáis ahí haciendo el vago todo el día? Dijéronle ellos: Porque nadie nos ha contratado. El les dijo: Id también vosotros a mi viña. Llegada la tarde, dijo el amo de la viña a su administrador: Llama a los obreros y dales su salario, comenzando por los últimos hasta los primeros.

Y viniendo los de las cinco de la tarde, recibieron un denario. Cuando llegaron los primeros pensaron que recibirían más, pero también ellos recibieron un denario. Al cogerlo, murmuraban contra el amo, diciendo: Estos postreros han trabajado sólo una hora y los has igualado con los que hemos llevado el peso del día y el calor. Y él respondió a uno de ellos, diciéndole: Amigo, no te hago injusticia: ¿no has convenido conmigo en un denario? Toma lo tuyo y vete. Yo quiero dar a estos postreros lo mismo que a ti. O ¿es que no puedo hacer lo que quiero con mi dinero? O ¿has de ver con mal ojo porque yo sea bueno?

Así los postreros serán los primeros y los primeros, postreros. Porque muchos son los llamados y pocos los escogidos.

Se deduce bastante claro de este Evangelio que a Dios no le gustan los vagos. Sale de mañana; encuentra gente y los manda a trabajar a su viña. Sale más tarde, una y otra vez, y como vea a alguno que está haciendo el vago, le manda en seguida a trabajar.

Y a última hora ve a unos que han estado a la fresca todo el día; les reprende y los envía a trabajar, siquiera por una hora, y luego les paga sueldo íntegro.

La cosa es trabajar, hacer algo. Al Evangelio de este domingo podríamos llamarle el Evangelio de los vagos. La llamada de Dios a todos los holgazanes, a todos los que no hacen nada, a los que hacen poco, y a los que hacemos mucho menos de lo que debiéramos hacer.

Dios se dirige a todos nosotros y nos pregunta:

¿Por qué estáis ahí todo el día haciendo el vago?

La llamada de Dios a todos los holgazanes. A los grandiosos personajes que se dedican a estas dos actividades fundamentales: ser y estar.

Llamada de Dios a los cansados de todas las clases: a los que se sientan al sol o a la sombra o a la tertulia o al café, a la hora de tercia y a la de sexta y a la de nona y a la de undécima, mientras los demás han ido a hacer un mundo mejor, para que ellos mismos puedan pasarlo mejor.

Llamada de Dios a los distraídos y a los frescos de todos los tiempos:

¿Por qué estáis ahí todo el día haciendo el vago?

No es frecuente, pero hay momentos sinceros en nuestra vida en los que reconocemos nuestras propias faltas. Sin embargo, es difícil que reconozcamos una clase especial de faltas: nuestros pecados de omisión.

Y aquí está una de nuestras mayores faltas privadas y sociales: lo que no hemos hecho.

Lo que no hemos hecho y debiéramos haber hecho: el enorme vacío de rendimiento humano de unos y de otros; ese vacío del que todos tenemos mucha culpa, y que es causa de muchos de los fracasos privados y públicos. Desde la caída de nuestros primeros padres, Dios destinó al género humano al trabajo. Y sin el trabajo de todos no habrá bienestar y prosperidad en la sociedad.

Nuestra adormecida responsabilidad, privada y pública, ante el trabajo.

La funesta holgazanería, mal del individuo y mal de la sociedad.

Mal del individuo, porque lleva a inutilizarle, a rebajarle en su categoría espiritual y humana. Al apartarle de una actividad noble, le precipita en cualquier manejo innoble, en cualquier vacío. De los ociosos salen gran parte de los viciosos.

Es mal social, porque produce un vacío de activi-

dad que siempre hubiera sido necesaria o útil para el bien común. Es mal social, porque busca vivir del trabajo ajeno, fomenta las injusticias, seca la caridad y la comprensión para con el prójimo.

Pero hay muchas maneras de ociosidad: no solamente la de estar sentado en la plaza tomando el sol. Ociosidad es dedicarse a actividades a las que uno no debiera dedicarse. Ociosidad es dedicarse a la diversión abandonando el deber. Ociosidad es poner en el primer plano de nuestra preocupación intelectual algo que no se lo merece. Holgazanería mental, privada y pública es, por ejemplo, dedicar a los deportes la casi totalidad de nuestro espacio libre mental, mientras quedan excluidos de nuestra atención otros asuntos que exigen y merecen mucho más nuestra seria preocupación.

En este Evangelio, Dios nos llama a todos a la diligencia, al trabajo. Pero, sobre todo y principalmente, nos llama a una clase de actividad: a la actividad que debemos todos desarrollar por el Reino de Dios: por ser buenos cristianos.

Nuestra empresa de cumplir con la ley de Dios, con las obras de misericordia; la empresa de dar gloria a Dios y conseguir nuestra salvación y la salvación de los demás.

Podemos ejercer, tal vez, una actividad incansable en otros ramos de la vida y, sin embargo, no dar un paso por el Reino de Dios. Para Dios habremos hecho el vago y no nos pagará con el premio de la vida eterna.

El Evangelio quiere decirnos que, si no lo hemos hecho hasta ahora, nunca es tarde. Todavía estamos a tiempo. Dios nos llama siempre para trabajar en su Reino, aunque haya transcurrido la mayor parte de nuestra vida. A los que entraron al trabajo a última hora, también les dio el denario.

Este denario es la salvación eterna que Dios les dará a todos los que al fin de la vida estén en gracia santificante. Nunca es tarde para contratarse con Dios.

Dice también el Evangelio que, a la hora de la paga, protestaron los que habían entrado temprano al trabajo. A propósito de esto, recuerdo una historieta que viene bastante a cuento:

Cuentan que hubo un ermitaño penitente que vivió toda su vida en el desierto haciendo oración y penitencia, comiendo mal, vistiendo peor y dejándose toda la barba. Le llegó la hora de su muerte y llamó a las puertas del cielo. Cuando le vio San Pedro, abrió la puerta de par en par, le dio un gran abrazo y le hizo pasar con toda solemnidad. Entró el ermitaño, y quedó allí, detrás de la puerta, para curiosear lo que pasaba con los demás.

Llegó un hombre de negocios. San Pedro le recibió serio:

—¡Tú aquí!; vamos a revisar tus cuentas. Pero... esto..., y esto..., y esto otro...; pero ¿cómo has tenido cara de venir acá, después de haber robado como has robado?

El otro, todo asustado, le dijo que era verdad, pero que se había arrepentido y que había devuelto todo lo robado.

—Bueno..., entra callando, pero que no te vean.

Llegó después una mujercilla de esas..., en fin, que la ve San Pedro, y:

—Tú, ¿qué haces aquí? ¡Abajo! ¡Si tendrás poca vergüenza!

La otra, desde lejos y con su miedo, le explicó a San Pedro cómo ella, al fin, se había arrepentido, y que la muerte le había llegado cuando estaba bien con Dios.

San Pedro consultó el fichero, y vio que era verdad:

—Bueno, pasa..., por esa esquina..., que no te vean... que, al fin, yo voy a tener algún lío...

Y, en efecto, lo tuvo; porque el ermitaño, que había estado observando todo, vino hecho una furia y, agarrándose la barba, le dice a San Pedro:

Y ¿para esto me he pasado yo toda la vida con esta barba...?

Este es el cuento. Es cuento, pero responde bastante bien a la parábola evangélica.

Claro que Dios no va a dar el mismo premio exacto a uno que tiene muchos méritos, que a uno que tiene pocos. Dios es justo.

Pero lo que quiere decirnos el Evangelio es que lo fundamental, la salvación eterna, el denario entero, ese sí se lo dará a todo el que se haya convertido, aunque sea a última hora; a todo el que esté trabajando, siquiera sea al final, en la viña de Dios.

Acerca del asunto de si es fácil o difícil el convertirse a última hora, ya trataremos en otra ocasión, porque es muy problemático.

A LA SALIDA DEL SERMON

(SEXAGESIMA)

Cuentan que un predicador, después de echar el texto latino de la Sagrada Escritura, comenzó así: «Dice el Espíritu Santo, y no le falta razón...».

Menos mal; este orador estaba conforme con lo que decía el Espíritu Santo.

Somos bastantes, gracias a Dios, los que estamos conformes en que Dios tiene razón; eso no se lo discutimos a Dios tan fácilmente.

Otra cosa muy distinta es que nosotros hagamos o no lo que Dios dice; que hagamos más o menos caso a la palabra de Dios. A propósito de esto nos narra Cristo la siguiente parábola:

En aquel tiempo, como se reuniera una gran muchedumbre de los que venían a Jesús de cada ciudad, les habló en forma de parábola:

Salió un sembrador a sembrar su semilla y, al sembrar, una parte cayó junto al camino y fue pisada y las aves del cielo la comieron. Otra cayó sobre la peña y,

nacida, se secó por falta de humedad. Otra cayó en medio de espinas y, creciendo las espinas, la ahogaron. Otra cayó en tierra buena y, nacida, dio un fruto céntuplo. Dicho esto, clamó: El que tenga oídos para oír, que oiga.

Preguntábanle sus discípulos qué significaba aquella parábola, y Él contestó: A vosotros ha sido dado conocer los misterios del Reino de Dios. A los demás sólo en parábolas, de manera que viendo no vean y oyendo no entiendan.

He aquí la parábola: La semilla es la palabra de Dios. Los que están a lo largo del camino son los que oyen, pero en seguida viene el diablo y arrebatada de su corazón la palabra para que no crean y se salven. Los que están sobre la peña son los que, cuando oyen, reciben con alegría la palabra, pero no tienen raíces, crecen por algún tiempo y, al tiempo de la tentación, sucumben. Lo que cae entre espinas son aquellos que, oyendo, van y se ahogan en los cuidados, la riqueza y los placeres de esta vida, y no llegan a madurez. Lo caído en buena tierra son aquellos que, oyendo con corazón generoso y bueno, retienen la palabra y dan fruto por la perseverancia.

Es lo que pasa. La palabra de Dios es siempre la misma; los que reaccionamos de diferente manera ante la palabra de Dios somos nosotros. Hay muchas maneras típicas de reaccionar ante la palabra de Dios. Vamos a fijarnos siquiera en algunas.

Una de ellas es:

«Sí, el Evangelio, la palabra de Dios..., desde luego. Yo soy católico, yo estoy conforme con eso..., verá usted: yo llevo puesta la medalla de la Virgen..., verá usted..., ¿ve usted?; de mi difunta esposa, que Dios tenga en gloria; era una santa... Verá usted si yo soy católico, que tengo una tía monja en Oviedo..., otra santaza. ¡Ah!, ¿el Evangelio, dice usted? Pues mire: francamente, entre nosotros..., ¿no le parece a usted un poco aburrido? Y también un poco fuera de época; algo riguroso..., estricto, diría yo; con una moral férrea que venía muy bien para aquellos salvajes de los tiempos de Cristo: los fariseos..., los sayones..., Pilato, Barrabás..., toda aquella serie de brutos: Caifás..., Herodes, figúrese usted. Para aquellos, sí. Hoy hay que entenderlo, hay que aplicarlo a nuestro tiempo, a nuestra cultura más evolucionada.

Aquí tenéis un tipo clásico de recibir la palabra de Dios. Le parece muy bien el Evangelio puro para Caifás, Barrabás, Herodes...; en general, para todos los demás está bien el Evangelio puro; pero él prefiere un Evangelio suave..., una especie de combinación entre lo que dice Cristo y lo que dice él.

Nos recuerda aquel trozo de la parábola que dice que la semilla cayó entre espinas, y las espinas la sofocaron.

Otro tipo clásico de recibir la palabra de Dios es el de los que piensan y dicen que la palabra de Dios dice lo que dicen ellos. Bastante frecuente. Resulta que la Iglesia, el Papa, Cristo, el Evangelio, las Sagradas Escrituras, todos dicen, precisamente, lo que ellos estaban diciendo. Lo que él y ella han estado diciendo siempre.

Y todo el que no sienta, o no vista, o coma, o ande, o estornude como él, ni es cristiano ni es bueno; no está con Dios, porque no está con él, y debiera estar excomulgado. Hay que ver cómo Dios viene a dar la

razón a todo lo que él o ella han dicho siempre y seguirán diciendo. Como que Cristo podría haberse ahorrado toda la lista de las bienaventuranzas, y haber resumido, diciendo: «Bienaventurado el que dice lo que dice fulano. Bienaventurado el que hace lo que dice fulanita».

También este tipo es muy frecuente; más o menos agudo, más o menos tozudo. ¿Cómo entra en estos sujetos la palabra de Dios? Sencillamente: no entra. No entra porque no hay sitio. Está todo lleno de él mismo, de ella misma. Receptividad: cero. Por falta de abertura mental para que entren ideas del exterior; y, sobre todo, por falta del mínimo de humildad necesario para que entre Dios.

Es aquella semilla que cae sobre las piedras. Rebota en la piedra.

Otro esquema clásico de fracaso de la semilla evangélica es cuando, en el momento en que va a caer la semilla de la palabra de Dios en nuestro propio campo, la aventamos, para que caiga en el campo del vecino.

Me explicaré: Oímos o leemos la palabra de Dios; y, en lugar de dejar que caiga en nuestro espíritu, se la dedicamos al vecino. Vamos pensando: ¡Qué bien le viene esto a fulanito y a fulanita, y a los de la acera de enfrente, y a los del otro lado del río, y a los del piso de abajo...!; y es natural: no fructifica la palabra de Dios en nosotros, sencillamente, porque no la hemos dejado caer en campo propio; muy generosamente se la hemos dedicado toda y la hemos aventado al campo del vecino.

Os propongo que os observéis a vosotros mismos después de haber leído u oído la palabra de Dios. Probablemente, salís de allí de una de estas cuatro maneras. Primera: aburridos; segunda: satisfechos del

predicador; tercera: satisfechos de vosotros mismos; cuarta: insatisfechos de vosotros mismos.

Si salís de la primera manera, es decir, aburridos, tal vez sea por culpa de los predicadores, que no hemos sabido exponer la palabra de Dios con la dignidad y humanismo suficientes; y, fácilmente, es también culpa vuestra: de que no tenéis la fuerza de voluntad suficiente para prestar atención a algo que, tal vez, no es tan divertido como un partido de fútbol o una película de cine, pero sí mucho más importante.

Segunda reacción después de oír la palabra de Dios: salir satisfechos del predicador. Habéis perdido el tiempo y no habéis sacado nada. Porque no se trata del predicador, sino de la palabra de Dios. Fijarse y aplaudir al solista estará muy bien para el teatro, pero no para la exposición de la palabra de Dios. Es lamentable que el resultado más saliente de muchos sermones sea que los oyentes salgan satisfechos del predicador. De esto tendremos la culpa muchas veces nosotros, los predicadores, que más que en plan de apóstoles vamos allá en plan de solistas de opereta.

¡Por favor, oyentes de todos los sermones! Fijaos solamente en las palabras y en la doctrina de Cristo que tratamos de repetir y explicar; no os fijéis en nuestras personas y... no nos aplaudáis, que somos hombres, y podemos caer en la tentación de dedicarnos a solistas de opereta a costa de la palabra de Dios.

Tercera reacción a la palabra de Dios: salir satisfecho de sí mismo y aplicando el Evangelio a diversas personas que uno conoce. Si sales así, permíteme que te diga que tienes muy mal remedio. Si ante la sublimidad de la palabra de Dios, todavía te sientes satisfecho o satisfecha de ti, sencillamente, no hay nada que hacer.

Cuarta reacción a la palabra de Dios: salir insatis-

fecho, descontento de uno mismo. Es la legítima; si sales así, eres tierra buena para la semilla. La palabra de Dios producirá fruto en ti. Tienes el mínimo de sinceridad y humildad necesarios para que la palabra de Dios entre en ti. Tienes remedio; porque estás enfermo y, además, sabes que lo estás.

NOSOTROS LO HUBIERAMOS PLANEADO DE OTRA FORMA

(QUINCUAGESIMA)

En aquel tiempo, tomando Jesús aparte a los doce, les dijo: Mirad, subimos a Jerusalén y se cumplirán todas las cosas escritas por los profetas del Hijo del Hombre. Será entregado a los gentiles y escarnecido, insultado y escupido; y, después de haberle azotado, le quitarán la vida, y al tercer día resucitará. Pero ellos no entendían nada de esto; eran cosas ininteligibles para ellos, no entendían lo que les decía.

Y acercándose a Jericó, estaba un ciego sentado junto al camino, pidiendo limosna. Oyendo la muchedumbre que pasaba, preguntó qué era aquello. Le contestaron que era Jesús nazareno que pasaba. Él se puso a gritar, diciendo: Jesús, Hijo de David, ten piedad de mí. Los que iban en cabeza le reprendían para que

callase, pero él gritaba cada vez más fuerte: Hijo de David, ten piedad de mí. Deteniéndose Jesús, mandó que se lo llevaran y, cuando se le hubo acercado, le preguntó: ¿Qué quieres que te haga? Dijo él: Señor, que vea. Jesús le dijo: Ve, tu fe te ha hecho salvo. Y al instante recobró la vista y le seguía glorificando a Dios. Todo el pueblo que esto vio, daba gloria a Dios.

Si Cristo hubiera hecho caso a los apóstoles, la Redención no se hubiera hecho como se hizo. Si Cristo hubiera hecho caso a los apóstoles, no hubiera sido entregado a sus enemigos ni insultado ni escarnecido ni escupido..., no le hubieran azotado ni coronado de espinas, ni le hubieran crucificado ni le hubieran matado.

Los apóstoles eran buenos cristianos, ¡no faltaba más!; pero, dados los consejos que aquí y allí dan a Cristo, se ve que hubieran hecho las cosas de muy distinta manera a como Cristo las hizo.

Ellos concebían la Redención y el cristianismo como lo concebimos bastantes de los cristianos de hoy: ¿se trata de implantar el Reino de Dios en la tierra? Pues, muy sencillo: poner los medios. Lo primero, un golpe de Estado. Cristo, que es Dios y es omnipotente, hace cuatro milagros de los fuertes y saltan por el aire Herodes, Pilato, Caifás, y hasta el emperador de Roma.

Te lo decimos, Cristo, tus apóstoles y tus amigos católicos. Ante todo, para implantar el cristianismo, hay que apoderarse del Poder político: Tú, Cristo, de rey de Israel y de emperador de Roma; y nosotros..., los cristianos, los buenos, de cónsules, de tribunos, de pretores, de procónsules...

Todo como te lo decían tantas veces los tuyos,

según vemos en el Evangelio: la madre de los Zebedeos, que veía que lo mejor era que sus dos hijos estuvieran, uno a la derecha y otro a la izquierda de Cristo, en los principales puestos de mando; como aquellos que pedían que cayera fuego del cielo para destruir a los de izquierdas...

Estamos de acuerdo con ellos, Cristo; hay que comenzar por aquí: hay que apoderarse del Poder político y del militar. Mira, Cristo: hay que defender el cristianismo. Buenos, sí; pero tontos, no. Y en este mundo, para sobrevivir, hay que defenderse.

Perdónanos, Cristo, pero hoy somos bastantes los buenos católicos y gente de orden que creemos que hiciste mal en rechazar aquellas dos espadas que te ofrecían en la última cena y en ordenar a Pedro que guardara la suya en su vaina. Ellos, los apóstoles, ya estarían preparando un depósito de armamento secreto para saltar sobre fariseos, esbirros y toda aquella canalla. No estamos tampoco conformes, Cristo, con que rechazaras, allí en el huerto, aquellas doce legiones de ángeles que sabías ponía a tu disposición el Eterno Padre. Con un ejército así no hubiera quedado ni un sayón, ni un pretoriano, ni un rojo, ni uno de izquierdas hasta el fin del mundo.

Con una fuerza así estaba el catolicismo asegurado para siempre; nosotros, los buenos, seríamos los amos y habría orden.

La fuerza, ¿por qué no, Cristo?, empleada para el bien. Si la misma Historia del Cristianismo... ¡Cuántas veces la fuerza armada ha salvado al catolicismo! ¿Qué hubiera sido del cristianismo sin la batalla de Lepanto? ¿Qué hubiera sido del catolicismo en otras muchas ocasiones, sin las ametralladoras y sin los cañones?

La verdad, Cristo, no te entendemos cuando nos dices que tu destino de Fundador de la Iglesia es ser

entregado a los gentiles, escarnecido, insultado, escupido..., que te azoten, que te crucifiquen y te quiten la vida. No nos extraña el que los apóstoles no te entendieran. Nosotros, los buenos de hoy, tampoco te entendemos.

Otra cosa que no comprendemos, Cristo. Tu absoluto desconocimiento del poder del dinero. Querías lanzar la más fantástica propaganda sin disponer de fondos. Y, para colmo, pones por administrador de lo poco que tenías a un ladrón: Judas.

Ya había firmas poderosas en tu tiempo que se hubieran interesado por financiar tu propaganda del Reino de Dios. Con unas pequeñas concesiones que hubieras hecho a unos cuantos poderosos..., con que te hubieras comprometido, por ejemplo, a no levantar mucho la voz en ciertos puntos sociales..., a ser discreto y prudente en ciertas ocasiones, no te hubiera faltado el apoyo de muchos poderosos. Y esto fue tu ruina, Cristo. Estamos seguros de que a Ti no había quien te llevara a la muerte: ni Caifás con todos los escribas, ni Pilato con todos sus legionarios, si no hubieras perdido el favor de los poderosos con tus doctrinas sobre la pobreza, la igualdad de derechos de los hombres y las crudezas que dijiste acerca de los ricos.

¡Si siquiera te hubieras hecho demagogo, halagando a los pobres...!; pero tampoco. Sí; eras amigo de los pobres, pero también a los pobres les decías que serían felices si amaban la pobreza, si amaban la abnegación. Y eso tampoco lo quieren los pobres; también los pobres quieren ser ricos y vivir en grande, como todo hijo de vecino.

Creo que si Cristo no hubiera exigido en su programa toda esa dosis de humillación, sacrificio y abnegación, y luego hubiera suavizado algo los mandamientos, hoy, prácticamente, el mundo entero sería

católico, y muchos de los católicos no andaríamos como andamos, escamoteando eso duro y eso fuerte que Cristo insiste que es esencial en el verdadero cristianismo.

No sé si os habéis fijado en un detalle notable que tiene el Evangelio de este domingo: después de que Cristo les dijo que su programa (y el de todos los cristianos, claro) era sacrificio y aguante y abnegación hasta la muerte, dice el Evangelio tres veces seguidas, machaconamente, que los discípulos no le entendieron. Parece absurdo el repetirlo tantas veces, pero es así; cito el texto: *y ellos no entendieron nada de esto; eran palabras ininteligibles para ellos, y no entendían lo que les decía.*

Y conste que si hay algún estilo escueto y sobrio es el de los Evangelios. Pues ahí tenéis lo que dice: que no entendieron nada, pero es que nada, pero es que absolutamente nada.

Eso, los apóstoles. Nosotros, menos. Lo sabemos por experiencia. Hubiéramos hecho un cristianismo completamente distinto al que hizo Cristo. Mejor dicho: desgraciadamente, ya lo hacemos: nuestro catolicismo suave, pintoresco y confortable.

Pero siguen ahí esas palabras de Cristo, ese programa cristiano del Evangelio: ser entregado, escarnecido, insultado, escupido...; sufrir por Dios y por los hombres, y morir por Dios y por mis hermanos los hombres...

Realmente, es difícil que entendamos esto. Pero no nos queda más remedio que entenderlo y practicarlo.

Mirad; vamos a hacer una cosa. A continuación, en el mismo Evangelio, se nos dice que había un ciego que se puso a gritar, llamando a Jesús. *¿Qué quieres que te haga?*, le dice Cristo. *Señor, que vea.* Y Cristo le hizo ver. Y muy bien.

Nosotros, que no entendemos estos trozos del Evangelio, ¿por qué no hacemos lo mismo? Llamar a Cristo a gritos: Cristo, no entiendo tu Evangelio... Señor, que vea.

Es la solución que da el mismo Evangelio a este problema.

Yo creo que es la única.

PAN Y DEPORTES

(I DE CUARESMA)

Entonces fue llevado Jesús por el Espíritu Santo al desierto para ser tentado por el diablo. Y, habiendo ayunado cuarenta días y cuarenta noches, al fin tuvo hambre. Y acercándose el Tentador, le dijo: Si eres Hijo de Dios di que estas piedras se conviertan en pan. Pero Él respondió, diciendo: Escrito está. No solo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios.

Llevóle entonces el diablo a la Ciudad Santa y, poniéndole sobre el pináculo del Templo, le dijo: Si eres Hijo de Dios, échate de aquí a abajo, pues escrito está: A sus ángeles encargará que te tomen en sus manos para que no tropiece tu pie contra la piedra. Díjole Jesús: También está escrito: No tentarás al Señor, tu Dios.

De nuevo le llevó el diablo a un monte, y mostrándole todos los reinos del mundo y la gloria de ellos, le dijo: Todo esto te

daré si, postrado de hinojos, me adoras. Díjole entonces Jesús: Apártate, Satanás, porque escrito está: Al Señor, tu Dios, adorarás y a Él solo darás culto. Entonces el diablo le dejó, y llegaron los ángeles y le servían.

Como no tenemos espacio para comentar las tres tentaciones, vamos a hacerlo con la primera.

Desde luego que Cristo tenía hambre, después de cuarenta días sin probar bocado. Por otra parte, no parecía que hubiese nada malo en convertir alguna piedra en un panecillo. Sin embargo, Cristo nos sale con una respuesta sorprendente: *No solo de pan vive el hombre.*

Yo creo que esta idea de Satanás ya se nos había ocurrido a nosotros más de una vez: Que estas piedras se conviertan en panes..., que este mundo, esta vida, se convierta en un festín para nuestros sentidos.

¿No es verdad, hablando sinceramente que muchas veces nuestros ideales no han llegado mucho más allá; que nuestros sueños no pasaban de tener una hermosa casa, un automóvil, una buena cocinera, una buena colección de vestidos y joyas...?

Es ese, exactamente, el grito que resuena en el desierto: *Que estas piedras se conviertan en panes.*

Cristo tenía hambre de pan. Claro que sí. Ya sabe Satanás cuándo tiente. También nosotros tenemos mucha hambre: mucha hambre de la lista esa de cosas que decíamos antes.

Pero Cristo contesta: *No solo de pan vive el hombre.*

Diréis: ¡Hombre...!, mire usted..., no es solo materialismo, no es solo pan; hay otros ideales, otras preocupaciones.

Efectivamente: ahí está el deporte. Se piensa, se

sueña, se discute incansablemente de deportes. No es solo pan, no. Es pan y... deporte. Y aquí tenemos a nuestra sociedad casi convertida en aquella plebe romana de tiempos del Imperio, que no pedía más que pan y circo. Nuestro querido pueblo hundiéndose poco a poco en la estupidez colectiva, amorfa e indolente de un pueblo que no tiene más ideales que los de un materialismo pasivo y no sabe gritar más que: ¡pan y circo!

No es que seamos antideportistas; al contrario. Estimamos las manifestaciones deportivas como un signo más de cultura, como una señal positiva y como un elemento muy apreciable en la madurez social de un pueblo. Pero el hablar solo de deporte, el desorbitar la preocupación individual y colectiva por lo deportivo, puede ser una señal de decadencia social y de pobreza intelectual y espiritual.

Pan, sí. Deportes, sí. Pero no solo de pan vive el hombre. Y de pan y deportes, tampoco.

No es un secreto, que se deja sentir en nuestro pueblo una falta de preocupación por los grandes motivos humanos, sociales, internacionales y espirituales. Parece que hemos abdicado estas preocupaciones y miras superiores en manos de unos pocos, mientras todos los demás, como si fuéramos seres inferiores, nos hemos resignado a la indolencia de ni tan siquiera pensar en ellas, y hemos buscado un sustitutivo en el deporte o en la satisfacción material y sensual del momento presente, y ya no se nos ocurre más que decir: *Haz que estas piedras se conviertan en panes.*

Ya sé que esto no es culpa de solo el pueblo. Gran parte de la culpa recae sobre los educadores de ese pueblo. Somos nosotros responsables de este vacío de ideales. Nosotros, los que en uno u otro ramo, en una u otra esfera, teníamos la obligación

de educar, dirigir, instruir, ampliar los horizontes de la conciencia social y espiritual de la gran familia, a la que tal vez hemos seguido alimentando de pastillas intelectuales, creando esa lamentable mentalidad de menores de edad, mentalidad de pan y circo de nuestro gran pueblo, digno de mejor suerte.

No solo de pan vive el hombre. Y tal vez nosotros hemos sometido al pueblo a un absurdo racionamiento de ideas.

No solo de pan vive el hombre, aunque este sea pan bendito. Y no basta que, en nombre del Orden, de la Moral y la Religión, demos al pueblo solamente pan bendito, agua bendita. Como católicos, todos, hasta el último, tenemos mucho que ver en los problemas sociales, nacionales, internacionales y, en general, humanos, y no podemos abdicar de ellos, tapándonos los ojos y la cara con la página de deportes.

No solo de pan vive el hombre. Ni solo de pan bendito el católico.

Como hombres y como católicos, somos y debemos ser primeros actores en todos los escenarios del drama de la vida.

No hablamos contra el pan ni contra el deporte. Que Cristo bendice el pan y bendice el deporte. Pero creo que muchos de nosotros hemos pasado ya de los trece años de edad, para que, de vez en cuando, tengamos en nuestro espíritu preocupaciones e ideales superiores al materialismo y a la diversión de la vida.

Lo ha dicho Cristo: *No solo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios.*

Y la palabra de Dios abarca todos los problemas de la vida y de la sociedad..., y llega más allá del universo.

LOS QUE VAN SUBIENDO AL MONTE

(II DE CUARESMA)

El domingo pasado contaba el Evangelio cómo el diablo llevó a Cristo a un monte, y desde allí le enseñó y le ofreció todas las riquezas y posesiones del mundo. En el Evangelio de hoy, por contraste, es Cristo mismo quien lleva a tres de sus discípulos a otro monte donde ven, no la gloria del mundo, sino la gloria de Dios, y donde oyen, no al diablo, sino a Dios. Dice así el Evangelio:

Seis días después, tomó Jesús a Pedro, a Santiago y a Juan, su hermano, y los llevó aparte a un monte alto; y se transfiguró ante ellos; brilló su rostro como el sol y sus vestidos se volvieron blancos como la nieve. Y se les aparecieron Moisés y Elías hablando con El. Tomando Pedro la palabra, dijo a Jesús: Señor, ¡qué bien estamos aquí! Si quieres, haré aquí tres tiendas: una para Ti, otra para Moisés y otra para Elías. Aún estaba El hablando, cuando les cubrió una

nube resplandeciente y salió de la nube una voz que decía: Este es mi Hijo amado, en quien tengo mi complacencia; escuchadle. Al oírlos los discípulos cayeron sobre su rostro sobrecogidos de gran temor. Jesús se acercó y, tocándoles, les dijo: Levantaos, no temáis. Alzando ellos los ojos, no vieron a nadie, sino solo a Jesús. Al bajar del monte les mandó Jesús, diciendo: No deis a conocer a nadie esta visión hasta que el Hijo del Hombre resucite de entre los muertos.

De entre las muchas maneras que hay que subir a cualquier sitio o puesto elevado, me quiero fijar solamente en dos: los que suben por obra del diablo y los que suben por obra de Dios.

Cuando le sube a uno el diablo a algún sitio alto, es cosa de cuidado; el domingo pasado leíamos en el Evangelio cómo Satanás le subió a Cristo al pináculo del Templo, pero fue para instigarle a hacer una barbaridad: que se tirara de cabeza desde allí a abajo.

Es que las alturas dan vértigo, las alturas de todas clases; ya lo sabe muy bien el diablo...; como que él mismo por eso está en el infierno: víctima del vértigo; estuvo un día muy alto en el cielo..., y se le fue la cabeza; quiso saltar hasta el trono de Dios, y dio el salto más pavoroso que se haya dado en la historia: de ángel a demonio.

Por eso quiere subirnos también a los hombres al pináculo de cualquier cosa: de la riqueza, del poder, de la fama...; ya sabe que, una vez arriba, le es muy fácil convencernos para que hagamos cualquier barbaridad; una vez arriba, la misma moral se ve tan borrosa..., los demás hombres nos parecen tan pe-

queños..., que ni nos damos cuenta de si ríen o lloran, de si viven o mueren...

Después le subió a Cristo a un monte muy alto y, desde allí, le mostró todo el poder, las riquezas, la gloria del mundo. «Todo esto te daré». Después de hacerlo con Cristo, lo ha hecho ya con muchos, y no todos han sabido responder con la rapidez y el valor de Cristo. Y es extraño: hace falta ser poco inteligente para creer que Satanás nos puede dar todo el mundo, pero... cuando se está muy alto y, sobre todo, cuando es el mismo diablo el que nos ha ido ayudando a que subamos muy alto..., entonces el vértigo de grandeza es tal, que podemos creerlo todo. Y se lo vendemos todo a Satanás: nuestra alma, y los cuerpos, las lágrimas y hasta la sangre de los demás.

Sabe cómo tentar Satanás. Primero la tentación por hambre; tentación terrible: el hambre, malísima consejera... Pero como sabía que va a haber unos cuantos que no pasen hambre, a esos les tienta por vértigo. Les ayuda a subir arriba, y ya desde arriba, ¡es tan fácil caer...!

Pero todo esto es del Evangelio del domingo pasado. Este domingo no es el diablo, es Cristo quien lleva a otro monte a Pedro, a Santiago y a Juan. Subir con Cristo ya es otra cosa: subir con Cristo no es subir hacia el poder, la vanidad, etc.; no es subir para ver desde arriba la gloria de las riquezas, la gloria de este mundo; subir con Cristo es para ver la gloria de Dios; subir con Cristo es un subir difícil y penoso, y, una vez arriba, muchas veces no se encuentra uno con un Cristo transfigurado y glorioso, sino con un Cristo que está clavado en la cruz..., y con una cruz vacía a su lado, para que tú te claves en ella.

Pero esta vez, cuando Pedro, Santiago y Juan llegaron arriba, Cristo se transfiguró; es decir, se

dejó ver con algo de la gloria que le correspondía como Dios. El efecto en los discípulos fue total; como tiene que serlo una revelación así, directa y personal, de la divinidad.

Pero hay muchas personas que no han tenido la suerte de que Cristo se transfigurara ante ellas, ni tan siquiera de haber conocido un poco de cerca a Cristo. Han puesto su tienda de campaña lejos, por los valles de la vida, nómadas de la verdad que van acampando errantes, unas veces más cerca, otras más lejos de Dios. Amigos católicos: no los tratéis con dureza. No han tenido la suerte de ver a Cristo transfigurado, ni de verle de cerca. No han tenido la suerte de tener ese encuentro que tú tuviste con Cristo cuando, al abrirse tu corazón, te encontraste con que Cristo era uno de tu casa. Has tenido la suerte de que el día en que revisaste los postulados de tu infancia, y entre ellos Cristo, Cristo resistió el choque de tu razón y de tus pasiones...; tú has tenido algo de la suerte de Pedro, Santiago y Juan; a ti también se te ha transfigurado Cristo muchas veces.

Pero no esgrimas tu fe para azotar sin piedad a los que no la tienen; tal vez a ellos no se les ha transfigurado Cristo como a ti; tal vez luchan con sinceridad por la verdad; tal vez suben penosamente la pendiente del monte de Dios.

Como católico, podrás rechazar frases e ideas, pero respeta y compadece la angustia de los que perdieron a Cristo y buscan algo que la razón sola no les puede dar, porque es algo más hondo y vital que la razón. Respétalos, que son hombres y mujeres a quienes el frío de la vida llevó algo lejos de Cristo...; para volver al Cristo total tienen que negar grandes trozos de su pasado, y amputarse el pasado personal es siempre hacerse una herida profunda y sangrante en el alma.

Amigos y hermanos católicos: hay muchos a quienes Cristo no se les ha transfigurado como a vosotros; muchos cuya cuna no fue rodeada de oraciones a la Virgen María y al Niño Jesús. Hay un vacío fuerte de Cristo en la base misma de su pasado. Hay otros que, más tarde, cayeron en uno de esos baches de la vida... y hoy, al atardecer de una existencia, es fatigoso subir la cuesta de Dios, aunque estén convencidos de que arriba está la verdad.

Además, no pretendamos, y mucho menos en nombre del catolicismo, que todos suban al monte de Cristo por el mismo camino que nosotros subimos; como si la esencia del catolicismo consistiera en el camino, la postura, el gesto mío o de mi familia o de mi tribu, y no más bien en la meta misma, que es Cristo, a quien se puede llegar por muchos caminos legítimos.

Cristo no pertenece a un gesto, a una cultura o a una época. Cristo sigue y seguirá transfigurándose ante los hombres que le siguen de veras, al mismo ritmo de la historia y delante de la historia misma.

Dejemos que los hombres suban a Cristo por todos los caminos; dejemos que suban con los gestos y las actitudes de todas las edades de la historia y de todas las latitudes de la cultura y la geografía. No echemos pedradas desde la cumbre a los que suben fatigados por la pendiente... ¡Cuántas veces, en nombre de Cristo, habremos espantado para siempre a hombres que subían a su manera, pero subían sinceramente para ver la gloria de Cristo...!

Es hermoso ver y es hermoso también creer en la gloria divina de Cristo, porque esto es creer en nuestro destino y en nuestra gloria; pero ¡qué hermoso es también echar una mano a los que suben por la pendiente, aunque estos no suban por el mismo lado por el que nosotros hemos subido!

LOS QUE NO HABLAN

(III DE CUARESMA)

En aquel tiempo, estaba Jesús expulsando a un demonio mudo, y así que salió el demonio, habló el mudo. Las muchedumbres se admiraron; pero algunos de ellos dijeron: por el poder de Belcebú, príncipe de los demonios, expulsa Este a los demonios; otros, para tentarle, le pedían una señal del cielo. Pero El, conociendo sus pensamientos, les dijo: Todo reino dividido contra sí mismo será devastado y caerá casa sobre casa. Si pues, Satanás se halla dividido contra sí mismo, ¿cómo se mantendrá su reino? Puesto que decís que por poder de Belcebú expulso Yo los demonios. Si Yo expulso a los demonios por Belcebú, vuestros hijos, ¿por quién los expulsan? Por esto, ellos mismos serán vuestros jueces. Pero si expulso a los demonios por el poder de Dios, sin duda que el Reino de Dios ha llegado a vosotros. Cuando un fuerte bien armado guarda su palacio, seguros

están sus bienes; pero si llega uno más fuerte que él, le vencerá, le quitará las armas en que confiaba y repartirá sus despojos. El que no está conmigo, está contra mí, y el que conmigo no recoge, derrama. Cuando un espíritu impuro sale de un hombre, recorre los lugares áridos buscando reposo y, no hallándolo, se dice: Volveré a la casa de donde salí. Y, viniendo, la encuentra barrida y aderezada. Entonces va y toma otros siete espíritus peores que él y, entrando, habitan allí, y vienen a ser las postimerías de aquel hombre peores que sus principios.

Mientras decía estas cosas, levantó la voz una mujer de entre la muchedumbre y dijo: Dichoso el seno que te llevó y los pechos que mamastes. Pero El dijo: Más bien dichosos los que oyen la palabra de Dios y la cumplen.

Desde luego que el estar mudo puede ser cosa del diablo. Mucho le interesa a Satanás hacer la suya y que nosotros no digamos o no podamos decir nada. Dice el Evangelio que cuando Cristo le curó a aquel endemoniado, salió el demonio y habló el mudo.

Aquel demonio era mudo.

No solo aquel. Somos muchos en la vida los que estamos atacados por este demonio mudo; muchos los que no decimos todo que debiéramos decir.

Vamos a hablar de los mudos: los que no hablan porque no pueden; los que no hablan porque no quieren; los que no hablan porque no les dejan; los que no hablan porque no quieren comprometerse; los que hablan pero, por lo que dicen, es como si no hablaran.

Vamos por partes.

Los que no hablan porque no pueden. Y no es porque no estuviera bien el que hablaran; pero no pueden. Son la mayoría.

Tal y como prácticamente funciona la sociedad humana, son solo unos pocos los que dicen cosas de forma que se hagan oír...; los demás: una masa inmensa a la que se ha negado el derecho a opinar con eficacia; se les inculca con ideas prefabricadas, se les anestesia con propaganda, y el día en que tienen que decir algo, lo hacen, indefectiblemente, según la receta mental previamente inyectada, no como seres libres e intelectuales, sino divididos en grandes rebaños humanos, cada uno de los cuales presenta una homogeneidad aterradora.

Han hablado, sí. Pero es como si no hablaran. En realidad son mudos. Enmudecidos por un arte diabólico que les ha quitado la facultad de pensar y expresarse libre y personalmente, con toda la dignidad excelsa de un ser humano.

Tiene que ser arte de Satanás el que haya centenares de millones de seres que carezcan de la instrucción, de la posibilidad mental de poder expresarse de una manera personal acerca del destino de sus propias vidas.

Demonio mudo.

Los que no hablan porque no quieren. Estos pueden hablar, y saben hablar, y deben hablar. Por su posición, su circunstancia, hablar es un deber para ellos, pero... no quieren.

Por muchas razones: a unos les va mejor sin remover las cosas, dejando que las cosas vayan como van. Es indudable que por decir las verdades puede uno acarrear muchos disgustos y muchos líos. Es lo que pasaba en Israel en tiempo de Cristo y antes de Cristo: allí había muchos doctores de la ley, muchas personas de autoridad y bien instruidas que sa-

bían que tenían que decir muchas cosas, no tan agradables para muchos y para sí mismos; pero solamente de vez en cuando salía un profeta hecho y derecho que decía todo..., hasta que le mataban, claro. A Cristo le pasó lo mismo.

Callarse es mucho más sencillo. La madre de familia que ya sabe que hay algo en su casa que no está bien, que debiera advertirlo, pero... El jefe o encargado o director que ya sabe que no debe consentir, que debe cortar por lo sano, que no le es lícito colaborar a eso que no está bien, pero... sabe que con eso no va a ganar, sino quedar mal, perder el puesto, perder una amistad, perder un buen negocio... El que, tal vez como yo, tiene la obligación de predicar la doctrina y la moral como son, y por no enemistarse con este o con aquel de mis oyentes, tal vez he omitido trozos o interpretaciones apremiantes de la verdad, de esa verdad que es una espada de dos filos; que es, a la vez, la libertad del yo y la condenación del egoísmo.

Callarse: tentación a la que encubrimos con el nombre de prudencia, la misma prudencia que San Pedro aconsejaba a Cristo cuando Cristo le llamó Satanás; esa prudencia en cuyo nombre nosotros, los católicos, hemos cometido tal vez la mayor imprudencia de nuestra historia: la de ser egoístas y cobardes.

Los que no hablan porque no les dejan. Esto nos ha ocurrido desde niños. Lo recordaréis muy fácilmente: dos niños hacen una trastada; a continuación, el niño más fuerte dice al más débil: ¡como digas algo, me las vas a pagar! El niño más débil no dice nada, porque sabe que el otro le va a cascar, y le va a cascar bien. El niño débil ya tiene el demonio mudo; porque es algo que él sabe que habría que decirlo, pero no lo dice, porque el otro le pega...

Cosas de niños. De grandes..., de grandes lo mis-

mo. Solo que la diferencia de fuerza suele ser más grande todavía; no solo le puede atemorizar el fuerte al débil para que no hable, sino que puede cerrarle la boca para que no hable aunque quiera; puede impedirle el acceso a los medios de expresión, puede bloquearle las salidas al público, puede hacerle enmudecer totalmente. Hoy mismo hay inmensos sectores en el mundo en los que solamente se pueden decir cosas de un determinado color, y por unos pocos; al resto de los hombres no se les concede el uso de la palabra, aunque tengan muchas y buenas verdades que contar. Son mudos. Mudos por obra del diablo.

También podemos contar, entre los mudos, a **los que hablan como si no hablaran.** Hablan mucho, pero nunca sobre algo serio y constructivo en la vida. Hablan de deportes y de cine; viven en el mundo de la evasión y de la ficción. Son los innumerables fugitivos de la vida real, los eternos desertores de la seriedad y grandeza de la vida presente, los que sueñan con las victorias y los triunfos de la fantasía, porque tal vez no tienen valor suficiente para luchar en la batalla de la vida. Los que no encuentran una palabra que decir sobre el campeonato más glorioso, que es el campeonato de la vida humana, donde somos auténticos protagonistas de un drama mucho más profundo e inmortal que los de las cintas de celuloide o de las páginas de deportes.

Los que dicen la mitad de las cosas. También son mudos. Porque decir solamente la mitad de una verdad, es peor que no decir nada. Y somos muchos los que presentamos solo una cara de las cosas, los que jugamos con las cartas boca abajo. Decimos solo el anverso o el reverso de las cosas, según nos venga mejor.

Decimos, por ejemplo, lo bueno nuestro y no lo malo. O decimos lo malo de los demás y no lo bueno. Es que decir toda la verdad supone siempre un sacri-

ficio: tenemos que decir que hacemos mal muchas cosas; no nos permite el chalaneo con el bien, el honor y la justicia.

La verdad íntegra es una libertad del espíritu, pero es una total servidumbre de nuestras pasiones. La verdad, que solamente nos vale cuando es íntegra, total, porque, en cuanto la partimos, ya está muerta.

Dice el Evangelio que salió el demonio y habló el mudo. Lo hizo Cristo. Vamos a pedirle que lo haga también con nosotros: que todavía hay bastante demonio, porque somos bastantes los mudos.

LA FORMA DE DISTRIBUIR LOS PANES

(IV DE CUARESMA)

Hace pocos domingos el Evangelio nos narraba las tentaciones del demonio a Cristo en el desierto. Llegaba cuarenta días sin comer, y viene el demonio y le dice: *Haz que estas piedras se conviertan en panes.*

Como tentación, no estaba del todo mal... Primero, satisfacer una necesidad física imperiosa: comer.

No estaba mal la tentación de Satanás: *Haz que estas piedras se conviertan en panes.*

No lo hizo Cristo.

El producir panes lo tenía reservado para otras ocasiones, en las que iba a satisfacer las necesidades del pueblo, y no las suyas; para otras ocasiones en las que nos iba a enseñar cómo se debe distribuir la riqueza para que sirva a satisfacer las necesidades de todos.

Y hizo todo esto lo hizo con panes; para enseñarnos cómo se debe hacer con todas las demás cosas. Dice así el Evangelio:

Partió Jesús al otro lado del mar de Galilea o mar de Tiberíades, y le seguía

una gran muchedumbre porque veían los milagros que hacía con los enfermos. Subió después a una colina y se sentó con sus discípulos. Era ya cerca del día de Pascua, la fiesta de los judíos. Levantando los ojos, y viendo la gran muchedumbre que venía hacia El, dijo al apóstol Felipe: ¿Dónde compraremos pan para dar de comer a estos? Esto lo decía para probarle, porque El sabía lo que iba a hacer. Contestó Felipe: Doscientos denarios de pan no bastan para que cada uno reciba un pedacito. Díjole uno de sus discípulos, Andrés, el hermano de Simón Pedro: Hay aquí un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos peces; pero esto, ¿qué es para tantos? Dijo Jesús: Mandad que se sienten. Había en aquel sitio mucha hierba. Se sentaron, y solo hombres había unos cinco mil. Tomó entonces Jesús los panes y, dando gracias, dio a los que estaban recostados, e igualmente de los peces, cuanto quisieron. Así que se saciaron, dijo a los discípulos: Recoged los fragmentos que han sobrado para que no se pierdan. Los recogieron y llenaron doce cestos de fragmentos que, de los cinco panes de cebada, sobraron a los que habían comido. Los hombres, viendo el milagro que había hecho, decían: Verdaderamente, Este es el profeta que ha de venir al mundo. Y Jesús, conociendo que iban a venir para arrebatarle y hacerle rey, se retiró otra vez al monte El solo.

Aquí tenemos todo un complejo económico o social, como queráis; aquí hay un pueblo de varios miles de personas que tiene una necesidad vital imperiosa: en este caso, hambre. Hay un capitalista —parece que solo había uno— que tiene cinco panes y dos peces.

Evidentemente, a este muchacho, al capitalista, llamémosle así, le sobraba con lo que tenía. Por otra parte, es indudable que los cinco panes y los dos peces eran de él y solo de él. Supongamos, como parece cierto, que la necesidad de comer de aquella muchedumbre era imperiosa, y que no había otro medio de procurarse alimento. Supongamos que este muchacho se queda más que satisfecho comiéndose un pan y un pez.

Yo no os voy a decir ahora qué es lo que este hombre debiera haber hecho con su capital de panes y peces; voy a decir solamente lo que hizo: lo puso a disposición de Cristo y de los apóstoles, tratando, indudablemente, de buscar una solución, no solo para sí, sino para toda la comunidad.

Este era un hombre que tenía lo que hoy diríamos sentido de su responsabilidad social. No me cabe la menor duda de que este gesto fue una de las causas que movieron a Cristo para hacer el milagro. Dios podía haber hecho el milagro sin aquellos panes y peces; pero no lo hizo así; Dios quiere y exige muchas veces la cooperación de los hombres; y ante el bello gesto de este hombre, que no llamaremos generosidad, sino sentido recto de la justicia social y del bien común, Cristo hace el milagro rotundo, fantástico, de sacar panes y peces para dar de comer a cinco mil hombres, más las mujeres y los niños que les acompañarían.

No sé si os habéis fijado en otro detalle: este hombre de los panes, después de la multiplicación

y antes del reparto, no exige la mitad de los panes y peces para él. Al fin y al cabo, él había sido el que había impuesto el capital en aquel asunto; Cristo había puesto el trabajo; los apóstoles la administración...

Que Cristo hiciera lo que quisiera con su parte, pero a él y a los apóstoles parece que les habría de tocar un buen dividendo, unos buenos sacos de panes y una buena carga de peces... Pues no fue así.

Repito que yo no digo cómo debiera o no debiera haber sido; que estas cosas son bastante complicadas de resolver... No hago más que decir cómo fue esta vez. Esta vez no se repartieron los dividendos hasta estar seguros de que cada uno de los miembros de aquella comunidad o sociedad tuvo lo suficiente para cubrir sus necesidades.

Una vez seguros de esto, es cuando dijo Cristo: Ahora sí, ahora que recojan todo lo que sobra. Y sobraron doce cestos; prácticamente, uno para cada uno de los miembros del consejo de administración, esto es: para el que había puesto el capital y para los que habían administrado el producto, habían servido a las mesas, etc.

Más para estos; parece justo. Pero de lo que sobró. Siempre que se hubieron cubierto las necesidades elementales de todos. Y fijaos que esta muchedumbre no tenía ningún derecho a esa distribución por justicia conmutativa (no habían puesto su trabajo en el producto); pero en aquella ocasión existía, indudablemente, una obligación, no de caridad, sino de justicia social.

Ya comprendéis que en otras circunstancias, cuando existe aportación de trabajo, esta obligación es, además, de justicia conmutativa. Entonces es de una terrible responsabilidad el retirar para sí un buen montón de panes, sin estar seguros de que con los

restantes va a haber suficiente para satisfacer las dignas necesidades humanas de aquellos que han puesto sus manos para producir, precisamente, esos panes que tú metes en tus sacos.

Quisiera, también, comentar en otro sentido aquella orden de Cristo de que recogieran lo que sobraba. Desgraciadamente, siempre hay alguien a quien falta aquello que a otros les sobra. Y ahora no quiero hablar de pan ni de dinero, sino de otras cosas más delicadas, y quizá tan necesarias como el pan y el dinero.

A algunos les sobra, por ejemplo, alegría. Hay personas que viven una vida luminosa, y que tienen la cualidad de hacer luminosa la vida de los que les rodean. No dejéis perder esa alegría que os sobra. Hay muchas personas que son pobres, mendigas de la alegría; hay muchos enfermos, física y espiritualmente, que necesitan de tu alegría: repártela. Es algo que no disminuye mientras se reparte, como los panes de Cristo. Cuanta más alegría dejes en los demás, verás que es mayor la que tienes dentro de ti.

Recoged lo que sobra... Vosotros, los que habéis tenido una buena educación, los que poseéis conocimientos. Recogedlo y repartidlo todo, porque hay muchos que saben muy poco. Es una obra de misericordia enseñar al que no sabe. Hay muchos que, en muchos órdenes, no pueden dar un paso en la vida porque no hay quien les haya enseñado a darlo. Recuerda que la caridad no siempre se traduce en pan o pesetas.

Recoged lo que sobra..., más que nada, de amor y bondad. Me vais a decir que de esto no sobra ni poco ni mucho. No es verdad. Sé que a muchos de vosotros os sobran el amor y la bondad. No cometáis el pecado de repartir vuestra bondad solo entre el grupito de vuestros seres más cercanos. Es el cri-

men del mundo, el de no querer repartir la bondad; el de reservar el amor para mí y para los míos, creyendo que, si lo distribuyo a los demás, voy a tener menos para casa.

Es el crimen del mundo: el de la sangre, las lágrimas, el hambre, el de los infinitos colores de los mapas, los pasaportes, las guerras y el odio.

Todo esto lo hicieron los hombres, porque el amor que les sobraba lo emplearon en amarse demasiado a sí mismos. Emplearon en amarse a sí, todo el amor que Dios les había dado para amar a los demás.

Sobre todo en el amor...: recoged lo que sobra y dadlo, sin miedo, hacia fuera. No se pierde. También pasa con la bondad que, cuanto más se da, más queda dentro.

DE LO QUE ACUSAMOS A CRISTO

(PASION)

Vamos a ver si nos entendemos con Cristo. Yo quisiera tener una charla respetuosa y amistosa con *Cristo...*, pero sincera también. Para decirle sinceramente lo que nosotros pensamos de El y de su actuación. Yo creo que podremos llegar a un acuerdo. No como aquellos fariseos que comenzaban insultándole y acababan cogiendo piedras. Dice así el Evangelio:

En aquel tiempo dijo Jesús a la muchedumbre de los judíos: ¿Quién de vosotros podrá acusarme de pecado? Si yo digo la verdad, ¿por qué no me creéis? El que es de Dios, oye las palabras de Dios; por eso vosotros no las oís, porque no sois de Dios. Respondieron los judíos, y le dijeron: ¿No decimos con razón nosotros que Tú eres samaritano y tienes demonio? Respondió Jesús: Yo no tengo demonio, sino que honro a mi Padre y

vosotros me deshonráis a Mí. Yo no busco mi gloria; hay quien la busque y juzgue. En verdad, en verdad os digo: si alguno guardare mi palabra, no verá jamás la muerte. Dijéronle los judíos: Ahora nos convencemos de que estás endemoniado. Abrahán murió y también los profetas, y Tú dices: Quien guardare mi palabra no gustará la muerte nunca. ¿Acaso eres Tú mayor que nuestro padre Abrahán, que murió? Y los profetas murieron. ¿Quién pretendes ser? Respondió Jesús: Si Yo me glorifico a Mí mismo, mi gloria no es nada; pero es mi Padre quien me glorifica, de quien vosotros decís que es vuestro Dios; y no le conocéis, pero Yo le conozco; y si dijere que no le conozco sería semejante a vosotros: embustero; mas Yo le conozco y guardo su palabra. Abrahán, vuestro padre, se regocijó pensando en ver mi día; lo vio y se alegró. Pero los judíos le dijeron: ¿No tienes aún cincuenta años y has visto a Abrahán? Respondió Jesús: En verdad, en verdad os digo: Antes que Abrahán naciese, era Yo. Entonces tomaron piedras para arrojárselas; pero Jesús se ocultó y salió del Templo.

Cristo chocaba constantemente con la sociedad de su tiempo. Era un personaje con unas ideas nuevas, extrañas, hasta desagradables. Era un hombre de una conducta intachable, desde luego; pero que, tal vez por eso mismo, hacía saltar los nervios de muchos, y venían las discusiones..., después la violencia y la muerte.

Nosotros diríamos que los judíos estuvieron un poco atropellados en el trato con Cristo; poco diplomáticos, poco acertados, poco prudentes.

Mira, Cristo. Nosotros, los hombres de hoy, reconocemos que no era esa la manera de tratarte. Tú les preguntas: «¿Quién de vosotros podrá acusarme de pecado?»; y ellos se excitan, te llaman endemoniado y cogen piedras. No. No es esa la forma. Mira, Cristo. Nosotros, los hombres y mujeres de hoy, somos mucho más educados, tenemos más sentido de la flexibilidad. Yo te voy a decir lo que nosotros pensamos de Ti.

Tú preguntas: «¿Quién de vosotros podrá acusarme de pecado?»

Yo te voy a responder, Cristo, a esa pregunta, con todo respeto y con toda educación.

Hablando en confianza, Señor: de algunas cosas sí te acusamos.

Por de pronto te acusamos de que fuiste poco diplomático. Decías las cosas demasiado pronto y sin hacer alguna concesión a las circunstancias. Cuando predicaste las bienaventuranzas, lanzaste de golpe la teoría del triunfo de los débiles, de los que saben perder. ¿No ves, Cristo, que entonces y ahora el mundo gira ante la teoría opuesta? Nuestro mundo está fundado en la fuerza, el poder, la violencia, el dinero... Es decir: gira en torno a la fuerza. Y Tú vienes, Cristo, a decirnos de golpe que la felicidad es de los mansos, de los humildes, de los que sufren, de los que desprecian el dinero, de los perseguidos...

Te acusamos de este pecado, Cristo. Te acusamos de querer volver cabeza abajo a nuestra sociedad; de querer destrozarnos toda nuestra manera de pensar, sentir y querer; te acusamos de destrozarnos nuestras costumbres, nuestras tradiciones más íntimas. Casi todas están fundadas en la teoría de la fuerza. Con tu teo-

ría de la mansedumbre y del sacrificio destrozas casi todas nuestras glorias pasadas y las de nuestros padres. Te acusamos de atacar nuestras posiciones presentes, te acusamos de robarnos nuestras ilusiones mejores para el futuro: la ilusión de ser fuertes en este mundo.

De esto te acusamos todos: los fuertes y los débiles. Los fuertes, porque no están dispuestos a aceptar tu teoría de la mansedumbre; los débiles, porque no están dispuestos a contentarse con ser débiles, y a no querer ser fuertes.

Otra acusación, Cristo: no tenías prudencia.

Tu doctrina es preciosa, es sublime. Concedido. Pero hay que saber contempORIZAR, hay que saber ignorar, prescindir, hacer la vista gorda...; hay que ser prudente, Señor.

Desde el primer momento te negaste a pedir una recomendación, una influencia. Y hubiera habido muchos que te la hubieran dado con mucho gusto. A cambio de algunas pequeñas concesiones, a cambio de pasar por alto algunas cosillas..., los mismos fariseos..., hasta Caifás, hubieran sido bienhechores tuyos. ¿A quién no le gusta aparecer como aliado de la santidad, de la justicia, de la rectitud? Tú, Cristo, eras una buena carta para cualquiera. Pero no quisiste acomodarte; te faltaba la prudencia que hoy tenemos ya muchos cristianos. Por ejemplo: lo que hiciste con Herodes. Públicamente le llamas zorro. Poca prudencia, Cristo.

Además, eras joven. Solo treinta años, y desautorizas a los doctores, a los ancianos de Israel: les llamas hipócritas, les desafías a que el que esté sin pecado arroje la primera piedra, les haces abandonar el campo, comenzando por los más ancianos.

De eso te acusan, Señor; de eso te acusamos todos. En confianza: te acusan y te acusamos de que

has puesto el asunto de la religión al rojo vivo. Tu Evangelio corta todas las cosas por lo sano. Nos has quitado la posibilidad de regateo en cuestión de moral, de costumbres, de religión.

«¿Quién de vosotros podrá acusarme de pecado?»

Pues, sí; te acusamos. Te acusamos de haber pecado contra toda nuestra manera de ser: de que has puesto lo principal del cristianismo, no en lo que aparece de fuera, sino en nuestra actuación interna más privada y secreta.

Te acusamos de que nos has insultado en nuestro mismo cristianismo fachendoso y satisfecho:

Nos has llamado hipócritas (Mat., 23).

Nos has llamado víboras (Mat., 12, 34).

Nos has llamado ladrones (Io., 10, 8).

Nos has llamado asesinos de almas (Io., 10, 10).

Nos has llamado hijos del diablo (Io., 8, 44).

No preguntes, Cristo, de qué te acusamos. Te acusamos de que has venido a no dejarnos hacer lo que nos daba la gana. Has venido a echar por tierra nuestra prudencia, nuestro prestigio, nuestros intereses creados...

Y no va a quedar ahí la cosa. No es que solo te acusemos. Te vamos a condenar. Porque has herido no solo nuestra soberbia personal, sino hasta nuestra soberbia colectiva. Para Ti no había clases en la sociedad. Has herido también nuestra soberbia patriótica. Echaste por tierra todos los exclusivismos de pueblo escogido que presentaba Israel. Y, claro está, mucho más, todos los exclusivismos de los pueblos que no somos Israel.

«¿Quién de vosotros podrá acusarme de pecado?»

Pues muchos de nosotros, Señor. Te acusamos, te condenamos y te vamos a crucificar; entre todos: entre Caifás, Pilato, los judíos, los que no somos judíos, los que vivían entonces y los que vivimos ahora.

Te crucificamos en Jerusalén y en otros muchos pueblos del mundo. Si no, haz la prueba: vete por las calles y por las casas, Cristo, y verás cómo muchos te estamos condenando, ayer y hoy, aquí y allí.

Por una sencilla razón: porque no queremos ni tus mandamientos ni tus consejos, ni tu sacrificio ni tu estilo.

* * *

Cristo murió, porque le acusamos y le condenamos entre todos nosotros, por esas razones que yo he querido exponerle en nombre vuestro y mío.

Os deseo una cosa de todo corazón: que a vosotros también os acuse y os persiga y os condene el mundo, por las mismas razones que a Cristo. Porque entonces se cumplirán en vosotros aquellas promesas de Dios: *Bienaventurados los que padecen persecución por la rectitud, porque de ellos es el Reino de los cielos. Bienaventurados seréis cuando os insulten y persigan y, con mentira, digan contra vosotros todo género de mal, por mi causa. Alegraos y regocijaos porque grande será en los cielos vuestra recompensa.*

Os deseo que el mundo os condene, como condenó a Cristo, porque entonces se cumplirán en vosotros aquellas palabras del testamento de Cristo:

Si fueseis del mundo, el mundo amaría lo suyo; pero porque no sois del mundo, sino que Yo os escogí del mundo; por esto el mundo os aborrece.

NUESTRA SEMANA SANTA

(RAMOS)

En aquel tiempo, cuando próximos a Jerusalén llegaron a Betfagé, junto al monte de los Olivos, envió Jesús a dos de sus discípulos, diciéndoles: Id a la aldea que está enfrente, y luego encontraréis una borrica atada y con ella al pollino; soltadlos y traédmelos; y si alguno os dijere algo, diréis: El Señor los necesita y, al instante, los dejarán. Esto sucedió para que se cumpliera lo dicho por el profeta: Decid a la hija de Sión: He aquí que tu Rey viene a ti, manso y montado sobre una borrica y su pollino, hijo de la que está acostumbrada al yugo. Fuéron los discípulos e hicieron como les había mandado Jesús; y trajeron la borrica y el pollino y pusieron sobre ella sus mantos, y encima de ellos montó Jesús. La numerosísima muchedumbre extendía sus mantos por el camino, mientras otros, cortando ramos de los árboles, lo alfombraban. La multitud que le precedía y la que

le seguía, gritaba diciendo: ¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor! ¡Hosanna en las alturas!

Así comenzó la Semana Santa. Esta Semana Santa de ayer, de hoy y de siempre. Esta Semana Santa sobre la cual vamos a meditar unos momentos; porque la Semana Santa no es solo de Cristo y de Pilato y de los fariseos. También nosotros tenemos nuestra Semana Santa: la nuestra, la personal.

Domingo de Ramos.—Todos los días en que hemos dicho Hosanna a Cristo. Bastantes días en nuestra vida. Nosotros somos, en el fondo, buenos. Como aquel pueblo de Jerusalén. Es indudable que eran sinceros este Domingo de Ramos, cuando pasearon en desfile a Cristo y le vitorearon. Eran sinceros.

Nosotros también lo hemos sido en muchos días de nuestra vida, en muchos Domingos de Ramos. Muchas veces hemos hecho profesión pública de nuestra fe en Dios. También los hombres: aquel día de la procesión, de la Comunión general; aquel otro día en que hemos defendido en público nuestras creencias...

Actitud de Domingo de Ramos que a las mujeres les cuesta muy poco, pero a los hombres ya les cuesta un poco más, por el hecho absurdo que se da en algunos países de cultura mediterránea, de que la manifestación externa de adhesión a Dios y a la Religión se la quiere cerrilmente unir a la pérdida de la masculinidad.

Inexplicable pero real. A los hombres no nos da vergüenza el aclamar hasta la ronquera y discutir hasta el agotamiento por nuestro equipo favorito; sin embargo, ponernos tres bancos más adelante en la Misa..., de rodillas en vez de en pie...; es el momento

triste en que los hombres empezamos a sentir vergüenza de Dios y miedo de los demás hombres.

Sobre todo en los países latinos, Dios nos da vergüenza a los hombres. No sé si nos hemos puesto alguna vez a meditar la insondable estupidez de este hecho: a los hombres nos da vergüenza decir que queremos, que adoramos y que servimos a Dios.

Yo sé que muchas veces, amigos hombres, habéis superado este insensato respeto humano. Sé que muchas veces es Domingo de Ramos en vuestra vida. Os recuerdo aquellas palabras de Cristo: *Bienaventurado el que no se escandalizare de Mí*

Jueves Santo.—Fue el día de la traición, el día de la Eucaristía, el día de la angustia.

Jueves Santo ha sido muchas veces en tu vida.

El día de tu primera Comunión...; ya casi ni te acuerdas; eras muy niño. Cristo te dio su Cuerpo y Sangre, lo mismo que a los apóstoles en la última cena. Tú entonces eras muy bueno, muy buena; todavía no habías hecho traición a Cristo. Jueves Santo han sido otros muchos días en que te has sentado a la misma mesa de Cristo, cuando has ido a comulgar..., muchos Jueves Santos buenos en tu vida...

Tal vez alguno malo...: el día de tu traición a Dios, el día en que agarraste las treinta monedas..., los días en que una bolsa o un capricho han valido más que Dios para ti. Jueves Santo, cuando hacías de católico entre los demás católicos y, sin embargo, por dentro, en realidad, eras el traidor. Fíjate: a Judas no le notó nadie: comía con Cristo como los demás, besaba a Cristo como los demás.

Jueves Santo, muchas veces en que has tenido buena voluntad para con Cristo y las cosas de Dios, aunque te equivocaras mezclando las cosas humanas con las divinas como se equivocó San Pedro cuan-

do quiso tirar de espada para asegurar el cristianismo.

Jueves Santo, tantos días en que los cristianos nos hemos dormido en nuestro cristianismo, mientras los enemigos avanzaban sin descanso.

Jueves Santo es el día de tus grandes sufrimientos: el día de tu miedo, de tu llanto, de tu angustia...; el día que llevaron a operar a tu hijo; el día que te dieron aquella noticia; el día en que no podías tragar bocado ni pegar ojo...; ese día en el que no lo sabías, pero Cristo estaba a tu lado sufriendo contigo, pálido, tembloroso, sudando sangre... Jueves Santo.

Viernes Santo.—Es el día más universal de la humanidad; es el día de todos: el de Cristo, el de los Pilatos, los Herodes, los ladrones que se hacen buenos, los apóstoles que se hacen cobardes, los asesinos que salen de la cárcel, los pueblos enteros que gritan insensateces...; el día en que los hombres matamos a Dios.

Viernes Santo, el día más grande del mundo, el más repetido, es nuestro día: el día en que nosotros, los hombres católicos, tenemos el mayor gesto galante para con las mujeres, que es el cederles los primeros puestos junto al sufrimiento de Cristo; el día en que nosotros, las columnas de la cristiandad, les cedemos a ellas los primeros puestos ante el sacrificio, el privilegio de ser Verónicas y Marías de Israel; el privilegio, por lo visto muy femenino, de arrostrar la vergüenza y las burlas, el privilegio de estar más cerca de la cruz.

Viernes Santo, el día en que los hombres preferimos Barrabás a Cristo, quién sabe si porque Barrabás sabe matar y Cristo sabe morir.

El día en que un apóstol se ahorca y se va al infierno, y el día en que un ladrón se convierte y se va al cielo.

Viernes Santo, el día más repetido en el mundo.

Sin embargo, es un día grande: nuestro mejor día. A pesar de todo, es el día en que Dios nos quiso más; el día en que Dios nos perdona a todos..., si queremos.

Esto es la Semana Santa: algo que está mucho más cerca de nosotros de lo que creemos; algo en que somos auténticos protagonistas.

FELICES PASCUAS

(RESURRECCION)

Aquella mañana de Resurrección no creía nadie. Todos, menos la Virgen, estaban persuadidos de que lo de Cristo ya se había acabado.

Las mujeres buscaban un cadáver, los apóstoles buscaban un refugio, algunos discípulos buscaban la huida, los soldados de centinela buscaban una propina, Caifás y compañía buscaban con quién comentar su triunfo, Pilato buscaba algo con que tranquilizar su conciencia... Nadie esperaba que Cristo resucitara de entre los muertos.

Dice así el Evangelio:

Pasado ya el sábado, María Magdalena y María, la de Santiago y Salomé, compraron aromas para ir a unguir a Jesús. Y muy de madrugada, el primer día después del sábado, en cuanto salió el sol, vinieron al sepulcro. Decían entre sí: ¿Quién nos removerá la piedra de la entrada del sepulcro? Y mirando, vieron que la piedra estaba removida; era muy grande. Entretanto, en el monumento, vieron a un joven senta-

do a la derecha, vestido de una túnica blanca, y quedaron sobrecogidas de espanto. Él les dijo: No os asustéis; buscáis a Jesús Nazareno, el crucificado; ha resucitado, no está aquí; mirad el sitio donde le pusieron. Pero id y decid a sus discípulos y a Pedro, que les precederá a Galilea; allí le veréis, como os ha dicho.

¡Felices Pascuas!

La Pascua es un día grande para vosotros, los de buena voluntad. El día de Pascua es un símbolo y una prenda de lo que va a ser el último día de este mundo y el primero del otro: el triunfo de Cristo, el triunfo de la justicia, el triunfo del bien.

Hoy es el día de decir: ¡Felices Pascuas! a todos: a aquellos a los que les agrada y a aquellos a quienes les pique. Felices Pascuas a los que desean la justicia, y Felices Pascuas a los que van a rabiarse con la justicia. Felices Pascuas a todos los que no han tenido Pascua, y Felices Pascuas a los que se han pasado la vida haciendo la Pascua a los demás.

Vamos a decírselo a todos los personajes de la Semana Santa y de la Pascua del mundo:

¡Felices Pascuas, San Pedro! Nada. Aquello ya pasó, ya está perdonado. ¡Felices Pascuas a vosotros, amigos, a mí..., a tantos que hemos hecho lo que hizo San Pedro, los muy fuertes y bravucones con las armas, pero los muy débiles con la voluntad; los que somos muy machotes para cortar las orejas de los demás, pero somos muy gallinas para cortar nuestros caprichos o nuestro respetillo humano! ¡Felicidades, San Pedro, y todos los que hemos pecado por cobardes, pero estamos arrepentidos! Felicidades, porque Cristo no quiere saber ya lo que hemos hecho, sino lo que hacemos y lo que vamos a hacer: no quie-

re saber que Magdalena fue una pecadora, solo quiere saber que hoy es una santa; no quiere saber que Pedro fue un cobarde, solo quiere saber que ya es un valiente; no quiere saber que Dimas fue un malhechor, solo quiere saber que le ha pedido perdón y que hoy estará con El en el Paraíso.

¡Felices Pascuas!, vosotros, los hombres fuertes de la guardia del sepulcro. Vosotros, los fuertes y mangantes de todos los tiempos; los encargados de destruir la vida y guardar la muerte para que no triunfe la justicia. Vosotros, los que injustamente habéis cerrado tantas entradas y tantas salidas; vosotros, los que habéis amarrado y sellado tantas bocas y tantas libertades, como cerrabais y custodiabais este sepulcro de Cristo. ¡Felices Pascuas..., Cristo se os ha escapado! Vosotros creíais que con la fuerza se podía todo. Decidles a Caifás y a Pilato que hay algo más fuerte que la justicia y la violencia. Decidles la verdad: decidles que hoy es Pascua y que habéis tenido miedo de Dios. Hoy es Pascua, poderosos del mundo; hoy se os ha escapado Cristo, mañana se os escaparán todos los demás: todo lo que habéis amarrado, lo que habéis robado, lo que habéis destruido. Ha comenzado la era del miedo para vosotros, los injustos y los matones: los que matáis y sepultáis, porque os lo manda Pilato; los que mentís, porque os paga Caifás... ¡Felices Pascuas, amigos, Felices Pascuas!

¡Felices Pascuas, vosotras, mujercitas de la corte de Herodes! Y vosotras, las de siempre, las que jugáis con la vergüenza de Cristo y con la vuestra; las que vestís a Cristo de loco para que se ría Herodes; las que sabéis demasiado de vestidos, las que os reís de Cristo porque Cristo va de blanco. Para vosotras la Pascua no es cosa de risa, no. No habéis seguido a Cristo hasta la cruz; no habéis ido a buscarle al sepulcro. Algunas de vosotras sois aquellas hijas de Je-

rusalén que tendréis que llorar de veras por vosotras. Queríais que Cristo hiciera un milagro cuando estaba delante de Herodes y vosotras. Ya lo ha hecho: ha resucitado. Y va a volver donde vosotras y donde Herodes; no a vestiros de blanco, sino a vestiros de fuego; no a llamaros locas, sino a llamaros malditas por toda la eternidad. ¡Felices Pascuas!

¡Felices Pascuas, Pilato! Y todos vosotros, los Pilatos y Pilatillos de todos los tiempos; vosotros, los bien situados a costa de pelotillas, camuflajes, enchufes y otras cosas peores. ¡Cristo ha resucitado! Otro lío más que os ha salido y con el que no contabais en vuestras combinaciones. Vosotros, los que sois buenos, allá muy en el fondo, pero que haríais cualquier enjuague para manteneros en ese puesto en el que estáis. Vosotros, los artistas para elaborar esos insuperables pastelitos que hacéis mezclando ingredientes del bien y del mal. ¡Felices Pascuas! Cristo os va a condenar trayendo la justicia y la verdad limpia, esa verdad que vosotros preguntabais en el pretorio a ver qué era. Cristo os va a sacar un día al balcón, delante de todo el mundo, diciendo: «He aquí al bribón»; y va a enseñar al mundo vuestras manos sucias, esas manos que hacíais que os lavabais delante de los demás.

¡Felices Pascuas!, vosotros, los hombres buenos, pero un poco despistados y pesimistas, que un día comenzáis a retiraros por el camino de Emaús... Vosotros sois buenos; creéis en Cristo y en el catolicismo, pero os habéis llevado más de una decepción; vosotros, los que vais comentando triste y constantemente que esto no va bien, que lo otro está mal...; vosotros, los que creíais que el catolicismo era una cosa fácil y más brillante; vosotros, los que esperabais que no habría católicos flojos, católicos malos; vosotros, los que tenéis fe, pero no mucha, porque os

turba haber visto que los apóstoles fueron cobardes a la hora de la verdad, porque habéis visto que un apóstol fue el que vendió a Cristo, y otro el que le negó en la hora suprema; vosotros, los que no tenéis la fe suficiente para saber que, aunque haya apóstoles y curas malos, por eso el cristianismo es tan verdad como antes; vosotros, los pesimistas, los cenizos; vosotros, los que no acabáis de comprender que Cristo y el cristianismo son divinos, pero que los cristianos somos hombres con muchas limitaciones. Vosotros esperabais que Cristo hubiera hecho más milagros: que hubiese bajado fuego del cielo, que hubiese asado a Caifás y a Herodes, que hubiese puesto doce legiones de ángeles para arremeter contra Malco y todos los de la cuerda en el monte de los Olivos... Vosotros sois buenos, pero habláis demasiado de lo que no comprendéis... Nos pasa a muchos esto: lo mismo que les pasaba a los discípulos de Emaús. Tuvo que aparecérselos Cristo para decirles a ellos y a todos nosotros la gran frase que todos merecemos:

«¡Oh necios y tardos de corazón para creer!»

Pero nos lo dice Cristo con cariño. Ya sabe que tenemos buena voluntad... Y hoy, Pascua, es un día muy grande... para los hombres de buena voluntad.

LA ANGUSTIA Y LA ESPERANZA

(IN ALBIS - I PASCUA)

Estamos demasiado acostumbrados a ver que los seres vivos acaban con la muerte. Y nos cuesta creer en un regreso de la muerte, en un retorno del fracaso. En la coyuntura histórica actual, las ideas de angustia, fracaso, desesperanza, ejercen sobre nosotros una presión colectiva que nos pone en situación de poder comprender mucho mejor aquella actitud de escepticismo y desconfianza que adoptaron los discípulos después de la muerte de Cristo. La resurrección era un hecho insólito, para el que no estaban preparados emocionalmente. Si a veces es difícil pasar del dolor al gozo, lo es mucho más el pasar de la desesperación a la esperanza. Al fin y al cabo, es abdicar de algo intelectual nuestro; y esto siempre es costoso, aunque se trate de abdicar de un dolor espiritual propio.

Dice así el Evangelio:

En aquel tiempo, la tarde del primer día de la semana, estando cerradas las puertas del lugar donde se hallaban los discípulos por miedo a los judíos, vino Jesús, y, pues-

to en medio de ellos, les dijo: *La paz sea con vosotros. Y diciendo esto, les mostró las manos y el costado. Los discípulos se alegraron viendo al Señor. Díjoles otra vez: La paz sea con vosotros. Como me envió mi Padre, así os envió Yo. Diciendo esto, sopló y les dijo: Recibid el Espíritu Santo. A quien perdonareis los pecados, les serán perdonados; a quienes se los retuviereis, les serán retenidos. Tomás, uno de los doce, llamado Dídimo, no estaba con ellos cuando vino Jesús. Dijéronle, pues, los otros discípulos: Hemos visto al Señor. El les dijo: Si no veo en sus manos la señal de los clavos y meto mi dedo en el lugar de los clavos y mi mano en su costado, no creeré. Pasados ocho días, otra vez estaban dentro los discípulos y Tomás con ellos. Vino Jesús, cerradas las puertas y, puesto en medio de ellos, dijo: La paz sea con vosotros. Luego dijo a Tomás: Alarga acá tu dedo y mira mis manos, y tiende tu mano y métela en mi costado, y no seas incrédulo, sino fiel. Respondió Tomás y dijo: Señor mío y Dios mío. Jesús le dijo: Porque me has visto has creído; dichosos los que sin ver creyeron.*

Muchas otras señales hizo Jesús en presencia de sus discípulos, que no están escritas en este libro. Y estas fueron escritas para que creáis que Jesús es el Mesías, Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengáis vida en su nombre.

Es muy fácil reprochar la falta de esperanza de los discípulos en las horas que siguieron a la muer-

te de Jesús: unos huían; otros se ocultaban; otros, como Tomás, se cerraban las puertas de la misma esperanza. Pero nosotros no hubiéramos sido mejores. Nosotros, los hombres de hoy, acongojados por ciertas formas de existencialismo epidémico que ha trascendido de nuestra mente a nuestros gestos, de los pensadores a los actores y comparsas de nuestra escena, nosotros no hubiéramos tenido más reservas de esperanza de las que tuvieron los apóstoles.

Sin embargo, en la esperanza estaba la dicha. Lo ha estado siempre. Porque esperar es orientarse hacia el triunfo, creer en él y amarlo al mismo tiempo. Esperar es, a la vez, creer y amar, es la plenitud de nuestro actuar humano mientras marchamos hacia la meta. La meta está allí: es el objeto de la esperanza, es la dicha misma; marchar hacia allá es actuar nuestra esperanza. Es, a la vez, un deber, una virtud y un gozo: el inefable gozo de la esperanza.

Os habréis fijado en que la curva del gozo humano va descendiendo conforme aumenta la edad; hay excepciones, pero esta es la ley general. La alegría y la sonrisa van madurando en la seriedad, el enojo, la irritabilidad y la melancolía conforme avanzamos en el cuadrante de la vida humana. Es que, con los años, se va haciendo cada vez más exiguo el margen de nuestra esperanza humana. Claro está que nos queda siempre intacta la esperanza teológica, y de esto vamos a tratar ahora; pero el hecho es que no siempre, por desgracia, tenemos a flor de espíritu esta esperanza sobrenatural. Aun creyendo en la eternidad, caemos en el declive angustioso de las esperanzas humanas.

De niños y de jóvenes todavía no nos ha derrotado casi nunca la vida, y nos es posible esperar en las innumerables posibilidades de triunfo que quedan por delante. En nuestra edad madura, la vida

nos ha cerrado ya muchos caminos, los senderos se han hecho más angostos, las posibilidades son reducidas...

Aquí tenemos una de las raíces más profundas del dolor humano: el desvío de la esperanza. Por lo mismo porque sufrían los apóstoles y Tomás después de la muerte de Cristo, por eso mismo sufrimos los hombres hoy y siempre: nos falta la legítima esperanza; no esperamos en aquello que debemos esperar.

Incesantemente vamos enfocando nuestra facultad de esperar hacia objetos que no pueden llenar nuestra facultad de esperar. Esperamos siempre en un objeto que nos va a hacer traición. Hemos puesto toda nuestra capacidad de esperar, que es infinita, en un objeto no infinito; llega un momento en que ese objeto se nos rompe entre las manos y ya no nos queda en el alma más que la desesperación y la angustia. Es lo que les pasó a los apóstoles: no entendieron bien a Cristo; pensaban en un reino humano, en un mesianismo de conquistas terrenas, en una corte real donde los hijos del Zebedeo estuvieran a la derecha e izquierda de Cristo.

Pero llega la crucifixión y, con ella, el fracaso total de todo reino de ese tipo. Entra la angustia, la desesperanza. Con Tomás sucede lo mismo: Tomás ama, pero no espera. Tomás, en un arranque de valor, dice que él irá a la muerte con Cristo. Pero a la muerte total, sin esperanza.

Y nace la angustia. Creo que tenemos muchas razones para meditar en este problema de nuestra angustia. Porque no es un problema confinado a un reducido número de pensadores; la angustia, que debemos llamar desesperanza, es algo que está en la calle, en la casa y en la vida.

Como católicos, y mucho menos como teólogos, no tenemos derecho a encastillarnos en la fortaleza

serena de nuestra esperanza teológica, mientras despreciamos las angustias de nuestros hermanos hombres. Debemos salir al paso de su desesperanza y abrirles los accesos de nuestra esperanza teológica; accesos no siempre fáciles para una humanidad enferma y alimentada con esperanzas de corto alcance.

El mundo del siglo XIX puso el triunfo y la esperanza de la humanidad principalmente en dos objetos: el progreso técnico y las estructuras sociales y económicas del marxismo. Hoy la angustia máxima mundial brota precisamente de esos dos objetos: del progreso técnico ha brotado la amenaza monstruosa de poseer en las manos los medios de destrucción física de la humanidad; de la teoría marxista ha brotado el peligro de mayor destrucción moral de la humanidad; el estado monstruo y la negación de la libertad y dignidad humanas.

En lo humano nos queda la angustia, y con razón. Ahora bien: para luchar contra la angustia, son tres los caminos que escogen los mortales: el primero es la desesperación; el segundo, la evasión; el tercero, la esperanza sobrenatural.

La desesperación.—Es perfectamente lógica para quien no cree, no ama y no espera. El hombre que se ha destruido su propio horizonte no puede ver más que la nada. No es frecuente, porque los hombres siempre creemos en algo, esperamos en algo..., amamos algo. Los apóstoles mismos algo ya creían, algo ya esperaban y, sobre todo, amaban mucho.

La segunda solución es la evasión.—Esta es mucho más frecuente. El irracional no sufre por falta de esperanza; ahora bien: si en mi angustia consigo pensar menos, sufriré menos; cuanto más me irracionalice, seré momentáneamente menos infeliz. Buscar la evasión es dejar de lado el problema y buscar el alivio en el embrutecimiento de nuestras facultades supe-

riores. Es, desgraciadamente, la respuesta más frecuente de nuestra sociedad defraudada en la esperanza. La evasión, que nunca será una medicina curativa, sino una droga de efectos calmantes en pequeñas dosis y mortal en dosis excesivas. Evasión que vamos a buscar en los deportes, los espectáculos, la ficción, la vida sensitiva, para ver si podemos olvidar así la herida de nuestro espíritu, la herida de nuestra desesperanza.

La esperanza sobrenatural.—Es la solución: la única. La expectación de nuestro destino eterno, que es lo único que puede llenar de luz cualquier momento y cualquier edad de nuestra vida. La novena bienaventuranza, que Cristo no la dijo en el sermón del monte sino que la reservó para decírnosla hoy a todos, delante de Tomás: *Bienaventurados los que sin ver creyeron*. Esto es: bienaventurados los que esperaron en Dios, y no en los hombres; bienaventurados los que esperan en la eternidad, que es lo único que puede saciar nuestra sed congénita de posesión y dicha infinita; bienaventurada la esperanza de eternidad, que es la única que puede dar sentido, sonrisa e ilusión a todos los momentos de nuestra vida.

CUENTO DE LAS OVEJITAS Y EL LOBO

(II PASCUA)

En aquel tiempo dijo Jesús a los fariseos: Yo soy el Buen Pastor. El Buen Pastor da su vida por las ovejas. El asalariado, el que no es pastor, dueño de las ovejas, ve venir al lobo y deja las ovejas y huye, y el lobo arrebató y dispersa las ovejas. Porque es asalariado y no le da cuidado de las ovejas. Yo soy el Buen Pastor y conozco a las mías, y las mías me conocen a Mí. Como el Padre me conoce, conozco Yo a mi Padre, y pongo mi vida por las ovejas. Y tengo otras ovejas que no son de este aprisco, y es preciso que Yo las traiga y oirán mi voz, y habrá un solo rebaño y un solo Pastor.

Los personajes son tres: el Buen Pastor, el mal pastor y el lobo.

El que da su vida por las ovejas; el que no se molesta ni se mete en líos por las ovejas, y el que mata, come y engorda a costa de las ovejas. Tres personajes muy repartidos por la vida; porque más

o menos, todos somos o buenos o malos pastores, y algunos, lobos.

Todos somos pastores, porque todos ejercemos alguna influencia en otras personas. Todos ejercemos mayor o menor influencia en nuestros amigos, en nuestros hijos, en nuestros hermanos, en nuestros lectores, en nuestros subordinados, en nuestros oyentes, en nuestros compañeros de trabajo o de conversación, en nuestros clientes, etc., en todos aquellos que nos rodean y a quienes, de una manera o de otra, llega nuestra influencia personal. Y aquí está una de las mayores fuentes de responsabilidad: nuestra actuación con nuestros semejantes; una de las mayores ocasiones de nuestra gloria o de nuestra indignidad, de nuestras virtudes y de nuestros pecados; la de ser, respecto a nuestros semejantes, o buenos pastores o malos pastores o lobos.

Vamos a estudiar, uno por uno, estos tres personajes:

El Buen Pastor.—Lo ha dicho Cristo: es el que da su vida por las ovejas. Cristo lo fue, ciertamente: dio su vida en la cruz para redimirnos, para perdonarnos.

Pero, sin llegar a lo de Cristo, hay también otros que son bastante buenos pastores. Por ejemplo: los padres de familia que no consideran a sus hijos como una carga; los esposos que saben que el verdadero amor es algo más profundo que la sed de una vida más divertida; buenos pastores, los patronos que cumplen con la justicia social, sin recurrir a caras de benignidad y a limosnas paternas para no cumplirla; buenos pastores, los sacerdotes que dicen, practican y publican todo el Evangelio, aun a costa de que se enfade aquel señor que les iba a hacer aquel donativo para construir aquella catequesis que tanta falta les hacía...

Buen pastor, el comerciante que no pasa gato por liebre, el que no abusa del cliente o de una situación de monopolio o escasez para poner los precios que le da la gana o repartir producto de cualquier calidad.

Hay bastantes buenos pastores por ahí; todavía los hay; por ejemplo, el médico que sabe que tiene delante no solamente un caso clínico, sino un hermano suyo en la miseria y el dolor de este valle de lágrimas. Buen pastor el periodista, el comentador de radio, el guionista y el productor de cine que son conscientes de su gravísima responsabilidad de educadores del público; los que no lo hacen todo por dinero y solo dinero; los que han guardado lealtad a la verdad, a la justicia y a la moral pública...

Todos estos son buenos pastores; los hay... Serán más o menos, pero sí los hay en todos los estados, clases y profesiones. Los que, si no dan la vida, dan su sacrificio, su lealtad; esa lealtad y ese amor de hermanos que todos los hombres debemos a todos los hombres.

Pero... también hay malos pastores.

El mal pastor es el mercenario, el que solo se ocupa de su dinero, de su propio bienestar, y le importa poco de los demás; ¡allá se las arreglen! Dice el Evangelio que este, cuando ve venir el lobo, deja las ovejas y huye.

También hay muchos malos pastores en la vida: los que, cuando su deber les exige un sacrificio, no son capaces de afrontarlo y abandonan los sagrados deberes que tienen para con los demás.

Mal pastor, el hombre de autoridad que considera la autoridad como un privilegio y no como un servicio; pastor mercenario, el que utiliza su posición privilegiada para reportar provechos inconfesables; mal pastor, el intelectual que lanza ideas brillantes

pero irresponsables, el político que se apodera de Dios para incluirlo exclusivamente en su receta; el literato, el guionista de cine, que prescinden por sistema de la vertiente de eternidad que tiene la vida humana; mal pastor, el clérigo que excomulga sin razón las ideas de los demás y canoniza las suyas propias; mal pastor, el inferior, el hombre de café o de tertulia que siembra el descontento y juega siempre al contraataque de todo lo establecido; el que por sistema, ve siempre la parte mala de todas las personas y cosas, y destruye, destroza, amarga y emponzoña a todos y a todo.

Todos estos son malos pastores; los que ven la dificultad y salen siempre por la huida, por la puerta falsa, por la de prescindir, por la de buscar su propio provecho, por la de protestar y por la de dejar que se hunda el vecino.

Nos falta hablar del lobo, que también está en el Evangelio y en la vida.

El lobo es el que engorda a costa de las ovejas, el que se las come. Lo terrible es que en nuestra sociedad hay bastantes lobos respecto a sus semejantes. Y muchos de ellos vestidos con piel de oveja.

Lobos, los padres que, en aras de un egoísmo criminal, evitan los hijos o los destruyen. Dios les espera en el otro lado. Lobo, el amigo, la compañera que enseña a pecar a los demás, que destruye la inocencia o la honradez de sus compañeros. Lobos, la señora, el patrono, a quienes no interesa que sus subordinados suban de nivel de vida. Lobo, el obrero, el empleado que sabotea en su trabajo. Lobo, el informador, el publicista que oculta la verdad, falsea los hechos y lanza cortinas de humo sobre problemas graves que el público tenía derecho a saber. Lobo, el sacerdote, el católico que, en su actuación privada o pública, deja mal a Cristo y al cristianismo y a la

Iglesia. Lobo, el que emplea su posición privilegiada en la sociedad para explotar al público, engordar a costa de él e importarle un bledo el bien común.

Lobos, en grande, los pueblos, las naciones, las tribus; los equipos humanos que creen un deber de patriotismo o de espíritu de clase el odiar, denigrar y perorar contra la nación vecina, el equipo vecino.

Hasta aquí de pastores y de lobos. Este Evangelio de hoy nos presenta un problema social: el de nuestro comportamiento para con aquellos de nuestros semejantes en quienes, de una manera o de otra, ejercemos alguna influencia.

Todos somos pastores; todos tenemos responsabilidades para con muchos de nuestros semejantes. Ante todo, tenemos la ineludible, la gran responsabilidad de amarles. Es la ley social del cristianismo: la del amor hacia nuestros semejantes.

La de este amor cristiano que presupone tres grandes compromisos en nuestra actuación en sociedad: nuestro compromiso con la verdad, nuestro compromiso con la justicia y nuestro compromiso con el bien común.

Esto no es amar todavía: es cumplir con un deber nuestro muy elemental. Por encima de esto está el amor efectivo y cristiano que Dios nos exige para con nuestros semejantes. Sólo así podremos ser buenos pastores.

Cristo dice que el buen pastor es el que da la vida por las ovejas. Cuanto más cerca estemos de este sacrificio por nuestros hermanos, estaremos más en conformidad con el Evangelio. Cuando no nos interese la vida y el bienestar de los demás, seremos malos pastores. Cuando los comamos a los demás, seremos lobos. Y Dios, claro está, nos tratará como a lobos: porque El es, ante todo, el Buen Pastor.

POR UN POCO...

(III PASCUA)

Muchas cosas en esta vida son cuestión de un poco más o de un poco menos. Los célebres pequeños márgenes: por poco se mata el otro en aquella curva, pero no se mató; por poco acertamos con los catorce resultados de la quiniela, pero no acertamos más que trece; un poco más, un esfuerzo más, y sacamos las oposiciones y, con ellas, un buen puesto para toda la vida; un poco de coba, y tal vez nos suben el sueldo; un poco olvidarnos del séptimo mandamiento, y hacemos un negocio imponente; un poco de seguir el régimen, y quizá nos curamos radicalmente.

Muchas veces ese poco es una cosa muy importante que puede o podría haber cambiado el signo de nuestra vida. Y ahora nos preguntamos: ¿No habrá también un «poco» de esos para conseguir la vida eterna? Pues sí, lo hay. Lo dice Cristo en el Evangelio:

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: Todavía un poco y ya no me veréis, y todavía otro poco y me veréis. Dijéronse entonces algunos de los discí-

pulos: ¿Qué es esto que nos dice: todavía un poco y no me veréis, y todavía otro poco y me veréis? Y porque voy al Padre. Decían, pues: ¿Qué es esto que dice un poco? No sabemos lo que dice. Conoció Jesús que querían preguntarle, y les dijo: ¿De esto inquirís entre vosotros porque os he dicho: todavía un poco y no me veréis, y todavía otro poco y me veréis? En verdad, en verdad os digo, que lloraréis y os lamentaréis y el mundo se alegrará; vosotros os entristeceréis, pero vuestra tristeza se convertirá en gozo. La mujer, cuando está de parto, siente tristeza porque llega su hora; pero cuando ha dado a luz un hijo, ya no se acuerda de su tribulación, por el gozo que tiene de que ha nacido un hombre en el mundo. Vosotros, pues, ahora tenéis tristeza; pero de nuevo os veré y se alegrará vuestro corazón y nadie será capaz de quitaros vuestra alegría.

Aquí tenemos el «poco» de Cristo: un poco de aguantar en esta vida y luego la vida eterna en premio para vosotros.

Pero este poco es lo que nos cuesta. No sabemos jugar a la lotería con Dios; no sabemos hacer quinielas para la vida eterna. No sabemos adelantar ese pequeño precio que Dios nos exige de sacrificio, de rectitud, para cobrar después la felicidad interminable.

Pero con una diferencia esencial: que aquí pagamos por la lotería o las quinielas, y luego nos toca o no nos toca; lo más probable es que no nos toque; y, entonces, dinero perdido. Con la vida eterna no es así: si nosotros pagamos en esta vida este precio de

rectitud y buena conciencia, nos toca, seguro; es como si supiéramos de antemano el número del gordo y los resultados de los partidos del domingo.

Pero ni por esas. Viene Cristo, y luego los apóstoles, y luego los predicadores, ofreciendo entradas para la felicidad eterna..., y nada.

Va Cristo a casa de un industrial. Toca a la puerta, sale el dueño, y Cristo le dice: —Mire usted: vendo billetes para la vida eterna. Premio seguro. Un poco de ser recto en esta vida, y ya está.—El industrial le da buenas palabras: —Mire usted, Señor: tal vez en otra ocasión...; es que ahora tengo otro asunto urgente entre manos; mire: se trata de otro «poco» también. Mire usted, Jesucristo: un poco que gaste en propinitas con este, ese y aquel, y me va a venir a las manos un negocio redondo de maquinaria, algo para hincharse; podremos venderla al precio que nos dé la gana..., y sólo con un poco que ahora sepa uno aflojar... Ya comprenderá usted, Señor Jesucristo, que ahora no puedo hacerme cargo de su oferta; es que este asunto mío es muy bueno y, claro, uno no puede tomar lo de aquí y lo suyo a la vez...; son incompatibles, usted mismo lo ha dicho en alguna ocasión. Ya me entiende usted, Jesucristo; usted obra con rectitud, y yo, en este asunto mío, tengo que practicar algún pequeño soborno, algún suave enjuague...; ahora no puede ser lo suyo..., pero, ¡entendámonos!, tomo nota de su oferta y quién sabe si más tarde..., un poco de rectitud, y la vida eterna, ¡eso es! Tal vez le cueste encontrar accionistas para ese plan, pero ¿quién sabe? No hay que desanimarse... Hasta otra ocasión, Señor Jesucristo.

Cristo sigue y llama a otra puerta. La que abre es una joven soltera que, precisamente, acababa de prepararse para salir y aguardaba a las amigas o al novio. Pero no. Es Jesucristo. Apresuradamente se

sube el escote y hasta se pone un jerseyito. Parece que la vista de Jesucristo le ha dado frío. Cristo le ofrece también billetes de cielo: un poco de ser buena chica, y luego feliz para siempre. Claro, ella ya lo sabe muy bien, pero precisamente ahora está en una época en que no puede aceptar ese «poco» que le pide Jesucristo para conseguir la eternidad. Es que ahora ella está trabajando en otro «poco»: un poco de exhibicionismo en los vestidos, un poco de concesiones en bailes..., en el trato con ese chico que, en lo demás, es tan bueno, tan ideal, sería un partido estupendo para ella...; un poco de olvidarse de detalles del sexto mandamiento, y si consigue casarse con él..., la ilusión imperiosa de toda su vida. Lo siento, Jesucristo, ahora no puedo aceptar tu asunto; es incompatible con el mío. Estoy, como otras de mi edad, dedicada exclusivamente a la caza del hombre...; va a ser cuestión de un poco de tiempo y de un poco de concesiones. Después, una vez casada, ¡es que voy a ser una santa, Jesucristo! Entonces no voy a aceptarte sólo ese poco que me pides; entonces te voy a comprar todos los billetes...

Total, que Cristo vuelve a darse media vuelta, porque esta también se empeña en emplear un poco de lo suyo para comprar localidades de infierno y no de cielo. Pero sigamos.

Llama a otra puerta Cristo. Salen dos: él y ella. Son todavía jóvenes; viven sólo del sueldo de él, que es pequeño, y tienen cinco críos. Ya habían empezado a pensar que cinco eran bastantes, cuando llama Cristo a la puerta y dice que un poco más... ¡Un poco más! Sí..., eso es; un poco más —les dice Cristo— de todo: de aguante..., de hijos, si vienen, un poco más de seguir siendo buenos, y El les extiende recibo de felicidad eterna; de esa que no van a conseguir ni el industrial aquel que andaba con el asuntillo, ni la

chica aquella que estaba de cacería... Y entonces se miran los dos y miran a Cristo..., y como saben que Cristo tiene razón, y además tiene las llaves de allí arriba..., pues venga, aceptado, pero con una condición: de que Tú, Cristo, eres el responsable de lo que les pase después a estos críos y a los que vengan, y a nosotros..., porque la verdad es que infierno y cielo son cosas serias, mucho más serias que lo bien o mal que podamos pasar aquí. Eso también es verdad.

Por último, vamos a asistir a otra de las llamadas de Cristo. Esta vez se dirige a una «peña» de amigos en cierto café, allá, a la mesa reservada que tienen ellos en el rincón, junto a la ventana. Se levantan todos, le hacen sitio y hasta piden un café para El. Son simpáticos y campechanotes de veras todos ellos. Cristo, entonces, les expone su plan: —Miren, señores: un poco de tiempo que sean ustedes honrados y buenos en esta vida, y en seguida vengo Yo y me los llevo a ser felices conmigo por toda la eternidad; es decir: un poco de tiempo soportando esta vida y pronto me verán ustedes en el cielo por toda la eternidad. ¿Qué tal?

—Nada —dicen ellos—. ¿Cómo que un poco de tiempo nada más? Mire, Señor Cristo: nosotros no tenemos ninguna prisa de dejar esta perra vida; nada de un poco de tiempo; tómese usted todo el tiempo que quiera. Por nuestra parte le agradecemos a usted, Jesucristo, su delicadeza de estar con usted en el cielo por toda la eternidad; pero por nosotros no se apresure; tómelo con calma; por nuestra parte, les cedemos a otros las primeras llamadas a la vida eterna. Habrá otros muchos que tendrán más prisa de llegar que nosotros. Nosotros, al fin y al cabo, ya ve usted que estamos bastante acostumbrados a sobrellevar las penas y trabajos de esta vida. Vivir treinta o cuarenta años más es cosa que estamos dispuestos a sobrellevar

cualquiera de nosotros. Nada de un poco de tiempo, Señor Cristo; tómese usted todo el tiempo necesario. Ya sabe usted muy bien lo que nos agrada su compañía; pero ya sabe: nosotros estamos dispuestos a esperar todo lo que sea. Y cedemos nuestro puesto a todo el que tenga prisa. ¡Hay tantos que necesitan pasar cuanto antes a una vida mejor...! Nosotros, en medio de todo, ya hemos aprendido a vivir y no lo pasamos tan mal en esta vida. Conque..., mucho gusto, Señor Cristo; y ya sabe que no solamente aceptamos su poco de tiempo en esta vida, sino ¡todo lo que sea!

Como veis, a los de la «peña» esa no les interesa especialmente la vida eterna. Uno piensa por qué Dios no los hizo elefantes o cocodrilos en vez de hombres.

En fin; por lo menos a vosotros, yo os repito, en nombre de Cristo, la misma oferta: un poco de sacrificio, un poco de buena conciencia, unos pocos días de aguantar aquí abajo..., y en cambio de todo eso la felicidad de Dios para siempre. ¿Qué tal?

EL ESPIRITU ACUSA AL MUNDO

(IV PASCUA)

Cristo anuncia a sus apóstoles la venida del Espíritu Santo, que vendrá a acusar y desenmascarar al mundo, poniendo de relieve su pecado y la condenación de Dios que sobre él pesa.

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: Estas palabras no os dije desde el principio, porque estaba con vosotros. Mas ahora voy al que me ha enviado, y nadie de vosotros me pregunta: ¿A dónde vas? Antes porque os hablé de estas cosas, vuestro corazón se llenó de tristeza. Pero os digo la verdad: os conviene que Yo me vaya. Porque si no me fuere, el Espíritu Santo, Abogado y Consolador, no vendrá a vosotros; pero si me fuere, os lo enviaré. Y, viniendo Este, argüirá al mundo de pecado, de justicia y de juicio. De pecado, porque no creyeron en Mí. De justicia, porque voy al Padre y no me veréis más. De juicio, porque el príncipe de este mundo está ya juzgado. Muchas cosas tengo

aún que deciros, mas no podréis llevarlas ahora; pero cuando viniere Aquel, el Espíritu de verdad, os guiará hacia la verdad completa, porque no hablará de Sí mismo, sino que hablará de lo que oyere y os comunicará las cosas venideras. Él me glorificará, porque tomará de lo mío y os lo dará a conocer.

Esto lo dijo Cristo en el sermón de la última cena. Va a venir el Espíritu Santo, que es Dios, como el Padre y el Hijo, a encararse con el mundo, a demostrar su maldad y a juzgarlo y condenarlo.

El mundo, en boca de Cristo y la Sagrada Escritura, en muchas ocasiones, y entre otras en la presente, no quiere decir el universo físico, sino el conjunto de seres humanos que, en esta vida, se oponen y prescinden de las leyes de Dios.

Y como, por desgracia, esta parece que es la actitud corriente y el comportamiento de los hombres en este mundo, por eso, Dios mismo llama «mundo» a ese espíritu opuesto al Espíritu de Dios.

Dice Cristo que el Espíritu Santo acusará al mundo de pecado:

De pecado, porque no creyeron en Mí.

Esto es lo que dice Cristo; pero se explica. Se explica que Cristo estuviera muy enfadado con aquellos israelitas. Hoy, en el mundo mismo, han cambiado las cosas.

Aquellos, sí: eran judíos, incrédulos, obstinados, soberbios... No creyeron en Cristo y le llevaron a la muerte. Naturalmente que el Espíritu Santo tenía que acusarles de pecado.

Hoy es otra cosa. Hoy somos católicos por la gracia de Dios. Vamos a Misa y a los entierros, cumplimos

con la Iglesia y tenemos crucifijos y cuadros religiosos por las paredes de casa.

Hoy es muy distinto que en los tiempos de Cristo.

Hoy no discutimos con Cristo, como los judíos de aquellos tiempos. Somos muy educados.

Cristo, Señor..., Tú por delante, no faltaba más... Reñir con Cristo nos parece una ridiculez. Él podrá tener sus ideas y nosotros las nuestras; pero reñir..., jamás. Nos estropearía nuestra ficha social.

Hoy todos somos católicos. El catolicismo es el mejor traje de etiqueta para caballeros; el perfume más atractivo para las damas; la mejor ficha profesional para el productor y el aprendiz; el uniforme más correcto para el funcionario. Es un maquillaje ideal para la vida en sociedad; es un camuflaje excelente para la lucha; es un trampolín poderoso para la ambición; es un arma silenciosa para herir impunemente...

Hoy es muy distinto que en los tiempos de Cristo en Israel.

Si hoy apareciera Cristo entre nosotros, no nos echaríamos a la calle a disputar con El. Al contrario: le prepararíamos un recibimiento por todo lo alto. Engalanaríamos nuestros balcones, organizaríamos unos magníficos festejos. Estrenaríamos uniformes, trajes, vestidos...; aquel día no habría ni uno que no fuese ferviente católico; no faltaría detalle.

Mejor dicho, creo que faltaría un detalle. Y este sería el discurso de Cristo mismo, que lo echaría todo a rodar. Creo que nos llamaría hipócritas y farsantes. Creo que diría las mismas palabras que dijo a los judíos:

Si os digo la verdad, ¿por qué no me creéis?

Argüirá al mundo de pecado, porque no creyeron en Mí.

Pues no le creemos, porque nosotros hemos hecho

un catolicismo nuestro que no es el de Cristo. Por esto, el Espíritu Santo nos acusa de pecado. Porque no creemos en el cristianismo de Cristo. Tenemos nuestro cristianismo propio.

No estamos en plan de creer en un cristianismo de sacrificio, de amor al prójimo, de rectitud y limpieza absoluta de corazón, de abnegación...

No creemos en ese cristianismo total de Cristo. Y el Espíritu Santo nos acusa, porque no creer en todo el Evangelio con sus consecuencias, es no creer en Dios. Dice la Escritura, en el libro del Eclesiástico, que *el que cree en Dios cumple los mandamientos*.

Luego si no cumplimos los mandamientos, no sé hasta qué punto creemos en Dios.

El asunto es muy serio. Si los hombres ven que nosotros, los católicos, nos portamos muchas veces peor que los no católicos, ¿qué van a pensar del catolicismo? ¿Qué van a pensar de la Iglesia y de Cristo?

Lo que ocurre es que, en realidad, somos del «mundo» y no de Cristo. Por esto la acusación del Espíritu Santo.

Lo peor es que el mundo tiene avanzadas muy sutiles y profundas hasta entre los hijos de Dios. El «mundo» es obra de Satanás, y Satanás es muy listo. El «mundo», invocando la bandera de Dios, nos hará alistarnos en cualquier bandera de los hombres; invocando la virtud nos hará caer en el orgullo y la vanidad; invocando la caridad nos hará caer en la soberbia; invocando el amor nos hará caer en la lujuria; invocando la prudencia nos hará caer en el egoísmo; invocando el celo nos hará caer en la intransigencia y el odio.

El «mundo» está siempre preparado para enredar nuestro criterio. Tiene puntos de vista mucho más

fáciles que los de Cristo: más adaptados, más comprensivos, más halagadores...

El «mundo» es maldito, hijo del diablo, condenado por Dios.

Lo malo es que vivimos rodeados de «mundo». De ese mundo que el Espíritu Santo juzga y condena para siempre.

A nosotros nos queda una solución: creer en Cristo y en todo lo que dijo Cristo. Y obrar conforme a lo que creemos. Entonces nos dirá Dios: *Confíad: Yo he vencido al mundo*.

Y nosotros venceremos también con Cristo.

Porque el «mundo» no vencerá. Está ya juzgado, como Satanás, su príncipe, y será condenado para siempre.

DOS PALABRAS CON DIOS

(V PASCUA)

Esta vez, el Evangelio nos habla de otra de esas cosas que los hombres, a veces, estimamos como buenas para mujeres: la oración. Hay algunos que parece que piensan que, el rezar, algo así como el bordar pañuelos o llevar zapatos de tacón alto, es algo más propiamente femenino que masculino. Existe entre la masculinidad gregaria (ningún ser tan gregario como el hombre y el muchacho recelosos de su propia masculinidad) una notable cobardía a manifestar externamente su piedad.

Otra vez nuestra masculina vergüenza de Dios. No acabamos de reconocer que nuestro trato con Dios, lejos de empequeñecernos, es lo que más nos engrandece ante el universo. Es nuestro contacto con el infinito, la tendencia más noble de nuestra naturaleza racional en busca del principio y de la finalidad suprema de su existencia; en busca de la solución de sus enigmas, del perdón de sus errores. Es el contacto supremo de nuestro entendimiento y nuestra voluntad con la Verdad suprema y con el sumo Bien.

Dice así el Evangelio:

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: En aquel día no me preguntaráis nada; en verdad, en verdad os digo: Cuanto pidiéreis al Padre os lo dará en mi nombre. Hasta ahora no habéis pedido nada en mi nombre; pedid y recibiréis para que vuestro gozo sea cumplido. Esto os lo he dicho en parábolas; llega la hora en que ya no os hablaré en parábolas, antes os hablaré claramente del Padre. Aquel día pediréis en mi nombre, y no os digo que Yo rogaré al Padre por vosotros, pues el mismo Padre os ama, porque vosotros me habéis amado y creído que Yo he salido de Dios. Salí del Padre y vine al mundo; de nuevo dejo el mundo y me voy al Padre. Dijéronle sus discípulos: Ahora sabemos que conoces todas las cosas y que no necesitas que nadie te pregunte; en esto creemos que has salido de Dios.

Ya sé que nos cuesta creer en las palabras de este Evangelio; nos cuesta creer que Dios da todo lo que le pedimos, porque nosotros mismos le hemos pedido algunas cosas y no nos las ha concedido. Lo que ocurre es que no hemos sabido orar como Dios quiere que oremos.

Una vez le preguntaron los discípulos a Cristo cómo había que orar, y Él les recitó el Padrenuestro. Aquí está la clave del problema. Dios nos dijo que oremos como se ora en el Padrenuestro.

Uno de los grandes fallos de nuestra oración es que oramos con egoísmo: Señor, que consiga las oposiciones...; ni pensar en la gloria de Dios, en: *santificado sea tu nombre*, en: *venga a nosotros tu Reino*. Otras veces pedimos: Señor, que me cure de esta

enfermedad; tampoco entonces rezamos como en el Padrenuestro: *hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo*. No sabemos orar como Dios quiere que oremos; hacemos de la oración una especie de casa de socorro para enfermedades, una oficina de objetos perdidos o una central de colocaciones. No pedimos, por ejemplo, que Dios nos perdone nuestros pecados y que nos dé fuerza para amar a los demás hombres: *perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores*.

Orar no es difícil; no es más que decir dos palabras a Dios, que vayan sellando constantemente nuestra amistad con el Ser Infinito. Dos palabras sobre tantas cosas nuestras y de los demás. Dos palabras sobre lo triste y lo alegre, sobre lo banal y lo eterno. Dos palabras que tenemos necesidad de decirlas constantemente, tanto el niño como el viejo, el hombre como la mujer. Dos palabras que mantengan constantemente nuestra amistad con el único que es imponente y omnipotente, con el que va a decidir nuestra suerte eterna, con el que nos va a salvar o nos va a condenar.

Dos palabras con Dios por las mañanas; cuando nuestros ojos y nuestra conciencia se abren, una vez más, a la vida: Señor, gracias, porque he descansado; gracias, porque he tenido para dormir un lecho que no todos habrán tenido; gracias, porque no he pasado la terrible noche que tantos enfermos habrán pasado. Bendito seas, Señor, por la frescura del agua, por la alegría de la luz. Te pido que me ayudes a cumplir con mis deberes de trabajo, con mis deberes de compañerismo. Te pido que me ayudes para no ofenderte en este día...

Dos palabras con Dios por las noches; para entregarle nuevamente a Dios nuestra conciencia, para pedirle perdón de esto y de aquello: del deber mal cumplido, del dolor mal soportado; perdón por aquel

prójimo con quien no nos hemos portado bien, por aquella ligereza en que hemos incurrido, por nuestros desalientos, por nuestras dudas, por nuestro olvido de Dios durante el día.

Otras veces, dos palabras a Dios por los demás. Son las que más oye Dios, porque son las más desinteresadas por nuestra parte. Dos palabras por los otros: por la viejecita esa que pasa a nuestro lado con el paquete ese entre las manos; por los niños que corren por la acera de enfrente; por el moribundo que ahora necesita una plegaria para salvarse; por los que sufren, para que Dios les ayude a sufrir; por los que gozan, para que gocen sin pecado; por la salvación eterna de los demás...

Dos palabras por los difuntos: por los míos y por los otros. Para que Dios les lleve pronto de la purgación a la dicha. Dos palabras con Dios por ellos, dos palabras que valen más que todas las coronas de flores, que todas las fotografías y que todas las lágrimas.

También dos palabras con Dios a la hora de la tentación. Cuando se rompe el equilibrio de nuestro espíritu, cuando nuestra nobleza y nuestra lealtad no responden, cuando nos hace falta a nuestro lado alguien más fuerte que nosotros; dos palabras a Dios en esos momentos de los que no quisiéramos tener que arrepentirnos por una vida o por una eternidad.

Dos palabras por nuestros seres queridos: padres, hijos, esposos, hermanos, amigos. Para pedirle por su salvación eterna, antes que nada. Después..., por todo lo que queramos, si es esa la voluntad de Dios.

Y luego, dos palabras también, para pedirle que nos enseñe a orar, como se lo pidieron los discípulos. Que nos diga Dios mismo que orar es algo más importante que recitar una oración apresurada a la Virgen, para que me cure de una enfermedad, o un Pa-

drenuestro a San Antonio cuando he perdido la cartera, o una novena a Santa Rita cuando llegan los exámenes. Eso también es oración, sí. Pero es la ínfima, la que menos se parece al Padrenuestro, donde lo primero que Cristo nos enseña a pedir es: por la gloria de Dios, por su reinado en este mundo y por el cumplimiento de su divina voluntad.

El mismo Cristo, que vino a darnos ejemplo de vida, tuvo que orar así, como oran los valientes, los que saben rezar. A Cristo le costaba terriblemente tener que sufrir la Pasión y la Muerte en la cruz; y una noche, dominado por la angustia, caía de bruces en tierra pidiendo a su Eterno Padre que le librara de la Pasión y de la Muerte, pero... que no se hiciera su propia voluntad, sino la de su Padre. Y a Cristo, su Eterno Padre no le quitó el dolor, la Pasión y la Muerte, porque no era esa la voluntad de Dios, pero sí le dio algo mucho más grande que eso, que fue el valor para sufrir. El Eterno Padre escuchó, ¡claro que escuchó su oración!

Como escucha y escuchará las nuestras cuando oremos así, porque Dios está cerca, mucho más cerca de nosotros de lo que pensamos. Mucho más cerca que los hombres a quienes no interesa lo nuestro.

A Dios, sí. A Dios siempre podremos decirle dos palabras; Dios nos escucha siempre, porque es nuestro Amigo y nuestro Padre.

LOS TESTIGOS Y LOS EVADIDOS

(VI PASCUA - DESPUES DE LA ASCENSION)

Ser cristiano es ser un rebelde. El Evangelio es una rebelión a muerte contra las actividades, las posiciones, los instintos y el gesto del mundo. Cristo fue un rebelde. Y el mundo le persiguió y le ajustició como a un rebelde. *Le hemos hallado a Este revolucionando a nuestra gente.* Tenían razón. Cristo lo había confesado: El había venido a traer la guerra. Y aquello era la guerra: las bienaventuranzas eran la guerra total al mundo, los consejos evangélicos eran la guerra contra los programas del mundo, su doctrina del amor fraterno y social era la guerra contra el egoísmo. Cristo era un rebelde. El mundo le ajustició en la plaza mayor.

Ahora bien: ser cristiano, en consecuencia, es también ser un rebelde. Un auténtico rebelde contra el mundo y su estilo. Ser legítimo cristiano es jugar a la contra del mundo, remontar una corriente que siempre se desliza hacia abajo, subir incansable por allí por donde otros bajan cómodamente.

El resultado será que, al verdadero cristiano, le pasará algo o mucho de lo que le pasó a Cristo: será un auténtico testigo de Cristo, será reo de alta trai-

ción al mundo; y, por lo tanto, perseguido como Cristo.

Dice así el Evangelio:

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: Cuando venga el Consolador que Yo os enviaré de parte del Padre, el Espíritu de verdad que procede del Padre, El dará testimonio de Mí. Y vosotros daréis también testimonio de Mí, porque desde el principio estáis conmigo. Esto os he dicho para que no os escandalicéis. Os echarán de la sinagoga; pero llega la hora en que todo el que os quite la vida pensará prestar un servicio a Dios. Y esto lo harán porque no conocieron al Padre ni a Mí. Pero Yo os he dicho estas cosas para que, cuando llegue la hora, os acordéis de ellas y de que Yo os las he dicho.

Este Evangelio es un serio latigazo a nuestra conciencia de cristianos. A los cristianos nos exige Cristo ser testigos de su misma actuación, ser continuadores de su misma lucha águerrida contra el mundo, ser repetidores de su misma presencia esforzada.

No vamos a perder el tiempo en acusar o enaltecer a los cristianos de tiempos anteriores; es inútil: el pasado no nos pertenece. Es el futuro el que está en nuestras manos. El mundo mejor de mañana que nosotros podemos y debemos construir con nuestra presencia cristiana y con nuestro testimonio de Cristo.

Cristo nos llama a todos a vivir la gran aventura del Evangelio, la aventura de ser rebeldes a todas las posiciones y actuaciones mezquinas y egoístas, tantas veces sancionadas por el fracaso. La aventura de dar testimonio de El en todos los estratos humanos: la

de cristianizar el pensamiento, la familia, la diversión, la vida social, la economía, la cultura... La aventura de invadir, con nuestro cristianismo de sacrificio, todos los reductos de la vida privada y social; porque el testimonio de Cristo nos obliga a no estar ausentes de ninguna actividad digna de hombres.

A la luz de este Evangelio es necesario que, primeramente, revisemos nuestra conciencia personal de «ser cristiano».

Tal vez pensamos que nuestro título de cristiano está suficientemente acreditado con el documento de nuestra fe de bautismo y con nuestra presencia, los domingos, en Misa. Tal vez, llevados de la inercia de la masa humana, creemos más en otros valores que en nuestro valor de cristiano. Fácilmente llegamos a tener más fe en el poder, en la razón, en la técnica, que en Cristo. Somos cristianos, sí; y, como tales, hombres de Cristo, pero... Cristo es como una retaguardia mental, algo a que solamente acudimos cuando sentimos la derrota de los otros valores humanos en los que confiábamos. Cristo puede ser algo dormido en nuestras conciencias de cristianos, hasta que llega la tempestad, y entonces se convierte en un grito que es más angustia que confianza: ¡Sálvanos, Señor, que perecemos!

Para hacer este mundo mejor, o este mundo menos malo, es preciso que resucitemos este nuestro cristianismo un poco fósil y heredado en algunos de nosotros, para que lo convirtamos en algo vital y existencial nuestro; algo palpitante, algo en carne viva, aunque nos duela, porque si nos duele, es señal de que nuestro cristianismo es algo vivo. También le dolió a Cristo el ser Cristo.

Un cristianismo así será este cristianismo de presencia y de testimonio que nos pide el Evangelio de este domingo. Un cristianismo que duela: que nos

duela a nosotros en nuestra carne pecadora, y que duela al mundo; porque no seremos legítimos cristianos mientras nuestra conducta no duela al mundo; a este mundo que siempre fue enemigo mortal de Cristo.

Y para concretarnos en algún punto práctico, quisiera enfrentar el legítimo testimonio de cristianos, contra algunos de los testimonios vulgares con los que el mundo ahoga nuestra dignidad de hombres y de cristianos: el deporte y la ficción.

Tanto el deporte como la ficción en sus diversas formas: cine, teatro, novela, etc., son cosas en sí buenas, pero que hoy están ocupando en nuestra sociedad y en nuestros espíritus un lugar que no les corresponde. Lamentablemente, estamos constantemente dando testimonio del deporte y testimonio del cine, en lugar de dar testimonio de la vida real y testimonio de Cristo. Estamos sobreestimando y sobreutilizando al deporte y a la ficción, para evadirnos de nuestra presencia ante el deber; muchas veces somos testigos del juego y de la ficción, porque nos falta valor para ser testigos de nuestra propia vida, de nuestra eternidad y de Dios.

Vamos a fijarnos especialmente en una de las artes de ficción que ocupan hoy un espacio desmesurado en nuestra mentalidad: el cine.

El cine, una gran conquista humana: cierto. El cine, un arma fantástica de educación y elevación humana: cierto. El cine, un campo inmenso de expresión artística: cierto. Pero el cine, nuestro cine, desplazado del lugar que le correspondería en nuestra sociedad. El cine, como un monstruo que está devorando casi todos nuestros espacios mentales. El cine, que nos arrebatara la espontaneidad de nuestros gestos, la iniciativa y libertad de nuestros sentimientos. El cine, que, a pesar de gloriosas y laudables excepcio-

nes, tiene en su historial un pavoroso balance negativo de mala enseñanza. Que provoca el culto de las estrellas de las pantallas, haciéndonos animales idólatras. Que extrae del subconsciente tanto reflejo dudoso...

El cine, la novela, la revista que, en aras de un provecho lucrativo, explotan en nuestra humanidad los reflejos primarios que la cultura y la religión habían sometido: el recurso a la violencia, el erotismo animal, las tarzanerías, la moral convencional atropellando constantemente la moral natural y cristiana, y la alegría con que se prescinde del destino sobrenatural del hombre.

Nos entregamos a la ficción para buscar algo aún más lamentable: la evasión. No una evasión momentánea, perfectamente legítima, sino una evasión profunda de los graves problemas de nuestra vida natural y sobrenatural. La evasión que es causa de tantos despertares brutales a la realidad, la que causa tanto desequilibrio humano por el abismo infranqueable que se ha abierto entre la fantasía y la realidad.

No queremos, con esto, acusar al cine, a la novela, a la ficción. Solamente tendríamos derecho a acusar a los que hacen cierto cine y cierta novela, y a tantos y tantos que, incapaces de dar su propio testimonio ante la vida y ante Dios, se entregan a la ficción, que siempre es más fácil que la verdad.

A nosotros nos invita el Evangelio a dar otro testimonio más vigoroso: el de auténticos hombres de Cristo. Es el difícil, es la aventura de Cristo. Es ir a la contra del mundo. Os dice el Evangelio que os perseguirán, que seréis escándalo del mundo. Tendréis la satisfacción de que no hacéis las mismas necedades que hacen los demás y de que hacéis algo muy parecido a lo que hizo Cristo.

EL DIOS DE TODOS LOS HOMBRES

(PENTECOSTES)

Hoy, día de Pentecostés, en lugar de citar el Evangelio, vamos a citar la Epístola de la Misa, que es un breve relato de lo que ocurrió en esta mañana de Pentecostés:

Cuando llegó el día de Pentecostés, estaban todos juntos en un lugar; y he aquí que se produjo de repente un ruido del cielo, como el de un viento impetuoso, que invadió toda la casa en que residían. Y aparecieron como varias lenguas de fuego que se posaron sobre cada uno de ellos, quedando todos llenos del Espíritu Santo; y comenzaron a hablar en diversas lenguas, según el Espíritu Santo les daba este poder.

Residían en Jerusalén judíos y varones piadosos de cuantas naciones hay bajo el cielo. Y habiéndose corrido la voz, se jun-

tó una muchedumbre que se quedó confusa al oírlos hablar cada uno en su propia lengua. Estupefactos de admiración, decían: Todos estos que hablan, ¿no son galileos? Pues ¿cómo nosotros les oímos cada uno en nuestra propia lengua en la que hemos nacido? Partos, medos, elamitas, los que habitan en Mesopotamia, Judea, Capadocia, el Ponto y Asia; los de Frigia y Panfilia, Egipto y las partes de Libia que están frente a Cirene, y los forasteros romanos, judíos y prosélitos, cretenses y árabes. les oímos hablar en nuestras propias lenguas las grandezas de Dios.

Este fue el día grande; el día de la catolicidad; el día en que Dios repite una vez más que es de todos. El día en que se proclama solemnemente este universalismo de la Iglesia Católica, que habrá de luchar durante toda su historia para defenderlo de tantos egoísmos y particularismos humanos. Esta Iglesia Católica que, por ser de todos, no puede ser privativa de ningún pueblo, ni de ninguna edad, ni de ningún estrato racial o social. Esta catolicidad o universalismo que es esencial a la Iglesia, por venir del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Porque el Padre ha creado a todos, y el Hijo ha redimido a todos, y el Espíritu Santo ha santificado a todos. Y la Iglesia, que es la presencia de Dios sobre el mundo y la aplicación de la redención y del amor de Dios, ha sido destinada para reunir a todos, para amar a todos y para salvar a todos.

No es, pues, casual la presencia de tantos pueblos de diversas partes del orbe, aquella mañana de Pentecostés; no es casual el don de lenguas que el Espí-

ritu Santo concede a los representantes supremos de la Iglesia: los apóstoles.

Pero los hombres, aun los cristianos, somos ego-céntricos, somos sectarios. Tendemos, por egoísmo, a monopolizar los bienes, aun los bienes sobrenaturales..., aun a Dios mismo. De aquí que la batalla por defender el universalismo y la igualdad de todos los hombres ante la redención de Cristo, será una de las batallas más encarnizadas que tendrá que luchar el cristianismo. Batalla difícil, porque este enemigo está siempre dentro de los muros.

Pentecostés, el día del Espíritu Santo, el día del Amor de Dios, tenía que ser el día de la universalidad; porque amar de veras, es salirse de sí mismo y darse a todos los demás. Por eso nada tan anticatólico, nada tan contrario al Espíritu Santo, como las pretensiones más o menos conscientes de primacía cristiana de algunos grupos humanos, sean estos nacionales, sociales o sentimentales.

Todas las atribuciones de «pueblo escogido» que a lo largo de la historia se han ido presumiendo en diversos grupos cristianos de Occidente, son peligrosamente opuestas al legítimo espíritu del Catolicismo proclamado el día de Pentecostés. Puede haber mucho de judaico en todas las ideas contemporáneas de «pueblo elegido». Es algo que está en abierta oposición a la nueva economía de la redención y al espíritu del Nuevo Testamento. Fue una cuestión que tuvo que resolverla San Pedro, el primer Papa, con toda energía, en los mismos albores del catolicismo. Cuando también San Pablo proclamaba que, entre los que creían en Cristo, ya no había judío ni gentil, ni griego ni romano, ni bárbaro ni escita, proclamaba una de las glorias más grandes del catolicismo: su universalidad, su amor a todos los hombres, la independencia soberana de la Iglesia de todo monopolismo humano.

Hoy tiene especial valor esta proclamación de universalidad y amor mutuo de todos los hombres, porque hoy, debido al progreso técnico y a la facilidad de comunicaciones, hemos llegado al mayor estado de cercanía que nunca hemos conseguido los hombres. Física y moralmente estamos más cerca que nunca unos de otros. Sin embargo, distamos mucho de estarlo también espiritualmente. El conseguirlo es nuestro destino, nuestra gran actitud de verdaderos católicos, aunque tengamos que sacrificar algunas de nuestras intransigencias nacionales, ideológicas, personales o sentimentales.

Y volvemos al amor, que es el gran don del Espíritu Santo y el gran precepto del cristianismo; de este nuestro cristianismo universal. La batalla contra la estrechez y la mezquindad personal y colectiva del espíritu. Como católicos, tenemos que luchar contra la incomprensión y estrechez de miras de hombres para con hombres, de razas para con razas, de culturas para con culturas; contra la soberbia intelectual que impide tantas veces al hombre sospechar, tan siquiera, que los demás pueden tener la razón y que él pueda alguna vez no tenerla. Contra la infinita recua de los fanáticos, los testarudos; contra los poseedores monopolistas de la verdad y del buen sentido.

Hay más que una cuestión de cortesía y buena educación en nuestras posturas de simpatía y comprensión para con el prójimo: hay mucho de verdadero espíritu de Cristo. Para nosotros, los que creemos, este prójimo es algo más que una circunstancia que cruza el paisaje de nuestra vida: este prójimo, por lejano que esté de nosotros, es el mismo Cristo. Tenemos, pues, obligación de amarlo y, para amarlo, es necesario comprenderlo, es necesario que hagamos el esfuerzo de salir de nuestro recinto propio, para ponernos a contemplar la realidad desde el punto de

vista del otro. Cada vez que hagamos esto, habremos realizado una de las más nobles acciones humanas: habremos unido dos espíritus. Hay en esto algo más que urbanidad, que buenas formas: hay una sombra de la divinidad ante la que nos inclinamos y cedemos gustosos algo de lo nuestro.

La posición de orgullo, de intransigencia, de tenacidad en lo no inmutable, no solamente es anticristiana, sino que es totalmente antihumana. Es la posición de los Robinsones del espíritu: han naufragado en el océano de sus semejantes y se han rodeado de una isla desierta. Se acostumbran, como Robinsón, a salir de paseo con dos escopetas al hombro y dos pistolas al cinto.

Dios nos ha hecho sociables a los hombres: naturalmente sociables y sobrenaturalmente hermanos por la redención y la gracia de Cristo. Dios nos hizo así; si no, nos hubiera hecho una isla desierta para cada uno.

Pero nuestro destino natural y sobrenatural es el amor, la entrega hasta el sacrificio a Dios y a nuestros hermanos los hombres: todos los hombres. No basta, por lo tanto, con abrir nuestra alma a nuestros semejantes más inmediatos; es necesario abrirla a la universalidad.

Amemos, enhorabuena, lo nuestro: nuestra familia, nuestro país, nuestro grupo; esto es justo y lo exige la caridad bien ordenada. Pero no seamos tan ruines de espíritu que, para amar a nuestro país, creamos necesaria la incomprensión y el odio para el resto de los pueblos. El egoísmo, por ser colectivo, no deja de ser egoísmo. Todos los pueblos son miembros de la humanidad e hijos de Dios.

Pentecostés es la vocación y el destino solemne al amor que nos dicta el Espíritu Santo. Dios es de todos: de los partos, de los medos, de los elamitas,

de los de Mesopotamia, de los de Judea, de los de Capadocia... Dios es de Oriente y de Occidente. Dios es de los ricos y de los pobres; de los blancos y de los negros. Por todos ha muerto Cristo. A todos nos ama el Espíritu Santo.

Solo falta que nosotros..., los hombres, sepamos también amarnos de veras los unos a los otros.

LAS DIVERSAS EDICIONES DEL EVANGELIO

(TRINIDAD)

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra; id, pues, enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; enseñándoles a observar todo cuanto yo os he mandado. Y he aquí que Yo estoy con vosotros siempre, hasta la consumación de los siglos.

Es el momento inmediatamente anterior a la Ascensión de Cristo. Cristo se va y deja el cuidado de su Iglesia a los apóstoles. Pero, al marcharse, les dice: Id y enseñad y bautizad a todas las gentes.

Pero ¿qué es lo que tienen que enseñar? Ellos saben ya muchas cosas del Reino de Dios; han convivido varios años con Cristo; ¿qué es lo que deben enseñar y predicar a los demás?; ¿qué es lo principal? La respuesta de Cristo es categórica: **Todo.**

Todo el Evangelio. **Enseñándoles a observar todo cuanto Yo os he mandado.**

De manera que tenía razón aquel señor que nos sugería que habláramos de la murmuración; y tenía razón aquella señora piadosa que nos dijo que habláramos de la irreligiosidad; y tenía razón aquella señora mayor que nos instaba que habláramos de modas y escotes y playas; y tenía razón aquella carta de sobre azul que nos recomendaba hablar fuerte y claro de los deberes sociales del capitalista; y tenía razón aquel señor capitalista que creía oportuno que se hablara de las obligaciones de justicia del productor...

Tienen razón todos estos. Es verdad. Porque todo eso y otras muchas cosas más están en el Evangelio y en la doctrina de Cristo. Y Cristo nos ha mandado a los apóstoles y a sus sucesores y colaboradores, que enseñemos y prediquemos **todo** el Evangelio. Así: sin dejar nada.

Hoy, que se escribe y se publica tanto: libros, revistas, periódicos, es imposible a una persona el enterarse, ni tan siquiera de una parte infinitesimal, de lo que se escribe. No hay tiempo en la vida humana para abarcar todo esto.

Para solucionar esta dificultad, como hombres prácticos, hemos recurrido al procedimiento de los extractos, de los condensados. Selecciones de artículos, síntesis y extractos de libros... Hay varias revistas de gran circulación que son precisamente esto: un extracto de lo más interesante, de lo más importante. Con los libros ocurre lo mismo: hay libros que son el extracto de otras obras más voluminosas que nunca tendríamos tiempo de leer. Es nuestra demanda constante: —Mire usted: yo soy un hombre ocupado; deme usted un resumen, dígamelo usted en pocas palabras...

Y, claro; con el Evangelio tenía que pasar lo mismo. Cada uno hacemos nuestro extracto, nuestra edición propia. No es que el Evangelio sea una obra muy extensa; al contrario. Pero, a pesar de todo, siempre nos gusta el usar de esa edición condensada que nos hemos hecho cada uno personalmente. Y, desde luego, unos suprimen una cosa, otros suprimen otra..., según las aficiones personales; pero todos estamos convencidos de que nuestro extracto de Evangelio es el legítimo: Evangelio puro.

Vamos a hojear las diversas ediciones de «extracto de Evangelio».

La primera es una edición preciosa: papel biblia excelente, impresión a varios colores con miniaturas exquisitas, canto dorado, encuadernación en piel y oro... No se merece menos el Evangelio. Es una edición que ha encargado con todos sus detalles un señor o una señora que tenía dinero para eso y mucho más. Por dentro faltan algunas cosas del texto del Evangelio, pero por fuera, con el grabado en oro y todo eso, es de un catolicismo que ni San Pedro de Roma.

Dentro hay un grabado a toda página de San José de Arimatea, el ilustre y acaudalado prócer de Jerusalén, que fue casi el único que supo dar la cara por Cristo en la Pasión. El único valiente que se enfrentó con los tribunales en favor de Cristo; el que, después de la muerte de Cristo, fue a Pilato a exigirle le entregara el cadáver; el que recogió el cuerpo de Cristo en su sepulcro privado.

Sin embargo, en esta edición del Evangelio faltan algunas frases; falta aquello de *bienaventurados los pobres de espíritu...*; falta lo del joven rico que no quiso seguir a Jesús, porque tenía muchas posesiones...; lo de Zaqueo está contado a medias...; hay una nota que dice que: «agujas», les llamaban en-

tonces a unas puertas grandes por las que fácilmente podían pasar los camellos...

Hay otra edición del Evangelio que podríamos llamar: «edición social». Es la que tiene un peón albañil: en rústica y en papel de periódico. El grabado principal es un aguafuerte en que aparece el rico Epulón en el infierno y el pobre Lázaro en el cielo. Luego dice con grandes titulares: *Bienaventurados los pobres, porque de ellos es el Reino de los cielos*. Claro, al hacer el extracto, ha quitado las palabras *de espíritu*, que estaban en el Evangelio de San Mateo; porque él es pobre, sí, pero no precisamente *de espíritu*. El es pobre a la fuerza, y tal vez tiene unas ganas de ser rico como nadie. Y, claro está, en este caso, la bienaventuranza no sería para él.

En esta «edición social» del Evangelio, está en letras rojas todo lo que Cristo dijo contra los ricos, los fariseos, los poderosos y demás. Están todas las enseñanzas de caridad fraterna y amor al prójimo necesitado, que son muchas. Además, están las Encíclicas: «*Rerum novarum*», «*Quadragesimo anno*», «*Mater et Magistra*» y otros varios e importantes documentos pontificios acerca de la cuestión social.

Con todo esto, es fácil que falten en este extracto algunas cosas sobre sacramentos, sobre algún que otro mandamiento; tal vez está en letra muy pequeña aquello que dice Cristo sobre las autoridades de la Iglesia: *El que a vosotros oye, a Mí me oye; el que a vosotros desprecia, a Mí me desprecia*.

Otra edición es la del pueblo, en general. Tiene una pasta que no es ni dura ni blanda; tiene un papel que ni es bueno ni malo. Dentro, desgraciadamente, muy pocas páginas; faltan muchas cosas. Es un extracto muy extractado. Es un resumen muy resumido. Pone que hay que ir a confesarse y comulgar una vez al año, por Pascua, porque eso está bien.

Pone que hay que casarse por la Iglesia, bautizar a los hijos y acudir muy serio a los entierros de los amigos y conocidos. Se me olvidaba: pone también que no hay que matar. Pone también algunas cosas más (pocas) que no me acuerdo en este momento.

Es la edición más fácil... Y, desgraciadamente, la que más circula. La tienen muchísimos: de los de arriba, de los de abajo y de los de en medio.

Por último, tengo que confesaros que yo también me he hecho una edición propia del Evangelio: un libro, así, grande, como los misales del altar, con su atril y todo; muy sacerdotal y muy solemne; escrito por dentro en latín y todo eso..., pero donde he puesto yo con letras muy grandes el Evangelio que voy a predicar para que practiquen los demás; y donde está en letra pequeña el Evangelio que me toca practicar a mí mismo; donde me he olvidado de poner aquello que dijo Cristo a los apóstoles: *Vosotros sois la sal de la tierra. Si la sal se hace insípida, no servirá ya sino para ser arrojada y pisada de las gentes. Vosotros sois la luz del mundo; brille así vuestra luz ante los hombres, de manera que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos*.

Faltan muchas cosas también en mi edición personal del Evangelio. Muchas cosas que habrá que ir poniéndolas otra vez, allí donde deben estar. Porque también nosotros, los sacerdotes, tenemos que cumplir todo el Evangelio.

Y además tenemos que enseñar todo el Evangelio. Sin omitir nada por comodidad, por compromiso o por cobardía. Lo exige Cristo en el trozo evangélico que hemos leído: **Todo** el Evangelio.

Aun los trozos audaces, a riesgo de que los conservadores y los situados se molesten y escandalicen. Aun los trozos místicos y de alta espiritualidad, a

riesgo de que los «espíritus fuertes», a fuerza de no entenderlo, digan que el Evangelio es aburrido y está desplazado. Aun los durísimos trozos sociales, aun a riesgo de caer en desgracia de los fuertes y poderosos. Aun los trozos aquellos donde Cristo exige tajantemente castidad rigurosa, santidad matrimonial, aun a riesgo de hacerse impopular, terriblemente impopular.

Todo el Evangelio: lo glorioso y lo difícil; lo espe-
ranzador y lo mortificante. Como fue la vida misma
de Cristo: sacrificio y gloria.

Todo el Evangelio: nada de selecciones, conden-
sados ni extractos. Porque no nos vamos a salvar
con 50 % de Evangelio; ni con 75 %; ni con
99,9 %.

LOS QUE NO QUIEREN EL PAN

(II PENTECOSTES)

Cristo era muy sencillo. A Cristo le gustaba mu-
cho el contarnos cuentos muy bonitos: cuentos de
reyes, de ladrones, de hijos que marchaban a tierras
lejanas, de sembradores y de campos, de ricos y de
pobres...

Cristo era muy sencillo; nunca empezó sus leccio-
nes de vida eterna diciendo: «Tratado del Reino de
los cielos, Libro tercero, capítulo 26, párrafo B, ar-
tículo cuarto: De la función social de los bienes de
propiedad privada».

No. Cristo era muy sencillo; Cristo empezaba
contando un cuento: «Era una vez un hombre rico que
se daba unos banquetes estupendos...», o «Era una vez
un padre que tenía dos hijos...; era una vez un via-
jero al que asaltaron los ladrones...; era una vez...;
era una vez...». A Cristo le gustaba contarnos sus
cosas como a niños. Él mismo dijo que si no nos
hacemos como niños, no entraremos en el Reino de
los cielos...

Y Cristo contaba más y más cuentos interesantes:
cuentos que no han sucedido nunca y que están suce-
diendo siempre; cuentos que son cuento y, sin em-

bargo, son más verdad que esta vida de verdad que tantas veces es cuento.

¿Por qué no, siquiera por unos momentos, hacernos otra vez como niños, sentarnos en el suelo alrededor de Cristo, y escuchar que Él empieza: «Era una vez...».

En aquel tiempo, Jesús dijo a los fariseos esta parábola: Era una vez un hombre que hizo un gran banquete e invitó a muchos. A la hora del banquete envió a su siervo a decir a los invitados: Venid, que ya está preparado todo. Pero todos, unánimemente, empezaron a excusarse. El primero dijo: He comprado un campo y tengo que salir a verlo; te ruego que me excuses de acudir. Otro dijo: He comprado cinco yuntas de bueyes y tengo que probarlas; ruégote que me excuses. Otro dijo: Me he casado, y no puedo ir. Vuelto el siervo, comunicó a su amo estas cosas. Entonces el amo de casa, irritado, dijo a su siervo: Sal aprisa a las plazas y calles de la ciudad, y a los pobres, tullidos, ciegos y cojos, tráelos aquí. El siervo le dijo: Señor, está hecho lo que mandaste y aún queda lugar. Y dijo el amo al siervo: Sal a los caminos y a los cercados y obliga a la gente a entrar, para que se llene mi casa. Porque os digo que ninguno de aquellos que habían sido invitados, gustará mi cena.

Un cuento más; un cuento de Jesucristo, un cuento que cuenta Dios; un cuento donde hay un gran señor que prepara un banquete especial e invita a muchos hombres; pero ellos no quisieron ir. Tenían otras muchas cosas que hacer; además, no les gustaban los

platos que ofrecía aquel gran señor; les gustaban más otras cosas, tenían el vientre y las manos y los ojos llenos de otras cosas, tal vez menos finas, pero que a ellos les gustaban mucho más..., y no fueron.

Cristo lo contaba con cierta tristeza, porque sabía que a Él le iba a pasar lo mismo; Él mismo iba a preparar un banquete en el que iba a servir el mejor manjar que podía inventar, discurrir y preparar el mismo Dios; era un Pan superior a cuanto habían probado y podían probar los hombres, pero los hombres no iban a querer...

Es que los hombres de todos los tiempos, Jesucristo, tienen sus campos, sus yuntas de bueyes, sus mujeres, sus negocios, sus partidos de fútbol, sus tardes de cine, sus amistades, sus cosas..., y no tienen tiempo para comer tu Pan, Cristo.

La primera vez que invitaste a los hombres a tu banquete, Cristo, no te entendieron: dijiste que Tú eras el Pan de vida, dijiste que no tendría vida eterna el que no comiere tu carne y bebiere tu sangre. No te entendieron; les pareció una barbaridad; te entendieron solo unos pocos que comieron de tu Pan, y Tú les diste la vida eterna; los demás... no quisieron saber nada, y siguieron su camino.

A los hombres de hoy no digo que les parezca una barbaridad el comer tu carne y beber tu sangre (al fin y al cabo nosotros somos cristianos), pero... sinceramente, Cristo, nos parece poco...; nos parece muy bien para los niños, eso sí; les vestimos muy bonitamente para la primera vez: a ellas las vestimos de novias, todas blancas; a ellos les vestimos de blanco y azul...; casi le damos más importancia al vestido que nosotros les ponemos que al Pan que Tú les das... ¡Tantas veces no les hemos dejado comer tu Pan, porque no teníamos aquel dichoso vestido...!

Para los niños, sí, Cristo, nos parece muy bueno tu

Pan. Para los grandes ya es otra cosa. Ellos, los grandes, ya tienen otros gustos; tienen el vientre lleno de tantas cosas..., saben tanto..., están ya llenos de lo que ellos saben, de lo que ellos piensan, de lo que ellos discuten...; no tienen ganas de tu Pan, están ya llenos: llenos de sus opiniones, de sus puntos de vista, de sus razones, de su experiencia; llenos de su orgullo y de su suficiencia, que les impide ponerse de rodillas ante tu altar y pedirte de tu Pan.

Tú dices, Cristo, que eres el pan de vida. Ellos no necesitan de nada de esto; ellos saben muy bien lo que es la vida y cómo hay que entender la vida y cómo hay que vivir la vida. A los grandes vividores, Cristo, no les vas a ofrecer el Pan de vida... Se te van a reír. Ellos, los vivales, los vivillos y las vivarachas no quieren tu Pan de vida; ya tienen ellos sus fórmulas y sus trucos de vivir la vida.

Tampoco quieren tu Pan, Cristo, los otros: los que, por encima de tu invitación, tienen que ver sus campos y sus yuntas, sus dividendos y sus balances. No les ofrezcas Pan, porque ellos no comen más que oro: tienen los vientres amarillos y los corazones metálicos; son unos muy gordos y otros, también, muy flacos; unos muy ricos y otros muy pobres; pero todos coinciden en que no les interesa tu Pan; ellos solo quieren oro; son los ricos de espíritu; los que aman al dinero sobre todas las cosas, lo tengan o no lo tengan; los que tienen oro a costa de cualquier cosa y los que quisieran tenerlo a costa de cualquier cosa.

Tú les dices, Cristo, que tu Pan es el manjar que da la vida, pero ellos saben que el dinero es el manjar que da la vidorra. No van a tu banquete; están a régimen de oro.

Tampoco van los carnívoros. La nube inmensa de feroces carnívoros que no pueden comer tu Pan. Ellos comen carne: carne y más carne de animal humano;

son hombres y mujeres que rugen por carne, ofrecen carne y devoran carne en las calles; ofrecen carne y devoran carne en las casas; ofrecen carne y devoran carne en las playas, en las salas de baile, en las revistas, en el espectáculo de ballet artístico, donde todos dicen que se da arte y solo arte, pero donde todos saben que también se ofrece carne y se devora carne; en la película tolerada, donde también se ha tolerado su entremés de carne, que la hace más rentable...

Son la mayor parte, Cristo, de los que no van, de los que no pueden ir a tu banquete; son como aquellos que no iban al banquete de aquel señor, porque iban a probar los animales que habían comprado. Estos, Cristo, no van a tu banquete porque se han ido a probar lo animales que son ellos mismos.

Hay otros que sí van, Cristo, pero van poco. Son buenos; podrían ir más, mucho más, pero no van. Es una lástima; rezan muchas veces el Padrenuestro, y dicen de todo corazón: *El pan nuestro de cada día, dánosle hoy...*, pero ellos no van por tu Pan cada día, ni cada semana, ni, tal vez, cada mes. Tienen respeto, demasiado respeto a Dios...; tienen, también, algo de respeto a los hombres. Darán la cara por Ti, darán la vida por Ti, pero se quedan siempre un poco a la puerta en tus templos. Diles, Cristo, que Tú no preparaste tu banquete solamente para las mujeres y los niños, sino también para los hombres..., para todos los hombres de buena voluntad, para todos los que tienen trabajos y cargas y preocupaciones, para que ellos vayan muchas veces a comer de este Pan, cuantas más veces, mejor.

Están también, Cristo, los que van a tu banquete: los que van de buena voluntad, los que van muchas veces. No sé, Cristo, si has tenido que ir a las plazas y a las calles a buscar lo pequeño, lo humilde, lo

despreciado; no sé si has tenido que ir a las encrucijadas de los caminos a reunir gente para tu mesa; yo sé que ahí están muchos días a recibir tu Pan: están los niños, están las jovencitas, están los muchachos, están tus monjitas, están tus sacerdotes, están tus madres de familia, están tus caballeros de todas las clases sociales..., están todos los que no están hartos y ahítos de otras cosas de este mundo...

No son muchos, Cristo, es verdad, pero son buenos, aunque tengan sus defectos; para eso estás Tú, para eso está el Pan que Tú les das. Ellos también tienen sus campos, sus yuntas, sus familias, sus asuntos, sus preocupaciones, sus cosas..., pero, cuando les invitas, saben dejar esas cosas por un momento y acudir a recibir tu Pan.

Tú, Cristo, les vas a dar la vida eterna, porque Tú lo has dicho: que quien come de este Pan vivirá para siempre.

CRISTO, AMIGO DE LOS MALOS

(III PENTECOSTES)

En aquel tiempo, se acercaban a Jesús los publicanos y pecadores para oírle. Y los fariseos murmuraban, diciendo: Este acoge a los pecadores y come con ellos. Y les propuso esta parábola, diciendo:

¿Quién habrá entre vosotros que, teniendo cien ovejas y habiendo perdido una de ellas, no deje las noventa y nueve en el desierto y vaya en busca de la perdida hasta que la halle? Y, una vez hallada, regocijado, la pone sobre sus hombros y, vuelto a casa, convoca a los amigos y vecinos, diciéndoles: Alegraos conmigo, porque he hallado mi oveja perdida.

Yo os digo que en el cielo será mayor la alegría por un pecador que haga penitencia, que por noventa y nueve justos que no necesiten de arrepentimiento.

O ¿qué mujer que tenga diez dracmas, si pierde una, no enciende la luz, barre la casa y busca cuidadosamente hasta hallar-

la? Y, una vez hallada, convoca a las amigas y vecinas, diciendo: Alegraos conmigo, porque he hallado la dracma que había perdido.

Tal os digo que será la alegría entre los ángeles por un pecador que haga penitencia.

Celos. Aquellos señores fariseos tenían celos de que Cristo se pusiera a hablar y fuera a comer con los pecadores. A Cristo se le acusaba de que no hubiera hecho un coto cerrado del cristianismo. De que no quiso repartir el Reino de Dios entre un grupito de «selectos».

Cristo, que no se dejaba monopolizar ni por los ricos, ni por los de derechas, ni por los judíos (pura raza), ni por los listos, ni por los cobistas, ni por los que dicen: Señor, Señor.

El Cristo de verdad: Inaccesible al soborno, a la coba, al camelo, al chantaje.

Cristo, que da su mano a todas las manos que se le abran: lo mismo si tienen sortijas de valor, que si tienen callos, que son de más valor; lo mismo si son manos infantiles que manos arrugadas; lo mismo si son manos blancas o manos llenas de mugre; mejor dicho, agarra con más fuerza estas manos que quedaron manchadas por la vida y las cosas...

De esto, precisamente, tratan las parábolas de hoy.

Una oveja perdida. De esas que hay tantas en la vida.

Hay varias de ellas en el mismo Evangelio; muy parecidas a las otras; a las de siempre.

Una de ellas es Zaqueo; le conocéis; es un hombre de ayer, de hoy y de siempre. Sabe que con dinero se hacen las cosas, se vive y se triunfa. Y él se dedica al dinero. Lo cosecha a grandes brazadas, unas ve-

ces con la mano derecha y otras... con la izquierda. Zaqueo por la calle mayor de nuestras calles y ciudades, es honrado por todos, menos por Dios. Oveja perdida. Pero Cristo sale a buscarla y Zaqueo, que sabe que le conviene estar en buenas relaciones con Cristo y con la Iglesia y con los curas, sale a saludarle.

Dice el Evangelio que Zaqueo estaba subido a una higuera.

Pero Cristo es bueno y va por él: *Zaqueo, baja a toda prisa de la higuera*. Y Zaqueo baja de la higuera, a enfrentarse con Cristo y con la realidad de su conciencia. Y se fueron los dos, Cristo y Zaqueo, a casa de este último a arreglar cuentas.

Varias personas de conciencia suelen preguntar cuánto dinero tienen que dar de limosna para salvarse. Esta es la ocasión en la que, en el mismo Evangelio, aparece Cristo echando cuentas con Zaqueo. El resultado de las cuentas de Zaqueo fue el siguiente: de lo robado, restituyó el cuádruplo (para cubrir daños y perjuicios); y luego, de su fortuna legítima dio la mitad a los pobres.

Si dais esto mismo, es cierto que cumplís muy bien, porque Cristo mismo dijo a continuación: *Hoy ha entrado la salvación en esta casa*.

Yo creo (esto ya no es Evangelio, sino opinión mía), que si dais algo menos, también os salváis. Si dais bastante menos, o mucho menos...

Yo solo sé que, en el Evangelio, solo esta vez aparece Cristo firmando y dando su visto bueno a unas cuentas. Dice que este rico se salva. Y, en cambio, dice otras varias veces, que es tan difícil que los ricos entren en el Reino de los cielos...

Ahí tenéis al otro joven rico que un día fue a Jesús y le dijo qué tendría que hacer para conseguir la vida eterna. Le dijo que ya cumplía los mandamien-

tos. Entonces le dijo Cristo que lo único que le faltaba era dar dinero a los pobres. Ante eso se puso triste y se marchó. Y es aquí donde Cristo dijo a los apóstoles: *¡Qué difícil es que un rico entre en el Reino de los cielos!*

Otra oveja perdida es la Samaritana. También la conocéis: es una mujer, es una chica, es un muchacho, es un hombre..., son tantos..., todos, perdidos y enredados en la vida; con un cántaro vacío, vacío, como la sed que tienen todos estos pobres en el alma, de felicidad, de placer, de vanidad...

Cristo lo sabe muy bien, y sale un día por la oveja perdida..., por ti, y te encuentra allí, junto al pozo ese de donde querías sacar esa agua amarga que no apaga la sed, sino que da más sed, cada vez más sed. Tú crees que Cristo está muy lejos de ti, pero está cerca. Cristo no tuvo asco de aquella mujercita. Y sabía muy bien quién era. Era mucho más santo que los apóstoles, que se extrañaban de que hablase con ella, y mucho más santo que Fulanita y don Fulano, que no se dignan dirigir el saludo a aquel pobre hombre que fue cogido públicamente en aquel mal asunto, y a aquella pobre mujer que ya está arrepentida, y será mucho más santa que doña Fulana, la que nunca pecó...

Y Cristo sigue buscando ovejas perdidas, muchas veces hasta el último momento. Lo que ocurrió, por ejemplo, con Dimas y Gestas. Los dos hicieron bastante de lo que les dio la gana durante la vida. Les importó poco la ley de Dios y la de los hombres. Dicen que eran ladrones, y la justicia humana les condenó a morir. Probablemente robaron bastante menos que Zaqueo, y claro, fueron presa indefensa de la justicia humana. No tenían tampoco la categoría criminal de un Barrabás para poder librarse en una última insensatez del público.

Cristo salió también en busca de estas dos ovejas perdidas. Las esperó a la hora de la muerte, como ha esperado a tantos pecadores. Y entonces, Dimas dijo que sí y Gestas dijo que no. Como, fácilmente, pasa muchas veces a la hora de la muerte. Por lo que hemos presenciado y aparece externamente, hay varios, como Dimas, que dicen que sí, y hay otros, como Gestas, que dicen que no, o que no tienen oportunidad de decir nada.

Ovejas perdidas a las que Cristo busca hasta el último momento, pero que, en unas ocasiones, vuelven a Cristo y, en otras, no.

Terminaremos con otras dos ovejas perdidas. Eran dos eclesiásticos: Pedro y Judas. Las dos se perdieron en la misma noche: Judas, el apóstol, que quiso más al dinero que a Cristo; y Pedro, el apóstol y el recién consagrado sacerdote, que tuvo miedo de confesar a Cristo delante de los fuertes de este mundo.

Cristo salió también en busca de estas dos ovejas perdidas. Judas no supo ver a Cristo a sus pies, en la cena; no supo besar el rostro de Cristo en el huerto. A Pedro le bastó una mirada de Cristo.

¿No es verdad que tantos de nosotros hemos sido alguna vez ovejas perdidas?

Lo fantástico es que dice Cristo que en el cielo se van a alegrar más por un pecador que haga penitencia que por noventa y nueve justos que no necesitan de ella.

Esto es algo que no se da entre los hombres: perdonar con esta alegría.

Esto es algo que se da solamente en Dios.

CUENTAS SOCIALES QUE NOS VA A EXIGIR DIOS

(IV PENTECOSTES)

En aquel tiempo, agolpándose sobre Jesús la muchedumbre para oír la palabra de Dios, y hallándose junto al lago de Genezaret, vio dos barcas que estaban al borde del lago; los pescadores, que habían bajado de ellas, lavaban las redes. Subió, pues, a una de las barcas, que era la de Simón, y le rogó que se apartase un poco de tierra, y, sentándose, desde la barca enseñaba a las muchedumbres. Así que cesó de hablar, dijo a Simón: Boga mar adentro y echad vuestras redes para la pesca. Simón le contestó y dijo: Maestro, toda la noche hemos estado trabajando y no hemos pescado nada; mas, porque Tú lo dices, echaré las redes. Haciéndolo, cogieron una gran cantidad de peces, tantos, que las redes se rompían, e hicieron señas a sus compañe-

ros de la otra barca para que vinieran a ayudarles. Vinieron y llenaron las dos barcas, tanto que se hundían. Viendo esto Simón Pedro, se postró a los pies de Jesús, diciendo: Señor, apártate de mí, que soy hombre pecador. Pues así él, como todos sus compañeros, habían quedado sobrecojidos de espanto ante la pesca que habían hecho. E igualmente Santiago y Juan, hijos de Zebedeo, que eran socios de Simón. Dijo Jesús a Simón: No temas: en adelante vas a ser pescador de hombres. Y atracando a tierra las embarcaciones, lo dejaron todo y le siguieron.

Parece que la decisión de los discípulos debiera haber sido la opuesta: nada de dejar la pesca, ahora que empezaban a pescar en cantidades fantásticas. Pues no. Ahora es precisamente cuando ellos dejan la pesca y las redes y los botes para seguir a Cristo.

Pero no se trata de abandonar el trabajo; al contrario; se trata de algo mucho más grandioso: se trata de dedicarse a la pesca del hombre. Cristo les va a hacer pescadores de hombres.

La conquista del hombre para Dios. Para eso vino Cristo y sufrió Cristo y murió Cristo: para pescar al hombre. Es el cristianismo; para eso están los apóstoles y para eso estamos todos los cristianos. No solo los curas y los frailes y las monjas. Ser cristiano es ser pescador de hombres, es salir al mar, a las montañas, a los caminos y a los desiertos, para echar una mano amiga a nuestros hermanos los hombres.

Dios nos va a pedir cuenta no solo de nosotros mismos (este es nuestro error), sino de nuestros hermanos hombres; nos va a pedir muchas cuentas cris-

tianas, que es casi lo mismo que decir sociales, porque ser cristiano es pertenecer a la sociedad más entrañada que existe, que es la de los que formamos el mismo Cuerpo místico de Cristo.

Nos va a pedir cuenta social de nuestra sonrisa.—De aquella sonrisa que jamás veían nuestros inferiores. De aquella sonrisa que jamás ofrecíamos al funcionario, a la sirvienta, al cobrador a domicilio, a la recadista. De aquella sonrisa que nadie vio en nuestros días de mal talante. De aquella sonrisa que Dios nos la había dado para tender un puente de simpatía para hacer un poco más felices, quién sabe si mucho más, a nuestros hermanos los hombres.

Nos va a premiar la sonrisa que dirigimos a aquel enfermo repugnante; la que dirigimos al cobrador de trolebús, cuando nos advirtió de un error en el pago de nuestro billete. Nos va a castigar por las sonrisas mortificantes: por aquellas con las que fuimos clavando los momentos ridículos de los demás. Es que Dios nos ha llamado a ser pescadores de hombres, y no a hundirlos todavía más.

Nos va a pedir cuenta social de nuestro dolor.—Del aceptado y del rehuido. Nos va a castigar por no haber sabido molestarnos por el vecino. Por infinidad de molestias que no nos hemos tomado en favor de los demás. Tememos el juicio de Dios por las cosas que hicimos, y es verdad; pero no sé si debiéramos temerlo más por las cosas que no hicimos. Acordaos de aquel siervo de la parábola, que devolvió a su señor el talento íntegro. Y el señor le condenó por no haber ganado otro talento más. Nos va a castigar porque no fuimos a visitar a aquel enfermo; porque no nos tomamos la molestia de suplir a aquella compañera...

Nos va a premiar porque nos fastidiamos la tarde por darle gusto al otro, porque supimos callarnos por no avergonzarle...

Es que el cristianismo es algo esencialmente comunitario. De diez mandamientos, siete son para el prójimo, solo tres para Dios. Si has usado de tu dolor, en favor del prójimo, serás bendito de Dios.

Nos va a pedir cuenta del dolor del prójimo.—Y no solo del que nosotros le hayamos causado directamente a él. Nos va a pedir cuenta de los que viven en chabolas; de los subarrendados con derecho a cocina; de los niños que se pudren física y moralmente en esas casas de cinco metros por tres; de los que huyen del campo, porque en el campo no viven una vida digna de seres humanos, y mueren en la ciudad porque tampoco encuentran forma de vivir en la ciudad. Nos va a pedir cuenta de los que no saben sumar ni leer ni confesarse ni salvar el alma. Nos va a pedir cuenta de muchos a quienes no conocemos ni hemos visto nunca. Nos va a castigar solo por lo que no hicimos; porque tuvieron hambre y no les dimos de comer; porque tuvieron sed y no les dimos de beber; porque estuvieron enfermos y no les visitamos; porque pasamos con nuestro automóvil y no nos paramos; porque tenían aquel seguro y aquella ley social y ya creíamos que tenían bastante; porque cuando subían los precios, subían los sueldos y subían las acciones, y no nos dábamos cuenta de que subía el dolor de algunos hermanos nuestros a quienes teníamos que rebajar el dolor.

Nos va a premiar Cristo por el dolor ajeno que supimos mitigar. Nos va a dar el ciento por uno.

Por una unidad de gozo que demos a nuestros hermanos los hombres, nos va a dar Dios cien unidades de gozo en esta vida, y luego infinitas unidades de

gozo en la eternidad. Somos pescadores de hombres; en la medida en que vayamos nosotros por los hombres, vendrá Dios por nosotros.

Nos va a pedir cuenta social de nuestro amor.—De la enorme facultad de amar que Dios nos dio; pero no solamente para amarnos a nosotros mismos, sino para amar también a Dios y al prójimo. Nos van a pedir cuenta en la otra vida de la distribución de nuestro amor. Nos van a castigar si es que lo empleamos todo en amarnos a nosotros mismos: en conseguir nuestra sola comodidad o nuestro solo bienestar y hasta nuestra sola salvación eterna. Nos van a castigar, porque Dios nos había dado esa facultad de amar para querer también la comodidad de los demás, el bienestar de los demás y la salvación eterna de los demás. Teníamos que salir a pescar hombres y no salimos.

Nos van a premiar si supimos emplear nuestro amor en amar a los demás; sobre todo a aquellos que no nos eran simpáticos, a aquellos que eran de otra clase social, de otro equipo, de otro país, a aquellos que no iban a corresponder a nuestro amor...

Nos va a pedir cuenta social de la salvación eterna de los demás.—Y de esto, sobre todo. Porque esta es nuestra principal obligación de pescadores de hombres. Nos van a castigar si nuestra actuación social como cristianos, apartó del cristianismo y de la salvación a los demás; nos van a castigar si nuestra actuación económica, política, profesional y humana fue un descrédito del cristianismo que públicamente profesábamos; y pudo ser causa de que algunos no creyeran en la Iglesia y no se salvaran.

Nos van a premiar si, por el contrario, llevamos en nuestras manos y en nuestra vida el auténtico cristianismo, para que nuestra luz luzca ante los hombres

de forma que vean nuestras buenas obras y glorifiquemos al Padre que está en los cielos.

Ser pescadores de hombres... nos toca a todos.

No es fácil. Muchas veces ocurrirá lo que le pasó a San Pedro: que estuvo toda la noche echando las redes y no pescó nada.

Pero un día llega Cristo, y El se encarga contigo de llenar el Reino de los cielos.

TU NO LLEGAS NI A FARISEO

(V PENTECOSTES)

Esta vez nos toca hablar de los fariseos. Es fácil que no tengamos un concepto muy exacto de lo que quiere decir fariseo, sobre todo en el lenguaje evangélico. Para nosotros, fariseo es, más o menos, sinónimo de hipócrita, falso, persona que aparenta virtud y no la tiene, etc.

En realidad, fariseo quiere decir separado. Los fariseos constituían un grupo religioso-político en el pueblo de Israel. Su ideario político era el patriotismo israelita y la preservación religiosa y moral del pueblo hebreo, frente a las ideas idolátricas y costumbres relajadas de las otras civilizaciones, especialmente de la civilización helénica.

Los fariseos, en realidad, eran los observantes, los legítimos, los respetados, los buenos.

Este Evangelio nos habla algo de Cristo y los fariseos:

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: Si vuestra justicia no supera a la de los escribas y fariseos, no entraréis en el

Reino de los cielos. Habéis oído que se dijo a los antiguos: No matarás; el que matare será reo de juicio. Pero Yo os digo que todo el que se irrita contra su hermano será reo de juicio; el que le dijere «fatuo», será reo ante el Sanedrín, y el que le dijere «loco» será reo de la gehena del fuego.

Si vas, pues, a presentar tu ofrenda ante el altar, y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda ante el altar, ve primero a reconciliarte con tu hermano, y luego vuelve a presentar tu ofrenda.

Aquí hay una frase de Cristo bastante interesante. Dice Cristo: *Si vuestra justicia no supera a la de los escribas y fariseos, no entraréis en el Reino de los cielos.*

Entendiendo la palabra «justicia» tal y como la entiende casi siempre la Sagrada Escritura, como sinónimo de virtud y santidad; catolicismo, diríamos hoy.

Si vuestro catolicismo no supera al de los escribas y fariseos, no entraréis en el Reino de los cielos.

Como veis, se trata de algo bastante importante, que es: salvarse o no salvarse. Y se trata de una medida que Cristo pone para ello: hay que ser mejor que los escribas y fariseos, porque esto no basta.

Ya sé que estaréis por ahí varios muy satisfechos, diciendo que vosotros no tenéis ni pelo de fariseo. Despacio. Conste que los fariseos hacían muchas cosas buenas.

Perdonadme, pero voy a deciros una cosa: que algunos probablemente no llegáis ni a fariseos.

Porque los fariseos iban a la iglesia todas las semanas, y tú... tal vez no vas. Desengáñate: no llegas

ni a fariseo. Tú no entras en el Reino de los cielos, por motivos más elementales.

Los fariseos rezaban, y con frecuencia. Tú me vienes diciendo que tú no tienes nada de fariseo, que tú haces todas esas cosas por la cara, que tú no rezas porque tú no eres un farsante, etc.

Para ti tampoco es el Reino de los cielos. Cristo exige que nuestro catolicismo sea mayor que el de los fariseos... Y tú, ¿no rezas? Entonces tu catolicismo es cero. Tú no llegas a fariseo.

Los fariseos daban limosnas. Daban la décima parte de sus ingresos. Tú no eres un farsante, pero tampoco das la limosna que daban los fariseos... Permíteme: no te hagas ilusiones; no llegas ni a fariseo. Cristo no les condena a los fariseos por dar limosna; les condena porque, además de esto, no tienen otras virtudes.

Está de moda el hablar contra el fariseísmo de los católicos; está de rigurosísima moda. Yo quisiera preguntarme: el ochenta por ciento de los que hablamos contra el fariseísmo, ¿ya llegamos siquiera a ser fariseos?

Los fariseos tenían un respeto sublime por la ley de Dios, por los dogmas doctrinales, por las tradiciones eclesiásticas y por las autoridades religiosas. Nosotros, a fuerza de sincerotes y realistas, nos metemos con todas las autoridades religiosas, con la moral, con los preceptos eclesiásticos y hasta con las verdades doctrinales del catolicismo.

Muchas veces no llegamos ni a fariseos.

Mal asunto el fariseísmo. Con eso solo no se llega al Reino de los cielos. Pero, hoy, además de este, hay otro error bastante común en nuestro catolicismo: es el «publicanismo».

Pidiendo perdón a Cristo y a vosotros, voy a tener

la frescura de contaros una parábola; una parábola mía:

Dos hombres salieron a la calle un domingo por la mañana: el uno era fariseo y el otro publicano. El fariseo se fue a Misa; el publicano se fue al bar. El fariseo, en la iglesia, oraba para sí de esta manera: ¡Oh Dios!, te doy gracias de que no soy como los demás hombres: rapaces, injustos, adúlteros; ni como ese publicano que se ha ido hoy al bar sin oír Misa. Ayuno siempre que lo manda la Santa Madre Iglesia y doy el diez por ciento de mis ingresos. El publicano, en el bar, decía a un amigo suyo: Mira, chico, yo tendré mis cosillas: tendré mi manga ancha en los negocios, seré un fresco en los contratos y seré un bala en cuestión del sexto mandamiento. Pero lo que yo no soy es un hipócrita como el fariseo ese. Yo no voy a Misa para que me vean, ni ayuno nunca porque no me sale de dentro ni me dedico a limosnero. Yo lo que no soy es un hipócrita y un fariseo. Yo tengo mi Dios y mis propias convicciones.

Os digo que aquel se condena por soberbio y por fariseo. Pero este también se condena por soberbio y, además, por bruto.

Fin de la parábola mía.

El publicano de la parábola de Cristo era pecador, pero era humilde; iba a la iglesia, hacía oración a Dios, y la oración no la empleaba en decir a Dios cosas contra el fariseo que estaba delante, sino en arrepentirse sinceramente y pedir perdón de sus pecados.

Los publicanistas de hoy también confiesan pecados: los pecados de los fariseos con mucha saña, los suyos con mucha benevolencia, y no se arrepienten de ninguno.

Nuestro publicanismo, el de nuestros espíritus francos, recios y fuertes, no pasa sino de ser una forma más de fariseísmo: un reprochar las faltas farisai-cas de los demás, para olvidar o prescindir de las propias. Y esto es, al fin y al cabo, fariseísmo.

Además, el publicanismo es una postura mucho más moderna, más juvenil, más existencialista. Hoy el papel de fariseo está desacreditado. Hoy es mucho más snobista la postura de publicanote. Y, desde luego, es más fácil y más barata: con hacer lo que a uno le dé la gana y luego decir que uno es sincero y no un repulsivo fariseo, ya está.

Los publicanistas rompen con el fariseísmo, es verdad; y esto está bien, pero puestos a romper, rompen demasiado, rompen hasta con el catolicismo. Suelen romper con la autoridad eclesiástica, suelen romper con los preceptos, rompen y destrozan los mandamientos y rompen con su propia conciencia. Comienzan a romper el Talmud y acaban rompiendo la Biblia. Comienzan a raspar el falso catolicismo, y luego raspan hasta el verdadero. Empiezan a quitarse las amplias túnicas y las anchas filacterias, y acaban tratando de desnudarse del mismo estado sobrenatural, quedándose en naturaleza brava.

Íbamos a hablar del fariseísmo, y hemos acabado hablando del publicanismo.

Es que todo va incluido, porque todos tenemos algo de fariseos, y los primeros, los publicanistas.

Os recomiendo que vayáis un día a la iglesia, como aquel fariseo y como aquel publicano, y, como queráis: de rodillas o de pie, delante o detrás, le digáis a Cristo esta oración:

«¡Oh Dios! Te doy gracias porque me has hecho ver que yo soy como los demás hombres: fariseo y pecador. Ten compasión de mí, que soy un pobre pecador».

Por aquí, vuestro catolicismo comenzará a ser mejor que el de los escribas y fariseos, y así entraréis en el Reino de los cielos.

LA DIFERENCIA QUE HAY ENTRE SIETE Y CUATRO MIL

(VI PENTECOSTES)

Aquella vez tenían siete panes y eran cuatro mil a comer. Es un cuento muy viejo en la humanidad: el que haya cuatro mil hombres que no tienen más que siete panes y el que, a la vez, haya siete hombres que tengan más de cuatro mil panes. Hay momentos en que uno comienza a dudar si es que el pan se hizo para el hombre, o es el hombre el que se hizo para el pan. Porque cuando hay solo siete panes para cuatro mil hombres, no es el pan el que sirve al hombre, sino el hombre el que sirve, busca, se arrastra y tiende las manos detrás del pan. Cuando hay siete panes para cuatro mil hombres, el pan no está ya al servicio del hombre, sino que es el hombre el esclavo del pan. Cuando hay siete panes para cuatro mil hombres, las matemáticas nos dan una solución aterradora: que sobran hombres. Pero cuando sabemos que, a la vez, hay siete hombres que tienen más de cuatro mil panes, entonces ya no es verdad que sobran hombres, entonces es verdad alguna otra cosa, por ejem-

plo: que el pan no está en su sitio y, probablemente, los hombres tampoco.

Pero vamos a lo nuestro; cuando hay siete panes y cuatro mil hombres, no hay más que dos soluciones. La primera es que sobran hombres; y por lo tanto, se presenta una magnífica ocasión de convertir a los hombres en infra-hombres. La segunda es que faltan panes y, por lo tanto, hay que traer más panes. La primera solución es la que a veces se emplea en este mundo. La segunda es la que empleó Cristo en aquella ocasión que narra el Evangelio:

Por aquellos días, hallándose Jesús otra vez rodeado de una gran muchedumbre que no tenía qué comer, llamo a sus discípulos y les dijo: Tengo compasión de la muchedumbre, porque hace ya tres días que me sigue y no tiene qué comer. Si los despido ayunos a sus casas, desfallecerán en el camino, y algunos de ellos son de lejos. Sus discípulos le respondieron: Y, ¿cómo podrá uno saciarlos de pan aquí, en el desierto? El les preguntó: ¿Cuántos panes tenéis? Dijeron: Siete.

Mandó a la muchedumbre recostarse sobre tierra; y tomando los siete panes, dando gracias, los partió y los dio a sus discípulos para que los sirviesen, y los sirvieron a la muchedumbre. Tenían unos pocos pececillos y, dando gracias, dijo que los sirviesen también. Comieron y se saciaron; y de los mendrugos que sobraron, recogieron siete cestos. Eran unos cuatro mil. Y los despidió.

Cristo dice que tiene compasión de la muchedumbre. Era natural. Por eso vino a este mundo: porque

tenía compasión de los hombres, de todos nosotros. Pero parece que cuando más compasión le daban los hombres, es cuando los veía así, juntos en muchedumbre, en masa. Los vio aquí, y sintió una inmensa compasión; los vio otro día desde la cruz, y la compasión fue todavía mayor; como que sus primeras palabras fueron: *Perdónalos, Señor, porque no saben lo que hacen.*

Es que la masa es algo mucho más desvalido que el hombre individual. Una persona necesitada nos da compasión; una masa necesitada ya no nos da compasión alguna. A una persona que pide limosna, lo peor que se le hace es apartarla de nuestro paso; a una masa que pide justicia, se han dado casos en que se la ha barrido a tiros. Además, la masa tiene todas las miserias que tienen los individuos, más la de carecer de personalidad. Por ejemplo: una persona es libre de leer o no leer todas las páginas de deportes; la masa, no: la masa las lee siempre. Un hombre es libre para creer o no creer lo que oye, lo que lee, para opinar a favor o en contra. La masa, no. La masa cree siempre; la masa no opina, simplemente repite lo que lee y lo que oye. La masa compra indefectiblemente lo que se anuncia, sea bueno o sea malo. La masa aplaude a la vez y silba a la vez, con razón o sin ella. La masa es una pena. Cristo tiene compasión de la masa. Pero los hombres, no. ¿La masa tiene hambre? Bueno —decimos—, la masa siempre ha tenido hambre. ¿La masa sufre? Bueno —decimos—, las masas ya se sabe que tienen que sufrir. ¿La masa es ignorante, la masa no tiene ideas, es políticamente incapaz, es socialmente inhábil? Bueno —decimos—, ya se sabe que a las masas hay que conducir las, hay que sugerirlas, hay que obligarlas... La masa es para nosotros un rebaño de animales que visten ropa. No tenemos compasión de la masa. Cristo, sí.

Tiene compasión porque no tiene qué comer, y por otras muchas cosas. En aquella ocasión era porque sólo había siete panes para cuatro mil. Yo creo que hoy hubiera tenido compasión de la muchedumbre también por alguna otra razón, por ejemplo: porque no tiene más que siete casas para cuatro mil, o porque no tiene más que siete ideas para cuatro millones, o porque tiene cuatro mil películas de cine de donde no saca más que siete cosas que valgan la pena, o porque tiene siete deportistas para llenar cuatrocientas mil páginas de periódico.

Tiene Cristo compasión de las muchedumbres, de todas; porque en todas partes hay más de cuatro mil que no tienen qué comer, o qué pensar, o qué escoger, o qué amar.

Compasión de la masa, **porque no tiene qué comer.** Es la eterna historia de los siete panes para cuatro mil; de las siete casas para cuatro mil; de las siete monedas que se ganan con cuatro mil esfuerzos, y de las siete cosas que se pueden comprar con cuatro mil monedas. Es la historia de los siete que viven demasiado bien, mientras cuatro mil viven demasiado mal. ¡Cristo, ten compasión de la masa! ¡Justicia para la masa, Cristo!

Compasión de la masa, **porque no tiene qué pensar.** Les han dado siete ideas nada más. O les han metido a la fuerza siete ideas. O han robado ellos, vete a saber dónde, siete ideas. Siete ideas elementales, como siete panes. Siete ideas prefabricadas en serie, para cuatro mil o para cuarenta millones de cerebros de masa pensante. Siete ideas de siete colores distintos, para que los cuatro mil de aquella clase o condición humana piensen indefectiblemente con la idea azul, y los de la otra categoría humana piensen con la idea verde. Siete ideas ya hechas y distribuidas, para que los cuatrocientos millones del Oeste de aquel meridia-

no piensen con la idea blanca, y los cuatrocientos millones del Este piensen con la idea roja. Compasión de la masa, porque deja a siete que piensen por los otros cuatro mil. Compasión de la masa, porque no tiene qué pensar; porque hay siete cosas que las oye cuatro mil veces, y hay más de cuatro mil cosas de las que debiera enterarse y no se entera.

Compasión de la masa, **porque no tiene qué escoger.** El hombre es libre, es un ser libre, pero la masa, la pobre masa, no lo es. El hombre puede escoger entre muchas cosas. La masa, no. Una persona individual, el domingo puede escoger innumerables formas de pasar la tarde; la masa, no. La masa no tiene más que siete formas de pasar la tarde: el fútbol, el cine, el baile, la taberna, la plaza mayor, la murmuración y el aburrimiento. Siete cosas, tal vez alguna más. La masa no tiene qué escoger, porque no quiere o porque no puede. Al hombre le hizo Dios libre para tener capacidad de elegir; pero el hombre, una vez que sucumbe en la masa, ya no elige: acepta lo que se da, sigue por donde van los demás y porque van los demás, por necesidad o por inercia. Compasión de la masa, porque parece amenazada de una extraña ley de entropía espiritual, que nos llevaría a la muerte universal de las ideas y de la libertad.

Compasión de la masa, **porque no tiene qué amar.** Las personas individuales saben querer, saben amar, saben hacer el bien. La masa, no. La masa es egoísta, no ama. Tal vez hoy aplaude y vitorea a un gladiador afortunado, pero no le ama. Mañana caerá en desgracia, y esa misma masa se ensañará en él; no le amó nunca. La masa no supo amar de veras ni a Cristo; por eso Cristo tuvo siempre compasión de las masas. La masa quiso hacerle rey, después de estar saciada por los panes que le dio Cristo; la masa quiso hacerle profeta un domingo que entró en Jerusalén;

pero al viernes siguiente, esa misma masa pedía la cruz y la muerte para Cristo. La masa no sabe amar. Cristo, desde la cruz, siguió teniendo compasión y pidiendo perdón para la masa.

Perdón para la masa, por una razón suprema, por la única razón que disculpa a las masas: *Porque no saben lo que hacen.*

Una última idea: la masa somos nosotros. Pidamos a Cristo el milagro de salir de ella, de desintegrarnos a nosotros de la masa, de recobrarlos como personas libres, de sacar de ella a los demás. Pidamos a Cristo este milagro; será como la multiplicación de los panes; como una gran multiplicación de las ideas, de las libertades de los hombres. Cada persona con su ración de personalidad, de ideas, de nobleza, de dignidad humana.

¡Cristo, ten compasión de nuestra masa, y multiplica nuestra dignidad de hombres, de cristianos y de hijos de Dios!

DESFILE DE MODELOS

(VII PENTECOSTES)

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: Guardaos de los falsos profetas que vienen a vosotros con vestiduras de ovejas, mas por dentro son lobos rapaces. Por su fruto los conoceréis. ¿Acaso cogen racimos de los espinos o higos de los abrojos? Todo árbol bueno da buenos frutos, y todo árbol malo da malos frutos. No puede árbol bueno dar malos frutos ni árbol malo frutos buenos. El árbol que no da frutos buenos es cortado y arrojado al fuego. Por los frutos, pues, los conoceréis. No todo el que dice: ¡Señor, Señor!, entrará en el Reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre, que está en los cielos.

Se nos presenta un tema de vestidos. Dice Cristo que hay algunos que se visten de oveja, pero son lobos. Aquí lo peligroso es precisamente el vestido. Porque si esos lobos no vinieran vestidos de oveja, si vinieran vestidos de lobo, ya todo el mundo se daría

cuenta de que eran lobos y, por lo mismo, no supondrían tanto peligro; a nadie engañarían.

El vestido es una de las armas más peligrosas que usamos los hombres. Ya lo habéis visto en el cine: va el otro vestido de mayordomo, y es el asesino; va el otro vestido de camarero de café, y es un espía del ejército enemigo. En la vida es lo mismo: va el otro vestido de comerciante, y a lo mejor es un ladrón; va el otro vestido de cura, y a lo mejor es un Judas; se presenta aquella revista con vestido de información, de cultura, y tal vez está llena de pornografía más o menos disimulada.

El vestido es el arma preferida de los falsos profetas: de los que pretenden engañar, seducir y perder.

Yo entiendo muy poco de vestidos; por eso hoy, yo quisiera hablar con algunas personas que entienden mucho de vestidos, y es con ustedes, señoras y señoritas. Tal vez hubiera sido más oportuno que alguna de ustedes hubiera explicado este Evangelio en el que Cristo nos pone en guardia contra los vestidos que pueden ocultar y adornar a auténticos lobos rapaces.

Yo quisiera hablar con ustedes, señoras y señoritas, un poco en serio.

Ya sé muy bien que ustedes no suelen ir por ahí vestidas de piel de oveja; ya lo sé. Al contrario: a algunas de ustedes no se les puede acusar de llevar demasiada lana encima, sobre todo ahora, en verano.

No sé por qué, señoras y señoritas, me da hoy por comer la terrible vulgaridad de predicador pelmazo, y ponerme a hablar de vestidos y de escotes y de modas y de playas y de trajes de baño. Dándose además la agravante de que no entiendo ni golpe de plisados y de frunces, de hilvanes y de respuntes.

Tampoco me pregunten ustedes cuántos centímetros cuadrados de piel hay que exponer al sol para

que haya pecado mortal, ni cuántos para que haya pecado venial.

Yo lo que entiendo, señoras y señoritas, es de que hay un vestido que lleva al pecado, al pecado de los que las ven vestidas así, y al pecado de escándalo de ustedes, porque son causa de que otros pequen.

Y con esto no me refiero, claro está, a todas ustedes, sino a algunas de ustedes..., a bastantes de ustedes.

Ustedes saben muy bien que hay algo muy sagrado que Dios les dio. Y que ese algo sagrado no se lo dio Dios para venderlo o subastarlo por las calles o por las plazas.

Ustedes, señoritas, tienen derecho y hasta vocación de llamar la atención, desde luego. Pero hay muchos medios de llamar la atención: unos lícitos y otros ilícitos. Hay dos formas de salir en el periódico: una, haciendo una acción heroica; y otra, matando a su padre. Hagan ustedes cualquiera de estas dos cosas, y yo les aseguro de que salen en el periódico.

Yo no voy a decir a ustedes que por llamar la atención, hayan matado o vayan a matar a su padre. No. Pero matan y destrozan el alma de otros muchos que no son su padre.

Ya sé yo que ustedes, bastantes de ustedes, prefieren no pensar; no quieren pensar si su vestido o su traje de baño o su conducta es causa de perdición para los demás. No quieren pensarlo ni ustedes ni sus mamás. Muchas veces quieren engañarse a ustedes mismas; no suelen decir ustedes: este vestido es más provocativo; dicen ustedes: este vestido es más elegante.

Dicen ustedes que si otros pecan, pecan por su culpa; eso también es verdad; pero no sólo ellos tienen la culpa: la tienen también ustedes.

Repito, señoras y señoritas, que no me refiero más

que a algunas de ustedes, a bastantes de ustedes. Me refiero también a las que creen que su vestido y su conducta son perfectamente correctos.

No sé si se dan ustedes cuenta de que son ustedes esos falsos profetas de que habla Cristo en el Evangelio de este domingo. Ustedes, las que con su vestidura provocativa traen al mundo la profecía funesta de la sensualidad; las que arrancan de la ley el sexto y nono mandamiento, las propagandistas de la sexualidad y de la decadencia moral que va invadiendo alarmantemente nuestra civilización occidental.

Ustedes, las que no visten más que como visten todas; las que no hacen más que lo que hacen todas; las que no se portan más que como se portan todas; las que no escandalizan más que como escandalizan todas. No crean que se van a librar de la justicia de Dios porque vayan al juicio con todas. No se apuren: también en el infierno hay sitio para todas.

Señoras y señoritas: no sé si se dan cuenta de que bastantes de ustedes están de nuevo degradando a la mujer del alto nivel al que la elevó el Cristianismo. No sé si se dan cuenta de que, si ustedes no se respetan a ustedes mismas, el mundo volverá a hacer de ustedes lo más abyecto y despreciable de la raza humana.

No se olviden de que Cristo fue el gran defensor de la excelsa dignidad de su sexo; Cristo, que salió siempre a defender a las mujeres más desgraciadas. Ese Cristo, el gran defensor de la mujer, no sé si se sentirá muy inclinado a defender a tantas mujeres que no quieren defenderse a sí mismas. No sé si Cristo saldrá a defender a las que, con su vestidura, fueron auténticos lobos rapaces que arrebataron la inocencia de los niños, la castidad de los hombres, la fidelidad de los esposos, la gracia santificante de tantos y tantos.

A bastantes de ustedes el único detalle que les falta para completar su vestido, es llevar la cabeza de San Juan en un plato.

Muchas de ustedes son piadosas y llevan una hermosa medalla al cuello, con su cadenita de oro. ¿No sienten algunas de ustedes a veces como que esa cadenita aprieta en el cuello como una soga, y que esa medalla pesa como una rueda de molino? No sé dónde habla Cristo de la cuerda, de la rueda de molino y del fondo del mar.

Esto a propósito de vestidos. Ustedes me perdonarán, señoras y señoritas, el haberme metido en un terreno como el de los vestidos, en el que entiendo tan poco. Además estoy cierto de otra cosa: de que muchas de ustedes entienden el Evangelio y lo practican mejor que yo.

Sin embargo, me atrevería a pedirles una cosa; aun a ustedes, las que están seguras de que su vestido es correcto. Les ruego que, un día, a solas, delante de Cristo, le digan esto: «Señor mío Jesucristo. Yo estoy segura de que mis vestidos y mi conducta no son motivo de tentación para los que me tratan, para los que me ven».

Si no está usted segura, díglele también a Cristo la verdad, ¿por qué no? Hará usted una oración preciosa, si le dice a Cristo: «Señor, yo no estoy segura de que mis vestidos no sean ocasión de escándalo para los demás; yo no estoy segura de que mi comportamiento no haya hecho pecar a otros; yo no estoy segura de que no se pierdan y se condenen algunos por mi culpa».

En fin. Ya me perdonarán que haya tratado de una cosa tan poco original y tan pasada de moda, como lo son el sexto y nono mandamientos...

Es que... como Dios no los ha quitado todavía de la lista...

EL DINERO Y LOS DIEZ MANDAMIENTOS

(VIII PENTECOSTES)

Cuanto más dinero tenga uno, se le van haciendo mucho más fáciles las cosas de esta vida; y, al revés: se le van haciendo más difíciles las cosas de la otra vida. No es opinión mía; fue Cristo el que dijo: *¡Qué difícil es que un rico entre en el Reino de los cielos!*

Los ricos son dignos de admiración. Son unos valientes. ¡Con lo difícil que es salvarse teniendo mucho dinero...! Pues, no, señor. Ellos no sueltan el dinero y arrostran impávidos el terrible peligro de condenación a que se exponen. ¡Son unos valientes! Más valientes que San Francisco de Asís, que dio todo lo que tenía y se quedó con un sayo y una cuerda... ¡Así ya puede uno salvarse! La cosa es salvarse siendo rico. ¡Estos sí que son valientes! Me río yo de todos esos Santos y Santas que dieron todas sus fortunas a los pobres, y luego se quedaron sin nada... Así es fácil... ¡Vaya gracia! Los valientes son los otros; los que se quedan con todo su dinero, sabiendo que Cristo dice:

¡Ay de vosotros, los ricos!

¡Cuán difícilmente los que poseen riquezas...!

Más fácil es que pase un camello por el ojo de una aguja...

No podéis servir a Dios y a las riquezas, etc., etc.

¡Claro que pueden salvarse los ricos! Ya dice Cristo que, para Dios, todo es posible; pero es mucho más difícil. Por esto son dignos de admiración. En cierto sentido, son mucho más admirables que muchos Santos que lo dejaron todo por estar más seguros. ¡Así ya se puede! En cambio, estos cargan con todo su dinero a cuestras y pretenden escalar el Reino de los cielos... Nada: que son unos valientes.

Vamos a citar el Evangelio:

En aquel tiempo, decía Jesús a sus discípulos: Había un hombre rico que tenía un mayordomo, el cual fue acusado de disiparle la hacienda. Llamóle y le dijo: ¿Qué es lo que oigo de ti? Da cuenta de tu administración, porque ya no podrás seguir de mayordomo. Y se dijo para sí el mayordomo: ¿Qué haré, pues mi amo me quita la mayordomía? Cavar no puedo, mendigar me da vergüenza. Ya sé lo que he de hacer para que, cuando me destituya de la mayordomía, me reciban en sus casas. Y llamando a cada uno de los deudores de su amo, dijo al primero: ¿Cuánto debes a mi amo? El dijo: Cien medidas de aceite. Y le dijo: Toma tu recibo, siéntate en seguida y escribe cincuenta. Luego dijo al otro: Y tú, ¿cuánto debes? El dijo: Cien medidas de trigo. Díjole: Toma tu recibo y escribe ochenta.

El amo se maravilló de lo astutamente

que había obrado el mayordomo infiel, pues los hijos de este siglo son más avisados en el trato con los suyos que los hijos de la luz.

Y yo os digo: haceos amigos con este maldito dinero, para que, cuando este os falte, os reciban en las eternas moradas.

La lección que nos da Cristo en este Evangelio no es que seamos unos bribones como el mayordomo ese. Al contrario: la lección está en las últimas frases, donde dice Cristo que empleemos el dinero en ganarnos el cielo. Naturalmente, dando limosnas y haciendo el bien al prójimo.

La otra lección es que, al dinero, Cristo le llama maldito. Y no es la única vez que dice cosas terribles de las riquezas y de los ricos.

Nos parece extraño, nos parece duro lo que dice Dios del dinero. Nos parece exagerado. Es que no hemos reflexionado en una cosa: en que el dinero es lo que más suplanta a Dios en este mundo.

Por el dinero hacemos cualquier cosa: ante el dinero nos arrodillamos, al dinero le ofrecemos sacrificios, al dinero le ofrecemos nuestro honor, nuestra sangre, la sangre de los demás. Por el dinero rompemos con lo más sagrado..., al dinero llegamos a amarle sobre todas las cosas..., es un dios..., es un dios de este mundo.

¿Comprendéis por qué dice Dios estas cosas del dinero? Porque el dinero es el mayor rival que tiene Dios en este mundo.

El dinero va derecho, no contra uno, sino contra todos los mandamientos.

El dinero va derecho contra el primer mandamiento, que es amar a Dios sobre todas las cosas; y como amamos al dinero más que a Dios...

El dinero es enemigo del segundo mandamiento. Porque por dinero se jura y se perjura y se levantan falsos testimonios y se mancha el nombre de Dios, y se promete en falso en nombre de lo más santo.

El dinero es enemigo del tercer mandamiento. Es por conseguir más dinero por lo que se trabaja en los días sagrados. Aun los domingos, el dinero es antes que Dios.

El dinero amenaza al cuarto mandamiento, que es honrar padres y madres, hijos e hijas. Por el dinero, los hijos abandonan y venden tantas veces a sus padres, y los hermanos a sus hermanos. Y lo más terrible: por el maldito dinero, los padres prohíben ilícitamente la llegada al mundo y a la eternidad a sus propios hijos..., por el dinero se repite también, en algunos hogares, la matanza de los inocentes...

El dinero contra el quinto mandamiento, que es no matar. Por dinero ha corrido mucha sangre en el mundo..., por dinero han estallado tantas guerras que creíamos que estallaban por otra cosa. Por dinero se vendió la sangre de Dios... por dinero se sigue vendiendo la sangre y el llanto y la vida de tantos hombres y mujeres y niños.

El dinero destroza el sexto y nono mandamientos. Por... por dinero se compra y se vende la carne y la honra y la dignidad humanas. Por dinero se profana el amor, se destruyen los hogares, se arrebatada la inocencia, se quebranta la fidelidad.

¿Preguntáis por qué Cristo dice esas cosas tan terribles del dinero?

Por dinero se quebranta el séptimo y décimo mandamientos. Por dinero se roba, se estafa, se falsifica, se soborna, se juega con los precios y los salarios, se juega con el hambre, la salud y la vida de los demás.

El dinero va contra el octavo mandamiento. Por dinero se miente y se engaña y se engatusa. De forma

que mentir en el negocio ya creemos que no es mentir; engañar en los negocios creemos que no es mentira: es habilidad.

¿No habéis rezado nunca el Credo al dinero? ¿No habéis dicho y sentido profundamente en vuestro corazón: «Creo en el dinero, padre de este mundo..., creo en el dinero todopoderoso..., creo en el dinero, creador del cielo y de la felicidad de la vida..., creo en el dinero, redentor de los hombres...?»

¿No estamos poniendo al dinero en el lugar que sólo corresponde a Dios? ¿No es nuestro becerro de oro, esa bestia por la que dejamos a Dios?

No estoy hablando contra los ricos, no. Estoy hablando de todos aquellos que tenemos afecto al dinero, al dinero que tenemos o al que queremos tener. Para Dios, todo el que quiere ser rico, ya es rico de espíritu. Judas es el prototipo de los esclavos del dinero. Y Judas vendió a Dios por sólo treinta duros.

Entonces, para podernos salvar, ¿qué tenemos que hacer con el dinero? Ya nos lo dice el Evangelio de este domingo: *Hacernos amigos para la otra vida*. Y, para la otra vida, nos hacemos amigos dando a los pobres en esta vida. Es la mejor inversión de capital. Ya lo dice Cristo: *Da a los pobres y tendrás un tesoro en el cielo. Tendrás el ciento por uno, y después la vida eterna*.

Pero esto nos entra por un oído y nos sale por el otro. Por algo dice Cristo en este mismo Evangelio, que somos unos torpes cuando se trata de la vida eterna.

Afortunadamente, ahí están los pobres. Son los grandes bienhechores de la humanidad; los que hacen que los que tienen dinero se puedan salvar.

CINCO VILLAS

(IX PENTECOSTES)

En aquel tiempo, acercándose Jesús a Jerusalén, al ver la ciudad, lloró sobre ella, diciendo: Si al menos en este día conocieras lo que te traería la paz; pero está oculto a tus ojos. Porque días vendrán sobre ti, y tus enemigos te rodearán de trincheras y te cercarán y te estrecharán por todas partes; y te abatirán al suelo, a ti y a los hijos que tienes dentro, y no dejarán en ti piedra sobre piedra, por no haber conocido el tiempo en que Dios te llamaba.

Y entrando en el Templo, comenzó a echar a los vendedores, diciéndoles: Mi Casa es Casa de oración, pero vosotros la habéis convertido en cueva de ladrones.

Jerusalén era la ciudad santa de los judíos; la ciudad bendita, la ciudad elegida, la ciudad de las ciudades; el anhelo, la ilusión, el orgullo de todo israelita; era para ellos el símbolo del triunfo, el

símbolo de la gloria, el símbolo hasta de la bienaventuranza eterna.

Y un día Cristo la contempla desde un monte cercano y llora; porque sabe que, en medio de su gloria y su apariencia, Jerusalén está podrida y va a venir sobre ella un castigo terrible. Y el castigo vino. Vinieron sobre ella las legiones de Vespasiano y Tito, y dejaron una ciudad convertida en ruinas, humo y sangre.

Todo porque no conocieron a tiempo la llamada de Dios.

Esto es lo que le pasó a Jerusalén hace veinte siglos.

Hoy sería interesante saber qué profecía tendría Cristo acerca de cada una de nuestras ciudades de hoy. Claro está que nosotros no sabemos qué es lo que diría Cristo de nuestras ciudades; pero algo sí que podemos conjeturarlo. Porque nosotros conocemos bastante bien algunas de estas ciudades.

Villagrande, por ejemplo. Villagrande es una ciudad que conocéis muy bien. Próspera. Hay muchas cosas en las que está mejor que la Jerusalén de los tiempos de Cristo: tiene más tiendas y mejores; mejor servicio de aguas; más teatros, más cines, más bares, más iglesias (fíjense ustedes bien: más iglesias; en Jerusalén sólo había una). En una palabra: en Villagrande tiene usted todo; solamente... parece que precisamente falta Dios. Villagrande se preocupa de progresar, de ganar dinero, de divertirse, y Dios... está al margen, cada vez más al margen de la vida de la ciudad... No se nota la falta de Dios. Es una ciudad tan atractiva, hay tantas cosas que hacer en Villagrande: trabajar, ganar, comprar, vender, divertirse, la oficina, el café, el taller, la casa, la compra, las amistades, el cine, la tertulia, el fútbol, el periódico..., no hay tiempo para Dios. Y Cristo, claro, está

cada vez más al borde de la vida de Villagrande; está al borde, llorando tal vez porque Villagrande no ha conocido el tiempo en que Dios la llamaba; llorando, porque Dios sabe lo que le va a pasar a Villagrande y, sobre todo, lo que les va a pasar a sus habitantes.

Y vamos a **Villachica**. Villachica ya es otra cosa. Aquí se vive más despacio. Villachica tiene una iglesia, dos carnicerías, tres barberías, cuatro estancos, dos caciques de pueblo —por supuesto enemistados—, siete tabernas —no tan enemistadas— y un solo cine. Como tiene un solo cine, y todo el que quiere ir al cine tiene que ir a ese cine, el amo del cine no se preocupa demasiado de la moralidad de las películas que se dan en ese cine. Y el cine se llena de gente y tal vez de pecados, en el cine y después del cine.

En Villachica los días de fiesta sólo hay eso: cine y baile, y..., claro, el tono de ese baile...; es una pena que todos los niños y niñas de Villachica, cuando vayan creciendo, tengan que pasar por ese baile que a veces se tiene en un saloncete cerrado...

A veces hay algunos y algunas valientes que no hacen todo lo que hacen los demás de Villachica. El pueblo es pequeño, el respeto humano es más grande; si no haces todas las majaderías que hacen los demás, todos chismorrean. Villachica no tiene periódico ni emisora de radio propios, pero tiene un buen cuerpo de comentaristas de ambos sexos dedicados plenamente a comentar todo lo que se hace y se dice, y lo que se supone que el vecino intenta, piensa, sospecha, maquina o trama. Yo creo que Cristo habrá estado varias veces triste en Villachica, donde los jóvenes carecen de la originalidad de no ser majaderos, y los viejos carecen de la originalidad de dejar en paz la vida del vecino.

Villarrica. Villarrica es una ciudad, o, si queréis, una nación o un país. Tiene dinero, materias primas,

fábricas, confort. Sube la bolsa, baja la natalidad. Villarrica es un país capitalista. Y si sólo se capitalizara la riqueza, menos mal; pero en Villarrica se capitaliza también la raza humana. Porque hay una raza que tiene todos los derechos y otras razas que tienen menos derechos, porque tienen el pellejo más oscuro. Cristo habrá llorado varias veces sobre Villarrica y sobre las injusticias sociales que se cometen en Villarrica.

Villafuerte. Es la enemiga de Villarrica. Villafuerte rompe con todas las desigualdades humanas, por lo menos lo pregona así. En Villafuerte se taten a los individuos humanos, todos juntos, con un batido tan enérgico, hasta que los hombres se olviden de que son individuos y queden convertidos en una especie de pasta inmensa. Eso es el inmenso Estado de Villafuerte. Eso sí: en Villafuerte hay orden; hay medios enérgicos para que todos piensen lo mismo, para que todos canten lo mismo, para que todos estornuden de la misma manera. El hombre importa poco en Villafuerte. Dios importa menos. Lo que importa es Villafuerte. Y para que todos seamos más iguales, en Villafuerte se suprime Dios y la vida eterna de los hombres; porque como en la otra vida íbamos a ser tan distintos unos de otros...

Cristo estorbaba en Villafuerte. Ha sido expulsado. Se ha decretado que no existe. Y Cristo, fuera de sus murallas, ha llorado por Villafuerte.

Villasanta. Es una villa gloriosa: gloria de la religión, gloria de la humanidad, gloria de Dios. Villasanta tiene un pasado de grandeza religiosa y humana. Algo así como Jerusalén. Es una especie de ciudad elegida. Villasanta ha sido favorecida muchas veces por las predilecciones de Dios. Villasanta tiene una tradición como pocas ciudades podrán presentar. Se parece algo a Jerusalén. Pero Jerusalén... Digo, pero

Villasanta... No todo es oro, incienso y mirra en Villasanta. Villasanta a veces confía en que sus abuelos fueron buenos, como Jerusalén confiaba en que tenía por padre a Abrahán. Algunos de Villasanta parece que no se dan cuenta de que la vida eterna no se hereda, sino que hay que ganarla personalmente y por méritos propios. A Villasanta le conviene recordar que Jerusalén también fue santa, pero luego se convirtió en maldita.

No te olvides, Villasanta, de que Dios dijo de Israel: *Este pueblo me tiene en los labios, pero no en el corazón.*

A Villasanta le conviene recordar lo que Cristo dijo de otras ciudades; por ejemplo, de Betsaida y Corozáin: *¡Ay de ti, Corozáin; ay de ti, Betsaida, porque si en Tiro y en Sidón se hubieran hecho los milagros hechos en ti, hace tiempo que hubieran hecho penitencia!*

Mal asunto cuando Cristo tiene que llorar sobre un pueblo. Mal asunto cuando con nuestra conducta llevamos a Cristo con la cruz a cuestas por las calles de nuestra Villagrande, o de nuestra Villachica o de nuestra Villarrica, o de nuestra Villafuerte o de nuestra Villasanta. Porque cuando Cristo tiene que marchar por nuestras calles con la cruz de nuestros pecados, es que va diciendo: *Hijas de Jerusalén, no lloréis por Mí, llorad por vosotras y por vuestros hijos; porque si esto se hace en el leño verde, ¿qué se hará en el seco?*

No todo es triste. Hay una ciudad sobre la que no llora Cristo. Es la Ciudad de Dios. Es eterna. Y todos podemos conseguir carta de ciudadanía en ella, con la gracia de Dios.

LOS MEJORES POR EQUIPOS

(X PENTECOSTES)

El diablo es diablo, sobre todo, por soberbio. Quiso ser como Dios y, por esto, se quedó en diablo. Por algo dice el catecismo que la soberbia es el primero de los pecados capitales. El peor, la raíz de todos los males. El pecado más solapado y demoníaco; el que cometemos como si no lo cometiéramos. Porque parece que no mancha como otros pecados, por ejemplo, contra el sexto o el séptimo mandamientos. El pecado de soberbia es el que se comete con más aire de dignidad. Es de los pecados que tienen peor remedio; porque quien peca de orgullo y soberbia, se siente de una categoría superior, satisfecho de sí mismo... ¡Cualquiera le dice a él o a ella que se arrepienta!

Cristo, que era manso y humilde de corazón con todos, hasta con los pecadores, con los soberbios no lo era... Perdonó a los adúlteros, a los blasfemos, a los ladrones, pero no aguantó a los soberbios.

Lo vais a comprobar con el Evangelio de este domingo:

En aquel tiempo, dijo también Jesús esta parábola a algunos que confiaban

mucho en sí mismos, teniéndose por justos, y despreciaban a los demás:

Dos hombres subieron al templo a orar, el uno fariseo y el otro publicano. El fariseo, en pie, oraba para sí de esta manera: ¡Oh Dios!, te doy gracias de que no soy como los demás hombres: rapaces, injustos, adúlteros, ni como este publicano; ayuno dos veces por semana, pago el diezmo de cuanto poseo. El publicano se quedó allá lejos y ni se atrevía a levantar los ojos al cielo, y hería su pecho diciendo: ¡Oh Dios, ten compasión de mí, que soy pecador!

Os digo que este bajó justificado a su casa y no aquel. Porque el que se ensalza será humillado, y el que se humilla ensalzado.

Una parábola de Cristo; es decir: un cuento que nos contó Cristo y que no responde a ninguna realidad histórica concreta. Sin embargo, en su fulminante brevedad, uno de los cuentos más importantes que se han contado. Resume en dos palabras tantos trozos de historia y de psicología de la humanidad; pone al descubierto la grandeza y miseria que anidan en el corazón de los hombres.

El fariseo y el publicano: esos dos personajes legendarios que cruzan todos los días por todas las calles del mundo. Los personajes de ese espectáculo que contemplan Dios, los ángeles y los hombres. Los que entran en los templos, rezan en los templos y salen de los templos; los que avanzan y retroceden a los primeros o a los últimos puestos de la sociedad; los hipócritas y los sencillos, los santos y los demoníacos; los que son y no parecen, los que parecen y no

son. Los dos personajes de nuestro Retablo de las Maravillas de nuestro Gran Teatro del Mundo.

Vamos a fijarnos en el fariseo. Pero vamos a considerarlo no como un personaje individual, sino como una persona colectiva.

Existe la soberbia colectiva. Es lo más sutil del orgullo. Cuando es personal, la soberbia puede llegar a avergonzarnos; pero cuando es colectiva, ya no. Colectivamente nos creemos con todo derecho a ser orgullosos, fariseos y soberbios.

Tal vez nos da vergüenza el decir: yo soy el mejor, yo soy el más guapo, yo soy el más santo..., y si no somos muy duros de cabeza, puede que nos demos cuenta de que este es un pecado bastante gordo. Pero ya no nos da ninguna vergüenza, si colectivizamos nuestra soberbia. Si decimos: mi pueblo es el mejor, el más castizo, el más santo, el más guapo, y los demás pueblos son una auténtica porquería; son unos tales y unos cuales; son esto y aquello y lo de más allá... Esto ya no; esto ya no nos parece soberbia ni orgullo ni insulto a los demás ni falta de caridad, que es la principal de las virtudes cristianas.

Yo me acuerdo muchas veces de la oración aquella del fariseo, cuando oigo y leo que en muchos sitios y por muchas maneras se dice y se vocea y se comenta lo bien que hacemos nosotros todas las cosas, lo buenos que somos, lo grandes que somos, lo guapos que somos, lo bien nacidos, lo honrados y legítimos que somos, lo católicos que somos, lo primogénitos y escogidos de Dios que somos sobre todos los demás pueblos y equipos y grupos humanos... Y todo esto lo decimos de pie y muy estirados ante Dios y ante los hombres; y seguimos diciendo que no somos como esos otros pueblos que son unos publicanos y unos pecadores y unos injustos y unos malvados...

Todo esto que constantemente estamos diciendo

ante Dios y ante los hombres; todo esto que nosotros lo decimos en castellano, pero que por ahí fuera lo hemos oído decir a ellos exactamente igual en francés, en inglés, en todas las lenguas. Todo esto que creemos que no es soberbia, por ser colectiva, y no deja de ser sino soberbia multiplicada, gregaria; tan estúpida y repugnante como la soberbia individual. Todo esto que yo también, lo confieso, lo he dicho y lo he voceado tantas veces al unísono del grupo de los míos; yo, que he pensado que no era soberbia el creer y decir que pertenecía al grupo de los mejores, de los legítimos, de los que hacen todas las cosas bien. Yo, que habré llegado hasta a dar gracias a Dios por pertenecer a mi grupo de fariseos y no a ese otro, que yo llamaba de malvados publicanos.

Acordaos de que aquellos fariseos del Evangelio daban gracias a Dios de que ellos tenían por padre a Abrahán y de que ellos eran los mejores, los legítimos, los escogidos. Recordad que Cristo les castiga no solo por su soberbia individual, sino por su soberbia corporativa. Responde que El podrá sacar hijos de Abrahán de las mismas piedras. Y su terrible castigo se cumple: Israel deja de ser el pueblo escogido para convertirse en el pueblo maldito; Israel que daba gracias a Dios porque no era como los pueblos gentiles, como nosotros, que éramos idólatras y malvados..., peores que los publicanos.

Si matar en grupo sigue siendo un verdadero homicidio, y robar en grupo sigue siendo un verdadero latrocinio, ser soberbio en grupo sigue siendo pecado de soberbia.

Todo lo que sea atacar y menospreciar a otros pueblos que no sean el nuestro, aunque lo hagamos en nombre de conceptos muy bonitos y resonantes no es sino un crimen contra la catolicidad, contra

el Cuerpo Místico de Cristo y contra el género humano.

El domingo pasado hablábamos de lo que le pasó a Jerusalén. Sin embargo, dice la Escritura que pasó todo lo contrario con otra ciudad que era mala, pero supo humillarse corporativamente y pedir a Dios perdón. Envió Dios al profeta Jonás a la ciudad de Nínive, profetizando que en cuarenta días sería destruida por sus pecados. Pero entonces todos los habitantes de Nínive, corporativamente, hicieron penitencia y pidieron perdón a Dios. Y Dios perdonó a la ciudad.

Pasó exactamente como con el fariseo y el publicano: Jerusalén fue condenada por soberbia; Nínive fue perdonada porque reconoció su pecado.

Señor, danos tu luz y tu gracia para que veamos que nosotros somos, poco más o menos, como los demás pueblos y grupos humanos: somos pecadores, injustos, ambiciosos y, sobre todo, soberbios. Señor, danos tu gracia para reconocerlo así delante de Ti y delante de los hombres. Señor, que sepamos amar a nuestras naciones prójimas y a nuestros equipos prójimos como a nosotros mismos, como a nuestra misma nación. Que no riñamos por el primer puesto colectivo. No te pedimos el estar los primeros a tu derecha o izquierda, como te lo pedían los de la familia de los Zebedeos; te pedimos otra cosa: te pedimos que nuestro pueblo sepa y pueda beber el cáliz de sacrificio que Tú bebiste. No te vamos a pedir el ser los primeros en la honra; te vamos a pedir el ser los primeros en el sacrificio. Y, sobre todo, te pedimos que nunca estemos neciamente satisfechos de nosotros mismos y que nunca creamos que somos mejores que los demás.

EL HOMBRE QUE ESTABA EN LA TURBA

(XI PENTECOSTES)

En aquel tiempo, dejando Jesús de nuevo la comarca de Tiro, se fue por Sidón hacia el mar de Galilea, atravesando las tierras de la Decápolis. Le llevaron un sordomudo, rogándole que le impusiera las manos. Y tomándole aparte de la muchedumbre, metióle los dedos en los oídos y tocó con saliva su lengua. Y mirando al cielo, suspiró y dijo: Efeta, que quiere decir: ábrete. Y se abrieron sus oídos y se soltó su lengua y hablaba expeditamente. Les encargó que no lo dijese a nadie, pero cuanto más se lo encargaba, mucho más lo publicaban. Y se admiraban sobremanera, diciendo: Todo lo ha hecho bien; ha hecho oír a los sordos y hablar a los mudos.

Habréis advertido que Cristo, para curar a este sordomudo, lo primero que hace es: sacarlo de la mu-

chedumbre y llevárselo aparte. Una vez fuera de la turba, le cura.

Ya estamos otra vez ante el problema de la masa. Al hombre, para curarle, hay que sacarle de la masa; de la inmensa vulgaridad y deshumanización en la que la masa sumerge a la persona humana.

Estaba sordomudo. No es extraño. El hombre de masa, ese hombre fabricado a troquel que hoy ocupa el planeta, tiene los sentidos indiferenciados, el espíritu estampillado. La masa nos vuelve sordos, nos vuelve mudos, nos quita la personalidad, nos vuelve infra-hombres.

Sordos, porque los hombres y mujeres que vivimos en la masa acabamos diciendo lo mismo; cada vez menos cosas y cada vez más parecidas; y, claro, el pobrecito hombre metido en la masa, está en situación incapaz de oír algo original, algo interesante: es, prácticamente, sordo.

Estaba también mudo.

Y el hombre de la masa lo está también. Porque apenas sabe decir algo original. Dice lo que dicen los demás y como lo dicen los demás. Hasta canta siempre, sin fallar, la última tonadilla de turno. No dice nada personal, nada interesante; es como si no dijera nada. En realidad, es mudo.

Al sordomudo, Cristo le tomó aparte de la muchedumbre. Porque si le cura dentro de la muchedumbre, a lo mejor lo primero que dice es repetir lo que decía el vecino; o lo que decía el periódico de la mañana en la página de deportes. Cristo le saca de la muchedumbre. Más vale que sus primeras palabras sean algo personal, sentido, salido del alma humana libre e individual.

Cristo al hacerse Redentor nuestro, viene a redimirnos del pecado; pero también, en segundo tér-

mino, del poder aniquilador y mortal de la masa humana.

Cristo vino también a ser campeón de nuestra libertad de hombres e hijos de Dios. Vino a salvarnos del mundo: de esta inmensa pasta humana en la que nos batan, nos emulsionan y nos vulgarizan.

Os acordáis que dice el catecismo que los enemigos del alma son tres: el mundo, el demonio y la carne. Pues bien: el mundo, ese mundo que dice el catecismo que es uno de los enemigos del alma, es precisamente la masa, la turba humana que le inclina al hombre a hacer, a decir, a oír lo que todos hacen, oyen y dicen, que suele ser el seguir sus concupiscencias y su egoísmo.

Y Cristo es nuestra esperanza, porque viene a salvarnos de este mundo-masa, de este mundo-turba. En el sermón de la Cena, que lo podéis leer en el Evangelio de San Juan, dice Cristo claramente cómo sus elegidos no son del mundo, no son de la masa. Están en la masa, pero no son de la masa. Y el mundo les aborrece porque no son de la masa.

Cristo y sus apóstoles son unos seres libres, originales, unos ejemplares verdaderamente humanos en el más alto sentido de la palabra; por eso no pertenecen a esta pasta humana que es el mundo-masa, el mundo-turba.

Está muy fuera del mundo-turba un Cristo que dice que los felices son los pobres de espíritu, los pacíficos, los que sufren persecución por ser fieles y rectos. Y están fuera de la masa los que se esfuerzan por cumplir este programa. Esto es ser hombre original y legítimo.

Lo que es plenamente vulgar y falto de toda originalidad y personalidad, es lo contrario: el querer ser muy rico, el querer ser muy grande, el ser un injusto, un malhablado, un indecente, un egoísta. Esto

es vulgarísimo y poco original. Para esto no hace falta ser muy hombre; basta dejarse llevar, ser un borrego más en el rebaño.

No se trata tampoco de apartarse de la sociedad; al contrario. La verdadera sociedad y la comunidad humanas exaltan, complementan y perfeccionan al hombre individual. No en vano somos esencialmente sociales. Pero cuando esa sociedad se convierte en turba y esa comunidad en masa o muchedumbre, entonces estamos hundiendo a los hombres en algo inerte, irracional y mortal.

Cristo tuvo siempre compasión de los hombres inmersos en turba. Cristo, que vino a redimir al hombre, no podía menos de sentir compasión de los hombres hundidos en masa humana. A Cristo le asesinó una turba; una masa humana que de pronto comenzó a pedir a gritos que lo crucificaran. Una masa humana en uno de esos momentos insensatos tan frecuentes en las masas humanas que pierden el equilibrio, el sentido y la libertad, y se inclinan hacia donde les empuja cualquier vivo o cualquier aprovechado.

En el Evangelio de hoy, Cristo, para curar al sordomudo, le saca de la masa. Una vez fuera de la masa es cuando le da el uso completo de su sensibilidad. De aquí en adelante será libre para oír todo lo que debe oír un ser humano, y no solo lo que se receta que oigan las turbas, o lo que rugen las mismas. De aquí en adelante será libre para hablar lo que debe hablar un ser humano, y no solo para repetir lo que se ha enseñado a las masas y lo que inexorablemente cantan a coro las turbas.

Este Evangelio es una prueba de que Cristo está con nosotros. Basta que lo queramos de veras para que El nos saque de la turba, cure nuestra sensibilidad y liberte nuestro espíritu.

Ese Cristo que tuvo la originalidad de no venir a este mundo para pasarlo bien El, sino para procurar que lo pasemos bien los demás, sobre todo en la otra vida; ese Cristo nos enseñará y nos ayudará a ser verdaderas personas humanas, verdaderos hijos de Dios, y no a pasar la vida simplemente dejándonos llevar de la corriente de la masa que va siempre hacia el abismo.

VIVA YO

(XII PENTECOSTES)

Ya los antiguos decían que el nombre de los necios aparece escrito en todas las paredes. Tal vez, en lugar de necio, podríamos llamar a esto: instintivo, elemental o prehistórico. El hombre primitivo escribía en las paredes porque todavía no se había inventado el papiro. Y él sentía una necesidad imperiosa de dejar testimonio de su presencia ante la historia. Por eso escribía o pintaba bisontes en las paredes.

Este instinto primitivo no ha muerto en los hombres; no tenéis más que visitar algún sitio célebre; un monasterio, unas ruinas, la cumbre de una montaña, para que veáis las paredes o las peñas llenas de manuscritos humanos de cultura marcadamente cuaternaria, aunque, por otra parte, sean contemporáneos a nosotros. No han pintado bisontes porque no saben pintar, pero saben hacer algo todavía más instintivo: escribir su nombre, sus iniciales, una fecha, y dejar alguna que otra frase de las más elementales que han producido los seres racionales de este planeta.

Una de estas frases típicas que aparecen con frecuencia por las paredes es: VIVA YO. Yo la he visto varias veces, y me temo que muchos de vosotros también.

Allí está la frase, pintada en la pared con tiza o con ladrillo o con alquitrán; allí dice con todas las letras algo tan sensacional como: VIVA YO. La ha escrito el animal humano, el **homo sapiens**, ese vertebrado prodigioso que, además de comer, dormir y vivir, tiene la fantástica cualidad de ingeniarse para lo que le conviene y de escribir en las paredes.

Es el hombre, el animal listo, el que sabe vivir la vida. En otros términos: el vivo o el vivales; el que escribe VIVA YO en la pared, o el más educado, que no lo escribe en la pared porque lo tiene bien escrito en el corazón.

Y a este respecto vamos a ver qué nos dice el Evangelio:

En aquel tiempo, vuelto Jesús a sus discípulos, les dijo: Dichosos los ojos que ven lo que vosotros veis; porque Yo os digo que muchos profetas y reyes quisieron ver lo que vosotros veis, pero no lo vieron, y oír lo que oís, y no lo oyeron.

Levantóse un doctor de la ley para tentarle, y le dijo: Maestro, ¿qué haré para conseguir la vida eterna? El le dijo: ¿Qué está escrito en la Ley?, ¿cómo lees? Le contestó diciendo: Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente, y al prójimo como a ti mismo. Y le dijo: Bien has respondido; haz esto y vivirás. El, queriendo justificarse, preguntó a Jesús: Y, ¿quién es mi prójimo?

Tomando Jesús la palabra, dijo: Bajaba un hombre de Jerusalén a Jericó y cayó en poder de los ladrones que le despojaron, le cargaron de heridas y se fueron, dejándole medio muerto. Por casualidad, bajó un sacerdote de la Ley por el mismo camino y, viéndole, pasó de largo. Asimismo un levita, pasando por aquel sitio, le vio también y pasó adelante. Pero un samaritano que iba de camino llegó a él y, viéndole, se movió a compasión. Acercóse, le vendó las heridas derramando en ellas aceite y vino, le hizo montar sobre su propia cabalgadura, le condujo al mesón y cuidó de él. A la mañana siguiente, sacando dos denarios, se los dio al mesonero y le dijo: Cuida de él, y lo que gastes te lo pagaré a la vuelta.

¿Quién de estos tres te parece haber sido prójimo de aquel que cayó en poder de ladrones? El contestó: El que hizo con él misericordia. Contestóle Jesús: Vete y haz tu lo mismo.

Es muy interesante este cuento de Cristo: la ruta solitaria, los bandoleros, el acecho en la curva, el ataque, el mesonero y el chico bueno.

Si analizamos los personajes podemos dividirlos en dos grupos: los del VIVA YO, el **homo sapiens**, el tío listo; a este grupo de listos pertenecen los bandidos, los transeúntes y el mesonero, como explicaremos a continuación. En el segundo grupo el **homo bonus**, el hombre bendito pero un poco tonto para esta vida, el que no dice VIVA YO y va por ahí un poco despistado preocupándose por los demás; de este

grupo solo hay un ejemplar en el cuento: es el samaritano que recoge, cura y cuida al herido.

Queda un tercero sin catalogar: es la víctima. De este no tenemos suficientes datos para decir si pertenece a los listos o a los benditos; lo que sí podemos decir es que pertenece a la innumerable legión de los mediomuertos, que es esa mayor parte de la humanidad que está ahí, para que de ella se aprovechen los listos y para que con ella ejerciten su virtud los benditos.

Y vamos con el primer grupo: los listos. Los listos, que no quiere decir los inteligentes; porque muy inteligentes claro que no lo son; pues de su parte están haciendo todo lo posible para que este mundo sea un lugar muy desagradable. Pero se tienen por muy listos, eso sí. Tenéis ahí a los bandoleros: saben la jugarreta de aprovecharse del vecino; son los eternos listos: los pillos, los pícaros y los bribones. Los que con trabuco o sin él, se aprovechan del trabajo, el esfuerzo y hasta de la sangre del vecino. Los que salen a los caminos de la vida a hacer el Agosto con los caminantes y con los mediomuertos. Los listos... y las listas. Porque también ellas, bastantes de ellas, son de las que atacan alevosamente al incauto transeúnte que ha salido a la calle; no le atacan con armas de fuego, no; con algo peor: le atacan con su desvergüenza en el vestir, con su conducta; le desvalijan a distancia de su gracia santificante y le dejan con el espíritu gravemente herido. Son listas: las que salen a la calle a jugar con los instintos inferiores de los demás. Las atracadoras de encrucijada, las criminales del espíritu.

A este primer grupo pertenecen también los transeúntes de la parábola; los que ven al herido y pasan de largo. Son listos también estos. Su listeza es de lo más astuto: consiste precisamente en no querer

saber nada. Pertenecen al grupo inmenso de los no intervencionistas, de los que no quieren meterse en líos, de los que no matan ni roban. Son de los netamente listos; los de: VIVA YO y del prójimo no quieren saber nada; allá cada cual. Son de los que no quieren enterarse de que en este mundo hay pobres, hay ancianos, hay enfermos, hay niños, hay hambrientos, hay incultos, hay miseria, hay dolor, hay penas... Estos son tan listos, que pasan a dos centímetros del dolor, de la miseria, de la pena... y no ven nada. Casualidad que en aquel momento iban admirando el paisaje que estaba al otro lado del camino. Son tan listos que se hacen los tontos; a veces ni se enteran de muchísimas cosas; no saben que a su lado hay gente que sufre, gente que llora, gente que muere abandonada... Listos, pillos y bribones como los anteriores. Malditos, los llamaré Cristo el último día.

Nos olvidamos del mesonero. Creo que, sin juicio temerario, le podemos poner también en el primer grupo, en el de los listos. No pone de su parte nada por cuidar al herido si no le pagan, y bien. Como que el otro le tiene que dar todo el dinero que lleva encima, y además extenderle un pagaré por el remanente de gastos, porque si no todas las trazas son de que vuelva a coger al herido y a ponerlo en la carretera. Por lo demás, él no hace mal a nadie: él trabaja lo suyo y cobra lo suyo. Es un VIVA YO más. Quién sabe si además llevaba el negocio a medias con los bandoleros, siendo aquellos los encargados de facilitarle clientes medio muertos que fuesen pagados por samaritanos benditos.

Nos queda el segundo grupo: el de los no listos, el de los benditos de este mundo. Solo hay un ejemplar en la parábola: el buen samaritano. Ya se nota que es un extranjero, un samaritano, uno de fuera que anda un poco despistado y no conoce la manera

de ser de los de la tierra. El no hace lo que los demás: atracar o pasar de largo; él se para, le cuida y le paga el restablecimiento. Quedan todavía algunos como él; personas que son de fuera, que no son de este mundo: *Vosotros no sois de este mundo*, dijo una vez Cristo a los apóstoles y a los buenos cristianos. Y, claro, no tienen la listeza de las personas de este mundo; son demasiado benditos; no se dedican solamente al VIVA YO, sino también al VIVAN LOS DEMÁS. Son un poco despistados para vivir en este mundo, es cierto. Ellos, es verdad, esperan en otro mundo, eso sí.

Pero ¿qué os parece si estos benditos y despistados, en lugar de ser unos pocos, fueran muchos; si fueran una mayoría estos que no se preocupan solo de sí mismos, sino que también se preocupan de los demás, como el samaritano...?

¿No os parece que sería este un mundo distinto... y más interesante?

SEÑOR, MUCHAS GRACIAS

(XIII PENTECOSTES)

En aquel tiempo, yendo Jesús a Jerusalén, atravesaba por entre Samaria y la Galilea. Y entrando en una aldea le vinieron al encuentro diez leprosos que, a lo lejos, se pararon. Y levantando la voz, decían: Jesús, Maestro, ten piedad de nosotros. Viéndoles, les dijo: Id y mostraos a los sacerdotes. En el camino quedaron limpios. Uno de ellos, viéndose curado, volvió glorificando a Dios a grandes voces; cayendo a sus pies y, rostro en tierra, le daba las gracias. Era un samaritano. Tomando Jesús la palabra, dijo: ¿No han sido diez los curados? Y los nueve, dónde están? ¿No ha habido quien volviera a dar gloria a Dios, sino este extranjero? Y le dijo: Levántate y vete. Tu fe te ha salvado.

También a Dios le gusta que le den las gracias. También Dios siente la ingratitud.

En aquella ocasión fueron diez los favorecidos y solo uno el agradecido. Los demás tal vez pensaron que la salud era una cosa suya, propia suya, y ya no se acordaron de que había Alguien que se la había devuelto.

También entre nosotros seremos un noventa por ciento los desagradecidos o los distraídos para con Dios. Nos hemos hecho a la idea de que todas estas cosas que tenemos son nuestras..., y no nos acordamos de que hay Alguien que nos las ha tenido que dar. Porque nosotros no hemos hecho el mundo, ni nos hemos hecho a nosotros mismos.

Es absurdo que a nosotros, que somos tan educados y que agradecemos la menor atención de cortesía, no se nos ocurra el agradecer cosas tan fundamentales como el tener una cabeza para discurrir, unos ojos para ver, una lengua para hablar...

Se me ocurre que, con ocasión de este Evangelio, podríamos cumplir este deber de educación y cortesía elementales para con Dios.

De veras, Señor, que a nosotros nos parece muy mal lo de aquellos nueve leprosos que no volvieron ni siquiera para darte las gracias. A nosotros mismos se nos ha olvidado muchas veces el darte las gracias de unas cuantas cosas que nos has dado; y queremos subsanar esta omisión.

Gracias, Señor, por muchas cosas; por ejemplo, por el sol, por el aire, por el agua, por el fuego. Tú los has puesto ahí para que tengamos vida y alegría y refrigerio y calor. Nos hemos acostumbrado a pensar que el sol que nos ilumina, el aire que respiramos, es algo tan nuestro como si lo hubiéramos puesto ahí nosotros; y no es verdad. Nos lo ha regalado Alguien, y ese Alguien eres Tú, Señor. Muchas gracias por ello.

Muchas gracias, Señor, por mis manos. No las

puse yo ahí donde están. Las pusiste Tú, Señor, las inventaste Tú. Son de lo más útil y necesario que tengo. Te las tengo que agradecer a Ti mucho más que a mis padres; me las dabas Tú; mis manos y también las de mis padres, que fueron las mías durante aquellos primeros años de mi existencia. Gracias por estas manos, Señor. Con ellas puedo ayudarme en la vida, puedo ayudar a los demás, puedo estrechar otras manos amigas.

Gracias por nuestros ojos, por nuestros pies, por nuestros oídos, por nuestra salud. Hay muchos que no pueden ver, andar, oír..., hay muchos enfermos. Hay padres que no pueden ver a sus hijos; hay personas que no pueden ver lo que vemos nosotros: la luz, los colores, las figuras, el movimiento. Gracias, Señor, por el oído; gracias por mis pies, por todo mi organismo. Gracias por mi salud, que solo se aprecia en lo que vale cuando se ha perdido.

Poseemos cosas que no tienen precio; todas ellas, ciertamente, recibidas gratuitamente de Alguien que las puso allí para nosotros.

Te vamos a dar gracias también, Señor, por todos aquellos que hacen más llevadera nuestra vida. Por nuestros familiares y amigos. Vivir en esta vida sin amistades es como vivir enfermo. Pero Tú, Señor, has creado estos espíritus para que vivan junto a mí: son los demás hombres. Esos hombres que Tú has criado juntos para que sepamos ayudarnos unos a otros.

Hay innumerables cosas que hemos poseído y que poseemos, de las que tal vez no se nos ha ocurrido dar gracias; y que son las de valor más inapreciable.

Gracias a Dios por la alegría. Por esa luz interna de nuestro espíritu que hace luminosa nuestra existencia, y que Dios la puso en nosotros para suavizarnos el camino de la vida. Sin alegría y sin esperan-

za, la vida de los seres intelectuales, sería como un tormento o una pesadilla constante.

Gracias también por los niños que viven junto a nosotros. Ellos son un caudal inmenso de nuestra alegría, de nuestra esperanza. Si los hombres nacieran adultos, si no hubiera niños, el mundo sería terriblemente tétrico, sería de temer una sociedad cien veces más criminal que la nuestra. Es por los niños por los que los adultos se sacrifican, se contienen y se niegan a sí mismos. Son los niños los que inconscientemente, pero eficazmente, van moderando y suavizando la actuación de los grandes. Son las imágenes puras de Dios en el mundo. Son como una presencia especial de la divinidad entre nosotros. ¡Tantas veces los niños imponen respeto, mucho más respeto que los grandes! Gracias, Señor, por los niños; es de lo mejor que tenemos en el mundo.

A Cristo le dolió de veras el que de los diez leprosos curados, solo uno volviera a darle gracias.

A nosotros también nos ha hecho Cristo innumerables favores.

Que no se diga...

LO INGENUO QUE ES EL EVANGELIO

(XIV PENTECOSTES)

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: Nadie puede servir a dos señores; pues, o bien aborreciendo al uno, amará al otro, o bien adhiriéndose a uno, menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas. Por eso os digo: no os inquieteis por vuestra vida, sobre qué comeréis, ni sobre vuestro cuerpo, sobre qué os vestiréis. ¿No es la vida más que el alimento y el cuerpo más que el vestido? Mirad cómo las aves del cielo no siembran ni siegan ni almacenan en graneros, y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros más que ellas? ¿Quién de vosotros, a fuerza de preocuparse, puede añadir a su estatura un solo codo? Y del vestido, ¿por qué preocuparos? Mirad los lirios del campo cómo crecen; no se fatigan ni hilan. Pues yo os digo que ni Salomón en toda su glo-

ria se vistió como uno de ellos. Pues si la hierba del campo que hoy es y mañana es arrojada al fuego Dios así la viste, ¿no hará mucho más con vosotros, hombres de poca fe? No os preocupéis, pues, diciendo: ¿Qué comeremos, qué beberemos o qué vestiremos? Los gentiles se afanan por todo eso, pero bien sabe vuestro Padre celestial que de todo eso tenéis necesidad.

Buscad, pues, primero el Reino de Dios y su justicia, y todo eso se os dará por añadidura.

Sinceramente, amigos católicos, amigos cristianos buenos... en el fondo. ¿No os ha parecido un poco ingenuo el trozo de Evangelio que acabamos de citar? Eso de que no nos preocupemos excesivamente por nuestro alimento y por nuestro vestido; eso de que no nos afanemos tanto por las cosas de esta vida; eso de que Dios tendrá providencia sobre aquellos que confían en Él; eso de que busquemos primero el Reino de Dios y su justicia, y todo lo demás ya vendrá...

Claro, vosotros tenéis mucho respeto al Evangelio; ya lo sé. Pero..., vamos a ver; sinceramente y en el fondo: ¿no es verdad que todo esto os ha parecido un poco más propio para monjitas de clausura, un poco desenfocado para la vida actual, un poco como de cuento de colores y propio para niños? ¿Cuántas veces no hemos pensado que este Evangelio hay que entenderlo hoy en día, no al pie de la letra, sino con todas las glosas atenuantes que nuestro cristianismo positivista y burgués ha ido poniendo al Evangelio?

Hoy sabemos los buenos católicos algo que tal vez no sabía Cristo: hoy sabemos que se puede servir muy bien a Dios y a las riquezas a la vez... Hoy sabemos buscar el Reino de Dios y su justicia, no antes que

las demás cosas, sino a la vez y aun después. Hoy procuramos no darle demasiado trabajo a la Providencia divina en cuidar de nosotros. Hoy somos nosotros los que cuidamos de nosotros mismos. Y más: no solamente no le damos a Dios el trabajo de cuidar de nosotros, sino que nosotros nos encargamos, por medio del dinero, del poder de las influencias, etc., de defender al mismo Dios, a la Iglesia, al catolicismo y a todo eso. Nosotros buscamos primero el reino de este mundo, y luego invitamos a Dios a la presidencia.

Cristo dijo lo contrario, pero nosotros, hoy, tenemos otros métodos más perfeccionados. Nosotros implantamos el cristianismo sobre el dinero, el poder, las influencias, etc.

Sinceramente: no creemos en el Evangelio que acabamos de citar. No creemos en eso que dice Cristo de que Dios cuidará de nosotros, como ciuda de las aves del cielo y de los lirios del campo. Creemos que Cristo ha dicho esto de broma. Y, sin embargo, Cristo ha dicho esto con la misma seriedad con que dijo que se sentaran a aquellos cinco mil cuando multiplicó los panes; lo ha dicho con la misma seriedad con que dijo que resucitaría al tercer día y resucitó; lo ha dicho con la misma seriedad con que dijo que mandaría al infierno al que no diera de comer al hambriento, y lo está haciendo probablemente todos los días.

Lo que nos ocurre a nosotros es que hemos tamizado, hemos filtrado el Evangelio a través de varias generaciones de capitalismo y de egoísmo. Nuestro catolicismo actual arrastra una escoria inmensa de prejuicios, intereses creados y posiciones adquiridas. Y, cierto, la escoria que más ha enturbiado a nuestro catolicismo es el dinero. Y cuando Dios dice que no se puede servir a Él y al dinero a la vez..., entonces comienzan nuestros esfuerzos inauditos por querer

cohonestar, atemperar, contemporizar; en una palabra: hacer un gran pastel con Dios y el dinero.

Y de aquí la injusticia y el caos de la sociedad en que vivimos, hendida por brutales diferencias humanas, atravesada por el odio y la incomprensión.

Sociedad en la que nos creemos buenos cristianos, cuando se da el absurdo de que somos capaces hasta de orar y ofrecer sacrificios a Dios por la conversión del mundo proletario, pero no somos capaces de dar nuestro dinero y nuestra justicia, que es por donde podríamos empezar.

Donde se da el absurdo de que dejamos morir de hambre a nuestros hermanos, mientras rogamos por la salvación de sus almas.

Todo esto porque hemos leído eso de Dios y las riquezas, y eso de buscar ante todo el Reino de Dios y la justicia; pero como tenemos una tradición aplastante de capitalismo y burguesía, hemos buscado distinciones y atenuantes y explicaciones e interpretaciones al Evangelio.

Tenemos que confesarlo que a veces hemos sido nosotros, algunos de los hombres de sotana, los que hemos tranquilizado a nuestros consultantes afortunados y, con buena voluntad sin duda, pero erróneamente, les hemos dado esa moral y ese Evangelio con sordina que hemos recibido de nuestro ambiente más o menos burgués.

Porque tenemos que reconocerlo, y no es un misterio, que muchos de nosotros, los de sotana, venimos de un ambiente más o menos burgués; quiero decir: no hemos padecido personalmente la tragedia humana del hambre, de la estrechez, de la angustia, de la injusticia, de la falta de alojamiento decente. Como sacerdotes, es verdad, habremos procurado acercarnos a estos hermanos nuestros en el sufrimiento para conocer su situación. Pero este conocimiento de la es-

trechez humana no es un conocimiento experimental, existencial; no lo hemos sufrido en nuestra propia carne. Por otra parte, por nuestra cultura y nuestros estudios, tendremos siempre muchas amistades entre los estratos elevados de la sociedad.

No nos damos cuenta nosotros mismos de la enorme presión inconsciente que puede ejercer sobre nosotros este ambiente burgués que nos ha rodeado y nos rodea por todas partes, y que tiende a deformar sutilmente y a pasar por alto estas crudezas de la realidad humana y estas claras afirmaciones del Evangelio.

También nosotros, algunos de los hombres de sotana, hemos caído y hemos consentido en este cristianismo decantado y esterilizado por siglos de burguesía y de culto al dinero. Indudablemente, sin darnos cuenta manejamos un texto censurado del Evangelio; un Evangelio al que nuestra censura burguesa le ha quitado todas las aristas y las puntas que nos pinchaban.

Claro. Siempre nos queda la respuesta de que también ellos, los desafortunados, tienen la culpa de su situación, porque gastan de lo poco que tienen en tabaco, espectáculos, fútbol, etc...

Esta es nuestra respuesta fuerte. Una respuesta por la que suponemos que nuestros hermanos hombres no tienen más derechos que el derecho a comer y a estar bajo techado. Les concedemos tanto como acostumbramos a conceder a una vaca o a un asno que trabajan para nosotros: comida y un sitio donde estar. Nos parece abusivo que nuestros hermanos hombres reclamen el derecho a divertirse, a culturalizarse, a vivir en sociedad, a ser libres. Es otra de las ideas que heredamos de la burguesía y que nos parecen lo más naturales, aunque sean absurdas.

Todo esto nos pasa porque todos, pobres y ricos,

amamos al dinero más que a la justicia y más que a Dios.

El día en que creamos que Dios es más fuerte, más seguro, mejor aliado que el dinero, entonces comenzaremos a comprender a Cristo y al Evangelio. Será como si nos bautizaran.

Entonces comenzaremos a ser cristianos.

NO LLORES, TE ACOMPAÑO EN EL SENTIMIENTO

(XV PENTECOSTES)

La muerte es como uno de los ejes del dolor humano. Es castigo del pecado, y tiene que ser algo duro. Morir es algo que toleramos que les ocurra a personas alejadas de nosotros; nos parece muy bien que haya muerto Napoleón, que hayan muerto todos los cartagineses, que haya muerto un indígena en Sumatra o un magnate en Jamaica. Toleramos el que haya habido tantos muertos en la última catástrofe ferroviaria, y el que pase por delante de nuestra casa el entierro de una señora que murió ayer aquí, pero a quien no conocíamos.

Somos muy comprensivos para la muerte, cuando anda lejos. Pero luego vienen los apuros y las congojas, cuando la muerte se acerca..., cuando se acerca a uno de nuestros seres queridos, o a nosotros mismos.

Dice así el Evangelio:

En aquel tiempo sucedió que Jesús iba a una ciudad llamada Naim, e iban con él sus discípulos y una gran muchedumbre.

bre. Cuando se acercaban a las puertas de la ciudad, vieron que llevaban un muerto, hijo único de su madre viuda, y una muchedumbre bastante numerosa de la ciudad le acompañaba. Viéndola el Señor, se compadeció de ella y le dijo: No llores. Y acercándose, tocó el féretro; los que lo llevaban se detuvieron, y El dijo: Joven, a ti te hablo: levántate. Sentóse el muerto y comenzó a hablar y El se lo entregó a su madre. Se apoderó de todos el temor y glorificaban a Dios, diciendo: Un gran profeta se ha levantado entre nosotros, y Dios ha visitado a su pueblo. La fama de este suceso corrió por toda la Judea y por todas las regiones vecinas.

Es de suponer que ninguno de los que acompañan al entierro fue a decirle que no llorara a aquella pobre viuda. Hubiera sido una tontería y una falta de sentido; aquella mujer tenía derecho y tenía mucha razón para llorar: era viuda y había perdido a su único hijo, lo único que tenía en este mundo. Nadie tenía derecho a decirle: no llores. Nadie, fuera de Cristo; y Cristo sí se lo dice, porque El va a devolverle la alegría y la felicidad resucitándole a su hijo. No llores, porque le voy a resucitar; no llores, porque vais a ser felices tú y él.

Todos los demás, las amistades del pueblo, lo que le dirían a la pobre madre, probablemente sería lo que decimos nosotros en estos casos: «le acompaña en el sentimiento».

«Te acompaña en el sentimiento» y «no llores». Dos frases para estas ocasiones. La primera de simple condolencia, de educación y, en realidad, de muy poco consuelo. La otra, de fe y de esperanza;

porque ya todos podemos, en nombre de Cristo, decir esta frase acerca de aquellos que han muerto buenos cristianos; hoy sabemos que esos que han muerto bien, van a resucitar como el hijo de la viuda de Naim, y mejor que aquel, pues van a resucitar a una vida feliz.

Vamos a permitirnos el dirigir estas dos frases a otros personajes de la vida.

No llores, viuda de Naim; no llores, hijo, esposo, madre, hermana, por ese ser querido a quien acabas de perder. Tú le conocías muy bien; tú sabes que murió en gracia de Dios; tú sabes que Cristo ha salido al paso de ese entierro para llamar por su nombre a ese ser querido tuyo, y darle una vida y una alegría inmensas y eternas de que él o ella ahora goza mientras tú lloras. Por esto: no llores más.

En cambio, os acompaña en el sentimiento a vosotros, los que vais en la comitiva tan serios, tan formales y tan ceremoniosos. No..., ya sé que vosotros no sois parientes del difunto, sino solamente conocidos de la familia; ya sé. Ya sé que vosotros no estáis tristes y que vais en este entierro comentando la baja de la bolsa o el partido del domingo. Por eso os acompaña en el sentimiento; porque no os dais cuenta que el día menos pensado vais a ir con los pies para adelante, lo mismo que el difunto que va ahí. Os acompaña en el sentimiento, porque os va a coger la muerte sabiendo mucho de fútbol y de bolsa y de negocios y de cine, pero muy poco de conciencia y de Dios. Os acompaña en el sentimiento, porque sabéis lo que es la vida, pero no sabéis lo que es la muerte; porque sabéis vivir, pero no sé si sabréis morir; porque tal vez sois unos vivos o unos vivales o unos vividores que sabéis arreglaroslas en esta vida, pero mucho me temo que fracaséis en la otra, que es más larga.

Y vosotros, no lloréis delante de esa cuna. Ya sé que no tenía más que siete meses, ya sé que era lo más bonito, lo más querido que teníais los dos en el mundo. Ya sé que tenéis derecho a llorar, pero no demasiado. Esta vez sí que es cierto que Cristo la ha trasladado a una vida mucho mejor. Ahora ella es mucho más feliz, todavía más feliz que lo que era con vosotros dos. Ahora ella sabe hablar, sabe cantar, sabe decir vuestros nombres, sabe mucho más que vosotros, sabe y es mucho más bella que ninguna otra niña o persona de este mundo. Pero, sobre todo, sabe amaros más que nunca. Sabe rezar a Dios por vosotros; porque sabe que sin vosotros ella no hubiera existido, no hubiera sido bautizada, no hubiera ido al cielo y no hubiera sido tan feliz como lo es ella ahora y para siempre. No lloréis, porque todo esto es verdad; mucho más verdad que esa cuna vacía, mucho más verdad que aquella pobre carita congestionada y aquel ruido de respiración que no podéis borrar de la memoria. Todo eso ya no es verdad; es verdad lo otro: la felicidad inmensa que tiene ella y que os debe o vosotros. No lloréis más.

En cambio, podéis y debéis llorar vosotros, los que no tenéis en regla vuestra conciencia. A vosotros sí os acompaño en el sentimiento. Porque si morís así, no habrá razón alguna para que consolemos a vuestros seres queridos. Tendríamos que decirles: tiene usted un hijo, una esposa, un padre en el infierno, y esto estaría mal que se lo dijéramos, pero no dejaría de ser verdad. Os acompaño en el sentimiento, si creéis que esto no tiene ninguna importancia, si pensáis que os vais a morir dentro de muchos años, o de que os van a avisar con un timbre cuatro días antes de que os muráis. No. Lo más probable es que muráis con la conciencia en el estado en que la tenéis ahora, o algo peor. Os harán un entierro de primera,

de segunda o de tercera, pero de nada os va a servir. Las mujeres no irán al entierro y quedarán consolando a vuestros familiares, diciéndoles que erais unos santos y que ya estaréis en el cielo, pero será mentira. Los hombres, sí, irán en el entierro e irán hablando de la bolsa, de fútbol, del tiempo y otras cosas; y esto ya será más verdad. Los sacerdotes irán rezando por vosotros, pero no os va a valer porque Dios cambiará el destino de esas oraciones y las dedicará a otro difunto que haya sido mejor que vosotros. Los amigos más de la familia llevarán por delante las hachas de respeto, pero nada; vosotros ya estaréis ardiendo como hachas por toda la eternidad. Os acompaño en el sentimiento, amigos que no queréis prepararos para la muerte; de veras que os acompaño en el sentimiento.

Tú, en cambio, es verdad, todavía no te has muerto, pero ya te han dicho o ya te has dado cuenta de que no te queda mucho tiempo de vida: ese cáncer, o esa cosa de corazón, o eso otro que tienes, es serio y no tiene remedio...; unos días, unos meses quizá, pero esto se acabó. Y, claro: estás triste. A ti sí que te dice Cristo: no llores. A ti también te ofrece Cristo una vida nueva, mejor que la que dio a Lázaro y al hijo de la viuda de Naim. No se ha perdido todo, ni mucho menos. Se ha perdido esta vida que ya la tenías perdida desde que naciste, ni más ni menos que como la tenemos perdida todos los demás hombres a quienes nos va a pasar lo mismo que a ti, y pronto. No llores, porque por ti ha sufrido y ha muerto Cristo precisamente para eso, para que vivas para siempre.

Pero sobre todo te acompañamos más que a nadie en el sentimiento a ti, que eres el difunto de ese otro entierro y que has muerto mal, es decir: como has vivido. A ti te acompañamos en el senti-

miento, porque tú ya no tienes remedio de ninguna clase. Dios no te va a resucitar a una nueva vida, como al joven de Naim. Cristo sí ha salido a tu encuentro, pero para decirte maldito y para mandarte al desastre para siempre. Te acompañamos en el sentimiento. A tus familiares procuraremos nosotros consolarles, pero solo porque ni ellos ni nosotros sabemos tu verdadera tragedia. Es fácil que Cristo mismo consuele a tus familiares, pero no como a la viuda de Naim. En este caso tendrá que consolarles ocultándoles la verdad acerca de ti.

Todo esto acerca de aquel entierro de Naim; y acerca de nuestros entierros, y de las verdades y mentiras que suceden y se dicen en ellos.

LOS CANDIDATOS A LA PRESIDENCIA

(XVI PENTECOSTES)

Habiendo entrado Jesús en casa de uno de los principales fariseos para comer en día de sábado, le estaban observando. Había delante de El un enfermo hidrópico; y, tomando Jesús la palabra, habló a los doctores de la Ley y a los fariseos, diciendo: ¿Es lícito curar en sábado, o no? Ellos guardaron silencio. Y, asiéndole, le curó y le despidió. Y les dijo: ¿Quién de vosotros, si su hijo o su asno cayere en un pozo, no le saca al instante en día de sábado? Y no podían replicar a esto. Y observando cómo los invitados escogían para sí los primeros puestos, les dijo esta parábola:

Cuando seas invitado a una boda no te sientes en el primer puesto, no sea que venga otro de más categoría que tú, invitado por el mismo y, llegando el que al

uno y al otro os invitó, te diga: Cede a este tu puesto, y entonces, con vergüenza, vayas a ocupar el último lugar. Cuando seas invitado ve y siéntate en el postrer lugar, para que, cuando venga el que te invitó, te diga: Amigo, sube más arriba. Entonces tendrás gran honor en presencia de todos los comensales. Porque el que se ensalza será humillado y el que se humilla será ensalzado.

Es verdad que esto último se lo dijo Cristo a aquellos comensales mal educados que andaban buscando el mejor sitio en la mesa aquella. Pero ya sabéis que el Evangelio es para todos. Y que este aviso nos viene muy bien a todos nosotros, es evidente. No es ningún secreto que nosotros mismos andamos buscando y peleándonos por los mejores puestos, no solo en la mesa, sino también en la vida.

Con el permiso de Cristo y con el vuestro, voy a imaginarme esta misma escena de la comida en casa del fariseo, y solo voy a permitirme modernizarla un poco; es decir: dejamos la mesa puesta como está, dejamos la misma decoración si queréis; hay banquete y hay convidados: allí están Cristo y los demás; solamente vamos a sustituir algunos de los personajes secundarios: en lugar de aquellos judíos de entonces, vamos a suponer que los otros convidados somos nosotros; hay allí ricos de los de ahora, hay pobres de los de ahora, hay intelectuales, etc.; es decir: hombres con pantalón largo, señoras con medias de nailon y hasta curas con sotana; no faltamos nadie.

Claro, nosotros comenzamos a disputar sobre los primeros puestos: esto es evidente; pero luchamos de una manera más profunda y organizada. Cada uno

de nosotros pide la palabra y, en un breve discurso, expone las razones que le asisten para presidir la mesa.

Se levanta un hombre **rico** y dice: Señores: creo que, entre todos los presentes, soy el más indicado para asumir la presidencia. Yo represento al capital. Toda nuestra sociedad está construida sobre el dinero. Sobre el capital se ha construido la industria, el comercio, la vida del mundo. Ha sido la gran palanca de nuestro progreso material, y también del espiritual. Sin nuestras inversiones sufriría un colapso la producción; sin nuestras fundaciones no existirían los colegios, las bibliotecas, las universidades; sin nuestras limosnas se hundiría hasta la Iglesia. Como representante, pues, del capital, reclamo para mí el primer puesto de la mesa. Si a ustedes no les parece bien, me queda siempre el recurso de que pagaré por ese puesto más de lo que ninguno de ustedes puede pagar, con lo cual también **me** quedaré con él. He dicho.

A continuación se levanta un **obrero** y dice: Señores: creo que ese puesto me toca a mí. No es sobre el capital sobre lo que está fundada la sociedad, como acaba de decir el capitalista. Falso. La sociedad está fundada sobre el trabajo. El trabajo, que es mucho más noble, mucho más digno del hombre que el capital, puesto que, en último término, es el trabajo el que ha producido el mismo capital. El capital puede estar muchas veces en manos de quien nunca ha trabajado, pero el trabajo siempre estará en las manos del hombre que ha respondido al mandato de Dios de ganarse el pan con el sudor de su frente. Somos hombres somos nosotros, los trabajadores. Reclamamos la presidencia como representante del grupo más noble, y también como representante del grupo más numeroso de la humanidad.

Después pide la palabra un **intelectual**. Señores de la mesa: Con la venia de todos deseo exponer brevemente mi punto de vista y aclarar algunos conceptos emitidos por los honorables señores que me han precedido en el uso de la palabra. En primer lugar, me parece un poco exagerada la proposición emitida por el señor capitalista de que es el capital el que sostiene la sociedad, y hasta la misma vida intelectual y espiritual de la misma. Esto lo considero como un craso error y un absurdo materialista. Sin el elevado y profundo ejercicio de la inteligencia, no existirían ni el capital ni la industria ni el progreso. Mucho antes que el capital está nuestra facultad discursiva por la que los hombres somos hombres y, sin la cual, no pasaríamos de ser sino una especie más de irracionales. A la respuesta y aclaración del señor obrero sobre la preponderancia del trabajo sobre el capital, tengo que puntualizar que estoy conforme con este aserto en su forma genérica, pero no con la aplicación específica que del mismo allí se hacía. Si el trabajo es noble, lo es mucho más el trabajo intelectual que el manual; es aquél el que rige y organiza a este otro. Somos los hombres de las ideas, los intelectuales, los que somos el cerebro de la humanidad y la porción más excelsa de la misma. Como representante de este egregio grupo es por lo que solicito la presidencia de esta mesa.

En esto se levantó un **militar** y dijo así: La presidencia la tengo que ocupar yo; porque lo que falta en este mundo es orden; y yo tengo las armas y la fuerza suficientes para poner orden en esta sociedad. A los hombres, en último término, hay que obligarles por la fuerza a proceder dentro de los límites del orden. Es necesario que presida uno que tenga mano fuerte y medios para hacerse obe-

decer. Para que haya paz entre nosotros es necesario que haya uno que tenga fuerza para hacerse obedecer y para dictar a los demás todo lo que tienen que hacer, todo lo que tienen que hablar, todo lo que tienen que oír y todo lo que tienen que pensar. Juzgo, por lo tanto, que me toca la presidencia; si ustedes no piensan así, les advierto que tengo medios para apoderarme de ella por la fuerza.

Después se levanta una **señora**. Señores: con grave injusticia la mujer ha sido relegada en la historia a ocupar un segundo término en la sociedad. La familia es la base de la sociedad, y la mujer es el centro y el corazón de la familia. Somos tan inteligentes como los hombres, y además tenemos mucho más corazón. Si fueran ustedes más educados y galantes, me habrían ofrecido espontáneamente la presidencia que indudablemente tengo yo que ocupar. Hasta ahora nos han concedido ustedes apenas el derecho de manejar el mango de la escoba; ahora verán ustedes cómo tenemos garbo para tener la sartén por el mango.

Se levantó también un **sacerdote** y dijo: Mis amadísimos hermanos: Todos sabéis muy bien que el orden espiritual está muy por encima del orden temporal, y las cosas eternas y sobrenaturales muy por encima de las temporales y caducas de este mundo. Por esto yo, aunque indigno representante de ese orden sobrenatural y espiritual, recabo para mí la presidencia no solo en el terreno de mi sagrado ministerio, sino también en otros sitios y en otras cosas, como la política, etc., en las que a veces me meto sin que nadie me llame y sin que me toque meterme en ellas. Presido en lo espiritual y, por lo mismo, creo que tengo derecho a presidir y mandar en otras cosas que no tienen nada que ver con

lo espiritual. Por lo cual, reclamo para mí la Presidencia.

Por último se levantó **Cristo** y habló: Señores: Yo quiero decirles que no pretendo presidir la mesa. Podría hacerlo porque soy el Dios que les ha creado, les ha redimido y les va a juzgar el último día. Yo voy a pedirles otro privilegio: el de que me permitan lavarles los pies antes de comer, y después el que me concedan servirles a la mesa. Yo no he venido a este mundo para ser servido, sino para servir. Yo soy el Maestro de todos los hombres, es verdad, pero he venido a este mundo para ser el sirviente. He venido también para padecer, morir y salvarles a todos ustedes. Yo les aconsejaría que no disputen por el primer puesto, sino que hagan como Yo. Les doy ejemplo para que, como lo hago Yo, lo hagan también ustedes. Un consejo más: que se amen los unos a los otros como Yo les he amado. Y que no se preocupen por ese primer puesto, porque les aseguro que el que se ensalza será humillado y el que se humilla será ensalzado.

Aquí termina la escena. Y que Dios me perdone por la libertad de haber cambiado algunos personajes.

EL MUNDO IDEAL

(XVII PENTECOSTES)

En aquel tiempo, los fariseos, oyendo que Jesús había hecho enmudecer a los saduceos, se juntaron en torno de El y, uno de ellos, doctor de la Ley, le preguntó tentándole: Maestro, ¿cuál es el mandamiento más grande de la Ley? Él le dijo: Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente; este es el más grande y el primer mandamiento. Pero el segundo es semejante a este: Amarás al prójimo como a ti mismo. De estos dos preceptos penden toda la Ley y los Profetas.

Mas reunidos los fariseos, les preguntó Jesús: ¿Qué os parece del Mesías? ¿De quién es Hijo? Dijéronle ellos: De David. Les replicó: Pues, ¿cómo David, en espíritu, le llama Señor, diciendo: Dijo el Señor a mi Señor: siéntate a mi diestra mientras pongo a tus enemigos por escabel de tus pies? Si, pues, David le llama Señor, ¿cómo es Hijo suyo?

Y nadie podía responderle palabra, ni se atrevió nadie, desde entonces, a preguntarle más.

El primer mandamiento es amar a Dios, pero dice Cristo que amar al prójimo es un mandamiento tan importante como el de amar a Dios. Ya dice también San Juan, que quien dice que ama a Dios y no se preocupa del prójimo, es un embustero y Dios no está con él.

Uno piensa lo estupendo que sería este mundo si todos cumpliéramos bien este gran mandamiento de amar al prójimo como a nosotros mismos.

Me vais a permitir que me deje llevar un poco de la imaginación para soñar cómo sería este mundo ideal que, al fin y al cabo, es el mundo que Dios quiso para nosotros.

¡Un mundo en el que todos amáramos al prójimo como a nosotros mismos sería algo tan distinto...!

Por de pronto no habría policía..., o se reduciría a la mínima expresión: los suficientes para recoger a los niños perdidos y para indicar a los forasteros dónde está la calle mayor y el estanco más próximo. Unos policías ideales, todos con la sonrisa puesta. Los guardias de tráfico y circulación existirían, pero sin la libreta de las multas. Habría muchos menos accidentes de tráfico porque los peatones serían muy comprensivos para con los pobres conductores, y los conductores, cuando estuvieran al volante, tendrían la misma buena educación que ahora tienen cuando no empuñan el volante. De noche, cada uno de ellos se apresuraría en ser el primero que diera las luces de cruce, etc.

Otra cosa que no habría serían los ejércitos de tierra ni de mar ni de aire. Hoy las naciones gastan

cantidades fabulosas de dinero en armamentos, en alimentar a millones de hombres que en lugar de hacer otra cosa más constructiva, están dedicados a procurar comerse al vecino, o a procurar que el vecino no les coma. Figuraos todas esas máquinas militares construyendo hospitales y escuelas, todos esos hombres dedicados a la enseñanza, a la producción, a la regeneración de regiones atrasadas. Todo el ingenio dedicado a la creación de nuevas armas empleado en mejorar la condición social, cultural y económica de la humanidad... Todo esto con solo que todos amáramos al prójimo como a nosotros mismos.

No habría tampoco política; es decir: se reduciría a su mínima y genuina expresión, a saber: el arte de vivir en sociedad organizada.

Otra cosa magnífica sería que no habría personas que vivieran en la miseria por falta absoluta de recursos. El problema del hambre, de la falta de vestido, el problema de la vivienda, no existirían. Todos los que tuvieran con qué, asistirían a los que no tuvieran; apenas existirían esas feroces diferencias sociales y humanas. La cuestión social no existiría porque todos nos portaríamos cristianamente unos con otros.

Habría más producción y más riqueza mundial porque los trabajadores trabajarían más y mejor; no robaría nadie el tiempo ni la diligencia en su trabajo; aumentaría enormemente la producción. Por otra parte, los ricos trabajarían todos y bien; el tener dinero no sería una razón para no hacer nada. No habría vagos.

Tampoco existiría el señoritismo. No se daría el caso del señorito o de la señorita, o el de la señorota o el señorote que no hacen nada de provecho en la vida por la sublime razón de que tienen dinero. Todos harían algo dentro de su estado, su medida y sus po-

sibilidades. Figuraos lo que esto supondría de aumento en la ciencia, la producción, la enseñanza y el bienestar general. No me digáis que no sueñe en un mundo tan hermoso. Y todo esto solo con cumplir de veras el mandamiento de Cristo de que nos amemos los unos a los otros. Esto sería magnífico.

Se nivelarían las enormes diferencias sociales que constituyen el mayor fracaso de nuestra sociedad; trataríamos todos con todos y de igual a igual. No habría billetes de primera, de segunda y de tercera; ni hoteles de primera, de segunda y de tercera; ni entierros de primera, de segunda y de tercera.

Nadie diría mentiras. Nadie trataría de sugerir al vecino; nos veríamos libres de la estridente y pertinaz barahúnda de la propaganda y el anuncio que hoy oprime a nuestra sociedad. Tendríamos ideas más originales, más personales, sobre todo. El prójimo no sería para nosotros un ser de quien debemos aprovecharnos, sino un ser a quien debemos amar. Sería magnífico.

En las tertulias de confianza, en lugar de hablar del punto flaco de éste y de aquélla y del de más allá, hablaríamos de otras cosas más dignas y útiles; y el prójimo ausente no correría el grave riesgo que hoy corre cuando nos juntamos tres o cuatro en plan confidencial.

Nosotros mismos, los sacerdotes, seríamos mucho mejores. Estaríamos mucho más cerca del pueblo cristiano; comprenderíamos mucho mejor sus problemas, sus sufrimientos, su mentalidad, sus ideas. Seríamos mucho más del prójimo y, por lo mismo, mucho más de Dios.

Todo esto sería magnífico. Y estaría al alcance de nuestras manos con sólo cumplir el precepto de Cristo de que amemos al prójimo como a nosotros mismos.

Cierto que por la debilidad humana será difícil

el que construyamos un mundo como el que acabamos de describir; pero, por lo menos, no es tan difícil el que consigamos un mundo un poco mejor que el nuestro. No hay por qué desanimarse; podríamos proponernos cada uno el amar a nuestro prójimo *un poco* más de lo que hasta ahora le hemos amado.

Y veríais cómo el mundo comenzaba a ser *bastante mejor*.

SIGNOS EXTERNOS DE CATOLICISMO

(XVIII PENTECOSTES)

A Cristo no le fue fácil demostrar que El era el Mesías, el enviado de Dios, y Dios El mismo. Le exigían pruebas, muchas pruebas. Constantemente le anduvieron hostigando y echándole en cara a ver con qué derecho decía esto o hacía aquello. Cristo respondía con milagros magníficos, pero ni por esas. Siguieron llamándole impostor, seductor, blasfemo, etcétera. Si hubiera traído una doctrina más fácil le hubieran creído en seguida, pero la doctrina de Cristo era dura en muchos aspectos..., y aquellos hombres querían pruebas y más pruebas. Y Cristo curaba enfermos, calmaba tempestades, multiplicaba panes y peces, resucitaba muertos.

A Cristo le pidieron milagros, y Cristo hizo milagros. Pero ahora resulta que a nosotros, los cristianos, también nos exigen los hombres señales externas para que crean en nuestro legítimo cristianismo. No nos exigen milagros como a Cristo, es verdad, pero nos exigen que nuestro cristianismo se demuestre con

obras cristianas de buena ley. Y aquí no sé si los cristianos respondemos como Cristo.

Vamos a leer el Evangelio:

En aquel tiempo, subiendo Jesús a la nave, hizo la travesía y vino a la ciudad. Le presentaron un paralítico acostado en un lecho y, viendo Jesús la fe de aquellos hombres, dijo al paralítico: Confía, hijo, tus pecados te son perdonados. Algunos escribas dijeron entre sí mismos: Este blasfema. Jesús, conociendo sus pensamientos, les dijo: ¿Por qué pensáis mal en vuestros corazones? ¿Qué es más fácil decir: Tus pecados te son perdonados, o decir: Levántate y anda? Pues para que veáis que el Hijo del Hombre tiene sobre la tierra poder de perdonar los pecados, dijo al paralítico: Levántate, toma tu lecho y vete a tu casa. Y, levantándose, fue a su casa. Viendo esto las muchedumbres, quedaron sobrecogidos de temor y glorificaron a Dios por haber dado tal poder a los hombres.

Es decir, Cristo sale airoso de la prueba de las obras. Los que no solemos salir tan airosos somos nosotros, los cristianos. A nosotros nadie puede exigirnos milagros, esto no. Pero, para creer en nuestro cristianismo, sí tienen derecho a exigirnos obras externas, obras cristianas.

Y, claro; hay muchas señales externas de catolicismo. Sólo que unas valen y otras no valen; unas convencen y otras no convencen. Y, a fin de que los que nos ven no nos tengan por otra cosa, sino por auténticos cristianos, vamos a estudiar cuáles son esos signos de catolicismo.

En primer lugar, no es signo de catolicismo el haber nacido en un país católico. El catolicismo no es un apellido de familia; no se hereda; es una actitud que tiene que adoptarla y demostrarla cada individuo. Porque si no, resultaría que todo el que se apellida López sería católico, y todo el que se apellida Smith sería protestante. No es señal de catolicismo tampoco el haber nacido en un sitio donde hay iglesias y se tocan campanas los domingos, y se va a Misa, y se confiesa en Cuaresma, y donde le van a enterrar a uno con velas encendidas.

En cambio, es buena señal de catolicismo el apellidarte como quieras y el haber nacido no importa dónde, pero portarte de forma que nunca te aproveches del vecino; el no ganar más de la cuenta a costa de la miseria de otros; el no aprovecharte de las ocasiones de hacer lo que te dé la gana. Es muy buena señal de catolicismo el ser humilde; el estar convencido de que no eres mejor que este y que el otro; el estar convencido de que eres un pecador, el pedir perdón a Dios de tus pecados; el pedir a Dios gracia para ser mejor de lo que eres; el no estar satisfecho de ti mismo. Todos estos son buenos signos de catolicismo.

En cambio, no es señal de catolicismo el hacer una severa crítica de los defectos de los demás, si no incluyes los propios tuyos. No es señal de catolicismo el hablar del mal cristianismo de los ricos, si eres pobre; el hablar de los vestidos escandalosos de las jóvenes, si eres vieja; el hablar de la hipocresía cristiana de los viejos, si eres joven; el hablar de la poca eficiencia del clero, si eres seglar. Todo esto no es suficiente señal de que tú eres buen católico.

Es buen signo externo de catolicismo si, siendo rico, empleas una buena parte de tu dinero y de tu tiempo en socorrer a tus hermanos pobres, y si estás

convencido de que estás estrictamente obligado a ello. Es buena señal de catolicismo si, siendo una muchacha joven, llevas un vestido y un comportamiento digno de Cristo, de la Virgen y de ti. Es buena señal de catolicismo si, siendo seglar, estás convencido de que la última palabra sobre cristianismo la tiene que dar la jerarquía y no tú.

Por otra parte, no es suficiente señal de nuestro catolicismo colectivo el que aparezcan grandes titulares católicos en nuestros grandes medios publicitarios. Esto no basta. Ya dijo Cristo que no todo el que dice: Señor, Señor, entrará en el Reino de los cielos, sino aquel que hace la voluntad del Padre celestial.

En cambio, es buena señal externa de nuestro catolicismo el que los demás vean que no robamos, que no mentimos pública ni privadamente; el que nuestros negocios sean limpios; el que nuestra palabra sea sincera; el que seamos amables, serviciales y, sobre todo, trabajadores. Sería una buena señal de nuestro cristianismo colectivo el que hubiera cada día menos vagos, menos holgazanes.

Tampoco es señal de catolicismo el tener una tía monja en Calatayud. Porque esta será una buena señal para la tía monja, pero no para ti. Ya hemos dicho que el parentesco no da más puntos de catolicismo. Y, ya que hablamos de monjas, conste que para nosotros el tener hábito de monja o sotana de cura no es suficiente signo externo de catolicismo; que grandes túnicas, amplias mangas y mucha tela usaban aquellos doctores de Israel, y sin embargo...

Por otra parte, es buena señal de catolicismo el ayudar con sencillez a los demás, pero no con aire de gran generosidad y paternalismo, sino como quien está convencido de que está cumpliendo una estricta obligación social. Este mandamiento que nos puso

Cristo, bajo pena de infierno, de dar de comer al hambriento, dar de beber al sediento, etc.

No es señal suficiente de catolicismo el que haya católicos en los mejores puestos de la sociedad.

Sin embargo, lo que sí es señal de catolicismo es la persecución. Esta sí; esta es una señal expresa que nos dejó Cristo: «Bienaventurados seréis cuando os persigan y os insulten». «A Mí me han perseguido, a vosotros también os perseguirán».

Hay otras muchas cosas que son recomendables, son buenas y hasta pueden ser obligatorias pero, por sí solas, no constituyen una inequívoca señal de que somos auténticamente católicos. Por ejemplo: la medalla al cuello, los grandes monumentos religiosos, etc. Los fariseos aquellos de Israel tenían todo eso: llevaban anchas filacterias, tenían un grandioso templo en Jerusalén, pero a Cristo no acababan de vencerle.

A Cristo, en cambio, le convencieron aquella viuda que dio una limosna de lo poco que tenía; aquel samaritano que recogió y cuidó al herido; aquel Zaqueo que devolvió lo robado y dio la mitad de sus bienes a los pobres; aquel centurión que creía muy poco en el poder de las armas y mucho en el poder de Dios. Para Cristo, estas eran las señales auténticas de catolicismo, y para los hombres de hoy también.

Si nos ven generosos con el prójimo, si nos ven sacrificados con los demás, creerán que somos buenos católicos; lo demás, no. Si nos ven humildes como el publicano, si nos ven limpios en nuestros negocios, como comenzó a serlo Zaqueo, entonces se convencerán de que somos buenos católicos y alabarán a Dios por ello.

Otras señales no bastan. A Dios no le engañamos, pero a los hombres tampoco. Solamente conseguimos engañarnos a nosotros mismos.

Los hombres también quieren señales buenas e infalibles de nuestro catolicismo.

Y como el catolicismo consta de dos cosas: amor a Dios y amor al prójimo, las señales han de provenir naturalmente de estos dos capítulos. Ahora bien: como el amor a Dios es una cosa más interna que no es tan fácil comprobarla a simple vista, los hombres se fijan en el segundo capítulo: en nuestro amor al prójimo. Y aquí no podemos escapar: porque el amor al prójimo, además de interno, tiene que ser externo y muy externo; puesto que el prójimo es un ser de carne y hueso.

¿Somos buenos católicos? ¿No lo somos? Depende de cómo nos portemos con el prójimo.

Y esto es muy fácil de comprobar.

LOS INVITADOS QUE NO ACEPTARON

(XIX PENTECOSTES)

En aquel tiempo, tomó Jesús de nuevo la palabra y les habló en parábolas, diciendo: El Reino de los cielos es semejante a un rey que preparó el banquete de bodas de su hijo. Envío a sus criados a llamar a los invitados a las bodas, pero estos no quisieron venir. De nuevo envió a otros siervos, ordenándoles: Decid a los invitados: Mi comida está preparada; los becerros y cebones muertos; todo está pronto, venid a las bodas. Pero ellos, desdenosos, se fueron, quién a su campo, quién a su negocio. Otros, cogiendo a los siervos, los ultrajaron y les dieron muerte. El rey, montando en cólera, envió sus ejércitos, hizo matar a aquellos asesinos y dio su ciudad a las llamas. Después dijo a sus siervos: El banquete está dispuesto, pero los invitados no eran dignos. Id,

pues, a las salidas de los caminos, y a cuantos encontréis llamadlos a las bodas. Salieron al camino los siervos y reunieron a cuantos encontraron, malos y buenos, y la sala de bodas quedó llena de convidados. Entrando el rey para ver a los que estaban a la mesa, vio allí a un hombre que no llevaba traje de boda, y le dijo: Amigo, ¿cómo has entrado aquí sin el vestido de boda? El enmudeció. Entonces el rey dijo a los siervos: Atadle de pies y manos y arrojadle a las tinieblas exteriores; allí habrá llanto y crujir de dientes. Porque muchos son los llamados y pocos los escogidos.

Cristo tuvo que decir todo esto estando bastante serio. Fijaos en detallitos del texto: Los invitados cogieron a los siervos mensajeros y los mataron: el rey montó en cólera, mató a los asesinos y quemó la ciudad; al que se había colado sin traje de boda le atan de pies y manos y lo lanzan afuera; allí habrá llanto y rechinar de dientes.

Se explica uno este estado de ánimo de Cristo. El nos invita a la felicidad eterna (que es este banquete); para ello se hace hombre, sufre y muere por nosotros, para que luego le digamos que no nos interesa... Que preferimos aquel dinerillo, aquella mujercita, aquel puestito, aquel plan pequeñito mío, en lugar de la felicidad eterna.

Es como para enfadarse, Cristo, es verdad. Es como para matarnos, quemar nuestra ciudad y mandarnos a aquel sitio donde hay para siempre llanto y crujir de dientes.

Tienes razón, Cristo, pero vamos a decirte una cosa: muchos de los que te han dicho que no quieren ir

a tu banquete se van a arrepentir, están ya casi arrepentidos de haberte dicho que no. Les pasa que lo tuyo lo ven un poco lejos y, en cambio, tienen cerca cuatro insensateces que les enredan.

Tienes ahí, por ejemplo, algunos que no van porque tienen cuatro ideillas que se les han enredado en la cabeza y quizá han tenido un momento malo en que han creído que saben más que tu doctrina, que tu Evangelio y, tal vez, más que Tú. No te enfades con ellos, Cristo. Ellos mismos han llorado más de una vez por haber dicho que no a tu invitación. Ahora quisieran venir a lo tuyo, pero tienen vergüenza de llamar desde fuera a las puertas de tu banquete. En realidad, si hubiera una puerta falsa y oculta por donde pudieran entrar sin que les vieran los demás..., yo creo que muchos de ellos entrarían... Tienen que hacer el esfuerzo inmenso de pasar por encima de su orgullo; ese orgullo, Cristo, que en ellos no es mayor ni te desagrada más que el orgullo satisfecho que tenemos nosotros, los buenos, de no habernos equivocado nunca. Abreles, Cristo, que hay muchos que quieren entrar.

Hay otros, Señor, que te dijeron que no casi sin saber de qué se trataba. Son esos innumerables hijos tuyos que tienen muy poca idea de quién eres Tú y de cómo son tus cosas. Hay muchísimos que saben mucho más de fútbol, de cine, de ciclismo y de otras cosas, que de Dios y de la eternidad. Ellos tienen menos responsabilidad de no conocer tus cosas que la que tienen los que debieron enseñarles, tal vez nosotros mismos. Hay muchos de estos, Cristo, muchos que de niños no aprendieron más que a comer, a ganarse la vida, a pelear y a sobrevivir; nunca tuvieron una vivencia intensa de lo sobrenatural en su infancia o en su adolescencia. Muchos de estos, Cristo, son los que no han querido ir a tu banquete. Pero es que

no saben de qué se trata...: religión..., vida eterna..., cuentos de curas y de ricos, cualquiera sabe. No saben, Cristo, no saben. No vienen, porque tal vez algunos de nosotros les hemos hecho creer con nuestras obras que la religión era cosa solo para ricos. Deja la puerta abierta para ellos; deja que vengan y te vean a Ti. O, mejor, haz lo que el rey de la parábola: manda gente a las encrucijadas de los caminos, de las callejuelas, de los grandes suburbios, a las casas subarrendadas, a las chabolas de las periferias, y hazles entrar a todos en tu banquete, en ese banquete eterno que Tú has hecho para los que saben sufrir en esta vida.

Otros de los que han dicho que no quieren ir a tu banquete, Cristo, son los divertidos; los que se creen a sí mismos alegres. Ellos y ellas no quieren lo tuyo porque creen que son mejores otras cosillas que ellos gustan por ahí. Son los que quieren reír unos instantes para pasar luego muchas horas amargas. No les cierres las puertas de tu banquete, Cristo. Ellos quieren volver a tu mesa; saben que Tú tienes razón, pero están tal vez lejos y les cuesta volver. Les pasa lo que le pasaba a aquel muchacho que un día huyó muy lejos de su casa paterna creyendo que iba a pasarlo bárbaro por ahí, hasta que quedó comiendo bellotas y cuidando puercos. A estos les cuesta dejar las bellotas y los puercos; no les cierres las puertas de tu casa. Tú les ayudarás saliendo a medio camino, como el padre de aquel muchacho; Tú les besarás otra vez y les pondrás una vestidura blanca y el anillo de hijos de Dios.

También te vamos a pedir paciencia por otros, Cristo. Por los que no han querido aceptar tu invitación porque creen que ellos tienen suficiente fuerza o dinero para prepararse banquetes tan buenos como

los tuyos o mejores. Son de los que tienen más peligro de no volver, Cristo. Porque no hay como poseer este mundo para no echar de menos el otro. Ellos tienen sus banquetes; sus banquetes donde no quieren invitar al pobre Lázaro, y donde tampoco quieren que les invites Tú. No tienen hambre de tu mesa porque están ahítos de cosas de esta tierra; los soberbios, los poderosos, los ricos..., ya dijiste Tú que era muy difícil que entraran en el Reino de los cielos. Pero Tú lo puedes todo, Cristo. También ellos nos dan compasión. Métete en su casa y dales un buen volteo a sus cuentas, como lo hiciste con Zaqueo, porque así también ellos podrán entrar en tu banquete.

Cristo es muy bueno, y cierto que esperará un poco para que entren todos los que se arrepientan a tiempo de haber dicho que no.

Porque..., desde luego que hay sitio para todos.

ENFERMEDADES DE LOS JOVENES Y DE LOS VIEJOS

(XX PENTECOSTES)

Llegó Jesús otra vez a Caná de Galilea, donde había convertido el agua en vino. Había allí un señor de la corte cuyo hijo estaba enfermo en Cafarnaum. Oyendo que llegaba Jesús de Judea a Galilea, salió a su encuentro y le rogó curase a su hijo, que estaba para morir. Jesús le dijo: Si no viereis señales y prodigios no creéis. Díjole el cortesano: Señor, baja antes que muera mi hijo. Jesús le dijo: Vete, tu hijo vive. Creyó el hombre en las palabras que le dijo Jesús y se fue. Ya bajaba él, cuando le salieron al encuentro sus siervos, diciéndole: Tu hijo vive. Preguntóles entonces la hora en que se había puesto mejor, y le dijeron: Ayer, a la hora séptima, le dejó la fiebre. Conoció, pues, el padre que aquella misma era la hora en que Jesús le dijo: Tu hijo vive, y creyó él y toda su casa.

Había un señor que tenía un hijo enfermo.

¡Hay tantos padres y madres que tienen hijos enfermos...! Parálisis infantil, tuberculosis, tos ferina, mala educación, vagancia, malas costumbres, gamberrismo, ingratitud, vida arrastrada, etc., y otras enfermedades físicas y morales que hacen llorar o deberían hacer llorar a tantos padres...

Aquel padre del Evangelio quería de veras salvar a su hijo. Y se le ocurrió la mejor solución: pedir a Cristo que salvara a su hijo.

Hizo más de lo que ordinariamente hacemos nosotros. Porque nosotros nos limitamos a lamentarnos de lo que les pasa a nuestros jóvenes:

«Padre, no se hace usted una idea de cómo está la juventud hoy en día... En nuestro tiempo no era así... Yo soy incapaz de entender a los jóvenes de ahora...»

¿Tenemos razón cuando nos quejamos del estado de la juventud? Pues, sí y no. Tendríamos razón si todo lo que les acusamos fuera verdad, y, sobre todo, si hiciéramos lo que hizo aquel señor del Evangelio: rogar a Cristo por ellos.

Había un señor que tenía un hijo enfermo.

También nuestra juventud está atacada de muchas enfermedades. Pero quizá de muchas de ellas somos responsables nosotros, los que teníamos el deber de haberlos formado y puesto en marcha para la vida.

Cuando el joven es iconoclasta y rompe por sistema con la historia y con el pasado, se equivoca en cuanto destruye valores incontrovertibles, pero no se equivoca tanto como nosotros creemos cuando rompe algún gesto nuestro o alguna postura nuestra cómoda, algo que, aunque es nuestro, no es tan inmutable como a nosotros nos parece. Cuando el joven ataca y empuja, tal vez está tratando de mover una historia

que nosotros nos habíamos cansado de mover; el joven iconoclasta se equivoca cuando rompe algo sagrado pero no se equivoca cuando destruye algún idolo nuestro.

Está enferma nuestra juventud, pero también lo está nuestra madurez y nuestra ancianidad.

Está enferma nuestra juventud, porque se ha encontrado con un catolicismo heredado y no ha sabido reaccionar para hacerlo propio y personal. Está enferma de lo mismo que estuvimos enfermos nosotros cuando éramos jóvenes. El día en que llegamos al uso de razón supimos que ya éramos católicos, y tal vez hicimos muy poco por merecer nuestro catolicismo. Es lo del heredero rico, que no sabe lo que vale el dinero porque no ha tenido que trabajar para ganarlo. Quizá nuestros jóvenes no están enterados del valor y del sacrificio que son necesarios para ser católico. Somos nosotros los que tal vez les hemos dado eso: una herencia católica, no una preparación poderosa, un entrenamiento a fondo para el catolicismo. Les hemos llevado a la pila bautismal, les hemos puesto una medallita al cuello y les hemos hecho un vestidito blanco para el día de la primera Comunión. Pero no les hemos entrenado contra el mundo, el demonio y la carne.

Hoy se queja aquella señora buena de que no puede controlar las costumbres y las andanzas de sus hijas; de aquellas hijas a las que ella no entrenó para el catolicismo; a las que dejó indefensas, sin más armamento católico que aquel devocionario de canto dorado y aquellas mantillas de encaje.

Había un señor que tenía un hijo enfermo.

Sí, están enfermos muchos de nuestros jóvenes; pero de lo mismo que estamos enfermos nosotros. Es contagio. Existe, por ejemplo, una terrible falta de contacto entre los jóvenes estudiantes y los jóvenes

obreros. Es una enfermedad que les transmitimos nosotros. Y es imprescindible romper esa barrera si queremos que el mundo de mañana sea un mundo mejor que el nuestro.

Falta unir esos dos absurdos extremos humanos. Falta darle cultura al obrero y sudor al estudiante. Cristo, el sublime ejemplar humano, no fue sino eso: un sabio con manos de trabajador.

Llevar el bienestar y la cultura al joven labrador y al joven obrero sería hacerles la mayor de las justicias; encallecer las manos del joven rico, darle la experiencia de lo que es luchar por la vida, sería hacerle la mayor de las limosnas.

Había un señor que tenía un hijo enfermo.

Ellos están enfermos, muchos de nuestros jóvenes; lo están: atacados de poderosa inclinación a la crítica y al libertinaje; en parte por su culpa, en parte por culpa nuestra; tal vez porque nosotros hemos tenido demasiado miedo a equivocarnos, demasiado miedo a la crítica y demasiado miedo a la libertad. Ellos quieren avanzar aunque sea en lo inoportuno, en lo prohibido; nosotros queremos reposar aunque sea en lo mezquino.

Hay una enfermedad típica de la juventud, y es: la lejanía y hasta la oposición a los mayores. Les cuesta comprender el que la audacia y el ímpetu jamás podrán suplir al consejo y a la experiencia. Creo sinceramente que en esta incompreensión mutua entre jóvenes y mayores, casi siempre hay más amor por parte de los mayores y más rudeza por parte de la juventud. El mayor siente por el joven un cariño que no tantas veces siente el joven por el mayor; sin embargo, estamos enfermos ellos y nosotros. Ellos por aventureros, nosotros por conservadores; ellos por querer romper e innovar lo inmutable; nosotros por

querer imponer nuestros viejos gestos que, a fuerza de ser nuestros los hemos creído inmutables.

Hablando de enfermedades de la juventud, tal vez alguien habrá echado de menos el que no hayamos hablado de horas de volver a casa por la noche, de mangas cortas, de escotes, etc. No lo hemos hecho: ya sabéis que hay costumbres que están mal y vestidos que también están mal. No hemos querido entrar en más detalles; no es tan fácil medir la virtud y el pecado por minutos de reloj o por centímetros de tela. Sin embargo, es terriblemente cierto que hay una hora triste, que es la hora del pecado; y hay un vestido funesto, que es el vestido que lleva al pecado.

Me perdonaréis que al hablar de las enfermedades de los jóvenes haya hablado también de las de los viejos. Es verdad que el Evangelio de este domingo solo trata de un enfermo, que era joven. Es verdad: aquí el enfermo era el joven; y el padre era el que pedía la salud de su hijo. Pero es que me he acordado de que en otro trozo del Evangelio hay una escena similar, en la que es San Pedro, un hombre joven, el que está sano y pide a Cristo que cure a su suegra, que es la que estaba enferma.

Y Cristo los curó en ambos casos.

EL HOMBRE QUE GASTO 1.500 MILLONES DE PESETAS

(XXI PENTECOSTES)

Esta vez nos habla Cristo de dinero. De ese producto tan interesante, tan sugestivo y tan atrayente.

Lo que Cristo nos cuenta esta vez es una parábola; una especie de cuento; un drama de los hombres ante el dinero. Y en este breve cuento ha sabido Cristo dejarnos un símbolo de la historia humana: el hombre pobre y el hombre rico; el hombre generoso y el hombre brutal..., y, en medio de todo, el dinero, el dinero enloqueciendo y embruteciendo al hombre, el dinero sembrando la guerra y el odio, la injusticia y el castigo.

El dinero, que ha hecho tan infeliz a la especie humana. El dinero, ese juguete tan peligroso en el que se han encontrado mutuamente nuestras garras y nuestros dientes. El dinero, esa cosa venenosa de la que es tan fácil tomar más dosis de la que nos conviene.

El dinero, que tantas veces ha impedido que los hombres seamos hermanos, como nos hizo Dios. El dinero, que ha poblado los infiernos.

Y vamos a leer el Evangelio; un cuento de Cristo sobre los hombres y el dinero:

En aquel tiempo, contó Jesús a sus discípulos esta parábola: El Reino de los cielos es semejante a un rey que quiso tomar cuentas a sus siervos.

Al comenzar a tomarlas se le presentó uno que le debía diez mil talentos (más o menos, unos mil quinientos millones de pesetas). Y como no tenía con qué pagar, mandó el señor que fuese vendido él, su mujer y sus hijos y todo cuanto tenía, y saldar la deuda.

Entonces el siervo, cayendo de hinojos, dijo: Señor, dame tiempo y yo te lo pagaré todo. Compadecido el señor del siervo aquel, le despidió, perdonándole la deuda.

Y cuando salía de allí aquel siervo, se encontró con uno de sus compañeros que le debía cien denarios (unas dos mil pesetas); y, agarrándole, le ahogaba, diciendo: Paga lo que debes.

Y, cayendo de hinojos, suplicaba su compañero: Dame tiempo y yo te lo pagaré todo. Pero él se negó y le hizo encerrar en la cárcel hasta que pagara la deuda.

Viendo esto sus compañeros, les desagradó mucho y fueron a contar a su señor lo que pasaba.

Entonces hizole llamar el señor y le dijo: Mal siervo, te perdoné yo toda tu deuda porque me lo suplicaste, ¿no era, pues, de ley que tuvieses tú piedad de tu compañero como la tuve yo de ti? E, irri-

tado, le entregó a los torturadores hasta que pagase toda la deuda.

Así hará con vosotros mi Padre celestial si no perdonare cada uno a su hermano de todo corazón.

Antes de entrar en la materia más fundamental de este Evangelio, yo me pregunto un detallito: Este individuo debía nada menos que mil quinientos millones de pesetas (diez mil talentos), y no tenía de dónde pagarlos. Luego los había gastado. Yo me pregunto: ¿cómo se gastó este fulanete los mil quinientos millones de pesetas?

Yo creo que no hay más que una de dos: o fue un bienhechor a lo grande o fue un gran fresco.

Si hubiera sido un gran bienhechor ya nos habríamos enterado por la Prensa y la publicidad de que hizo grandes hospitales, grandes universidades o campos de fútbol muy grandes para que pudieran ver fútbol gratis todos los de su pueblo, o de que había fundado varias becas para futbolistas pobres, pero prometedores.

No fue un bienhechor, porque no hizo nada de esto. Se gastó el dinerazo en otra cosa. Si hubiera sido un bienhechor lo sabríamos, porque le habrían puesto su nombre a alguna plaza o a alguna avenida o a alguna calle o a alguna escalera.

No hizo ninguna obra de beneficencia con aquellos mil quinientos millones de pesetas, porque ya nos habríamos enterado. Conservaríamos estatuas de él por todas partes; le habrían hecho estatuas grandes y pequeñas; estatuas de bronce, estatuas de piedra, estatuas de madera, estatuas de masilla o estatuas de miga de pan. Hubiera habido estatuas, sí, señor.

Pues entonces, ¿cómo gastó la colosal suma de mil quinientos millones de pesetas? No queda más

que la otra alternativa: no los gastó en bien del prójimo, luego los gastó personalmente. Ahora bien: gastarse esa cantidad personalmente creo que convendréis conmigo que pasa de alegría y frescura, para convertirse en un auténtico crimen social, cuando hay junto a él gente que no tiene cien denarios, como vemos que no los tenía aquel compañero suyo.

En un tipo así nos explicamos lo que sigue en el Evangelio; la acción monstruosa de este hombre que, a continuación de serle perdonados los diez mil talentos, se abalanza sobre el otro que le debía cien denarios y le acorrala y le persigue judicialmente, metiéndole en la cárcel hasta que pague todo.

Esta escena es monstruosa, desde luego. Supone una falta total de sentimientos humanos y sociales. Pero no debe extrañarnos en un hombre que ha evaporado diez mil talentos.

Este señor, por lo que se deduce de la parábola, estaba en algún puesto administrativo importante para haber podido echar mano de diez mil talentos. Diez mil talentos que, naturalmente, eran del reino y del pueblo. No nos extraña que a este señor se le ocurra ahogar a un hombre por dos mil pesetas, pues ya antes no le había importado ahogar la economía de un pueblo quitándole mil quinientos millones de pesetas.

La caracterización de este personaje en la narración de Cristo es perfectamente lógica. No dice el Evangelio que este hombre se convirtió a Dios y se arrepintió cuando el rey descubrió su desfalco, no. Una conversión sincera de un hombre que estaba metalizado hasta el punto de sustraer cantidades de ese género, tenía que haber sido por lo menos un milagro; un hecho que habría aparecido clarísimamente en la narración de Jesús. No aparece tal conversión; luego es lógico que Cristo siga presentando

a este tipo como a un perfecto canalla. Y así lo hace. El individuo, después de serle perdonada la deuda, sale y se tira sobre su compañero que le debía cien denarios.

Y es que es así, amigos: un hombre que ha perdido su conciencia ante el dinero, no es de fiar en ninguna otra cosa. A la vez que un corazón se llena de oro, se vacía de nobles sentimientos. No creáis ni en el amor ni en la lealtad ni en la amistad ni en la conciencia de aquel que ha claudicado ante el dinero.

Os voy a decir más: no creáis ni en vuestros hijos ni en vuestros hermanos ni en vuestros padres, si es que claudican ante el dinero. Judas tuvo el mejor amigo y el mejor hermano que podrá haber en el mundo; pero Judas había claudicado ante el dinero y acabó vendiéndole por dinero.

Esto no es solo para los ricos, no. Es para todos. Aunque la parábola de Cristo habla de diez mil talentos, ya veis que este hombre fue un canalla por diez mil talentos, pero también fue un canalla por cien denarios. Judas vendió a Dios por solo treinta.

Señor Jesucristo, te vamos a pedir la virtud de la pobreza para todos. La virtud de ser más fuertes que el dinero. Tu pobreza de espíritu, Señor, que nos hará bienaventurados. La virtud de la pobreza que nos hará libres y señores de nosotros mismos, aun ante los talentos y los denarios. La virtud de la pobreza para todos nosotros, Señor.

La virtud de la pobreza para aquellos que tienen que administrar los millones de talentos que son de todos. Para aquellos, Señor, por cuyas manos pasan brillantes, fascinadores, esos diez mil talentos que son del pueblo.

Espíritu de pobreza también para aquellos que no ganan más que cien denarios al mes (les hace falta

más, Señor), porque estos también tendrán la tentación de creer que la felicidad del hombre está en convertir los denarios en talentos y las unidades en decenas y las decenas en centenas. Espíritu de pobreza también para los pobres, porque por unos pocos denarios o por unos pocos puntos se puede ahogar a un compañero que no puede encontrar trabajo por tener cinco hijos.

Espíritu de pobreza para las mujeres, las esposas y las madres. Que no las tiente demasiado el deseo de que ellas y sus cosas y sus casas tengan necesariamente que tener más brillo que las casas, las cosas y los vestidos de las demás.

Espíritu de pobreza, Señor, para nuestros jóvenes que todavía son idealistas y no siempre calculan el éxito en forma de talentos y denarios. Consérvales, Señor, esos otros ideales y convénceles de que el ganar dinero no es lo único ni lo más importante que un hombre puede hacer en la vida.

Este hombre de la parábola fue condenado por haber hecho mal uso de los diez mil talentos y de los cien denarios.

Sin embargo hay muchas cosas buenas que pueden hacerse con diez mil talentos y con cien denarios. Vosotros sabéis muy bien cuáles son estas.

Hacedlas y Dios os hará felices.

CRISTO NO TUVO PARTIDO POLITICO

(XXII PENTECOSTES)

En tiempos de Cristo no existía todavía el periodismo. Hay algún que otro escritor de aquellos tiempos que demuestra bastantes cualidades de periodista, pero el periodismo como tal, como arte y como profesión específica, no existía.

Sin embargo, el Evangelio nos ofrece una escena netamente periodística de aquellos tiempos: una entrevista pública en la que un señor, con agudeza y técnica notables, va haciendo unas preguntitas a un personaje célebre.

Es ese momento clásico, tan temido por artistas, políticos y deportistas, en que se presentan los enviados de la Prensa y disparan preguntas lo más interesantes que mañana aparecerán a la luz pública.

Como decíamos, también a Cristo, hace dos mil años, un personaje muy agudo le hacía en público una pregunta muy interesante y muy comprometedora. Solo que esta vez no se trataba de una pre-

gunta periodística más o menos informativa; se trataba de una trampa muy bien preparada para que en ella cayera Cristo. Y era una pregunta de esas cuya respuesta Cristo no podía declinar.

Entonces se retiraron los fariseos y celebraron consejo sobre cómo le cogerían a Jesús en alguna frase indiscreta. Enviáronle discípulos suyos con herodianos para decirle: Maestro, sabemos que eres sincero y que con verdad enseñas el camino de Dios, sin importarte de nadie y que no tienes acepción de personas. Dinon, pues, tu parecer: ¿Es lícito pagar tributo al César o no? Jesús, conociendo su malicia, dijo: ¿Por qué me tentáis, hipócritas?; mostradme la moneda del tributo. Ellos le presentaron un denario, El les preguntó: ¿De quién es esa imagen y esa inscripción? Le contestaron: Del César. Díjoles entonces: Pues dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios.

Como veis, este fariseo, además de ser un hábil entrevistador, viene con la peor de las intenciones. Aquí no se trata del caso de informar al público de algo, sino de hundir a Cristo ante la opinión. La pregunta estaba preparada de forma que, tanto si respondía que sí, como si respondía que no, Cristo estaba perdido. Querían que Cristo se declarara en política por uno de los partidos de entonces: por el de los nacionalistas israelitas o por el de los herodianos.

Afortunadamente, Cristo no se declaró por ninguno política. Resolvió la cuestión desde un punto de vista moral, diciendo que a cada uno le dieran lo

suyo. Prescinde de la cuestión política de derecho y responde en el plano moral a una situación de justicia legal y distributiva derivada de una situación de hecho.

Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios.

Cristo no ha venido del cielo a la tierra para convertirse en un apasionado más de uno de nuestros equipos de este mundo. Como comprenderéis, no ha venido a alistarse bajo ninguna bandera humana; ha venido a algo mucho más serio; ha venido a salvar a los hombres, y para eso le estorban positivamente todos los uniformes que no sean el suyo propio.

Vamos a poner la cosa de otra manera: Suponeos que Cristo hubiera vivido hoy entre nosotros como vivió hace dos mil años con los israelitas. No me cabe la menor duda de que nosotros le hubiéramos hecho bastantes preguntas de este tipo.

Le hubiéramos preguntado, por ejemplo, cuál era su equipo favorito en la Liga. Le hubiéramos preguntado quién era el mejor ciclista. Y, claro, Cristo nos hubiera tenido que responder:

Dad al fútbol lo que es del fútbol y a Dios lo que es de Dios. Dad al ciclismo lo que es del ciclismo y a Dios lo que es de Dios.

Porque si Cristo nos responde que es partidario del Barcelona, entonces habría un peligro muy serio de que no hubiera cristianos más que de Barcelona; y que todos los partidarios del Atlético y del Valencia y de todos los demás equipos, comenzaran a abjurar del cristianismo y a quemar iglesias.

No. Cristo no puede decir esto, porque ha venido a salvar a todos los hombres.

Cristo no ficha por ningún cartel nuestro por una razón todavía más fundamental: porque su Reino, el

Reino de Dios, no es de este mundo y, por lo mismo, no pertenece a ningún equipo de este mundo: ni a los del Sevilla ni a los del Celta, ni a los herodianos ni a los nacionalistas judíos, ni a ninguna persona o estructura de este mundo, fuera de la Iglesia; ni al César ni al rey ni al Jefe de Estado ni al Parlamento ni al bloque oriental ni a la NATO ni a la UNO.

El Reino de Dios y la Iglesia no están vinculados, ni pueden estarlo, a ninguna estructura, facción o potencia humana.

Los hombres, normalmente, somos apasionados por nuestro propio círculo de estructuras: así, somos apasionados por nuestro pueblo, por nuestro equipo, por nuestra nación, por nuestras ideas; es una ley del psiquismo humano. Pero, lo que nos apasiona hasta hacernos perder el discernimiento, es la política. De ahí el empeño constante a través de la historia, de querer vincular nuestras ideas y formas políticas con la divinidad; de querer endiosarlas; de querer hacerlas absolutas y sublimes. Terrible tentación, en la que muchas veces hemos caído los católicos de todos los tiempos, en la que hemos caído también los eclesiásticos que, por nuestra profesión de tales, no podíamos comprometer a la Iglesia de Cristo.

Cristo tuvo tres tentaciones célebres en el desierto. Satanás le tentó de gula, de soberbia y de codicia y ambición. Fueron tres tentaciones serias; pero es mucho más seria y grave la tentación del trozo evangélico que acabamos de leer: es la tentación de la política. Detrás de estas preguntas estaba Satanás con toda su astucia. Esta tentación es inmensamente peor que todas las anteriores; porque (vamos a figurarnos lo imposible para estudiar con claridad esta tentación) si Cristo se come aquellos panes, todavía no se ve que se hunde el Cristianismo; nadie se hubiera

enterado y no hubiera pasado nada. Si Cristo hubiera cedido a la soberbia o a la ambición, tampoco nos hubiéramos enterado los cristianos (esto hablando, naturalmente, en el terreno de la ficción, porque Cristo no puede pecar). Pero si Cristo cae en la tentación de declararse partidario de alguna política, entonces ¡adiós Cristianismo!; se acabó. Todos los que no fueran de aquella política no habría manera de que creyeran en Dios; y todos los que fueran de aquella política creerían bastante más en su política que en Dios. Con lo cual el Cristianismo se hubiera hundido irremisiblemente.

Ya sabía el demonio cómo tentar a Cristo por medio de aquellos fariseos. El mayor éxito de Satanás hubiera sido el que Cristo se hubiera metido en política. Y el mayor éxito de Satanás es el que, por desgracia, consigue que alguno de nosotros, los eclesiásticos, nos metamos en política. El daño que con esto se hace a la autenticidad y sobrenaturalidad de nuestro mensaje es incalculable. De este modo nuestro mensaje pierde la catolicidad, pierde la grandeza, pierde la genuinidad de lo evangélico.

Es imposible concebir a Cristo uniendo su mensaje de salvación eterna a la independencia de Israel o al destino imperial de Roma.

Tampoco es legítimo que nosotros, los apóstoles de Jesucristo, eclesiásticos o seculares, enturbiemos nuestro sublime mensaje evangélico con actitudes de otro orden. Con ello, a los ojos de los hombres estamos enturbiando la pureza y sobrenaturalidad de la Iglesia y del Evangelio. Podemos desencadenar el peor escándalo entre las gentes: el de que crean que Nuestra Madre la Iglesia no es pura, no es virgen, no es sobrenatural, no es la misma que nació de la Sangre bendita de Cristo.

No es idea mía. Cuando los fariseos le pusieron a

Cristo en la encrucijada de tener que elegir entre una de dos políticas (perfectamente legítimas por otra parte), Cristo responde enfurecido: ¿Por qué me tentáis?

Lo ha dicho Cristo: es una tentación. La terrible tentación de mezclar el Evangelio y la religión con las cosas humanas.

UN CRISTO REY A NUESTRO GUSTO

(CRISTO REY)

Cristo.

Para muchos algo en la penumbra o en la retaguardia de la vida. Algo relegado a la semioscuridad de los templos. Algo que está bien en una estampa, en un devocionario, en un altar...

Cristo..., algo que está bien; sinceramente, algo que nos parece que está bien clavado en una cruz...

Aguantamos, nos parece bien un Cristo que sufra por nosotros..., pero un Cristo que sea Rey, que gobierne nuestra vida toda, que me imponga constantemente una actuación personal y social, que sea Juez de todas nuestras acciones privadas y públicas...

Quiero decir que Cristo Rey es algo más importante de lo que a primera vista nos figuramos. En otras palabras: Cristo Rey no es un artículo en la primera página de los periódicos, no es una procesión solemne, no es un congreso eucarístico..., es mucho más que todo eso.

Para poder comprenderlo un poco mejor, leamos el Evangelio de este domingo de Cristo Rey:

En aquel tiempo, entró Pilato de nuevo en el pretorio, y llamando a Jesús, le dijo:

—Eres tú el Rey de los judíos?

Respondió Jesús.

—¿Dices eso por tu cuenta o te lo han dicho otros de Mí?

Pilato contestó:

—¿Soy yo, acaso, judío? Tu nación y los pontífices te han entregado a mí. ¿Qué has hecho?

Jesús respondió:

—Mi reino no es de este mundo; si de este mundo fuera mi Reino, mis servidores habrían luchado para que no fuese entregado a los judíos; pero mi Reino no es de aquí.

Le dijo entonces Pilato:

—Luego, ¿Tú eres Rey?

Respondió Jesús:

—Tú lo has dicho. Yo soy Rey. Yo para esto he venido al mundo. Para dar testimonio de la verdad; todo el que es de la verdad oye mi voz.

Bien claro se lo dijo Cristo a Pilato que El era Rey. Sin embargo, Pilato no le creyó. Cristo le dijo que su Reino no era de este mundo, y estas ideas eran ya demasiado vagas para Pilato.

El era un hombre de gobierno que entendía muy bien lo que era gobernar aquí, en este mundo. No concebía que se pudiera ser rey de otra cosa que no fuera de este mundo. Y cuando Cristo le dijo que era Rey, pero que su Reino no era de este mundo... sencillamente Pilato no le entendió.

Se equivoca Pilato, porque busca un rey defendido

y escoltado por legiones y lanzas y escudos... Cristo no es un Rey así.

Y se equivoca Caifás y se equivoca la mayor parte de aquel pueblo judío, porque esperaba en un Mesías que fuese poderoso en este mundo, conquistador de riquezas, de ambición, de gloria..., y tampoco era así el Reino de Cristo.

Y nos equivocamos tantos y tantos de nosotros, los cristianos, porque decimos: Cristo Rey, Cristo Rey, Reino de Cristo..., pero tenemos ideas un poco peregrinas de lo que es el Reino de Cristo.

Ya entre los primeros cristianos se equivocaban los apóstoles Santiago y Juan cuando un día fueron con su madre a Cristo pidiéndole que el día de su Reino estuvieran uno a la derecha y otro a la izquierda de Cristo, en no sé qué reino de zarzuela que ellos se habían figurado juntamente con su madre. Cristo les dijo a entender que reinar con El era sufrir como iba a sufrir El.

Y, perdonadme que os lo repita pero, históricamente, estamos cometiendo los cristianos el error fatal de confundir el Reino de Cristo con los reinos de este mundo.

El Reino de Cristo es la Iglesia, cierto. Pero no es menos cierto que en nuestro cristianismo histórico hemos cometido infinidad de errores y hemos asimilado infinidad de elementos ilegítimos y hasta opuestos al verdadero Reino de Dios.

Tal vez hay épocas en la historia en las que se han mezclado demasiado el trono y la banca con el altar; tal vez ha habido demasiado de Imperios Sagrados. Quién sabe si hoy mismo no estamos a punto de cometer otra confusión lamentable: la de identificar el Reino de Cristo con las Santas Democracias...

Siempre corremos el mismo riesgo: el de hacer prisionero al Reino de Cristo de alguna forma hu-

mana nuestra; de dar una expresión mezquina y banderiza al mensaje cristiano, de temporalizar nuestro cristianismo y de hacernos un Reino de Dios a nuestro gusto: hoy conservador, mañana revolucionario.

Mi Reino no es de este mundo.

Sin embargo, somos muchos los cristianos que nos empeñamos en hacer un Reino de Cristo a nuestra medida..., a medida de todas nuestras necedades y de nuestros egoísmos. No sé si hoy estamos en muchos sitios a punto de identificar la demagogia con el Reino de Dios, con la misma insensatez con la que nuestros abuelos lo identificaban con el trono y con la aristocracia.

Todo sucede porque el Reino de Dios en este mundo está, al fin y al cabo, en nuestras manos, en manos de hombres.

Hasta el día de la Ascensión tuvo Cristo que estar corrigiendo la mentalidad de los mismos apóstoles acerca del Reino de Dios. No es extraño que a nosotros, hoy, nos ocurra algo parecido: nos gusta entender a Dios a nuestro gusto, y tendemos bastante a creer que el Reino de Cristo es algo así como un mundo en el que reinemos y mangoneemos sobre los demás unos cuantos que nos decimos cristianos.

Es fácil que en nuestro Viva Cristo Rey haya un poco de Viva yo.

Que nuestro Reino de Cristo no consista en parapetarnos detrás del cristianismo, para defender allí algo mío egoísta que está muy lejos de ser cristiano.

Si dices Viva el Reino de Cristo, y luego, bajo la bandera de Cristo, estás defendiendo tu ambición privada, política o social, además de ser un iluso, escandalizas a los que te ven y oyen. Te estás mereciendo que te arrojen al mar con una rueda de molino al cuello.

También los judíos gritaron Viva Cristo Rey un Domingo de Ramos, y luego clavaban a Cristo en un Virnes Santo.

También Pilato mandó ajusticiar a Cristo, pero puso encima de la cruz un letrero diciendo que Jesús era Rey de los judíos.

El Reino de Cristo es otra cosa mucho más grande que todas nuestras miserias y egoísmos humanos. Está hecho de amor, justicia y sacrificio. Es algo que está más allá, en la banda opuesta al materialismo de este mundo. No es algo que pueda salir de Babilonia ni de Atenas ni de Roma. No es un mensaje de Londres ni de Moscú ni de Nueva York; no es un producto del capitalismo ni del Estado.

Es algo mucho más sublime, es algo que nace en una aldea como Belén, algo que se consagra en el servicio total de una cruz.

Estamos muy lejos del Reino de Cristo cuando nosotros, los cristianos, tal vez esperamos que nuestra felicidad eterna sea como una especie de multiplicación de ciertas felicidades materiales de esta vida. Como una fiesta que aplazamos y reservamos a nuestra concupiscencia de este mundo.

Mi Reino no es de este mundo. No lo es el de Cristo. No lo será tampoco el de nosotros, los cristianos. Dios se encargará de hacernos en su Reino mucho más felices de lo que nosotros nos figuramos. Nosotros soñamos con triunfar a lo hombre, cuando Dios nos tiene reservado el hacernos triunfar a lo Dios.

Mientras tanto tenemos que luchar por el verdadero Reino de Cristo en esta vida. Por el de Cristo, no por el nuestro. Que será tanto más Reino de Cristo cuanto menos sea reino de nuestro egoísmo y de nuestras concupiscencias.

En el Padrenuestro pedimos que venga a nos-

otros el Reino de Dios. Ese Reino de Dios viene a nosotros cuando cumplimos las otras cláusulas del Padrenuestro: cuando hacemos su voluntad aquí en la tierra como en el cielo, cuando perdonamos a nuestros deudores, cuando santificamos el nombre de Dios, cuando repartimos el pan nuestro de cada día.

El Reino de Cristo llega a nosotros cuando vamos comprendiendo a Dios humilde, a Dios niño, a Dios crucificado.

Cuando salimos del egoísmo de este mundo.

Por eso dice Cristo que su Reino no es de este mundo.

Porque El es Rey de un mundo mejor.

De ese mundo mejor que muchos de vosotros estáis haciendo con el amor, con la abnegación, con el sacrificio de Cristo y el vuestro.

El verdadero mundo de Cristo Rey.

Porque reinar es una forma de poseer. Y no hay posesión tan total como la posesión por amor.

Si amamos a nuestros hermanos hombres, seremos reyes a la vez que hermanos, triunfaremos a la vez que nos sacrificamos.

En este pobre mundo los hombres reinan subiéndose a un trono, subyugando con violencia, a veces matando.

Cristo reina subiendo a una cruz, muriendo por sus vasallos. Dios hace Rey no al poder, sino al amor.

LOS FLAUTISTAS Y LAS PLAÑIDERAS

(XXIII PENTECOSTES)

En aquel tiempo se acercó a Jesús un jefe de la sinagoga, y se postró ante El, diciendo:

—Mi hija acaba de morir, pero ven, pon tu mano sobre ella y vivirá.

Y levantándose Jesús, le siguió con todos sus discípulos.

Entonces una mujer, que padecía flujo de sangre hacía doce años, se le acercó por detrás y le tocó la orla del vestido, diciendo para sí misma:

—Con sólo que toque su vestido seré sana.

Jesús se volvió y, viéndola, dijo:

—Hija, ten confianza, tu fe te ha sanado.

Y quedó sana la mujer en aquel momento.

Cuando llegó Jesús a casa del jefe, viendo a los flautistas y a la muchedumbre de las plañideras, dijo:

—Retiraos, que la niña no está muerta, sino que duerme.

Y se reían de El. Una vez que la muchedumbre fue echada fuera, entró, tomó la mano a la niña y esta se levantó. Y la noticia se divulgó por toda aquella tierra.

Vamos a estudiar a alguno de los personajes de estas escenas que acabamos de leer.

Y vamos a empezar por los flautistas y las plañideras. Cristo los barre de la casa. No los aguanta. No puede aguantar a los flautistas de todas las oportunidades.

Son un símbolo de los hombres que hoy tocan a muerto y mañana tocarán a vivo. Los que siempre están dispuestos a tocar al son que más produzca, los que se visten siempre de la chaqueta que más se lleva, los que se sientan al sol que más calienta.

Los eternos flautistas de la vida. Los vivos que están dispuestos hasta a tocar a muerto.

A estos señores del sonsonete fúnebre no les importaba absolutamente nada la muerte de la niña ni el dolor de sus familiares. Ellos se reían por dentro de todo esto, y tocaban a muerto para sacar dinero a costa del dolor y de la muerte. Y Cristo los barre de la escena.

Como barrió de la escena a los ladrones que tocaban a cambistas y mercaderes en el templo de Jerusalén; como barrió de la escena a los hipócritas que tocaban, con piedras en las manos, el son de defensores de la gloria de Dios contra una pobre mujer pecadora indefensa.

Como barrerá a todos los que van por ahí tocando una música que no sienten.

Las plañideras. Eran las profesionales del llanto y

del gemido. Las que iban en los entierros dando gritos espeluznantes y gemidos desgarradores, hasta sacar de quicio a los acompañantes, a los familiares y, casi, hasta al propio difunto.

Fuera también con ellas. En cuanto llega Cristo tienen que salir las lloronas de profesión. El llanto como sistema, las actitudes pesimistas y desesperadas no son de Cristo ni de los cristianos. Ante todas las contradicciones de la vida, los cristianos tenemos siempre la esperanza del poder y de la providencia infinita de Dios. La actitud de derrota es anticristiana.

Fuera con los eternos pesimistas; con los plañideros de profesión, los maniáticos de la tristeza y de la melancolía.

Los que se tienen por prudentes y avisados, pero, en realidad, deben ser tenidos por peligrosos enemigos públicos.

Los que tienen el triste oficio de ir por ahí reparando el disgusto, la desconfianza y la decepción.

Los conocéis muy bien; son esos y esas que van por ahí diciendo siempre lo mal que está esto, lo mal que está aquello, y jamás se les ocurre dar un paso para arreglarlo.

En el fondo, puede que se trate de gentes a quienes les faltan dos cosas muy esencialmente cristianas: espíritu de trabajo y sacrificio, y esperanza en Dios.

Otro personaje de este Evangelio es Jairo, el jefe de la sinagoga cuya hija acaba de morir. El hombre azotado por el dolor humano. El aristócrata y selecto Jairo, que ya no se acuerda de que es un personaje muy respetado en su ciudad...; ya no se acuerda más que de que es padre y de que tiene una hija que se le muere..., y no le importa aparecer ante los demás como ridículo e infantil... Jairo, que corre a buscar al carpintero del pueblo de al lado, que dicen que hace milagros y podrá salvar a su hija.

Probablemente, este señor habría hecho antes muy poco caso de Jesús. Muy probablemente, desde su alta categoría intelectual y social, despreciaba a todos los crédulos, beatillos y milagreros que iban detrás de Cristo.

Yo creo que hay unos cuantos como Jairo entre nosotros. Ahora mismo habrá más de cuatro «superdotados» que habrán escuchado este Evangelio con una suave sonrisita de superioridad escéptica...

Ellos, ya sabéis, han «superado» ya estas cosas de tipo religioso. Pero son benévolo; no reaccionan violentamente contra el fenómeno religioso. Son intelectuales, son benévolo.

Tampoco se sabe que Jairo reaccionara nunca violentamente contra Cristo, como los escribas y fariseos. No fue perseguidor de Cristo; era un hombre selecto, intelectual..., como nuestros «superdotados» de hoy.

Estos no reaccionan violentamente contra el fenómeno religioso. Es más, lo admiten y lo consideran como una etapa evolutiva, tal vez necesaria en el avanzar humano hacia la superación; como el residuo folklórico aún existente, de unas edades primarias y difíciles en las que el hombre no se sentía seguro de sí mismo y se acogía a lo trascendente, provocando el fenómeno religioso.

Estos señores «superdotados» son comprensivos, porque saben todas estas cosas y otras todavía mucho más selectas.

Pero a Jairo, el hombre selecto de Cafarnaum, le llegó la hora del dolor. Vio agonizar y morir a su hija. Y ante el dolor profundo quedó como el ser más indefenso; se le deshicieron las posturas adquiridas y estudiadas. Desde entonces comenzó a ser sincero. Era la hora de la verdad, y entonces buscó a Cristo.

Afortunadamente, muchos de los Jairos de nuestro tiempo también saben llegar a Cristo a la hora

del dolor, a la hora de la verdad. Son lo suficientemente inteligentes para que, más pronto o más tarde, se convencen de que ya no pueden seguir jugando a superhombres.

Lo maravilloso es que Cristo siempre está cerca para recibir su dolor y su sinceridad, y para poner su mano sobre ellos y salvarlos.

Otro personaje del Evangelio es la mujer enferma. La mujercita que lleva doce años con una enfermedad que, a la vez, le atormentaba física y moralmente. Una enfermedad que tenía que ocultar a toda costa, porque en aquellos tiempos todos la considerarían como legalmente impura y huirían de ella.

La pobre mujer no se atreve a pedirle a Cristo que le cure, porque sería terrible tener que decir en público la enfermedad que padecía...

Esta mujer es uno de los personajes más simpáticos de todo el Evangelio. El reverso de las lloronas que estaban dando la tarde en casa de Jairo. Aquellas, sin haber sufrido personalmente, sembraban el pesimismo y la desesperación. Esta, después de haber sufrido durante doce años y de haberse arruinado, no grita ni llora ni se desespera, sino que confía en Cristo. Es uno de los más bellos ejemplos de optimismo cristiano.

Es más: esta mujer sabe que no tendrá necesidad de decirselo a Cristo para que le cure. Es el ejemplo más luminoso de confianza en Cristo. Sabe que no harán falta ni palabras: que sólo con que toque el borde del vestido de Cristo será sana.

Gracias a Dios, aún quedan entre nosotros personas como esta mujer enferma del Evangelio. Personas a quienes no han quebrantado jamás ni el dolor ni la desgracia.

Gentes que saben que Dios está sobre todas las cosas de la vida y de la muerte. Personas que saben

que, al fin, en esta vida o en la otra, Dios salvará a los que en El han confiado.

Esta mujer era mucho menos lista, mucho menos enterada, mucho menos importante que Jairo; sin embargo, sabía mucho mejor que él la ciencia más importante que podemos saber los hombres: la fe en Dios.

Jairo acaba creyendo, pero menos. Cree que Cristo tiene que ir hasta el lecho de su hija para volverla a la vida. Y el mismo Cristo exige más en esta ocasión: exige que salgan de casa de Jairo todos los vivos y todos los vivales que no han sido capaces más que de tocar a muerto.

Para curar a la mujercita enferma no hizo falta nada de esto; sólo su inmensa fe con que tocó el vestido de Cristo.

Y ahora, la lección más importante de este Evangelio.

Jesús se vuelve a la mujer y le dice: *Tu fe te ha salvado.*

No lo olvidéis: todas las cosas y las personas os abandonarán un día; sólo vuestra fe en Dios os salvará.

Y nadie más.

EL FIN DEL MUNDO ANTES DE 60 AÑOS

(XXIV PENTECOSTES)

Este domingo es el último domingo del año litúrgico. Por razones obviamente simbólicas, la Iglesia lee en este domingo el trozo evangélico en el que Cristo nos habla del fin del mundo.

cábalas y especulaciones de los espíritus sensaciona-

Es un Evangelio que se ha prestado a las infinitas listas. La imaginación de los hombres ha especulado en todos los tiempos con los datos de esta profecía del fin del mundo. En muchas ocasiones de la historia ha habido quienes han creído ver que ya se estaban verificando las señales que Dios dice que precederán al fin de los tiempos. Hoy mismo, habrá más de tres que estarán sacando conclusiones escatológicas de las bombas nucleares, de los satélites artificiales, de los cohetes espaciales... Todo depende del grado de imaginación de cada uno.

Sin embargo, voy a deciros confidencialmente una cosa: yo sé que el fin del mundo está muy cerca... Nada, lo que habéis oído: el fin del mundo está muy cerca.

Naturalmente, queréis una explicación y una prueba. La vais a tener; pero antes voy a leer el Evangelio:

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: Cuando viereis la abominación de la desolación predicha por el profeta Daniel en el lugar santo (el que leyere que lo entienda); entonces los que están en Judea huyan a los montes; el que esté en la terraza no baje a tomar nada de su casa; y el que esté en el campo no vuelva en busca de su manto. ¡Ay de las que estén encintas y de las que estén criando en aquellos días! Rogad para que vuestra huida no tenga lugar en invierno ni en sábado. Porque habrá entonces una gran tribulación cual no la hubo desde el principio del mundo hasta ahora, ni la habrá. Y si no se acortasen aquellos días, nadie se salvaría; mas por amor de los elegidos se acortarán los días aquellos. Entonces si alguno os dijere: Aquí está el Mesías, no le creáis. Porque se levantarán falsos mesías y falsos profetas y obrarán grandes señales y prodigios para inducir a error, si posible fuera, aun a los mismos elegidos. Mirad que os lo digo de antemano. Si os dicen, pues: Aquí está, en el desierto, no salgáis; si os dicen: Aquí está, en un escondrijo, no lo creáis. Porque como el relámpago que sale del Oriente y brilla hasta el Occidente, así será la venida del Hijo del Hombre. Donde está el cadáver allí se reunirán las águilas. Luego, después de la tribulación de aquellos días, se oscurecerá el sol, y la luna no

dará luz, y las estrellas caerán del cielo, y las columnas del cielo se conmoverán. Entonces aparecerá el estandarte del Hijo del Hombre en el cielo, y se lamentarán todas las tribus de la tierra, y verán al Hijo del Hombre venir sobre las nubes del cielo con poder y majestad grande. Y enviará sus ángeles con poderosa trompeta, y reunirán de los cuatro vientos del cielo a los escogidos, desde un extremo del cielo hasta el otro. Aprended la parábola de la higuera: Cuando sus ramos están tiernos y brotan las hojas, conocéis que el estío está cerca. Así vosotros también, cuando veáis todo esto, entended que está próximo, a las puertas. En verdad os digo, que no pasará esta generación antes que todo esto suceda. El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán.

Aquí hay dos cosas. La predicción de la destrucción de Jerusalén, efectivamente ocurrida el año 70 de nuestra era, y la predicción del fin del mundo.

Están las dos predicciones muy mezcladas en el relato. Por ejemplo, la frase: *No pasará esta generación antes que esto suceda*, es evidente que se refiere a la destrucción de Jerusalén y no al fin del mundo; porque, a renglón seguido, en el Evangelio de San Marcos y refiriéndose al fin del mundo, dice Cristo que el día y hora en que ha de ocurrir no lo sabe nadie, ni los hombres, ni los ángeles, sino sólo Dios.

Y vamos a aquello que decíamos de cuándo será el fin del mundo.

En realidad, exactamente no lo sabemos, ya lo ha dicho Cristo; pero sí lo sabemos bastante aproxi-

madamente. Va a ser muy pronto; ciertamente antes de sesenta o setenta años.

Absolutamente cierto. Para vosotros y para mí, antes de setenta años, mucho antes de esa fecha, en la mayoría de los casos, ha llegado el fin del mundo.

Sencillamente, para esa fecha nos ha llegado el día de nuestra muerte. Y ese es, en realidad, el fin del mundo para nosotros. Ese es el día sensacional, el día imponente. Recordad las señales del Evangelio: el día de nuestra muerte es el día en que, para ti y para mí, se nos oscurece el sol, desaparece la luna y se caen las estrellas; el día en que se conmueve todo el universo para ti y para mí.

Más todavía: ese es el día en que aparecerá el Hijo del Hombre, Cristo Dios, con todo su poder y majestad para juzgarnos definitivamente y salvarnos o condenarnos

¿Qué nos importa a nosotros el otro fin del mundo y el juicio universal? Para entonces ya está todo resuelto y decidido, desde el día de nuestra muerte. El juicio final no va a ser más que una solemne ratificación de cada uno de nuestros juicios particulares. Para entonces ya estaremos salvados o condenados. Aquel día no va a ser más que un día más de cielo para los salvados, y un día más de infierno para los condenados.

El fin del mundo es mucho antes; es... en seguida..., cualquier día, dentro de poco..., la víspera del día en que aparecerá nuestra esquila en el periódico..., el día en que se pondrán de luto en mi casa... Pronto, cualquier día, el fin del mundo; el auténtico, el mío.

Claro que, el otro, el del juicio universal, el día en que nos juntaremos todos los hombres, será más pintoresco si queréis para nuestra manera de pensar hoy las cosas; el día en que todos vamos a estar diciendo

constantemente: «Parece mentira». «Nunca hubiera creído...».

Es que será el día de las sorpresas: «¡Fíjate en Fulanita, allá, en la izquierda..., parece mentira...

Y otros que dirán: «¿Fulano en la derecha?, pero... ¿de cuándo acá?; la verdad, nunca lo hubiera creído...».

Aquel día tendrá lugar la revista de sociedad más interesante que jamás se ha podido uno imaginar. Como para satisfacer la curiosidad de las más exigentes. Nos enteraremos de que Fulano era un bala y ahora las va a pagar; de que el otro individuo era un santo, aun con aquella cara de despistado, y de que ahora le va a tocar pasarlo bien. Nos enteraremos de todo lo que robó aquel desde aquella estu-penda oficina... Nos enteraremos de que, a aquel otro rico, Cristo le salvó porque sabía dar mucho de lo mucho que tenía, y de que a aquel pobre le condenó porque tenía un corazón tan duro y tan egoísta como cualquier otro.

Un reino extraño, sí: el Reino de Dios. Un reino en el que, el que tenía dinero, no va a estar más cómodo por eso; el que tenía fuerza, no va a poder seguir haciendo lo que le da la gana; la que era guapa, no va a ser más admirada.

Un reino extraño en el que, el que tiene razón, basta que tenga razón para que se le reconozcan todos sus derechos. Un reino extraño en el que el café será café, en el que la propaganda no dirá más que la verdad y toda la verdad, y en el que dos y dos serán cuatro.

Un reino verdaderamente extraño; y todo porque estarán hundidos para siempre todos los que metían gato por liebre, los infinitos que engañaban a los demás, los abusones de todos los tiempos y los que hacían que dos y dos fueran cinco.

No vengáis diciendo que esto del fin del mundo es una cosa terrible. Al revés: lo terrible es este mundo. Este mundo que es un campo libre para todos los bandidos, todos los sinvergüenzas y todos los canallas. Este mundo es algo muy propio para que los honrados lo pasen mal y los canallas se diviertan.

Ahora bien: vosotros sois buenos, sois rectos, sois honrados, sois justos. Vosotros no tenéis por qué temer la venida de Dios. La hora de Dios es vuestra gran hora, la hora de vuestro triunfo.

Si no, decidme; ¿por qué sois buenos?, ¿por qué procuráis vivir con rectitud, privada y públicamente? Por pasarlo bien en esta vida es evidente que no lo hacéis; porque, en esta vida, haciendo canalladas se consiguen más cosas... Luego es evidente que lo hacéis por Dios y por conseguiros una vida eterna y feliz.

Pues eso es el fin del mundo: ese día que nos va a llegar a cada uno de nosotros muy pronto; el comienzo de esa vida por la que os habéis sacrificado siendo honrados aquí abajo.

Claro que esto de la muerte..., quiero decir, de nuestro fin del mundo, es una cosa que llega cuando menos lo esperamos. Ciertó; y que eso de la visita repentina de Dios es algo que impone...

Bien; pero como ya tenéis la conciencia tranquila y estáis preparados..., pues nada..., al contrario: una sorpresa agradable, desde luego: muy agradable.

INDICE

	<u>Páginas</u>
EPÍSTOLA	5
Lo que no nos va a valer en la otra vida	9
Los pobres son evangelizados	15
San Juan y su complejo de inferioridad	23
La técnica publicitaria de San Juan	29
¿Por qué no se hizo mejor la propaganda?	33
¿Qué les vamos a pedir a los Reyes?	39
Familia y sociedad	45
Las bodas de Caná, las bodas de Fígaro, las bodas de Camacho y las bodas de Luis Alonso	51
Tres maneras de querer	57
Los católicos, los curas y la Iglesia	65
Los buenos... ¡oh los buenos!	71
Los católicos y el árbol	77
¡Toda la vida con esta barba..!	81
A la salida del sermón	87
Nosotros lo hubiéramos planeado de otra forma	93
Pan y deportes	99
Los que van subiendo al monte	103
Los que no hablan	109
La forma de distribuir los panes	115
De lo que acusamos a Cristo	121
Nuestra Semana Santa	127
Felices Pascuas	133
La angustia y la esperanza	139

Cuento de las ovejitas y el lobo	145
Por un poco	151
El Espíritu acusa al mundo	157
Dos palabras con Dios	163
Los testigos y los evadidos	169
El Dios de todos los hombres	175
Las diversas ediciones del Evangelio	181
Los que no quieren el Pan	187
Cristo, amigo de los malos	193
Cuentas sociales que nos va exigir Dios	199
Tú no llegas ni a fariseo	205
La diferencia que hay entre siete y cuatro mil	211
Desfile de modelos	217
El dinero y los diez mandamientos	223
Cinco Villas	229
Los mejores "por equipos"	235
El hombre que estaba en la turba	241
Viva yo	247
Señor, muchas gracias	253
Lo ingenuo que es el Evangelio	257
No llores, te acompaño en el sentimiento	263
Los candidatos a la presidencia	269
El mundo ideal	275
Signos externos de catolicismo	281
Los invitados que no aceptaron	287
Enfermedades de los jóvenes... y de los viejos	293
El hombre que gastó 1.500 millones de pesetas	299
Cristo no tuvo partido político	305
Un Cristo Rey a nuestro gusto	311
Los flautistas y las plañideras	317
El fin del mundo antes de 60 años	323